

*Victoria*  
HOLT

*El rey del castillo*



se

El apuesto y solitario conde De la Talle espera en su castillo al restaurador de unas pinturas, pero quien llega es una mujer, la hermosa Dallas Lawson. La sorpresa inicial de los habitantes de la mansión será sustituida paulatinamente por el respeto que Dallas se gana con su trabajo. Sin embargo, poco a poco la protagonista va dejando a un lado el proceso de restauración para indagar en los secretos que encierran las murallas del castillo. Así, al mismo tiempo que resuelve un insondable misterio, Dallas descubrirá el amor, aunque tendrá que elegir entre dos hombres.



Victoria Holt

# El rey del castillo

ePub r1.1

Crissmar 26.09.13

Título original: *The king of the castle*

Victoria Holt, 1967

Traducción: Julio F. Yáñez

Retoque de portada: Crissmar

Editor digital: Crissmar

ePub base r1.0



# Capítulo 1

El tren entraba ya en la pequeña estación comarcal y yo aún me repetía con insistencia: «Todavía no es tarde para volverse atrás. Puedo desistir, si lo creo conveniente».

Durante el viaje —había cruzado el Canal la noche antes y continuado en ruta todo el día siguiente— procuré hacer acopio de valor diciéndome que ya no era una imprudente jovencuela sino una mujer consciente de sus actos, dispuesta a seguir un determinado plan de acción hasta sus consecuencias finales. Lo que pudiera ocurrirme cuando llegara al castillo no dependía de mí sino de los demás. Debía actuar con dignidad y comportarme como si no me sintiera profundamente deseosa de conseguir aquel empleo; ocultar mi temor ante la idea de lo que iba a suceder, en caso de que me rechazaran; disimular hasta qué punto estaba interesada en mi propósito.

Por vez primera en mi vida tuve conciencia de que mi aspecto exterior podía resultarme beneficioso. Había cumplido veintiocho años, circunstancia que quedaba realizada por un abrigo marrón y un sombrero haciendo juego, todo pensado más para la utilidad que para el adorno personal. Continuaba soltera y en más de una ocasión había podido detectar miradas compasivas de ciertas personas que al referirse a mí añadían el consabido comentario de que me iba a «quedar para vestir santos». Me irritaba la premisa según la cual el único motivo por el que una mujer debe vivir es el de dedicarse a servir a algún hombre, opinión esencialmente masculina que a partir de los veintitrés años consideré inadmisibles y contra la que luché con ahínco, ya que a mi modo de ver existen otros objetos en la vida. En aquellos momentos me servía de consuelo pensar que acaso lo hubiera conseguido. El tren aminó su marcha y se detuvo. Al poner pie en el andén pude ver que había bajado también una campesina que llevaba al brazo un cesto con huevos y sujetaba un ave de corral con la otra mano.

Revisé mis maletas. Eran varias, conteniendo todas mis pertenencias: un pequeño guardarropa y las herramientas para mi trabajo.

Un único empleado se encontraba junto a la salida.

—Buenos días —dijo a la campesina—. Como no se dé prisa, el niño va a nacer antes de que usted llegue. Hace ya tres horas que Marie empezó a sentir los dolores. La comadrona ya está allí.

—¡Ojalá sea un niño! —exclamó la campesina—. Hay demasiadas mujeres en el mundo. No sé lo que piensa el buen Dios.

Pero el empleado se había fijado en mí y estaba más interesado en mi persona que en discutir el sexo del futuro bebé. Mientras hablaba con la aldeana, no dejaba de observarme. Luego avanzó unos pasos para tocar el silbato y dar la salida al tren. En aquel momento, un viejo se acercó rápidamente a nosotros.

—¡Eh, Joseph! —lo llamó el empleado, al tiempo que le indicaba mi presencia.

El aludido me miró, moviendo la cabeza negativamente.

—No, no —dijo—. Yo he venido a buscar a un caballero.

—¿Es usted de *Château Gaillard*? —le pregunté en francés, lengua que hablaba muy bien porque mi madre había sido francesa y siempre nos expresábamos las dos en ese idioma, aunque en presencia de mi padre utilizáramos el inglés.

Joseph se acercó con la boca abierta en expresión de asombro y de incredulidad.

—Sí, soy de *Château Gaillard*, pero...

—Entonces es a mí a quien viene a recoger.

—Yo vengo en busca del señor Lawson —insistió, pronunciando con dificultad dicho apellido.

Le sonreí, intentando adoptar un aire indiferente al tiempo que pensaba en que aquel obstáculo era el más leve de cuantos me esperaban. Señalé mi equipaje, cuyas etiquetas proclamaban: «D. Lawson». Pero pensando en que acaso no supiera leer, le aclaré:

—Soy mademoiselle Lawson.

—¿Viene usted de Inglaterra? —me preguntó.

Contesté afirmativamente.

—Pues a mí me han dicho que debía recoger a un caballero —insistió.

—Habrá existido algún error. En vez de caballero soy señora.

Se rascó la cabeza.

—¿Qué esperamos? —pregunté señalando las maletas.

El empleado se acercó, intercambiando unas miradas con Joseph.

—Por favor. Lleven mi equipaje al coche y partamos en seguida —dije con expresión autoritaria.

Llevaba muchos años ejercitándome en el dominio de mis emociones y ello me permitió disimular el miedo que sentía. El procedimiento estaba resultando allí tan eficaz como en mi casa. Joseph y el empleado llevaron mis maletas hasta un carricoche estacionado algo más lejos; yo les seguí y a los pocos minutos emprendíamos el camino.

—¿Está muy lejos el castillo? —pregunté.

—A unos dos kilómetros —contestó Joseph—. Pronto lo distinguiremos.

A mi alrededor se extendían tierras cubiertas de espléndidos viñedos. Estábamos a finales de octubre y acababa de efectuarse la vendimia. Ahora se dispondrían a preparar las cepas para la cosecha siguiente. Dejamos a un lado la pequeña ciudad con su plazoleta dominada por la torre de la iglesia, su Ayuntamiento, sus calles estrechas y sinuosas, sus tiendas y sus casas. Poco después distinguí, a poca distancia, la imagen del castillo.

Jamás olvidaré aquellos momentos. El sentido común, cualidad que en el curso del año anterior había servido de compensación a mi carencia de otras cosas, desapareció de pronto haciéndome olvidar la imprudencia que estaba cometiendo de manera tan irreflexiva. Y no obstante estar segura de que iba a sufrir graves contratiempos y dificultades que en modo alguno podría evitar por ser contrario a toda lógica, me eché a reír al tiempo que expresaba en voz alta mi pensamiento dominante:

—Sucedá lo que suceda, me alegro de haber venido.

Por fortuna me había expresado en inglés y Joseph no pudo entenderme.

Rápidamente añadí:

—¡De modo que ése es el *Château Gaillard*!

—Sí, mademoiselle, ése es el *Château*.

—No es el único de Francia —comenté—, conozco otro *Château Gaillard* en Normandía. Aquél en que fue hecho prisionero Ricardo Corazón de León. —Mientras Joseph gruñía algo, yo continué —: Las ruinas son un espectáculo fascinador; pero aún lo son más los viejos castillos conservados a través de los siglos.

—El viejo *Château* ha pasado por momentos difíciles. En los tiempos del Terror quedó casi completamente destruido.

—¡Es una suerte que se salvara!

Noté cómo la emoción alteraba mi voz y confié en que Joseph no se hubiera dado cuenta. Estaba encantada con el castillo. Deseaba ya vivir en él, explorarlo y familiarizarme con todos sus rincones. Comprendí en seguida que era aquél el lugar en que siempre había imaginado me encontraría completamente a gusto, y del que me causaría gran dolor alejarme, entre otras cosas porque a mi vuelta a Inglaterra me sentiría por completo desorientada y sin saber qué hacer.

Tan alarmante posibilidad nubló brevemente mi alegría ante la contemplación del castillo. Tenía una prima lejana en un lugar del norte de Inglaterra. En realidad era prima de mi padre, y éste me había hablado algunas veces de ella. «Si algo te sucediera, siempre podrías acudir a la prima Jane. Es persona difícil y lo pasarás mal con ella; pero por lo menos sabrá cumplir con su deber». ¡Valiente perspectiva para quien, como yo, luego de tener que prescindir de esos atractivos personales que son la clave del matrimonio, había desarrollado una especie de coraza defensiva basada principalmente en el orgullo! Me dije que por nada del mundo acudiría a la prima Jane. Preferiría convertirme en una de esas pobres institutrices expuestas al capricho de amos indiferentes o de niños insoportables o incluso diabólicamente crueles. O ponerme al servicio de alguna vieja gruñona, como señorita de compañía. Cualquiera de estas probabilidades representaba un motivo de desolación, y no sólo por causa del abismo de soledad y de humillaciones que comportarían, sino también porque significaban la negación del infinito goce de hacer un trabajo que yo adoraba, en un ambiente cuya sola existencia hacía la vida digna de ser vivida.

Pero las cosas no estaban sucediendo de manera tan lúgubre como yo las había imaginado, sino que sobrepasaban en interés a todas mis fantasías. Hay ocasiones en que la realidad resulta más emotiva, más encantadora que la imagen que nos hemos forjado de ella; pero las mismas son muy raras y cuando se producen han de ser saboreadas totalmente.

Quizá aquellos momentos fueran doblemente felices para mí por tratarse de los últimos que me proporcionarían alegría durante largo tiempo.

Me absorbí por completo en la contemplación del castillo, magnífica pieza de arquitectura del siglo XV, elevándose en mitad de un país cubierto de viñedos. Mi mirada experta se fijaba en todos los detalles. En el siglo XVI o quizá en el XVII se habían añadido edificios anexos que no alteraban la simetría del conjunto sino que, por el contrario, realzaban su carácter. Vi las torres cilíndricas que flanqueaban el cuerpo principal. Sabía que la escalinata de honor se hallaría en la torre poligonal. Estaba enterada de todo lo relativo a las viejas mansiones, y aunque, con frecuencia, en el pasado lamenté la actitud de mi padre hacia mí, no podía menos de agradecerle cuanto me había enseñado. El aspecto del castillo era totalmente medieval, y la solidez de sus contrafuertes y torres le daban el aspecto de haber sido construido para la defensa. Calculé el espesor de los muros donde se abrían las estrechas rendijas de las barbacanas. Desde luego, era toda una fortaleza. Conforme mi mirada iba pasando desde el alcázar al puente levadizo y al foso seco, percibí una zona poblada de hiedra verde. Me sentí emocionada al ver en la fachada exterior el parapeto con voladizo reforzado por numerosos matacanes.

El viejo Joseph me estaba diciendo algo. Tal vez había llegado a la conclusión de que el ser yo una mujer y no un hombre no era asunto de su incumbencia.

—Sí —decía—, nada ha cambiado en el castillo; monsieur le Comte se ocupa de que todo siga igual.

Monsieur le Comte. Tal era el hombre con quien iba a enfrentarme. Me lo imaginé como un

aristócrata altanero y frío, igual a los que fueron en carreta hacia la guillotina por las calles de París, mirando a la gente con indiferencia. Estaba convencida de que iba a rechazarme.

«¡Qué ridiculez!», exclamaría. «Mi petición se dirigió a su padre. ¡Salga de aquí inmediatamente!».

Sería inútil contestar que yo era tan capaz como mi padre. Que estuve trabajando siempre en su compañía y sabía más que él sobre pintura antigua, especialidad que dejó siempre a mi cargo.

Pero ¿cómo explicar a un despectivo conde francés que una mujer puede ser tan eficiente y tan lista como un hombre, por lo que respecta al trabajo de restaurar viejas pinturas?

«Monsieur le Comte, yo también soy artista...».

Vi su mirada desdeñosa. «Mademoiselle, no me interesan sus cualidades. Yo mandé en busca de monsieur Lawson; no en busca de usted. Por consiguiente, tenga la bondad de salir de mi casa (o quizá “mi residencia”, o “mi castillo”) sin pérdida de tiempo».

Joseph me miraba astutamente. Comprendí sus reflexiones. Sin duda, consideraba muy extraño que el señor conde hubiera enviado a buscar a una mujer.

Estaba impaciente por preguntarle sobre el aristócrata, pero, como es natural, no podía hacerlo. Hubiera sido útil saber algo de la casa en general; pero, por el momento, tenía que abandonar dicho propósito; adoptar una actitud adecuada; creer que no había nada de particular en que ocupase el sitio de mi padre, y hacer lo posible para que los demás lo creyeran también así.

Llevaba en el bolsillo la carta con su petición. Aunque dicha palabra resultaba inadecuada, ya que monsieur le Comte no pediría nada a nadie, sino que ordenaría como un rey a sus súbditos. «¡El rey en su castillo!», me dije. Monsieur le Comte de la Talle llama a D. Lawson al castillo Gaillard para que realice la tarea convenida de la restauración de unas pinturas. Bien; yo era Dallas Lawson, y si la orden se refería a Daniel Lawson, mi respuesta sería que Daniel Lawson había muerto diez meses atrás y que yo, su hija, que en el pasado le ayudé en su tarea, ocupaba ahora su sitio.

Hacia unos tres años que mi padre mantuvo correspondencia con el conde, el cual tenía noticia de que papá estaba considerado una autoridad en viejos edificios y pinturas. Considerando las circunstancias, quizá fuera natural que yo también sintiera hacia tales cosas una reverencia que luego se convertiría en pasión. Mi padre y yo habíamos pasado muchas semanas en Florencia, Roma y París contemplando tesoros del arte. Y todos mis momentos libres en Londres los pasé en los museos.

Con una madre que nunca disfrutó de salud y un padre absorto en su trabajo, quedé prácticamente entregada a mis propios recursos. Véiamos a poca gente y nunca tuve la costumbre de adquirir amistades con facilidad. No siendo guapa, me sentía en desventaja y la constante necesidad de disimular dicho defecto desarrolló en mí unos modales exageradamente graves y poco atractivos. Sin embargo, anhelaba compartir experiencias con otras personas; tener amigos. Me sentía intensamente apasionada por los asuntos ajenos, que siempre me parecieron más emocionantes que cualquier cosa que pudiera sucederme a mí. Escuchaba conversaciones no aptas para mis oídos; permanecía sentada silenciosamente en la cocina, mientras nuestras dos sirvientas, una de edad avanzada y otra más joven, discutían sobre sus dolencias o sobre sus amores, y permanecía inmóvil, oyendo hablar a la gente en las tiendas, cuando iba de compras con mi madre. Y si alguien venía a casa, solía practicar lo que mi padre llamaba fisgoneo, costumbre que no aprobaba en absoluto.

Cuando empecé mis cursos en la escuela de arte pude vivir, por algún tiempo, una existencia

propia, comportándome tal como yo era en realidad, y no ciñéndome a lo que oía decir a los demás; pero mi padre se disgustó porque me enamoré de un joven estudiante, episodio romántico que aún recordaba con nostalgia. En los días de primavera los dos deambulábamos por los parques de St. James o del Green, o escuchábamos a los oradores de Marble Arch, o caminábamos junto al Serpentine en los jardines de Kensington. Ahora no podía recorrer tales sitios sin que me invadiera la nostalgia, y por ello no solía frecuentarlos. Mi padre se opuso a la boda porque Charles era pobre. Además, mi madre, inválida, me necesitaba.

No se produjo ninguna patética escena de renunciación. El idilio nació como un producto de la primavera y de la juventud, y se terminó a la llegada del otoño.

Quizá mi padre creyera necesario privarme de oportunidades parecidas, porque al poco tiempo sugirió que dejara la escuela para trabajar con él. Afirmó que podía enseñarme mucho más que cualquier institución, y estuvo en lo cierto, desde luego; pero aunque aprendí mucho con él, desaparecieron las ocasiones para conocer a gentes de mi edad y vivir una existencia individual. Dividía mi tiempo entre trabajar con papá y cuidar de mamá. Cuando ésta murió me sentí anonadada por el dolor durante largo tiempo. Luego comprendí que ya no era joven; y al igual que en ocasiones anteriores, llegué a la conclusión de que no tenía atractivos para los hombres, lo que me hizo transformar mi deseo de amor y de matrimonio en pasión por la pintura.

—Este trabajo te conviene —dijo mi padre cierta vez—, te conviene porque eres propensa a quererlo restaurar todo.

Comprendí su intención. Me había propuesto que Charles fuera un gran pintor, cuando en realidad lo que él deseaba era estudiar sin complicaciones. Quizá por ello lo perdí. Quise que mi madre recuperase su antiguo vigor e interés por la vida y traté de arrancarla a su lasitud, sin conseguirlo tampoco. En cambio, nunca pretendí cambiar a mi padre, porque esto hubiera sido imposible. Había heredado su fuerza de voluntad, aunque en ciertas ocasiones, como en la presente, él era mucho más enérgico que yo.

Recuerdo el día en que llegé la primera carta procedente de *Château Gaillard*. El Comte de la Talle tenía una colección de pinturas que necesitaba determinadas atenciones y era su deseo consultar a mi padre sobre ciertos trabajos de restauración. ¿Podía monsieur Lawson acudir a *Château Gaillard*, hacer un cálculo de los trabajos necesarios y, caso de llegar a un acuerdo, permanecer allí hasta completar la obra?

A mi padre le encantó la perspectiva. «Enviaré por ti si ello es posible —me dijo—. Necesitaré ayuda. Y te gustará ese sitio. Es del siglo XV y, según creo, conserva mucho del original. Será fascinador».

Me sentí emocionada. En primer lugar porque anhelaba pasar unos meses en un castillo francés y también porque aquello era prueba evidente de que papá empezaba a reconocer mis conocimientos en pintura.

Pero mi alegría duró poco, porque algún tiempo después llegaba otra carta del conde aplazando el convenio. Circunstancias imprevistas hacían imposible, por el momento, el comienzo de las obras. No daba ningún otro detalle explicativo. Tan sólo añadía que se pondría en contacto con nosotros más adelante.

A los dos años de recibida aquella carta, mi padre falleció repentinamente de un ataque. Fue terrible para mí comprobar que a partir de entonces debería valerme por mí misma. Me sentí

desolada, solitaria y perpleja. Además, tenía poco dinero. Me había acostumbrado a ayudar a papá en su tarea y me preguntaba qué iba a sucederme ahora, porque si bien quedaba reconocido que yo era su ayudante y estaba muy capacitada para ello, ¿cuál sería la opinión ajena respecto a aquel trabajo, ahora puramente personal?

Hablé de ello con Annie, nuestra vieja sirvienta, que llevaba con nosotros muchos años y que ahora se iría a vivir con una hermana casada. A su modo de ver, dos caminos se abrían ante mí: trabajar como institutriz, igual que tantas otras mujeres, o convertirme en señorita de compañía.

—Aborrezco las dos cosas —contesté.

—Los mendigos no pueden escoger, miss Dallas. Hay muchas jóvenes educadas, como usted, que se quedaron solas y se vieron obligadas a aceptar esas cosas.

—Pero ¿y el trabajo que hice con mi padre?

Comprendí que, a su modo de ver, nadie querría emplear a una joven en la tarea que antes realizara mi padre. No había duda de mi capacidad para llevarla a cabo; pero era mujer y, en consecuencia, mi trabajo nunca se consideraría lo suficientemente bueno.

Annie seguía en casa cuando llegó la carta del conde de la Talle. Todo estaba dispuesto para que monsieur D. Lawson empezase su tarea.

—Después de todo, yo soy D. Lawson —indiqué a Annie—. Y puedo restaurar pinturas tan bien como mi padre. No veo, pues, la razón por la que haya de renunciar a ello.

—Pues yo sí —dijo Annie tristemente.

—Mi interés se siente espoleado. O me aceptan o paso el resto de mi vida enseñando. Los abogados de mi padre me han indicado la urgente necesidad de ganarme la vida. Ahora bien: imagino lo que debe ser enseñar dibujo a niños sin talento ni interés. O quizá pasar la vida junto a una vieja dispuesta a encontrar faltas a todo cuanto haga.

—Tiene usted que aceptar lo que venga, miss Dallas.

—Ya lo he pensado, y eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Esa decisión no va a gustar a nadie. Una cosa fue ir de acá para allá con su padre y trabajar con él, y otra muy distinta hacerlo usted sola.

—Cuando él murió terminé el encargo que había empezado en Mornington Towers, ¿se acuerda?

—Sí. Pero ir a Francia... a un país extranjero... ¡sola!

—No debes enfocar el problema de ese modo, Annie. Soy restauradora de pinturas.

—Bien, espero que no se olvide de que, además, es mujer. No vaya, miss Dallas —añadió—. No está bien. Tendrá muchas dificultades.

—¿Dificultades? ¿De qué clase?

—No... no muy recomendables. ¿Quién querrá luego casarse con una joven que ha estado en el extranjero sola?

—No busco marido, Annie, sino un empleo. Y voy a decirte otra cosa: mi madre tenía la misma edad cuando ella y su hermana vinieron a Inglaterra para vivir con una tía suya. A veces iban solas al teatro. ¡Imagínate! Y mi madre me contó que hizo algo todavía más atrevido. Cierta vez acudió a un mitin político en una bodega de Chancery Lane... Por cierto, fue allí donde conoció a papá. Si no hubiera sido atrevida, jamás se habría casado con un hombre como él.

—Siempre consigue dar una apariencia razonable a lo que se propone. Pero sigo diciendo que no está bien. Me siento convencida de ello.

Sin embargo, yo estaba tan segura de que todo saldría perfectamente que, luego de muchas reflexiones y controversias internas, decidí aceptar el desafío y trasladarme a *Château Gaillard*.

\*\*\*\*\*

Cruzamos el puente levadizo y cuando contemplaba los antiguos muros cubiertos de musgo y de hiedra, reforzados por los grandes contrafuertes, así como las torres cilíndricas y los tejados redondos con sus puntas cónicas, rogué para que no me rechazaran. Pasamos bajo la arcada y entramos en un patio, entre cuyas losas crecía la hierba. Me sorprendió el profundo silencio que reinaba allí. En el centro del patio había un pozo, rodeado por un parapeto con pilares de piedra que sostenían una cúpula. Unos cuantos escalones conducían a una galería, abierta a un lado del edificio, y pude ver las palabras «De la Talle» entrelazadas a una flor de lis tallada en el muro, sobre una puerta.

Joseph tomó mis maletas, las puso ante la puerta y gritó:

—¡Jane!

Apareció una criada, en cuyos ojos pude observar una expresión de profunda sorpresa. Joseph le dijo que yo era la señorita Lawson y que debería llevarme a la biblioteca, anunciar mi llegada y subir mis maletas a la habitación.

Estaba tan emocionada ante la idea de entrar en el castillo, que los nervios me dominaron. Seguí a Jane atravesando la gruesa puerta y entrando en un gran vestíbulo con paredes de las que colgaban magníficos tapices y armas. Observé en seguida dos o tres muebles estilo Regencia, entre ellos una gran mesa de madera tallada y dorada con magníficos calados como los que se hicieron tan populares en Francia a principios del siglo XVIII. Los tapices, que eran exquisitos y de la misma época que el mobiliario, procedían de Beauvais y tenían figuras al estilo de Boucher. Todo aquello era magnífico y el deseo de detenerme a examinarlo casi se superpuso a mi miedo; pero habíamos recorrido el vestíbulo y estábamos subiendo una escalera.

Jane apartó un pesado cortinaje y pisé una gruesa alfombra que contrastaba extraordinariamente con los escalones de piedra. Me encontraba en un corto y oscuro pasillo, al final del cual vi una puerta. Al abrirse apareció ante mi vista la biblioteca.

—Si la señorita quiere esperar...

Incliné la cabeza. La puerta se cerró y quedé sola.

La habitación tenía el techo muy alto, decorado con bonitas pinturas. Aquel lugar estaba lleno de tesoros y en modo alguno iba a permitir que me echaran de allí. Contemplé las paredes recubiertas de libros encuadernados en piel y vi también numerosas cabezas de animales disecados que parecían guardar ferozmente el recinto.

Me dije que el conde debía ser un gran cazador, y lo imaginé persiguiendo implacable a sus piezas.

Un reloj con un Cupido sobre su esfera adornaba la chimenea y a sus dos lados había jarros de Sèvres, de delicados colores. Las sillas estaban tapizadas y su madera decorada con flores y volutas.

Pero aunque aquéllos me impresionaron, me sentía demasiado intimidada para prestarles la debida atención. Imaginé mi entrevista con el formidable conde y ensayé mentalmente lo que iba a decirle. No estaba dispuesta a perder la dignidad. Tenía que mantenerme tranquila y no aparentar demasiado

interés. Ocultaría mi gran deseo de trabajar allí, de triunfar en mi propósito y de conseguir otros encargos. Estaba convencida de que mi futuro dependía de los siguientes minutos y ¡cuánta razón tenía en ello!

Escuché la voz de Joseph:

—Está en la biblioteca, señor.

Se oyeron unos pasos. Iba a enfrentarme a él, de un momento a otro. Me acerqué a la chimenea. Había en ella unos troncos no encendidos. Miré la pintura colocada sobre el reloj Luis XV, aunque sin verla. El corazón me latía apresurado, y me apretaba las manos esforzándome por contener su temblor cuando la puerta se abrió. Pretendí no darme cuenta, a fin de ganar unos segundos durante los que componer mi actitud.

Se produjo un breve silencio, y luego una voz fría exclamó:

—¡Qué cosa más extraordinaria!

El conde era un poco más alto que yo, aunque tengo una estatura aventajada. Sus ojos oscuros me miraban intrigados, pero su expresión sugería una predisposición amable. La larga y aguileña nariz indicaba arrogancia, pero los labios, algo gruesos, no resultaban severos. Llevaba un traje de montar muy elegante... quizá demasiado elegante. Lucía una corbata muy adornada y un anillo de oro en cada muñeque. Me pareció en extremo meticuloso, y no tan formidable como había conjeturado. Aquello debió haberme complacido, pero por el contrario, me sentí decepcionada, no obstante el hecho de que aquel hombre parecía demostrarme más simpatía que el temible conde de mis pesadillas.

—Buenos días —dije.

Avanzó unos pasos. Era más joven de lo que había supuesto. Tendría un año o dos más que yo. O tal vez fuéramos de la misma edad.

—Confío en que tenga usted la bondad de explicarme todo esto —dijo.

—Desde luego. He venido a trabajar en esas pinturas necesitadas de reparación.

—Esperábamos a un tal Monsieur Lawson.

—Me temo que sea imposible contar con él.

—¿Quiere decir que vendrá más tarde?

—No. Murió hace unos meses. Soy su hija y cumplo los compromisos adquiridos por él.

Pareció alarmarse.

—Señorita Lawson, esas pinturas tienen un valor extraordinario...

—Si no fuera así, no valdría la pena restaurarlas.

—Sólo permitiré que las maneje un experto.

—Yo soy un experto. Mi padre le fue recomendado a usted, y yo trabajaba como ayudante suyo. Su fuerte era la restauración de edificios... las pinturas corrían de mi cuenta.

Sin duda aquello significaría el final de la entrevista. «Está molesto porque le he colocado en una situación embarazosa. Jamás permitirá que me quede», pensé. Hice un desesperado esfuerzo para continuar:

—Si usted oyó hablar de mi padre, también oiría hablar de mí, puesto que trabajábamos juntos.

—No me ha explicado usted...

—Tengo entendido que el asunto es urgente, y por ello me pareció mejor venir cuanto antes. Si mi padre hubiera aceptado, yo hubiera venido con él.

—Síntese, por favor —me indicó.

Me senté en una silla de respaldo labrado, lo que me obligó a permanecer derecha, mientras él se dejaba caer en un taburete, extendiendo las piernas.

—¿Cree usted, señorita Lawson —preguntó lentamente—, que de habernos explicado que su padre había muerto habríamos declinado sus servicios?

—Yo creí que el objetivo de usted era hacer restaurar las pinturas y tenía la impresión de que lo importante era el trabajo, no el sexo de quien lo emprendiera.

Una vez más di muestras de aquella arrogancia que en realidad no era más que un signo exterior de mi ansiedad. Estaba convencida de que iba a echarme del castillo, pero debía luchar para impedirlo y demostrarle de lo que era capaz.

El conde tenía el ceño fruncido, cual si le costase trabajo tomar una decisión. De vez en cuando me miraba a hurtadillas. De pronto, se rió un poco, aunque sin alegría y dijo:

—Es raro que no nos escribiera y nos contara...

Me puse en pie. La dignidad lo exigía.

Él también se levantó. En pocas ocasiones me había sentido tan deprimida y triste como cuando empecé a caminar altivamente hacia la puerta.

—¡Un momento, señorita!

Había hablado primero, y esto me pareció una pequeña victoria. Lo miré por encima del hombro sin volverme.

—Sólo tenemos un tren diario —dijo—. A las nueve de la mañana. Si quiere tomar el de la línea principal, que va a París, tendrá que recorrer diez kilómetros.

—¡Oh! —exclamé no pudiendo impedir que la alarma se pintara en mi rostro.

—Como ve —continuó—, se ha puesto en situación algo apurada.

—Nunca creí que mis credenciales serían despreciadas sin ni siquiera examinarlas. Es la primera vez que vengo a Francia, y no estaba preparada para una acogida semejante. —Fue una frase feliz, cuyo efecto se hizo notar en seguida.

—Mademoiselle, le aseguro que será tratada en Francia con tanta cortesía como en cualquier otro país.

Me encogí de hombros.

—Supongo que habrá por ahí alguna fonda... un hotel donde pasar la noche, ¿verdad? —pregunté.

—Podemos ofrecerle nuestra hospitalidad.

—Es usted muy amable —respondí fríamente—, pero teniendo en cuenta las circunstancias...

—Antes ha hablado usted de credenciales.

—Poseo recomendaciones de gente que quedó muy complacida con mi trabajo. En Inglaterra trabajé en algunas grandes mansiones y se me confiaron obras maestras; pero ya veo que no está interesado en ello.

—No es verdad, mademoiselle. Sí que estoy interesado. Todo cuanto haga referencia a este castillo me interesa extraordinariamente. —Mientras hablaba, su rostro había cambiado, y ahora aparecía iluminado por una gran pasión: el amor a su vieja casa. Sentí cómo mi simpatía se despertaba. Yo habría obrado de modo parecido si aquel lugar hubiese sido mío. Continuó apresuradamente: —Debe usted admitir que mi sorpresa está justificada. Esperaba a un hombre de experiencia, y me encuentro de pronto ante una joven...

—Ya no soy tan joven, puede estar seguro.

No hizo esfuerzo alguno para refutar mi indicación. Parecía preocupado por sus propias ideas; sus emociones respecto al castillo; su indecisión sobre si debía permitir que una persona de cuyas facultades dudaba, se atreviera a tocar sus maravillosas pinturas.

—¿Quiere hacerme el favor de dejarme ver sus credenciales?

Retrocedí hasta la mesa y saqué del bolsillo superior de mi abrigo un montón de cartas que le entregué. Me hizo señas de que me sentara. También él se sentó y empezó a leer las cartas. Cruzé las manos sobre el regazo apretándolas fuertemente. Momentos antes creí haber perdido la partida; ahora no estaba ya tan segura del fracaso.

Mientras simulaba examinar la habitación, no dejé de observarle. Sin duda alguna trataba de decidir cómo obraría, lo cual me sorprendió porque había imaginado al conde incapaz de cualquier duda; como un ser que tomaba decisiones rápidas sin la menor vacilación ni inclinación a la prudencia, convencido de obrar siempre correctamente.

—Son cartas muy valiosas —dijo devolviéndomelas. Me miró cara a cara unos segundos y luego añadió tras vacilar ligeramente—: Creo que le gustará ver las pinturas.

—De nada me va a servir, puesto que no tengo que trabajar en ellas.

—Quizá le permita hacerlo, mademoiselle Lawson.

—¿Quiere decir...?

—Por el momento quédese aquí esta noche. Ha hecho un viaje muy largo y está cansada. Como es tan experta —añadió echando una ojeada a las cartas que yo conservaba en la mano— y ha recibido felicitaciones de gente tan ilustre, estoy convencido de que al menos le gustará ver esas pinturas. Tenemos algunas realmente notables, coleccionadas poco a poco en el transcurso de varios siglos, y creo que merecerán la atención de usted.

—Estoy segura, pero lo mejor será que me vaya al hotel.

—No se lo recomiendo.

—¿Por qué?

—Porque es pequeño y la comida no muy buena. Se sentirá más a gusto en el *Château*, estoy seguro.

—No quisiera causarle molestias.

—¡De ninguna manera! Insisto en que se quede. Permítame llamar a una criada para que la acompañe a su cuarto. Está ya preparado, aunque desde luego, no para una señorita. Ahora bien, no se preocupe. La criada le subirá algo de comer. Sugiero que descanse un rato antes de ver las pinturas.

—¿Significa esto que me va a permitir realizar la tarea?

—Antes quiero que nos dé su consejo.

Me sentí tan aliviada que mis sentimientos hacia él tomaron en seguida otro rumbo. La antipatía que me provocara unos momentos antes se convirtió en satisfacción.

—Haré lo que mejor pueda, monsieur le Comte.

—Sufre usted un engaño, señorita. Yo no soy el Comte de la Talle.

Me fue imposible dominar mi sorpresa.

—Entonces, ¿quién...?

—Soy Philippe de la Talle, primo del conde. No es a mí a quien debe complacer sino a él. Mi primo decidirá si debe o no confiarle la restauración de las pinturas. Puede estar convencida de que si

dicho acuerdo dependiera de mí, le rogaría que empezara sin pérdida de tiempo.

—¿Cuándo veré al conde?

—No se encuentra en el castillo, y seguirá ausente unos días. Sugiero que se quede aquí hasta su regreso. Entretanto puede examinar las pinturas, y luego darle una opinión sobre las mismas.

—¡Algunos días! —exclamé consternada.

—Me temo que sí.

Mientras se acercaba al cordón de la campana y tiraba de él, pensé: «Esto me da un respiro; por lo menos pasaré unos días en el castillo».

\*\*\*\*\*

La habitación debía encontrarse cerca del alcázar. El hueco de la ventana era lo suficiente ancho como para contener dos bancos de piedra, uno a cada lado; luego la abertura se estrechaba hasta convertirse en una tronera. Para mirar al exterior debía ponerme de puntillas; abajo estaba el foso y más allá vi árboles y viñedos. Me divertió constatar que aunque convencida de la incertidumbre de mi posición, no podía por menos de tomarle cariño a la mansión y a sus tesoros. Mi padre había sido igual. Las cosas más importantes para él fueron los monumentos antiguos, y luego las pinturas. Para mí, las pinturas ocupaban el primer lugar, pero, aunque en segundo término, había heredado también su pasión por los edificios.

El amplio cuarto estaba en la penumbra aun cuando fuera sólo media mañana, porque por pintoresca que resultara la ventana, apenas si dejaba pasar claridad alguna. Me sorprendió el grosor de las paredes, no obstante haber supuesto dicha condición. El enorme tapiz que cubría casi toda la superficie de un muro tenía un tono azulado, y en él destacaban figuras de pavos reales en un jardín lleno de fuentes con columnatas, mujeres reclinadas y galanes, todo ello muy a lo siglo XVI. La cama tenía dosel y un poco más allá distinguí una cortina. Al descorrerla vi que había lo que se llama una *melle* o habitación secundaria como era costumbre en los castillos franceses. Sus dimensiones le permitían contener un armario, un baño y un tocador sobre el que estaba colgado un espejo. Al verme reflejada en él me eché a reír.

Tenía aire de saber cumplir con mi misión. Mi aspecto era casi formidable, aunque algo desaliñado por causa del viaje. Llevaba el sombrero echado hacia atrás, lo que lo hacía aún más feo que de costumbre a la vez que ocultaba mi pelo largo, espeso y liso, único detalle bueno en mi fisonomía.

La criada trajo agua caliente y me preguntó si me gustaría un plato de pollo frío y una botella du vin du pays. Le dije que me vendría perfectamente. Me alegré cuando se hubo retirado, porque su evidente curiosidad y nerviosismo no cesaban de recordarme el imprudente paso que acababa de dar.

Me quité el abrigo y el poco favorecedor sombrero; retiré las horquillas y dejé que el pelo me cayera sobre los hombros. ¡Qué diferente estaba ahora! No sólo parecía más joven sino también más vulnerable: la verdadera muchachita asustada que se ocultaba tras un exterior lleno de aplomo. Me dije que valía más no perder de vista este detalle. Estaba orgullosa de mis cabellos, de un color castaño oscuro, con algunos mechones algo más claros a los que la luz arrancaba destellos casi rojos.

Me restregué de pies a cabeza en la bañera, sintiéndome muy aliviada. Me puse ropa interior

limpia, una falda gris de merino y una blusa de cachemira ligera, que hacía juego con aquélla. La blusa tenía un cuello alto que se abotonaba por detrás y me aseguré de que me diera aspecto de mujer de treinta años, cuando me hubiera vuelto a recoger los cabellos. No me gustaba mucho el color gris, porque he preferido siempre los tonos más alegres. Comprendí instintivamente que unos toques azul, verde, rojo o lavanda hubieran dado carácter a mi falda gris, pero aunque me causara gran placer mezclar los matices para obtener belleza, nunca había hecho tales experimentos con mis propios vestidos. Las batas que llevaba para trabajar eran de color marrón, sencillas y severas como las de mi padre. En realidad usaba casi siempre las suyas, que aunque algo anchas me quedaban bastante bien.

Mientras me abotonaba la blusa llamaron a la puerta. Me miré en el espejo del tocador. Tenía las mejillas un poco encendidas y con el pelo suelto casi hasta la cintura y desplegado sobre los hombros como una capa, mi aspecto era muy diferente al de la circunspecta mujer que poco antes entrara en el castillo.

—¿Quién es? —pregunté.

—Traigo su comida, señorita.

Mientras la criada entraba en la habitación, me sostuve el pelo con una mano y con la otra retiré un poco la cortina.

—Déjelo ahí, por favor.

Así lo hizo y se retiró. Me di cuenta entonces del hambre que tenía, y acercándome a la bandeja la inspeccioné. Había un muslo de pollo, una rebanada de pan todavía caliente, mantequilla, queso y una botella de vino. Me senté a comer. Aquello era delicioso. El vino del país estaba hecho con uvas maduradas en las propias vides.

La comida y el vino me dieron sueño. Me sentía cansada. Había viajado todo un día y una noche sin casi dormir ni comer.

Me sentí invadida por cierta displicente satisfacción. De todos modos, iba a permanecer algún tiempo en el castillo, y vería los tesoros que se guardaban en él. Recordé otras veces en que estuve con mi padre en grandes mansiones, y la satisfacción que me causaba encontrar en ellas alguna rara obra de arte. Mi admiración y mi contento eran tales que se igualaban sin duda a la alegría de su creador. Experiencias similares me estaban aguardando en el castillo... siempre y cuando fuera a quedarme en él para disfrutarlas.

Al cerrar los ojos, me pareció sentir el bamboleo del tren. Imaginé la vida en el castillo y sus alrededores. Los campesinos cuidando las viñas y regocijándose con la vendimia. Me pregunté si habría nacido el niño de la aldeana y si sería varón. Imaginé lo que el primo del conde estaría pensando de mí... o ¿acaso me había olvidado ya por completo? Me dormí y en sueños recorrí una galería de arte y me puse a limpiar una pintura cuyos colores emergían más brillantes que ninguno de cuantos hubiera visto hasta entonces... Vi esmeraldas sobre o contra fondo gris... escarlata y dorado.

—Mademoiselle...

Me levanté de un salto y por unos momentos no pude recordar dónde me hallaba. Ante mí había una mujer pequeña, flaca, con el ceño fruncido sugiriendo más temor que enfado. Su pelo gris estaba peinado en rizos y tirabuzones, y ahuecado todo lo posible en una vana tentativa para ocultar su escasez. Sus ojos grises me escudriñaron ansiosos bajo las cejas fruncidas. Llevaba una blusa blanca adornada con lacitos color de rosa y una falda azul oscuro. Sus manos nerviosas tiraban del lacito que lucía en el cuello.

—Me he dormido —dije.

—Debe estar muy cansada. Monsieur de la Talle me ha indicado que la lleve a la galería, pero quizá prefiera usted descansar un poco más.

—¡Oh! No, no. ¿Qué hora es?

Consulté el reloj de oro que había pertenecido a mi madre y que llevaba prendido de la blusa. Al hacerlo, me di cuenta de que el pelo me caía sobre los hombros y me sonrojé ligeramente. Lo eché hacia atrás en seguida y dije:

—Estoy tan cansada que me quedé dormida. He viajado toda la noche.

—Lo comprendo. Volveré luego.

—Es usted muy amable. ¿Quiere decirme su nombre? Ya debe saber que yo soy miss Lawson, llegada de Inglaterra para...

—Sí, sí. Esperábamos a un caballero. Yo soy mademoiselle Dubois, la institutriz.

—¡Oh!... no sabía... —me callé. ¿Cómo podía saber la identidad de los diversos moradores del castillo? Me desconcertaba llevar el pelo caído sobre los hombros. Y aquello me produjo un tartamudeo que en modo alguno estaba de acuerdo con mi severa actitud de antes.

—¿Le parece bien que vuelva en... digamos media hora?

—Deme diez minutos para ponerme presentable, y me sentiré muy feliz de aceptar su amable ofrecimiento, señorita Dubois.

La tensión desapareció de su rostro y sonrió ligeramente. Cuando se hubo marchado volví a entrar en la *melle* y me miré al espejo. ¡Qué espectáculo! Tenía la cara sonrojada y los ojos brillantes y mi pelo estaba en desorden. Lo aparté de mi frente y lo recogí en un grueso moño que quedó asegurado en la parte superior de mi cabeza, lo que me hacía parecer aún más alta. El sonrojo fue disminuyendo y mis pupilas adoptaron un color gris más sosegado. Tenían una pátina como de agua tranquila y reflejaban los colores de mis ropas, del mismo modo que el cielo hace cambiar el color del mar. Por tal motivo, debía haber llevado siempre tonos verdes y azules, pero luego de llegar a la conclusión de que mis cualidades no debían basarse en el atractivo personal, y que si quería ganar la confianza ajena debía presentarme como mujer llena de experiencia, cultivaba los matices tristes y daba a mi persona un aspecto severo, creyéndolo el arma más adecuada para una mujer que libra sola sus propias batallas. Mi boca se cerró con firmeza, adoptando un aire decidido, y para cuando mademoiselle Dubois estuvo de regreso, me sentía dispuesta a representar mi papel perfectamente.

Me miró perpleja, de lo que deduje la mala impresión que debí causarle la primera vez. Sus ojos se fijaron en mi cabeza y experimenté cierta malévolta satisfacción al decirme que no había un pelo fuera de su lugar, y que mi peinado era pulcro y severo como a mí me gustaba.

—Lamento haberla molestado antes. —Su tono resultaba quizá demasiado modesto. El pequeño episodio había pasado ya, y fue culpa mía si me dormí y no la oí llamar.

Así se lo dije y añadí:

—¿De modo que monsieur de la Talle le ha pedido que me muestre la galería? Estoy impaciente por ver estas pinturas.

—Yo entiendo poco de eso, pero...

—Usted me dijo que era la institutriz. ¿De modo que hay niños en el *Château*?

—Sólo Geneviève. Monsieur le Comte no tiene más que una hija.

Mi curiosidad iba en aumento, pero preferí no formular preguntas. Ella vacilaba como si quisiera

hablar, y por mi parte me sentía dominada por el deseo de saber más detalles, pero seguí siendo dueña de mí misma, al tiempo que aumentaba mi optimismo. Era extraordinario el bien que me habían hecho aquel breve descanso y la comida, el baño y el cambio de vestidos. La mujer suspiró.

—Geneviève es una niña muy difícil.

—Todos los niños suelen serlo. ¿Qué edad tiene?

—Catorce años.

—Pues entonces no debe ser tan laborioso gobernarla.

Me dirigió una mirada irónica y su boca se torció ligeramente.

—Desde luego, mademoiselle Lawson, usted no conoce a Geneviève.

—Estará mimada, ¿verdad? Siendo hija única...

—¿Mimada? —Su voz adoptó un tono extraño, como de miedo o de aprensión que no pude identificar completamente—. Bueno... también puede ser que haya algo de eso.

Pensé que se trataba de una mujer inadecuada para aquella tarea. Saltaba a la vista. Yo nunca hubiera tomado una persona así como institutriz. Ahora bien: si había sido capaz de conseguir aquel empleo, mis posibilidades de llegar a la meta se incrementaban, ya que sin duda, poseía mejores condiciones que aquella pobre mujer. Posiblemente el conde consideraba la educación de su hija asunto de tanta importancia como la restauración de las pinturas. Pero no tenía una certeza absoluta, y me sentía impaciente de enfrentarme a aquel hombre.

—Puedo asegurarle, mademoiselle Lawson, que es imposible dominar a esa niña.

—Quizá no la trata usted con la debida severidad —comenté con expresión ligera. Y cambiando en seguida de tema, añadí—: Este lugar es muy grande. ¿Está cerca esa galería?

—Yo le mostraré el camino. Si fuera sola, se perdería. A mí también me pasó, e incluso ahora me encuentro a veces en dificultades.

Me dije que tratándose de una mujer como ella, esto era perfectamente natural.

—Debe llevar usted aquí bastante tiempo —comenté para entablar conversación, mientras salíamos del cuarto y recorríamos un pasillo que nos condujo a un tramo de escalera.

—Sí, mucho tiempo... Ocho meses.

Me eché a reír.

—¿Y llama usted a eso mucho tiempo?

—Las otras no duraron tanto. Nadie pasó de medio año.

Dejé de examinar el labrado de la barandilla para imaginarme a la hija de la casa y ponderar los conflictos de mademoiselle Dubois. Al parecer, Geneviève estaba tan mimada que era difícil asignarle institutriz. Y en cuanto al rey del castillo, era incapaz de dominar a su hija. Tal vez no se preocupara demasiado. ¿Y la condesa? Era extraño que mademoiselle Dubois hubiera mencionado a la hija, sin aludir nunca a la madre, la cual, naturalmente, debía existir. A lo mejor estaba con el conde, y por eso me había recibido su primo.

—No ceso de pensar que lo mejor sería marcharse de aquí —continuó—. Pero lo malo es que...

No terminó ni fue necesario porque la comprendí en seguida. ¿Adónde podrá ir...? Me la imaginé viviendo en algún cuchitril maloliente... o quizá con su familia... Pero en cualquier caso tendría que ganarse la vida. Muchas como ella renunciaban a su dignidad y a su orgullo a cambio de alimento y cobijo. ¡Oh, sí! La comprendía perfectamente. Porque se trataba de algo que podría sucederme a mí también, cuando me convirtiera en una mujer sin recursos. ¿Existe algo más difícil de compaginar que

la buena educación y la pobreza? Acostumbrada a ser tomada por una señora y habiendo sido educada incluso mejor que las personas de posición, estaría condenada a humillantes limitaciones, o bien a vivir en un estado intermedio entre la vulgaridad de los sirvientes y la comodidad de la familia, algo así como morar en una especie de limbo. Resultaba intolerable, y, sin embargo, en muchos casos era imposible de evitar. ¡Pobre mademoiselle Dubois! Nunca hubiera podido imaginar la compasión y el miedo que despertaba en mí.

—Todos los trabajos tienen sus desventajas —indiqué.

—¡Oh, sí! Desde luego. Y aquí más todavía...

—Este castillo parece un almacén de tesoros. Creo que las pinturas valen una fortuna.

—Efectivamente, así lo he oído decir —repuso con voz apagada.

Alargué una mano para tocar el tejido que cubría las paredes. Era un lugar encantador, pero los edificios antiguos requieren una constante atención. Habíamos penetrado en un amplio recinto como los que en Inglaterra se llaman solariums y que están planeados para que el sol los ilumine, y me detuve a examinar un escudo que adornaba la pared. Me pregunté si habría pinturas murales bajo el encalado. Era muy posible. Recordé la emoción de mi padre cuando cierta vez descubrió unas valiosas pinturas que habían permanecido ocultas durante un par de siglos. ¡Qué triunfo significaría para mí un descubrimiento similar!

Sin embargo, la posible satisfacción personal era sólo relativa para mí, y sólo la idea se me había ocurrido como consecuencia de la curiosa recepción de que fui objeto. El triunfo, en realidad, iba a ser del arte, como ocurre siempre que se logran tales descubrimientos.

—El conde debe estar muy orgulloso de ellas.

—No... no lo sé.

—Al menos le preocupan lo suficiente como para desear que se las examine y, en caso necesario, se las restaure. Los tesoros artísticos son un legado de los siglos. Resulta un privilegio poseerlos y hay que recordar que el arte... el arte grande... no pertenece a una persona determinada.

Me callé. Como hubiera dicho mi padre, no debía dejarme llevar por mi obsesión favorita. Siempre me advertía: «Para quienes se interesan por dichos temas, tu modo de pensar puede ser atractivo; para los demás, un tema sumamente aburrido».

Estaba en lo cierto. Mademoiselle Dubois quedaba comprendida en la segunda categoría.

Se rió con risita cascada, sin el menor rastro de alegría o de placer.

—Es poco probable que el conde me comunicara sus opiniones sobre ello.

«Desde luego», pensé. «Tampoco yo lo haría».

—¡Vaya! —murmuré—. Espero no haberme perdido. ¡Oh, no! Es por aquí.

—Estamos casi en el centro del castillo —indiqué—. Ésta es la estructura original. Nos encontramos debajo mismo de la torre redonda.

Me miró incrédula.

—La profesión de mi padre era restaurar viejas mansiones —le expliqué—. Y aprendí muchas cosas de él ya que trabajábamos juntos.

Por un momento pareció lamentar aquel aspecto de mi persona tan contrario a su carácter. Casi con severidad me dijo:

—Esperaban a un hombre.

—Sí; a mi padre. Tenía que haber venido hace tres años, pero por alguna razón desconocida se

aplazó la entrevista.

—¡Tres años! —exclamó con expresión meditabunda—. Entonces fue cuando...

Esperé a que continuara, pero no lo hizo.

—Usted no estaba aquí todavía, ¿verdad? —le pregunté—. Mi padre iba a venir, pero de manera inesperada le comunicaron que la fecha no era conveniente. Murió hace casi un año y yo he continuado su trabajo. Por eso estoy aquí.

Me miró como si todo aquello fuera muy poco normal, con lo cual yo estuve de acuerdo, aunque sin manifestarlo puesto que no tenía intención de revelarles mis sentimientos del mismo modo que ella revelaba los suyos.

—Para ser usted inglesa, habla el francés muy bien —comentó.

—Hablo los dos idiomas por igual. Mi madre era francesa y mi padre inglés.

—¡Qué suerte... teniendo en cuenta las circunstancias! Siempre es bueno dominar dos lenguas.

Mi madre había dicho que yo tenía un carácter demasiado protector, y que era necesario modificarlo. Aquel trazo de mi personalidad se había hecho más evidente después de fallecer mi padre. Éste comentó en cierta ocasión que yo era como un barco que disparaba todos sus cañones a la vez para demostrar que estaba bien equipado para defenderse, si otro se disponía a disparar sobre mí.

—Tiene razón —concedió mademoiselle Dubois dócilmente—. Ésta es la galería donde se encuentran los cuadros.

A partir de aquel momento me olvidé de ella. Me encontraba en una larga estancia iluminada por varios ventanales y de cuyas paredes colgaban las famosas pinturas. Incluso con el descuido en que eran conservadas, me parecieron espléndidas, y un rápido examen de las mismas fue suficiente para hacerme comprender su valor. Pertenecían casi todas a la escuela francesa. Reconocí un Poussin y un Lorrain puestos uno junto al otro, y me sorprendió como nunca la fría disciplina del primero y el intenso dramatismo del segundo. Me dejé envolver por la pura luz solar del paisaje de Lorrain y me hubiera gustado indicar a mi acompañante que aquellas pinceladas ligeras y suaves debían haber sido aprendidas de Tiziano, y señalarle los pigmentos oscuros superpuestos a los colores vivos para producir tan pasmosos efectos de luz y de sombras. Había también un Watteau con sus delicados arabescos y sus tonos amables, no obstante representar la atmósfera cargada que reina antes de estallar una tormenta. Avancé como en un trance, pasando de un primitivo Boucher pintado antes de su declinar en un perfecto ejemplo de estilo rococó, a un alegre Fragonard.

Me irrité al observar hasta qué punto aquellos cuadros necesitaban atención urgente. ¿Cómo era posible que los tuvieran en semejante abandono? Algunos estaban muy oscurecidos, otros aparecían recubiertos de una película brumosa que nosotros llamamos «floración» y unos cuantos tenían rayas o manchas de agua. Era visible el ácido oscuro dejado por las moscas y en algunos lugares la pintura había saltado. Vi también quemaduras como si alguien hubiera acercado una vela.

Fui pasando en silencio de una pintura a otra, abstraída de todo lo demás. Calculé que había por lo menos un año de trabajo y que quizá se presentaran aún más complicaciones, como suele ocurrir cuando semejantes telas se examinan más de cerca.

—¿Los encuentra usted interesantes? —preguntó mademoiselle Dubois, con expresión apática.

—Me parecen de enorme interés, y desde luego necesitan cuidados.

—Entonces, es de suponer que empezará usted su trabajo en seguida.

Me volví para mirarla.

—No estoy segura de conseguir este empleo. Como usted ve, soy mujer, y en consecuencia no se me considera capacitada para tales menesteres.

—Es una tarea muy poco normal para mujeres.

—Yo no lo creo así. Cuando se tiene talento, la cuestión del sexo carece de importancia.

Se volvió a reír neciamente.

—Pero hay trabajos de hombre y trabajos de mujer.

—También hay institutrices y tutores, ¿verdad? —Confíe en haberme expresado con toda claridad, ya que no tenía el propósito de continuar aquella inútil conversación y era mejor cambiar de tema.

—Desde luego, todo depende del conde —añadió—. Si es hombre con prejuicios...

Una voz no lejana gritó:

—¡Quiero conocerla, Nounou! Quiero verla. Esquilles la ha llevado a visitar la galería.

Miré a mademoiselle Dubois. ¡Esquilles! Astillas. Comprendí en seguida la alusión. Sin duda debía haberse oído llamar con frecuencia de aquel modo.

Una voz baja y tranquila dijo algo.

—Vamos, Nounou —la apremió su acompañante—, no seas estúpida. ¿Acaso crees que podrás detenerme?

La puerta de la galería se había abierto de par en par, y la jovencita a la que en seguida reconocí como a Geneviève de la Talle se hallaba ante mí. Llevaba el pelo oscuro suelto y deliberadamente desordenado; sus bonitos ojos castaños brillaban de contento; lucía un vestido azul que sentaba muy bien a sus trazos morenos. Aunque nadie me lo hubiera dicho, me habría dado cuenta en seguida de que se trataba de una niña indomable.

Me miró fijamente y yo le devolví la mirada. Luego dijo en inglés:

—Buenas tardes, miss.

—Buenas tardes, mademoiselle —respondí en la misma lengua.

Pareció divertida y entró en la habitación. Vi que la seguía una mujer de pelo gris, evidentemente la institutriz a la que había llamado Nounou. Probablemente se cuidaba de la niña desde que ésta nació, contribuyendo a su mal carácter.

—¿De modo que viene de Inglaterra? —dijo—. Esperábamos a un hombre.

—Sí, esperabais a mi padre. Hemos trabajado juntos, pero como él ha muerto y por lo tanto le es imposible venir, soy yo quien trata de cumplir sus compromisos.

—No lo entiendo —declaró.

—¿Quieres que hablemos en francés? —le pregunté en dicha lengua.

—No —replicó imperiosamente—. Sé hablar el inglés muy bien. —Y añadió—: Soy mademoiselle de la Talle.

—Me lo suponía —dije. Y volviéndome hacia la anciana la saludé sonriente.

—Estas pinturas son muy bellas —comenté dirigiéndome tanto a ella como a mademoiselle Dubois—, pero es evidente el abandono en que se hallan.

Ninguna de las dos me contestó, pero la jovencita, evidentemente irritada porque no le hacía caso, me dijo bruscamente:

—Eso a usted no le importa. No van a permitir que se quede.

—¡Cállate! —le susurró Nounou.

—No me llamaré. No quiero. Espera a que venga mi padre y verás.

—¡Vamos, vamos, Geneviève!

La mirada ansiosa de la institutriz se posaba en mí como pidiéndome perdón por los malos modales de su pupila.

—¡Ya lo verá! —insistió la jovencita mirándome—. Usted cree que se va a quedar, pero mi padre...

—El carácter de tu padre es como el tuyo, nada en el mundo me hará permanecer en esta casa —dije.

—Le ruego que hable inglés cuando se dirija a mí.

—Pues parece ser que has olvidado esa lengua, del mismo modo que olvidaste tu buena educación.

Se echó a reír, y librándose de la mano de la institutriz se acercó a mí.

—Sin duda me considera usted una antipática —dijo.

—No estoy considerando nada.

—¿En qué piensa pues?

—Por el momento, en estas pinturas.

—¿Son más interesantes que yo?

—Infinitamente —repuse.

No supe qué contestarme. Se encogió de hombros y alejándose un poco, dijo enfurruñada:

—Bueno, y a la he conocido. No es guapa ni joven.

Sacudí la cabeza y salí corriendo de la habitación.

—Debe usted perdonarla, mademoiselle —murmuró la anciana institutriz—. Está de mal humor. Intenté impedir que viniera. Me temo que la haya molestado.

—Nada de eso —repuse—. La niña no es cosa mía... por fortuna.

—¡Nounou! —llamó la jovencita tan imperiosamente como antes—. Ven en seguida.

La institutriz salió. Levantando las cejas miré a mademoiselle Dubois.

—Está de mal humor. No hay quien la domine. Lamento...

—Y yo lo lamento por usted y por la institutriz.

Pareció alegrarse.

—Hay niñas difíciles pero nunca encontré a ninguna como ésta...

Miró furtivamente hacia la puerta, lo que me hizo pensar si Geneviève no añadiría a sus otras encantadoras características el escuchar tras de las puertas.

«¡Pobre mujer!», pensé. «No quiero disgustarla más diciéndola que es una tonta por sufrir semejante tratamiento».

—Si no le importa dejarme aquí, examinaré las pinturas —propuse.

—¿Sabrá encontrar el camino hacia su cuarto?

—Estoy convencida. He ido fijándome bien mientras veníamos. Recuerde que estoy acostumbrada a estas viejas mansiones.

—Entonces, aquí la dejo. Y si quiere algo, llame.

—Gracias por su ayuda.

Salió sin hacer ruido, y yo me volví hacia los cuadros. Pero estaba demasiado nerviosa para concentrarme en ellos. ¡Qué casa tan extraña! La chiquilla era imposible. ¿Qué vendría después?

¿Cómo serían el conde y la condesa? ¿Qué impresión les causaría? Geneviève era mal educada, egoísta y cruel, y el haberlo descubierto sólo en cinco minutos me parecía desconcertante. ¿Qué clase de ambiente reinaba allí para haber producido semejante criatura?

Contemplé los muros recubiertos de pinturas abandonadas y me dije que quizá lo más prudente sería marcharse a primera hora de la mañana. Luego de pedir perdón a monsieur de la Talle, y convenir en que hice una tontería al trasladarme allí.

Deseaba escapar a un hado que desde mi encuentro con mademoiselle Dubois (la pobre «Astillas») imaginaba terrible. Había deseado ser la continuadora de un trabajo que tanto amaba, y por dicha causa me había trasladado a Francia, engañándome a mí misma y corriendo el peligro de ser insultada.

Estaba tan convencida de que debía marcharme, que incluso creí que mi instinto me impulsaba a ello. En tal caso, lo mejor era no seguir examinando aquellos cuadros, sino irme a la habitación que me había sido asignada, tratar de descansar y prepararme para el largo viaje de regreso al día siguiente.

Me acerqué a la puerta, pero al querer girar el pomo vi que éste no se movía. Aunque pareciera extraño, durante unos segundos sentí profundo pánico, imaginando estar prisionera y no poder escapar. Me pareció como si los muros se abatieran sobre mí.

Mi mano descansaba lacia sobre el pomo cuando la puerta se abrió, y Philippe de la Talle apareció ante mí. Comprendí entonces que la puerta no cedía por estar él presionando desde el otro lado.

Imaginé que no confiaban en mí, y pensaban que debía haber alguien siempre vigilándome a fin de impedir que robase algo. Pero luego me dije que aquello era absurdo. Y yo no tenía la costumbre de pensar sin lógica. Sin embargo, llevaba dos noches casi sin dormir, me sentía preocupada por mi futuro, y por tal causa resultaba comprensible que no actuara de acuerdo con mi verdadero carácter.

—¿Se marchaba usted, mademoiselle?

—Sí. Iba a mi habitación. Al parecer de nada sirve quedarse aquí. He decidido partir mañana. Quiero darle las gracias por su hospitalidad y lamento haberle causado tantas molestias. En realidad no debí haber venido.

Enarcó las cejas.

—¿Ha cambiado de idea? ¿Considera que las reparaciones son demasiado importantes para usted?

Me sonrojé de irritación.

—¡En modo alguno! —repuse—. Estas pinturas se encuentran en... un abandono criminal... Pero es sólo opinión de un artista. He restaurado otras mucho peores. No. No se trata de eso, sino de que será mejor para usted encontrar a una persona... de su propio sexo, detalle que parece considerar tan importante.

—Mi querida mademoiselle Lawson —dijo casi amablemente—, la decisión descansa en mi primo, a quien pertenecen estas telas... y en realidad, todo el castillo. Lo tendremos aquí dentro de algunos días.

—De todos modos, creo que debo marcharme mañana. Le pagaré su hospitalidad haciendo un cálculo de lo que costaría restaurar una de esas pinturas. Acaso les resulte útil cuando encuentren a otra persona.

—Temo que mi sobrina se haya portado mal con usted —dijo—. Mi primo se enfadará. No haga

caso de esa niña. Cuando su padre está ausente, resulta ingobernable. Él es el único capaz de hacerla entrar en razón.

«Creo que tú también le tienes miedo», pensé. Y sentí casi tantos deseos de ver al conde, como de trabajar en las telas.

—Mademoiselle, ¿quiere quedarse unos días y por lo menos saber lo que mi primo opina de todo esto?

Vacílé y luego repuse:

—Bien. Me quedaré.

Pareció aliviado.

—Me voy a mi cuarto —añadí—. Ahora estoy demasiado cansada para concentrarme. Mañana realizaré un meticuloso estudio de las pinturas y cuando su primo vuelva podré darle mi apreciación exacta.

—¡Excelente! —exclamó haciéndose a un lado para dejarme pasar.

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente, sintiéndome perfectamente descansada luego de una buena noche de reposo, me levanté llena de entusiasmo. Quería echar una ojeada al castillo y explorar sus alrededores. Me hubiera gustado ver la pequeña ciudad cuya vieja iglesia me había llamado la atención por ser de casi la misma época que el castillo. Y posiblemente también el Ayuntamiento sería antiguo.

La cena de la noche anterior servida en mi habitación había sido excelente. Aquella mañana sentía un gran optimismo. Me lavé y me vestí, y en seguida toqué el timbre pidiendo el desayuno. Había café caliente, pan casero y mantequilla, todo ello delicioso.

Mientras comía repasé los acontecimientos de la jornada anterior, que ya no me parecieron tan raros como durante la noche. Aún me quedaba por descubrir qué clase de familia era aquella. Por el momento sólo había podido entrever que la formaban personas poco corrientes. El primo Philippe, a cargo de todo durante la ausencia de los dueños; una niña mal educada que se comportaba pésimamente cuando su padre no podía corregirla, y en cuya presencia debía sentir un miedo terrible; la débil e ineficaz institutriz y la pobre y gris señora Nounou, la nurse que tampoco ejercía dominio alguno sobre su pupila. Además, estaba el lacayo Joseph y numerosos sirvientes, varones y hembras, encargados de cuidar tan enorme residencia. Aunque, en principio, nada hubiera de especial en todo aquello, sentía cierta sensación de misterio. ¿Se debía quizá al tono que todos empleaban al referirse al conde? Evidentemente, no sólo lo temía la niña sino también los demás. Todo dependía de él, incluso mi estancia allí o mi partida inmediata.

Seguí mi camino hasta la galería, donde disfruté de una pacífica mañana examinando las pinturas y tomando notas de los daños que sufría cada una. Era una tarea fascinadora, y me sorprendió ver con cuánta rapidez pasaba el tiempo. Absorta en todo aquello me olvidé de la familia y me sorprendí cuando una criada llamó a la puerta para anunciar que eran las doce, y que si lo deseaba me serviría la comida en mi cuarto.

Me di cuenta de que tenía apetito, y respondí que me complacería mucho. Recogí mis papeles y regresé a mi habitación, donde la criada me sirvió una deliciosa sopa, seguida de carne y ensalada, y como final queso y frutas. Me pregunté si comería siempre sola mientras estuviera allí... Suponiendo

que mereciese la aprobación del señor conde. Empezaba a pensar en él como dueño y señor del castillo y me repetía con expresión burlona: «Los demás quizá le teman, monsieur le Comte; pero yo no».

La tarde no era el mejor momento para trabajar, según me había dictado la experiencia; además necesitaba un poco de ejercicio. Desde luego, no podía explorar el castillo sin permiso; pero si echar una ojeada a los terrenos circundantes.

No encontré dificultad en hallar la salida al patio al que Joseph me había llevado anteriormente; pero en vez de dirigirme al puente levadizo crucé la galería descubierta que conectaba el edificio principal con una parte del castillo construida posteriormente, y, pasando por otro patio, me encontré en la parte sur. Había allí unos jardines y me dije que si bien el conde descuidaba sus pinturas, no hacía lo mismo con las plantas, porque eran objeto de grandes atenciones.

Tenía ante mí tres terrazas. En la primera había unos prados y fuentes, e imaginé que en primavera las flores serían preciosas ya que incluso entonces, en pleno otoño, tenían mucho colorido. Avancé por un sendero de piedra hasta la segunda terraza, adornada con unos parterres separados entre sí por setos limpiamente cortados en diferentes formas, predominando la flor de lis. «Muy típico de monsieur le Comte», pensé. En la más baja de las terrazas había un huerto; aunque también con aire ornamental, pulcramente dividido en cuadrados y rectángulos, algunos separados de los demás por espalderas recubiertas de parra. Todo el conjunto estaba bordeado por árboles frutales.

El lugar permanecía desierto. Me dije que los jardineros estarían durmiendo la siesta, porque incluso en aquella época del año el sol apretaba de firme. Seguramente volverían al trabajo sobre las tres, continuando hasta el atardecer. Debía haber muchos para tener el lugar tan bien cuidado.

Me encontraba bajo los árboles frutales cuando escuché una voz que me llamaba:

—¡Señorita, señorita!

Al volverme vi que Geneviève corría hacia mí.

—La he visto desde mi ventana —dijo. Y poniéndome una mano sobre el brazo señaló al castillo—. ¿Ve la de la derecha junto al tejado? Pues es la mía. Forma parte del departamento de los niños. —Al decir esto, hizo una mueca. Se expresaba en inglés—. Lo que acabo de decir, lo he aprendido de memoria —explicó—, a fin de demostrarle que domino su idioma. Pero ahora, hablaremos en francés.

Tenía un aspecto distinto, más tranquilo que el día anterior, y aunque un poco travieso, más adecuado a lo que cabía esperar de una jovencita de catorce años, perfectamente educada. Comprendí que estaba viendo a Geneviève en un momento de normalidad.

—Como quieras —contesté en el mismo idioma.

—Me gustaría hablar en inglés con usted, pero como ya le he dicho, no lo domino bastante.

—Tu acento no es muy claro. Pero imagino que debes tener un vocabulario extenso.

—¿Es usted institutriz?

—No. Nada de eso.

—Pues debería serlo. Lo haría muy bien —se echó a reír—. Y no tendría que disimular su verdadero carácter, ¿no cree?

—Estoy dando un paseo —repose fríamente—. Así es que... adiós.

—¡Oh, no! No se vaya. He bajado para hablar con usted. En primer lugar, quiero decirle que lamento lo ocurrido ayer. Me porté mal, ¿verdad? Y usted se mostró tan fría... pero tenía que hacerlo. Eso es lo que suele esperarse de una inglesa.

—Soy medio francesa —dije.

—Eso le da cierto genio. Observé que estaba realmente enfadada. Sólo su voz era fría, pero por dentro sentía una gran irritación, ¿verdad?

—Era natural. ¿Cómo es posible que una jovencita bien educada como tú se muestre descortés con una invitada a su casa?

—Recuerde que no está usted invitada, sino que ha venido aquí para...

—Creo que es mejor no continuar esta conversación. Acepto tus excusas, y ahora me voy.

—He bajado especialmente para hablar con usted.

—Pues yo bajé a pasear.

—¿Por qué no hablamos?

—Yo no te he invitado a acompañarme.

—Tampoco la invitó mi padre a venir a Gaillard y usted ha venido. —Apresuradamente añadió —: Me alegro de que esté aquí... Quizá me permita acompañarla.

Estaba intentando arreglar las cosas, y como por mi parte no quería mostrarme en exceso grosera, le sonreí.

—Cuando sonrío parece más bonita —comentó—. Bueno —dijo ladeando la cabeza—. No exactamente bonita, pero sí más joven.

—Todos tenemos un aspecto mejor al sonreír. No lo olvides.

Se rió sonora y espontáneamente. Sin darme cuenta, yo hice lo propio. Aquello la complació. A mí también me agradaba su compañía porque la gente me ha interesado siempre tanto como las pinturas. Mi padre lo llamaba curiosidad ociosa, pero era un sentimiento muy fuerte en mí, y quizá hubiera obrado mal al reprimirlo.

Deseaba la compañía de Geneviève. La había visto presa de mal humor, y en cambio ahora se mostraba vivaracha y curiosa. Y ¿quién era yo para criticar la curiosidad ajena cuando la sentía también profundamente?

—Vamos a dar un paseo —propuso—. Le mostraré lo que quiera ver.

—Gracias, será muy agradable.

Se rió de nuevo.

—Espero que le guste, señorita. Si hablamos en inglés, ¿pronunciará lentamente para que pueda entenderla?

—Desde luego.

—¿Y promete no reírse si digo alguna tontería?

—No me reiré. Admiro tu deseo de mejorar el inglés.

Sonrió de nuevo, y comprendí que estaba pensando en cómo debía portarme yo en calidad de institutriz.

—No soy muy buena —añadió—. Todos me temen.

—Lo que pasa es que se sienten molestos y disgustados por el modo tan poco agradable con que a veces te comportas.

Aquello la divirtió; pero se puso seria casi inmediatamente.

—¿Tuvo usted miedo de su padre? —me preguntó en francés.

Me di cuenta de que su interés en aquel tema la obligaba a emplear el lenguaje más familiar.

—No —contesté—. Aunque a veces sentía un gran respeto hacia él.

—¿Cuál es la diferencia?

—Se puede respetar a la gente, admirarla, cuidarla, temer ofenderla. Pero eso no es miedo.

—Sigamos en francés. Esta conversación es demasiado interesante para emplear otra lengua.

«Tiene miedo de su padre», pensé. «¿Qué clase de hombre será para inspirar semejante temor?». Geneviève era extraña, caprichosa y quizá violenta, cosa criticable, desde luego. Pero ¿qué parte debía representar su madre en la extraña educación de aquella jovencita?

—¿De modo que usted no tenía miedo de su padre?

—No. Y tú, ¿lo tienes del tuyo?

No contestó; pero noté una expresión sombría en sus ojos.

—Y... ¿de tu madre? —pregunté rápidamente.

Se volvió hacia mí y repuso:

—La llevaré a que la conozca.

—¿Cómo?

—He dicho que la llevaré a que la conozca.

—¿Está en el castillo?

—Yo sé dónde está. ¿Quiere venir?

—Desde luego. Me encantará.

—Bien. Sígame.

Empezó a caminar delante de mí. Su pelo oscuro estaba pulcramente recogido en la nuca, con una cinta azul, y quizá el modo en que se lo había peinado contribuyese en parte a cambiar de aquel modo su aspecto.

Llevaba la cabeza erguida con arrogancia; tenía los hombros suaves y el cuello largo y gracioso. «Será una mujer muy hermosa», pensé.

Me pregunté si la condesa se le parecería. Luego empecé a ensayar mentalmente lo que diría cuando me encontrara ante ella. Mi caso debería quedar expuesto con toda claridad. Quizá, como mujer, sintiese menos prejuicios que los otros.

Geneviève se detuvo y se colocó a mi lado.

—Hay en mí dos personas dispares, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A que mi carácter ofrece aspectos opuestos.

—Todos tenemos diferentes facetas.

—Hay gentes con el carácter de una pieza. Pero yo tengo dos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nounou. Afirma que soy una Géminis, y que poseo dos rostros. Nací en el mes de junio.

—¡Tonterías! No todos los nacidos en junio se comportan como tú.

—No son tonterías. Ya vio lo que hice ayer. Era mi lado malo. Hoy soy distinta. Ya le he dicho que lo sentía, ¿verdad?

—Confío en que seas sincera.

—De no ser verdad no lo habría mencionado.

—Entonces, cuando te portes mal, recuerda que lo lamentarás más tarde y ello te ayudará a obrar correctamente.

—Usted debería ser institutriz —repitió—. Suelen ponerlo todo muy fácil. No puedo evitar

portarme de manera tan desagradable. Soy así.

—Todos podemos reformarnos.

—Está en las estrellas. Es el destino. Y no puede irse contra el destino.

Comprendí entonces en qué consistía su tragedia. Aquella niña temperamental se encontraba en manos de dos viejas: una de ellas estúpida, y la otra atemorizada hasta un grado extraordinario. Aparte de lo cual, su padre le inspiraba temor. Pero quedaba su madre, y sentía un gran interés por conocerla.

Quizá también la señora tuviera miedo al conde, cosa probable, puesto que todos los demás lo sentían. Me la imaginé como un ser dulce, temeroso de llevar la contraria a su marido. Conforme iba recibiendo noticias del conde, más me afirmaba en mi opinión de que sería algún monstruo.

—Cada cual puede portarse como desee —comenté—. Es absurdo afirmar que tienes dos caracteres e inclinarte por el más desagradable.

—No es que yo me incline por ninguno. Es que ocurre así.

—Pues debes procurar que no suceda.

Me despreciaba interiormente por hablar de aquel modo. Es fácil intentar resolver los problemas de otros. Geneviève era joven e incluso parecía más infantil de lo que correspondía a su edad. Si nos hacíamos amigas quizá pudiese ayudarla.

—Tengo un gran interés por conocer a tu madre —dije.

No contestó, sino que echó a correr, y yo la seguí por entre los árboles. Pero era muy ágil y no la molestaban unas faldas largas como las mías. Me las levanté un poco y corrí también, pero pronto la perdí de vista.

Me detuve. La arboleda era espesa y me encontraba entre un pequeño matorral. No estaba segura de cómo había llegado allí ni por dónde habría entrado Geneviève. De pronto me sentí perdida. Fueron momentos parecidos a los que experimenté en la galería cuando no pude abrir la puerta. Un extraño temor me turbó ligeramente.

¡Qué absurdo sentir miedo en pleno día! La niña me estaba engañando. No había cambiado. Su arrepentimiento era pura ficción y aunque sus palabras parecieran una llamada de auxilio, todo el episodio carecía de sinceridad.

De pronto la oí gritar:

—¡Señorita! ¡Señorita! ¿Dónde está? ¡Por aquí!

—Ya voy —respondí andando en dirección a su voz.

Apareció entre los árboles.

—Creí que se había perdido.

Me tomó de la mano, cual si temiera que escapase, y continuamos juntas hasta llegar a un paraje en que los árboles eran menos espesos. Se detuvo bruscamente. Ante nosotros se extendía un espacio abierto cubierto de alta hierba. Vi varias lápidas y adiviné que se trataba del cementerio de la familia de la Talle.

Comprendí. Su madre había muerto, e iba a mostrarme su tumba. ¡Y llamaba a aquello «presentármela»!

Me sentí sorprendida y un poco alarmada. Desde luego era una niña singular.

—Todos los de la Talle vienen aquí al morir —dijo solemnemente—. Yo también vengo muchas veces.

—Entonces, ¿tu madre ha muerto?

—Sí. Le mostraré dónde está.

Me condujo por entre la alta hierba hasta un mausoleo, parecido a una casita sobre la que campeaba un bello grupo escultórico, con ángeles sosteniendo un gran libro de mármol en el que aparecía grabado el nombre de la persona que reposaba allí.

—Mire —me dijo—. Léalo.

Así lo hice. En el libro destacaban las palabras: «Françoise, condesa de la Talle, de treinta años de edad». Miré la fecha.

La muerte había ocurrido tres años antes, y la niña, pues, tenía once por aquella época.

—Vengo aquí a menudo para estar con ella y hablar —explicó Geneviève—. ¡Es un lugar tan tranquilo!

—No deberías venir —le advertí suavemente—. Al menos, sola.

—Me gusta hacerlo. Y quise que usted conociera este sitio.

No sé lo que me impulsaría a hablar de aquel modo, pero con voz confusa pregunté:

—¿Viene también tu padre?

—¡Jamás! No le gusta estar con ella, ni nunca le gustó. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Cómo puedes saber si le gusta o no?

—¡Oh, sí! Lo sé perfectamente. Siempre deseó que mi madre permaneciera aquí. Consigue siempre lo que quiere, ¿sabe? No la amaba en absoluto.

—No creo que tú entiendas de esas cosas.

—¡Oh, sí! Lo entiendo. —Sus ojos centellearon—. Usted es la que no lo entiende, aunque ¿por qué ha de entenderlo? ¡Si sólo acaba de llegar! Sé perfectamente que él no la quería. Por eso la asesinó.

No supe qué contestarle. Me quedé mirando a la niña con expresión horrorizada; pero ella parecía no darse cuenta de mí mientras posaba amorosamente las manos sobre las lápidas de mármol.

El más completo silencio se cernía sobre nosotros. Notaba el calor del sol, mientras miraba los mausoleos que albergaban los restos de los miembros difuntos de la familia. Era un espectáculo macabro y fantástico. El instinto me impulsaba a alejarme de aquellos lugares cuanto antes. Mas al propio tiempo llegué a la conclusión de que si me permitían quedarme, iba a descubrir cosas mucho más fascinadoras que aquellas pinturas que tanto amaba.

## Capítulo 2

En mi segundo día en el *Château* Gaillard. Me había sido imposible dormir por la noche, a causa de la escena desarrollada en el cementerio, que tan tenazmente quedó grabada en mi imaginación.

Mientras regresábamos lentamente al castillo dije a Geneviève que no debía repetir tales cosas ante su padre. Me escuchó tranquila, sin hacer comentarios, todo ello muy de acuerdo con la tranquila convicción con que había dicho: «Él la asesinó».

Desde luego, debía tratarse de simples habladurías. ¿Dónde las habría oído? Quizá de alguien en la misma casa. ¿Tal vez la institutriz? ¡Pobre niña! ¡Qué terrible debía ser todo aquello! Mi animosidad había desaparecido, y sentí grandes deseos de saber más de su vida, de cómo había sido su madre y de cómo la terrible sospecha había llegado a prevalecer en su ánimo.

Aquel asunto me ponía nerviosa. Cené sola en mi habitación, y luego repasé las notas que tomara antes. Más tarde quise leer una novela. La velada se estaba haciendo muy larga, y me pregunté si sería aquella la clase de vida que iba a llevar normalmente, caso de quedarme. En otras grandes mansiones habíamos comido con los administradores y a veces incluso con la familia. Nunca me había sentido tan sola como allí. Pero no debía perder de vista que aún no estaba admitida, y que era aquél un período de espera inevitable.

Me fui a la galería y pasé toda la mañana examinando las pinturas, comprobando el oscurecimiento de los pigmentos, los desprendimientos que nosotros llamamos «enyesados» y otros deterioros y grietas, y habían limpiado el polvo y el hollín. Intenté averiguar qué materiales necesitaría, aparte de los que llevaba conmigo, pensé preguntar a Philippe de la Talle si podría examinar otras de las pinturas del castillo, en especial algunos murales en los que me había fijado.

A la hora de comer volví a mi habitación y luego salí con el propósito de echar una mirada por los alrededores y quizá llegarme a la ciudad.

Por todas partes había viñedos. Tomé el camino que los atravesaba, aunque ello me alejara de la ciudad. Pero me dije que ya la visitaría al día siguiente. Imaginé la actividad que debía prevalecer allí durante la vendimia, es decir, algún tiempo antes. Tal vez al año siguiente... Pero en seguida me eché a reír... ¿De veras creía estar allí al año siguiente?

Me acerqué a unos edificios, tras de los cuales vi una casa de ladrillo encarnado con los inevitables postigos en las ventanas. Estaban pintados de color verde, y añadían un encanto especial a la vivienda que me dije debió ser construida siglo y medio atrás, es decir, unos cincuenta años antes de la revolución. No pude resistir la tentación de examinarla más de cerca.

Frente a la casa había un limonero, y al aproximarme más, una voz chillona me saludó:

—¡Hola, miss!

No había dicho mademoiselle, como era de esperar, sino miss pronunciando fuertemente la *i*, lo que me indicó que aquella persona conocía mi identidad.

—¡Hola! —contesté, aunque al mirar por encima de la verja no pude ver a nadie.

Escuché entonces unas risas, y mirando hacia arriba, vi a un niño encaramado como un mono en las ramas del árbol. Y sin darme cuenta, de un salto se plantó junto a mí.

—Hola, miss. Soy Yves Bastide.

—¿Qué tal?

—Y ésa es Margot. ¡Baja, Margot, no seas tonta!

—No soy tonta.

La niña descendió peligrosamente por las ramas y el tronco. Era algo más pequeña que el chiquillo.

—Vivimos aquí —me dijo este último.

La niña hizo una señal de asentimiento. Tenía unas pupilas brillantes e inquisitivas.

—Es una casa muy bonita.

—Aquí vivimos todos... ¡todos!

—Debe ser muy agradable.

—¡Yves! ¡Margot! —llamó una voz desde dentro.

—Hemos encontrado a la miss, abuelita.

—Pues invitadla a que entre y recordad vuestros buenos modales.

—Miss —dijo Yves haciendo una pequeña inclinación—. ¿Quiere entrar a ver a la abuela?

—Me agradaría mucho —respondí sonriendo a la niña, que me hizo a su vez una bonita reverencia. «¡Qué diferente de Geneviève!», pensé.

El niño corrió a abrir la verja de hierro forjado y se inclinó de nuevo mientras la sujetaba para franquearme el paso. La niña caminaba junto a mí por el sendero, entre los arbustos, repitiendo:

—¡Ya vamos, abuelita!

Entré en un amplio vestíbulo, y desde una puerta abierta una voz dijo:

—Haced entrar a la señorita, niños.

Una anciana estaba sentada en una mecedora. Tenía la cara morena y arrugada, y llevaba el abundante pelo blanco recogido en un moño sobre la cabeza. Su mirada era oscura y penetrante. Los gruesos párpados le caían como capuchas sobre las pupilas; sus manos finas, sujetas a la mecedora, mostraban las venas y estaban cubiertas de esas manchas oscuras que nosotros llamamos «flores de la muerte».

Me sonrió casi con alegría, como si esperase mi visita y la agradeciera.

—Perdone que no me levante, mademoiselle —dijo—. Algunos días tengo los miembros tan rígidos que necesito toda una mañana para incorporarme y toda una tarde para volver al sillón.

—Por favor, no se mueva —le dije, alargando la diestra que ella estrechó—. Ha sido muy amable al invitarme a entrar.

Los niños se habían colocado a los dos lados de la mecedora, y me miraban atentamente, con cierto orgullo, cual si fuese un bicho raro que acabaran de descubrir.

Sonreí.

—Creo que ustedes ya me conocen —dije.

—Yves, trae una silla para la señorita.

Corrió a cumplir el encargo y colocó la silla cuidadosamente frente a la anciana.

—Pronto sabrá de nosotros, mademoiselle. Todo el mundo conoce a los Bastide.

Me senté.

—¿Cómo es que ya me conocen? —quise saber.

—Mademoiselle, las noticias se transmiten con mucha rapidez en este vecindario. Supimos de su llegada y confiamos en que viniera a visitarnos. Como ve, formamos parte del *Château*. Esta casa fue construida para un Bastide, y desde entonces siempre ha habido Bastides aquí. Antes, la familia vivía

en la misma finca, porque estábamos encargados de los viñedos. Se dice que nunca habría existido el vino Gaillard de no ser por nosotros.

—Comprendo. Las viñas son de ustedes.

Los párpados ocultaron sus pupilas al tiempo que reía.

—No, no. Igual que todo cuanto hay en esta propiedad, las viñas pertenecen a monsieur le Comte. La tierra es suya y también la casa. ¡Todo! Trabajamos para él, y aunque decimos que sin los Bastides no existiría el vino Gaillard, con ello significamos que el vino producido aquí no sería digno de dicho nombre.

—Siempre he pensado que debe ser muy interesante observar el proceso de fabricación del vino... Ver cómo las uvas aparecen y maduran, y luego son convertidas en mosto.

—¡Ah!, mademoiselle, es la cosa más interesante del mundo... al menos para nosotros.

—Me gustaría verlo.

—Espero que permanezca aquí el tiempo suficiente. —Se volvió hacia los niños—. Id en busca de vuestro hermano. Y también de vuestra hermana y de vuestro padre. Decidles que tenemos visita.

—Por favor, no se molesten por mí.

—Se enfadarían mucho si supieran que usted ha venido y no han podido saludarla.

Los niños se alejaron corriendo. Comenté que eran encantadores y que tenían unos modales deliciosos. Hizo una señal de asentimiento, complacida, y me di cuenta de que comprendía el motivo de semejantes palabras, es decir, el de compararlos con Geneviève.

—A esta hora del día —explicó— no hay mucha actividad ahí fuera. Mi nieto, que ahora está al cargo de todo, debe encontrarse en la bodega. Su padre no puede trabajar en el exterior desde que sufrió el accidente y lo ayuda. Y mi nieta Gabrielle estará en el despacho.

—Son ustedes una familia numerosa, y a lo que veo, todos participan en la elaboración del vino.

Hizo una señal de asentimiento.

—Es tradición familiar. Cuando sean mayores, también Yves y Margot trabajarán con nosotros.

—Debe ser muy agradable vivir todos juntos en esta hermosa casa. Por favor, hábleme de ellos.

—Están mi hijo Armand y mis nietos. Jean-Pierre es el mayor y lo dirige todo. Ya ha cumplido veintiocho años, pronto tendrá veintinueve. Gabrielle tiene diecinueve..., un bache de diez años entre los dos como puede ver. Creíamos que Jean-Pierre sería el único, cuando vino al mundo Gabrielle. Luego otro intervalo hasta que nacieron Yves y Margot, que sólo se llevan un año. Fue demasiado seguido y su madre tenía ya una edad algo avanzada.

—Entonces ella...

Hizo una señal de asentimiento.

—Eran malos tiempos. Armand y uno de los trabajadores llamado Jacques estaban en el carro cuando los caballos se encabritaron. Los dos sufrieron heridas. La pobre esposa de Armand temió que éste iba a morir y la impresión la afectó demasiado. Cogió unas fiebres y falleció, dejando a la pequeña Margot con sólo diez días.

—¡Qué triste!

—Pero los malos tiempos pasan, señorita. De todo esto hace ya ocho años. Mi hijo se recuperó y puede trabajar; mi nieto es un buen muchacho y se ha convertido en cabeza de familia. Se hizo un hombre cuando tuvo que afrontar sus propias responsabilidades. ¡Así es la vida! Pero, hablo demasiado de los Bastide, ¿verdad? Y quizá la molesto.

—¡Nada de eso! Es muy interesante.

—Su trabajo debe serlo aún más. ¿Qué opina del castillo?

—Llevo allí muy poco tiempo para formarme una idea.

—¿Va a hacer una labor interesante?

—Todavía no sé si la realizaré. Todo depende de...

—De monsieur le Comte, naturalmente. —Me miró sacudiendo la cabeza—. No es hombre fácil de tratar.

—¿Tiene un carácter variable?

Se encogió de hombros.

—Él creyó que vendría un hombre. Y nosotros también. Los sirvientes hablaban del «inglés». En Gaillard no es posible tener secretos, mademoiselle. Y ello reza en especial para nosotros. Mi hijo dice que hablo demasiado. El pobre es poco comunicativo. La muerte de su mujer cambió su carácter.

Tenía un aire alerta como si escuchara, y al poco rato, oí rumor de herraduras. Una sonrisa complacida iluminó su rostro haciéndole cambiar de expresión.

—¡Ahí viene Jean-Pierre! —dijo.

A los pocos instantes, el joven estaba en la puerta. Era de mediana estatura, con el pelo castaño claro, quizá colorado por el sol. Al sonreír, guiñaba sus ojos oscuros. Tenía la piel bronceada, de un color casi cobrizo. Todo él exhalaba una gran vitalidad.

—Jean-Pierre —le dijo la anciana—. Ésta es la mademoiselle del castillo.

El joven avanzó hacia mí, sonriendo como si, al igual que los demás, le encantara conocerme. Se inclinó ceremoniosamente, y dijo:

—Bienvenida a Gaillard. Ha sido muy amable al visitarnos.

—No ha sido exactamente una visita. Sus hermanitos me vieron y me invitaron a entrar.

—¡Bien hecho! Espero que éste sea el comienzo de otras muchas visitas. —Acercó una silla y se sentó—. ¿Qué piensa usted del castillo?

—Es un hermoso ejemplo de arquitectura del siglo XV. No he tenido tiempo aún para estudiarlo, pero creo que posee características similares a los de Langeais y Loches.

Se echó a reír.

—Juraría que conoce usted los tesoros del país mejor que nosotros.

—No lo creo. Pero cuanto más se sabe, más se comprende lo mucho que queda por saber. Para mí, lo principal son las pinturas y las casas. Para ustedes, los racimos.

Jean-Pierre se rió con risa espontánea y alegre.

—¡Qué diferencia! Lo uno es espiritual; lo otro, material.

—Como antes dije a madame Bastide —le contesté—, creo que debe ser emocionante plantar las viñas, cuidar los racimos y vigilarlos, y luego convertirlos en vino.

—Se corren muchos riesgos —dijo Jean-Pierre.

—Lo mismo que en todo.

—Usted no tiene idea, mademoiselle, de las preocupaciones que sufrimos. ¿Caerá una helada que seque los brotes? ¿Saldrán las uvas amargas porque el tiempo ha sido demasiado frío? Hay que examinar a diario las vides por si tienen parásitos o enfermedades que puedan arruinar la producción. Hasta que la cosecha está terminada no nos sentimos seguros. Tendría que ver entonces lo felices que somos.

—Espero comprobarlo.

Me miró extrañado.

—¿Ha empezado a trabajar en el castillo, señorita?

—Todavía no sé si me aceptarán. He de esperar...

—La decisión de monsieur le Comte —intervino madame Bastide.

—Es natural —indiqué, impulsada por cierto inconcebible deseo de defender al conde—. Pueden acusarme de haber aprovechado una situación inesperada. Al que llamaron fue a mi padre, pero yo no les dije que había muerto, y que pensaba sustituirlo. Todo depende ahora de monsieur le Comte.

—Sí. Todo depende siempre de él —dijo madame Bastide, resignada.

—Esto debe parecer natural a mademoiselle —intervino Jean-Pierre con su luminosa sonrisa—. El conde no sólo es amo del castillo, sino de las pinturas que se deben restaurar, de las viñas... e incluso de nosotros...

—Hablas como si estuviéramos en vísperas de la revolución —comentó madame Bastide.

Jean-Pierre me miraba.

—Aquí, mademoiselle, las cosas han cambiado muy poco en el curso de los años. El castillo se yergue como guardián de la ciudad y del terreno circundante, como en siglos pasados. Conserva su viejo carácter y nosotros dependemos de este feudo igual que quienes nos precedieron. Ha habido pocos cambios en Gaillard. Tal es la voluntad del señor conde de la Taille.

—Tengo la impresión de que no lo quieren ustedes demasiado.

—Sólo los que aceptan depender de otros, aman a sus amos. Los demás siempre fueron rebeldes.

Aquella conversación me hacía sentir algo confusa. La familia estaba demostrando cierta animosidad contra el conde, y yo estaba cada vez más ansiosa de conocer a un hombre del que dependía mi destino.

—Por el momento, estoy a la expectativa esperando su regreso —dije.

—Monsieur Philippe no se atreverá a decidir nada por miedo a que el conde se enfade —dijo Jean-Pierre.

—¿Tanto miedo le tiene a su primo?

—Muchísimo. Si el conde no se casa, Philippe puede convertirse en heredero, puesto que los de la Taille siguen las viejas costumbres de Francia, y la Ley Sálica que se aplicó a los Valois y a los Borbones sirve también para ellos. Pero todo depende del conde, y aunque la herencia recayera en monsieur Philippe, es incapaz de pasar por encima de él y conceder la sucesión a otro. A veces, creo que confunden al castillo con la corte de Versalles en el reinado de Luis XIV.

—Si el conde es todavía joven, ¿por qué no ha de casarse otra vez?

—Se dice que esta idea le desagrada.

—Pues yo siempre creí que un hombre con un orgullo familiar tan acusado como el suyo preferiría tener descendientes varones.

—Es el hombre más orgulloso de Francia.

En aquellos momentos los niños volvieron con Gabrielle y su padre, Armand. Gabrielle Bastide era extraordinariamente bella. Como el resto de la familia, tenía la piel morena; pero sus ojos no eran castaños, sino de un azul profundo, lo que le daba un atractivo extraordinario. Su expresión era dulce y más tranquila que la de su hermano.

Había empezado a contarles que mi madre era francesa, lo que explicaba mi facilidad para hablar

dicho idioma, cuando una campana empezó a tocar tan repentinamente que me sobresalté.

—Es la criada llamando a los niños para la merienda —me explicaron.

—Bueno, me marchó —indiqué—. Ha sido un gran placer. Espero que volvamos a vernos.

\*\*\*\*\*

Pero madame Bastide no permitió que me fuera sin antes probar su vino. A los niños les sirvieron chocolate con rebanadas de pan, y a nosotros pastelillos y vino. Hablamos de las viñas, de las pinturas y de la vida en los alrededores. Me dijeron que debía visitar la iglesia y el viejo Ayuntamiento. Y, sobre todo, volver a su casa. Debía entrar, siempre que pasara por los alrededores. Tanto Jean-Pierre como su padre, que, en efecto, hablaba muy poco, se mostraron dispuestos a enseñarme cualquier cosa que deseara ver.

Cuando hubieron terminado su pan y su chocolate, los niños salieron a jugar, y la conversación recayó, una vez más, en el castillo. Quizá fuera a causa del vino, al que desde luego no estaba acostumbrada, y menos a aquella hora del día, pero el caso es que me mostré más indiscreta de lo normal.

—Geneviève es muy rara —dije—. No se parece en nada a Yves ni a Margot, tan espontáneos, naturales, formales y felices. Quizá el *Château* no sea un ambiente adecuado para ella.

Me estaba expresando con un entusiasmo poco corriente en mí; pero quería saber cuánto fuera posible acerca del castillo y del conde.

—¡Pobrecilla! —exclamó madame Bastide.

—Tengo entendido que hace tres años falleció su madre —dije—. Ese tiempo es más que suficiente para que una niña tan joven se haya recuperado de la impresión.

Se produjo un pesado silencio, y luego Jean-Pierre dijo:

—Si mademoiselle Lawson está aquí el tiempo suficiente, pronto se enterará de lo que ocurre. — Se volvió hacia mí—. La condesa murió de una dosis excesiva de láudano.

Me acordé de la escena en el cementerio y pude articular:

—¿No sería un crimen...?

—Lo llamaron suicidio —aclaró Jean-Pierre.

—¡Ah! —Intervino madame Bastide—. La condesa era una mujer extraordinariamente bella.

Y con esto volvió al tema de los viñedos. Hablamos de la gran calamidad que se había abatido sobre la mayoría de los campos franceses unos cuantos años atrás, cuando el pulgón atacó las vides. Jean-Pierre amaba hasta tal punto los cultivos, que al hablar de ellos nos hacía compartir su entusiasmo. Imaginé el horror de descubrir aquella plaga que afectaba a las raíces mismas de la planta. Comprendí la intensa tragedia que vivieron todos al tenerse que enfrentar al problema de si sería preciso inundar las tierras.

—Fue un desastre para Francia —indicó—. Hace menos de diez años, ¿verdad, padre?

Su padre hizo una señal de asentimiento.

—Volver a la prosperidad ha costado trabajo, pero lo estarnos consiguiendo. Gaillard sufrió menos que otras propiedades.

Cuando me levanté para partir, Jean-Pierre dijo que me acompañaría, aunque no había peligro de perderme. Me alegré de ello, porque los Bastide eran gente simpática y afectuosa, cualidades que yo

considero de inmenso valor. Estando con ellos me transformaba en una persona distinta a la fría y lacónica mujer que conocían los habitantes del castillo. Era como un camaleón, cambiando de color con el fin de adaptarlo al paisaje; pero lo hacía sin pensar, de manera absolutamente natural. Nunca hasta entonces me había dado cuenta de que me colocaba a cada instante una armadura defensiva y de que si me resultaba tan agradable la compañía de aquellas personas era porque no se hacía necesaria tal medida.

Una vez traspuesta la entrada, tomamos la dirección del castillo.

—¿De veras es el conde un hombre tan... terrible? —pregunté a Jean-Pierre.

—Un tirano; un viejo aristócrata, cuya palabra es ley —repuso.

—Ha vivido muchas tragedias, ¿verdad?

—A lo que veo, le tiene lástima. Pero cuando lo conozca observará que es lo que menos necesita.

—Según dijo usted, la muerte de su esposa fue calificada de suicidio. Y que...

—Nunca hablamos de estas cosas —me interrumpió.

—Pero...

—Aunque las tenemos siempre presentes —añadió.

El castillo destacaba ante nosotros con sus inmensas proporciones y su aspecto inexpugnable. Imaginé los oscuros secretos que guardaría y noté cómo un estremecimiento me recorría la espina dorsal.

—Por favor, no se moleste más —le dije—. Lo estoy alejando de su trabajo.

Se mantuvo a unos pasos de distancia y se inclinó, mientras yo, sonriendo, me volvía hacia el castillo.

Me acosté temprano, a fin de compensar la falta de descanso de la noche anterior. Tuve sueños confusos, lo que resultaba extraño, porque raras veces los padecía. Las imágenes de los Bastide se entremezclaban a las de una bodega llena de botellas, y por doquier campeaba una forma sin rostro que estaba segura de que correspondía a la fallecida condesa. Otras veces notaba su presencia sin verla, cual si se hallara tras de mí susurrándome advertencias: «Márchese. No se deje cautivar por esta extraña familia». Luego, se reía de mí. Sin embargo, no le tuve miedo. Había otra sombra oscura que me causaba profundo pavor: la de monsieur le Comte. Oía sus palabras como si procedieran de muy larga distancia; luego se iban haciendo más y más fuertes, cual si las gritara en mis oídos. De pronto me desperté sobresaltada. En el corredor sonaban fuertes voces y pasos apresurados. Todo el mundo estaba en pie, aun cuando fuese todavía de noche. La vela que encendí apresuradamente iluminó mi reloj puesto sobre la mesilla, y pude comprobar que eran poco más de las once.

En seguida comprendí lo que ocurría.

Lo que todos esperaban con temor acababa de suceder: el conde estaba de regreso.

Seguí sin poder dormir, preguntándome lo que me traería la siguiente mañana.

\*\*\*\*\*

El castillo estaba en silencio cuando me desperté a la hora normal. Me levanté en seguida y pedí agua caliente que llegó al momento. La criada tenía un aspecto alterado y estaba nerviosa, prueba demostrativa de que el conde ejercía su influencia incluso en los servidores más humildes.

—¿Quiere su petit déjeuner como de costumbre, mademoiselle?

—Desde luego, haga el favor —le respondi.

Adiviné que todos hablaban de mí, y se preguntaban lo que iba a ocurrirme. Eché una mirada a mi alrededor. «Quizá no vuelva a dormir aquí nunca más», me dije. Luego sentí una impresión desagradable al pensar que dejaría el castillo sin haber llegado a conocer bien a personas que de manera tan profunda habían cautivado mi atención. Quería saber más de Geneviève y tratar de comprenderla; ver el efecto que la vuelta de su primo causaba en Philippe de la Talle; averiguar hasta qué punto Nounou era responsable de la mala crianza de su pupila. También me hubiera gustado saber lo ocurrido a mademoiselle Dubois antes de que llegara al castillo, e intimar más con los Bastide. Y permanecer en su acogedora casa, hablando de las viñas y del castillo. Y, sobre todo, conocer al conde; no sólo hablar con él una vez brevemente antes de ser rechazada, sino saber muchas más cosas de quien, según creencia general, era el responsable de la muerte de su esposa, aun cuando no le administrara el veneno de manera directa.

Llegó el desayuno, pero estaba tan nerviosa que apenas pude probar bocado. No obstante, decidí que nadie debía crearme asustada; así es que tomé dos tazas de café, como de costumbre, acompañándolas con las tostadas. Luego me fui a la galería.

No era fácil trabajar. Tenía ya preparado el informe que, según Philippe de la Talle, sería entregado al conde a su regreso. Me sonrió al recibirlo y, echándole una mirada, comentó que parecía un trabajo de experto. Sin duda, esperaba que agradase al conde, al menos en parte, con lo que justificaría el haberme dejado permanecer allí. Había en sus palabras una afabilidad que daba verosimilitud a su deseo de verme terminar una tarea que yo anhelaba tan vivamente. En resumen, lo consideraba un hombre capaz de ser amable, a menos que se le hicieran demasiadas peticiones.

Imaginé al conde al revisar mi informe y escuchar la noticia de que el restaurador era una mujer en vez de un hombre. Pero no me pude representar la escena con claridad. Todo lo que daba de sí mi imaginación se reducía a la imagen de un hombre altanero con peluca blanca y corona, similar a la de una pintura de Luis XIV, o XV, es decir, la de un verdadero rey de aquel castillo.

Tenía un cuaderno en el que intenté escribir unas notas relativas a mi examen de las obras de arte. Si me dejaba permanecer allí estaría tan absorta en la tarea, que aquel hombre hubiera podido asesinar a veinte esposas sin que yo me diera cuenta.

Una de las pinturas había captado mi atención de manera muy particular. Era un retrato de mujer, y a juzgar por su atavío debió realizarse a mediados del siglo XVIII o quizá algo después. Me interesaba, no a causa de la excelencia de la obra, puesto que las había mejores en la colección, sino porque, aunque de factura posterior a las demás, sufría mayores deterioros. El barniz estaba oscurecido y la superficie de la tela moteada como una piel enferma. Sin duda, el cuadro estuvo expuesto a la intemperie largo tiempo. Me hallaba contemplando esta pintura cuando oí un ruido tras de mí. Di la vuelta y pude ver que un hombre había entrado en la galería y me miraba atentamente. El corazón empezó a latirme con fuerza y mis piernas temblaron. Al momento comprendí que, finalmente, me encontraba cara a cara con el conde de la Talle.

—¿Es usted mademoiselle Lawson? —preguntó con una voz poco usual, profunda y fría.

—¿Y usted el conde de la Talle?

Se inclinó un poco, pero no avanzó hacia mí, sino que sus ojos me siguieron observando desde el otro lado de la galería. Sus modales eran tan fríos como su voz. Noté que tenía una estatura aventajada y me sorprendió su delgadez. Guardaba cierto parecido con Philippe, pero no había en él

ninguno de los trazos femeninos de su primo. Era más moreno que éste y tenía los pómulos salientes, lo que daba a su cara un aspecto anguloso casi satánico. Sus pupilas eran muy oscuras y, como descubrí después, capaces de parecer casi negras, y sus párpados gruesos. La nariz aguileña confería a su rostro un marcado aire de altivez; su boca era movable y variaba según su talante. Pero en aquellos momentos yo sólo conocía uno de tales aspectos: el del arrogante rey del castillo, del que dependía mi futuro.

Llevaba traje de montar, negro, con cuello de terciopelo y corbata blanca, que confería a su rostro un aire pálido, casi cruel.

—Mi primo me ha informado de su llegada —dijo, avanzando hacia mí, como un rey al andar por una galería llena de espejos.

Recuperé rápidamente el aplomo. La altivez en los demás me obligaba a ponerme mi brillante armadura de frialdad.

—Me alegro de que haya vuelto, monsieur le Comte —dije—. Llevo esperando aquí varios días, para saber si he de realizar este trabajo.

—El no saber a ciencia cierta si perdía el tiempo debe haber resultado muy molesto para usted.

—Esta colección me ha parecido muy interesante, se lo aseguro. Así es que de ningún modo he perdido mi tiempo ni he sufrido molestia alguna.

—¡Lástima que no nos notificara la muerte de su padre! —exclamó—. Me hubiera evitado usted muchas dificultades.

Así, pues, era preciso marcharse. Sentí cólera ante la idea de tener que regresar a Londres. Tendría que buscar alojamiento en seguida. Y ¿de qué iba a vivir hasta encontrar trabajo? Imaginé los años venideros convertida en una especie de mademoiselle Dubois. Aunque quizá pudiera hacer alguna otra cosa, como, por ejemplo, irme con la prima Jane. Pero rechacé en seguida esta idea.

Me aborrecí al pensar que el conde estaba adivinando mis pensamientos. Una mujer independiente como yo se había visto obligada a acudir a él, y ahora se gozaba atormentándome. ¡Cómo debió odiarle su esposa! Acaso se matara para escapar a su presencia. No me hubiera sorprendido en absoluto averiguarlo.

—Nunca pensé que en Francia fueran ustedes tan anticuados —dije con cierto toque de malicia—. En mi patria realicé estos trabajos con mi padre, y a nadie le importó que yo fuese mujer. Pero ustedes tienen una noción tan diferente, que me parece mejor no discutir.

—Al contrario. Quedan por discutir muchas cosas.

—Entonces —indiqué, mirándolo de frente—, será mejor que empecemos.

—Mademoiselle Lawson, a usted le gustaría restaurar estas pinturas, ¿verdad?

—Restaurar pinturas es mi profesión, y cuanto más necesitadas están de ello, más interesantes me parecen.

—¿Usted cree que las mías lo necesitan?

—Debe saber perfectamente que muchas de estas telas se encuentran en malas condiciones. Estaba examinando ésta cuando usted entró. ¿Qué clase de trato le han dado para dejarla así?

—Por favor, mademoiselle Lawson, no se exprese con tanta acritud. Yo no soy responsable del estado en que se encuentra esa pintura.

—¡Ah!, ¿no? Pues tenía entendido que es suya desde hace bastante tiempo. Está descascarillada, lo que sólo puede ocurrir cuando se las trata mal.

Una sonrisa torció los labios del conde, y su cara cambió de expresión. En la misma campeaba ahora lo que pudiera tomarse como un destello de burla.

—¿Qué vehemente es usted! Debería luchar por los derechos humanos y no por la conservación de unas telas.

—¿Cuándo tengo que irme?

—Cuando hayamos hablado.

—Puesto que usted no puede emplear a una mujer, no creo que tengamos gran cosa que decirnos.

—Es usted impulsiva, mademoiselle Lawson. Y yo creía que una restauradora de pinturas no tendría dicho defecto. No he dicho que me niegue a emplear a una mujer. Eso ha sido sugerencia suya.

—Desaprueba mi presencia, y basta.

—¿Espera que desapruebe también la... decepción que ha sufrido?

—Monsieur le Comte —repuse—. Yo trabajaba con mi padre, y luego me hice cargo de sus obligaciones. Fue usted quien solicitó nuestra presencia. Pensé que el compromiso seguía en vigor, y no veo engaño alguno en todo esto.

—Debe haberla sorprendido la conmoción que ha causado.

—Sería difícil realizar una tarea delicada de esta naturaleza en un ambiente hostil —le respondí.

—Comprendo.

—En consecuencia...

—En consecuencia, ¿qué?

—Puedo irme ahora mismo, si me llevan ustedes a la estación. Según creo, sólo hay un tren matutino.

—Ha pensado usted en todo, pero debo repetirle, mademoiselle Lawson, que es demasiado impulsiva. Comprenda mi actitud. Si me permite, le diré que no parece usted lo suficientemente madura como para tener gran experiencia en tareas tan delicadas.

—Llevo muchos años trabajando con mi padre. Ciertas personas envejecen sin adquirir nunca la necesaria destreza. Hay, además, ciertos sentimientos íntimos, como comprensión, amor a la tarea...

—Es usted tan poeta como artista. La comprendo. Pero a los... treinta años aproximadamente... uno no puede poseer la experiencia de toda una vida.

—Tengo veintiocho años —le repliqué acalorada. Y en seguida me di cuenta de que había caído en la trampa. El conde pretendía bajarme del pedestal en el que intentaba afianzarme y poner de relieve que, al fin y al cabo, no era más que una mujer vulgar, incapaz de soportar que le atribuyesen una edad superior a la real.

Levantó las cejas; sin duda, encontraba divertido todo aquello.

Comprendí que había traicionado mi desesperada situación. El trazo de crueldad de su carácter le impulsaba ahora a prolongar aquella incertidumbre, atormentándome cuanto le fuera posible.

Por primera vez desde que empecé aquella aventura perdí el control de mis nervios.

—De nada serviría continuar hablando —dije—. Usted me cree incapacitada para la tarea porque soy mujer. Bien, señor, le dejo con todos sus prejuicios. Me marcharé hoy o mañana.

Me miró divertido durante unos segundos, y cuando yo avanzaba hacia la puerta, se colocó rápidamente a mi lado.

—Mademoiselle, usted no me comprende. Quizá sus conocimientos de francés no sean tan profundos como los que posee sobre pintura.

Una vez más me dispuse a dar explicaciones.

—Mi madre era francesa y he entendido perfectamente todo cuanto usted dijo.

—Debo lamentar mi falta de perspicacia. No siento deseo alguno de que se vaya... por ahora.

—Su actitud indica que no está dispuesto a confiar en mí.

—Es una idea muy personal, mademoiselle, se lo aseguro.

—Entonces quiere que me quede, ¿sí o no?

Aparentó dudar.

—No se ofenda usted, pero... preferiría someterla a una pequeña prueba. Por favor, mademoiselle, no me acuse de tener prejuicios contra su sexo. Por el contrario, me siento dispuesto a creer que hay en el mundo mujeres bien dotadas. Me impresionan sus ideas acerca de la comprensión y del amor a la pintura. También me interesa la apreciación que ha hecho de los daños y del coste de reparar esas pinturas. Todo resulta claro y razonable.

Temí que mis ojos brillaran de esperanza y traicionaran mi emoción. Me dije que si se daba cuenta de hasta qué punto deseaba aquel empleo, quizá continuara atormentándome. Y, en efecto, se había dado cuenta.

—Iba a sugerir... pero quizá usted tenga ya decidido marcharse en seguida.

—He recorrido un largo camino, monsieur le Comte, y como es natural, preferiría quedarme y cumplir mi misión, siempre y cuando se realizara en una atmósfera conveniente. ¿Qué iba a sugerirme?

—Que restaure una de las pinturas, y si la tarea resulta satisfactoria, continúe con las demás.

Me sentí feliz. Y con razón, porque estaba segura de mi capacidad. El futuro inmediato quedaba solucionado y eliminada la posibilidad de un humillante regreso a Londres y de la necesidad de recurrir a la prima Jane. Pero aún había algo más. Sentí un inexplicable sentimiento de alegría y de expectación que no podía explicarme. Estaba segura de pasar la prueba con éxito y de permanecer largo tiempo en el castillo. Aquel viejo y maravilloso recinto sería mi hogar durante varios meses. Podría explorarlo y contemplar sus tesoros. Continuar mi amistad con los Bastide, y saciar mi curiosidad respecto a los habitantes de *Château*.

Era curiosa por naturaleza. Mi padre había señalado dicha condición, deplorándola, pero yo no podía obrar de otra manera. Siempre anhelé descubrir lo que había tras la fachada que la gente exhibe ante su prójimo. Descubrirlo equivalía a apartar una capa de polvo de un cuadro. Averiguar cómo era el conde resultaría algo así como volver a la vida a una vieja pintura.

—Mi proposición parece satisfacerla.

Una vez más me había traicionado, cosa a la que creí estar inmune. Quizá fuese porque el conde poseía una sagacidad extraordinaria.

—La considero aceptable —repuse.

—Entonces, quedamos de acuerdo —me tendió su diestra—. Lo sellaremos con un apretón de manos, según vieja costumbre inglesa, según creo. Mademoiselle, ha sido usted muy amable al discutir el problema en francés, de modo que acabemos nuestra charla en el mismo idioma.

Mientras sostenía mi mano, sus ojos oscuros me miraron de frente, lo que me hizo sentir profundamente incómoda. Como un ser inocente y abandonado, lo que muy posiblemente se había propuesto de antemano.

Retiré mi mano, adoptando un aire de rigidez con el que ocultar mi turbación.

—¿Qué pintura ha seleccionado usted para la... prueba? —pregunté.

—¿Qué le parece la que estaba examinando cuando entré?

—Bien. Es la que necesita mayores cuidados.

Nos acercamos a la tela y la examinamos el uno junto al otro.

—La han tratado muy mal —insistí, pisando ahora terreno firme—. No es muy vieja; ciento cincuenta años, todo lo más, y sin embargo...

—Es el retrato de una antepasada mía.

—¡Lástima que la hayan puesto así!

—Sí. Una gran lástima. Hubo una época en Francia en que las personas como ella fueron sometidas a grandes indignidades.

—Yo diría que esta pintura estuvo a la intemperie. Incluso el color del vestido ha perdido intensidad, aunque la pátina suele ser estable. No puedo percibir el verdadero tono de las piedras del collar a causa de lo oscuras que se han vuelto, y lo mismo sucede con el brazalet y los pendientes.

—Son verdes —me dijo—. Se lo puedo asegurar. Se trata de esmeraldas.

—Esta pintura tendrá un gran colorido cuando quede restaurada. El vestido volverá a ser como cuando fue pintado, y también las esmeraldas.

—Resultará interesante ver el resultado final de su tarea.

—Empezaré en seguida.

—¿Tiene cuanto necesita?

—Por ahora sí. Iré a recogerlo a mi habitación y pondré manos a la obra.

—Veo que está deseosa de ello, y que yo la estorbo.

No lo negué, y se apartó mientras yo salía triunfante de allí. Mi primer encuentro con el conde se había resuelto de manera satisfactoria.

\*\*\*\*\*

¡Qué mañana tan feliz pasé! Nadie me molestó. Había regresado con mis herramientas, encontrándome con que dos criados habían descolgado ya la pintura. Me preguntaron si quería alguna otra cosa y les dije que si era necesario tocaría el timbre. Me miraron con cierto respeto. Y regresaron al recinto de la servidumbre para difundir la noticia de que el conde había accedido a mi permanencia allí.

Luego de ponerme una bata oscura, mi aspecto era totalmente profesional. Resultaba curioso que apenas vestida con aquella bata me sintiera perfectamente ambientada, lo que me hizo pensar en la conveniencia de haberla llevado durante mi conversación con el conde.

Empecé por estudiar las condiciones en que se hallaba la pintura. Antes de intentar retirar el barniz, debía comprobar la profundidad de las pinceladas. Resultaba evidente que la decoloración no era sólo producto del polvo y de la suciedad. Debati la cuestión de si antes de utilizar resina o barniz sería prudente lavar la pintura con agua y jabón. Tardé mucho en decidirme, pero finalmente lo hice así.

Me sorprendió que una criada llamara a la puerta para recordarme que era hora de comer. Me sirvieron el menú en mi habitación, y como no tenía costumbre de trabajar después de la comida, salí del castillo para ir a casa de los Bastide. Me pareció adecuado informarles de lo sucedido, puesto que

habían demostrado tanto interés en saber si iba a quedarme o no.

La anciana estaba en su mecedora y se alegró mucho de verme. Me dijo que los niños repasaban sus lecciones con monsieur de Curé. Armand, Jean-Pierre y Gabrielle se hallaban en los campos, pero ella se complacía mucho en poder charlar conmigo.

Luego de sentarme a su lado, le dije:

—Acabo de ver al conde.

—Sí, ya he oído comentar que estaba de regreso.

—Voy a restaurar un cuadro, y si tengo éxito seguiré con los demás. He empezado con el retrato de una antepasada suya: una dama vestida de rojo y llena de joyas, que por el momento tienen el color del barro. El conde dice que son esmeraldas.

—¡Esmeraldas! —exclamó—. Deben ser las de los Gaillard.

—¿Herencia familiar?

—Sí, desde hace mucho tiempo. Pero ya no existen.

—¿Por qué motivo?

—Se perdieron, creo que durante la revolución.

—Supongo que el *Château* sería arrebatado a la familia.

—No del todo. Estamos lejos de París y aquí hubo pocos disturbios, pero quedó saqueado.

—Parece haber sobrevivido perfectamente.

—Según la historia que nosotros sabemos, los revoltosos se abrieron paso hacia el interior del edificio. ¿Ha visto usted la capilla? Es la parte más antigua. Notará sobre la puerta unas cuantas piedras rotas. Antiguamente hubo allí una imagen de santa Geneviève. Los revolucionarios quisieron destruir la capilla. Por fortuna, se entretuvieron queriendo arrancar la imagen. Borrachos con el vino del castillo, pusieron unas cuerdas alrededor de la figura, pero era más pesada de lo que creían y cayó sobre ellos, matando a tres, lo que les ocasionó una impresión terrible, obligándolos a abandonar la empresa. Más tarde, se dijo que santa Geneviève había salvado a *Château* Gaillard.

—¿Por eso pusieron Geneviève a la niña?

—Siempre ha habido Genevièves en la familia. El conde que regía en aquella época fue a la guillotina; su hijo, todavía niño, recibió los debidos cuidados y con el tiempo volvió al castillo. Es una historia que nos gusta relatar. Nosotros éramos partidarios del pueblo, de la libertad, la fraternidad y la igualdad, y estábamos contra los aristócratas, pero nos hicimos cargo del pequeño en esta misma casa, y aquí permaneció hasta que todo hubo terminado. El padre de mi marido solía contármelo. Era un año mayor que el joven conde.

—A lo que veo, la historia de su familia está muy unida a la de ellos.

—Sí; muy unida. Los de la Talle nunca fueron amigos de los Bastide —respondió con acritud—. Sólo sus amos. Nunca han cambiado de actitud... ni nosotros tampoco.

Hablamos de otras cosas, y poco después yo me marché para volver al castillo. Estaba deseosa de continuar mi obra.

Durante la tarde, uno de los criados vino a la galería para decirme que monsieur le Comte me invitaba a cenar aquella noche a las ocho.

Nos reuniríamos muy pocas personas, por lo que ocuparíamos uno de los comedores pequeños. La criada se ofreció a acompañarme, cuando estuviera dispuesta sobre las ocho menos cinco.

Me sentía demasiado nerviosa para seguir trabajando. La criada se expresó con respeto, lo que

sólo podía significar dos cosas: que se me tenía por persona competente en la restauración de las pinturas y que consideraban un gran honor el que me hubiesen invitado a cenar con la familia.

Estuve pensando en lo que iba a ponerme. Sólo disponía de tres vestidos, por cierto no muy nuevos: uno de seda marrón con encajes color café; otro de terciopelo negro con algunos encajes blancos en el cuello, y un tercero de algodón gris con una banda de seda color malva. Me decidí sin titubear por el segundo.

Como nunca trabajaba con luz artificial, en cuanto fue disminuyendo la claridad me fui a mi cuarto, y contemplé el vestido. Por fortuna, el terciopelo no envejece, pero de todos modos, el corte de aquel atavío no era muy moderno, que digamos. Lo sostuve ante mí, poniéndome ante el espejo. Mis mejillas adoptaron un leve color sonrosado; mis ojos reflejaron el negro del terciopelo volviéndose más oscuros, y un mechón de pelo se me había soltado del moño. Disgustada por todo aquello volví a dejar el vestido y empecé a peinarme. En aquel momento llamaron a la puerta.

Mademoiselle Dubois se quedó mirándome con expresión incrédula, y luego tartamudeó:

—¡Mademoiselle Lawson! ¿Es verdad que la han invitado a cenar?

—Sí. ¿La sorprende?

—A mí nunca me invitaron.

Al mirarla no me sorprendió su observación.

—Seguramente querrán discutir conmigo el asunto de las pinturas. Es más fácil hablar de tales cosas mientras se cena.

—¿Estarán el conde y su primo?

—Supongo que sí.

—Creo mi deber advertirle que el conde tiene muy mala reputación por lo que respecta a las mujeres.

La miré fijamente un momento.

—Él no me considera una mujer —le dije—. Sólo he venido a restaurar pinturas.

—Aseguran que, a veces, es muy descortés, no obstante lo cual algunas damas lo consideran irresistible.

—Mi querida señorita Dubois; jamás encontré irresistible a ningún hombre y no pienso cambiar de actitud... a mi edad.

—No es usted tan vieja.

¡Otra vez la consabida historia! ¿Me atribuiría treinta años igual que hizo el conde?

Comprendió que me sentía molesta y se apresuró a añadir cual si pidiera excusas:

—Respecto a la pobre y desgraciada señora... que fue su esposa, circulan rumores muy... muy raros. Es terrible, ¿verdad?, pensar que una vive bajo el mismo techo con semejante hombre.

—No veo el motivo para tener tanto miedo —repuse.

Se acercó un poco más.

—Cuando está en casa, cierro mi cuarto con llave. Haga usted lo mismo. Esta noche adoptaré mis precauciones. A lo mejor, le da por divertirse con alguien. Nunca se sabe.

—Bueno. Tendré cuidado —le dije para complacerla y librarme de ella.

Mientras me vestía estuve pensando en mademoiselle Dubois. ¿Acaso en la quietud de su habitación soñaba con que el conde intentara seducirla? Estaba convencida de que corría tanto peligro como yo, en dicho sentido.

Me lavé y me puse el vestido de terciopelo. Me recogí el pelo utilizando muchas horquillas para asegurarme de que no se soltara, y me puse un broche que había pertenecido a mi madre, sencillo y bonito, formado por pequeñas turquesas y perlas. Diez minutos antes de que la criada llamara para llevarme al comedor, ya estaba dispuesta.

Pasamos al ala del siglo XVII, la ampliación más reciente del castillo, y entramos en un amplio aposento abovedado que servía de comedor y que imaginé destinarían a los invitados. Pero hubiera sido absurdo que un pequeño grupo de personas ocupara semejante mesa y no me sorprendió que pasáramos a una habitación más pequeña... Aunque allí la cuestión del tamaño era sólo relativa. Se trataba de un recinto muy agradable, con cortinas azules que tapaban unas ventanas al parecer divididas por columnas y no por troneas como las que se estrechaban hasta formar una rendija, excluyendo toda luz. A cada extremo de la chimenea de mármol había un candelabro con las luces encendidas. Otro similar se encontraba en el centro de la mesa, dispuesta para la cena.

Philippe y Geneviève tenían una expresión tranquila. La jovencita llevaba un vestido de seda gris con cuello de encaje, y el pelo recogido a la espalda con un lazo de seda rojo. Su aire era modesto, muy distinto al que adoptara previamente. Philippe iba vestido de etiqueta y por lo tanto estaba mucho más elegante que en nuestro primer encuentro. Pareció realmente complacido por volverme a ver.

—Buenas noches, mademoiselle Lawson —me dijo sonriendo. Y cuando yo le devolví el saludo fue como si entre ambos se entablase cierta amistosa confabulación.

Geneviève hizo una torpe reverencia.

—Me parece que ha tenido usted un día muy ocupado con las pinturas —dijo Philippe.

Repuse que así era, y que estaba realizando mis preparativos. Eran necesarias muchas pruebas antes de enfrascarse en la continua y delicada tarea de una restauración.

—Debe ser fascinador —comentó—. Estoy seguro de que triunfará usted.

Me pareció que hablaba en serio, aunque algo distraído, como si durante todo aquel tiempo estuviera pendiente de la llegada del conde. Éste se presentó a las ocho en punto, y ocupamos nuestros lugares en la mesa; el conde a la cabecera, yo a su derecha, Geneviève a su izquierda, y Philippe en el extremo opuesto. Se sirvió la sopa, mientras el conde me preguntaba sobre mis progresos en la galería.

Repetí lo que había dicho a Philippe sobre mi manera de comenzar; pero expresó más interés que aquél aunque yo no estaba segura de si lo hacía por amor a las pinturas o por simple deseo de mostrarse cortés.

Le expliqué que había decidido lavar primero la tela con agua y jabón, para quitarle toda la suciedad. Me miró con expresión divertida y dijo:

—¡Ah, ya! El agua ha de ponerse en un bote de forma especial, y el jabón prepararse en una noche sin luna.

—Ya no nos regimos por supersticiones —repuse.

—¿No es usted supersticiosa, mademoiselle?

—No más que cualquier otra persona de nuestra época.

—Estoy convencido de que es demasiado práctica para incurrir en tales fantasías, lo cual me parece perfecto, mientras permanezca aquí. Hemos convivido con personas... —sus ojos se volvieron hacia Geneviève que pareció encogerse en su silla—, con institutrices que rehusaron

quedarse porque, según ellas, el castillo está encantado. Otras no expresaron motivo alguno sino que se marcharon sin pronunciar palabra. Algo les resultaba intolerable... o mi *Château* o mi hija.

Su mirada tenía una expresión de frío disgusto al posarse en Geneviève, y yo sentí cómo mi resentimiento se reactivaba. Era la clase de hombre que siempre necesitaba una víctima. Me había mortificado en la galería y ahora le tocaba el turno a Geneviève; pero mi caso era distinto. Yo había llegado allí sin previo aviso y estaba en condiciones de defenderme, cosa imposible en Geneviève, apenas una niña, y además, nerviosa y sensitiva en grado sumo. Aunque había dicho muy poco, sus palabras contenían veneno. Pero nada de aquello resultaba inesperado. Era evidente que Geneviève lo temía, y lo mismo Philippe y los demás ocupantes del castillo.

—Si una fuera supersticiosa —dije comprendiendo que debía acudir en ayuda de Geneviève— sus fantasías tendrían adecuado marco en un lugar como éste. He estado con mi padre en algunas residencias antiguas, pero jamás encontré un solo fantasma. En cambio, aquí...

—Quizá los fantasmas ingleses sean más tímidos que los franceses, y no aparezcan sin ser invitados. O sólo visiten a la gente temerosa, aunque a lo mejor me equivoco.

Me sonrojé.

—Sin duda, siguen comportándose según el ambiente del tiempo en que vivieron. Y la etiqueta ha sido siempre muy rígida allí.

—Tiene razón, mademoiselle Lawson. Los ingleses son más propensos a presentarse donde no se les invita. En este castillo estará usted segura... siempre y cuando no nos traiga compañías indeseables.

Philippe escuchaba atentamente, y Geneviève parecía sentir temor respecto a mí por atreverme a entablar conversación con su padre.

El pescado siguió a la sopa, y el conde levantó su copa, mirándome.

—Espero que le guste este vino, mademoiselle Lawson. Es de nuestra cosecha. ¿Conoce los vinos tan bien como las pinturas?

—Se trata de un tema en el que soy poco experta.

—Pues oír hablar mucho de él mientras se encuentre aquí. Con frecuencia es el sujeto principal de las conversaciones. Confío en que no la canse.

—Estoy convencida de que me interesará. Siempre es agradable enterarse de cosas.

Vi dibujarse una sonrisa en la comisura de sus labios. «Siempre será una institutriz», pensó sin duda. Desde luego, si alguna vez me veía obligada a adoptar dicha profesión, tendría condiciones para ello.

Con aire vacilante, Philippe intervino:

—¿Por qué pintura va a empezar, mademoiselle Lawson?

—Por un retrato que creo se pintó a mediados del siglo pasado. Yo lo sitúo hacia mil setecientos cuarenta.

—Como puedes ver, primo, mademoiselle Lawson es una experta. Adora las pinturas. Me ha regañado por tenerlas tan abandonadas, haciéndome sentir como un padre que no cumple sus deberes.

Geneviève bajó la mirada hacia su plato, con expresión turbada. El conde se volvió hacia ella.

—Deberías aprovechar la presencia aquí de mademoiselle Lawson. Te enseñará a mostrar un poco de entusiasmo.

—Sí, papá —repuso Geneviève.

—Y si, además, puedes persuadirla de que hable inglés contigo, tal vez consigas expresarte inteligiblemente en dicho idioma. Debes intentar que mademoiselle Lawson te hable de Inglaterra y de los ingleses, cuando no esté ocupada en sus pinturas. Aprenderías de ellos una etiqueta menos rígida. Esto te dará confianza y... aplomo.

—Ya hemos hablado en inglés —dije—. Geneviève posee muy buen vocabulario. Pero la pronunciación siempre es un problema, hasta que se conversa con nativos. Aunque con el tiempo se logra mejorarla.

De nuevo estaba hablando como una institutriz y me di cuenta de que él pensaba lo mismo. Pero había hecho lo posible para apoyar a Geneviève a desafiarle. Mi antipatía hacia el conde iba creciendo por momentos.

—Es una excelente oportunidad para ti, Geneviève. ¿Monta usted a caballo, señorita Lawson?

—Sí. Me gusta mucho.

—Tenemos caballos en los establos. Uno de los mozos le indicará cuál es el más adecuado. Geneviève también monta... un poco. Pueden cabalgar juntas. Su actual institutriz es demasiado miedosa. Geneviève, puedes enseñar los alrededores a mademoiselle Lawson.

—Sí, papá.

—Temo que el país no le resulte demasiado atractivo. Los viñedos raramente lo son, pero si se alejan un poco estoy seguro de que encontrarán algo de su gusto.

—Es usted muy amable. Me complacerá mucho cabalgar.

Agitó una mano, y Philippe, comprendiendo sin duda que era preciso hacer un esfuerzo e intervenir en la conversación, volvió al tema de las pinturas.

Hablé del retrato en el que estaba trabajando, y les expliqué algunos detalles técnicos, con la esperanza de desorientar un poco al conde.

Éste escuchó gravemente, con una débil sonrisa estremeciendo las comisuras de sus labios. Era desconcertante sospechar que sabía mis intenciones. Probablemente se había dado cuenta de mi disgusto hacia él, pero aunque parezca extraño me pareció como si aquello incrementase su interés hacia mí.

—Estoy segura —dije— de que aunque ese cuadro no sea una obra maestra, el artista dominaba muy bien el color. He observado algunos detalles reveladores. El tono del vestido es extraordinario, y que una vez devuelto a las esmeraldas el brillo que el pintor intentó conferirles resultarán magníficas.

—¡Esmeraldas...! —dijo Philippe.

El conde lo miró.

—¡Oh, sí! En ese cuadro aparecen en todo su esplendor. Será interesante verlas... aunque sólo en pintura.

—Es la única posibilidad —murmuró Philippe.

—¡Quién sabe! —exclamó el conde. Y volviéndose hacia mí añadió—: A Philippe le interesan mucho las esmeraldas.

—¿Acaso no nos interesan a todos? —preguntó Philippe con inesperado atrevimiento.

—Nos interesarían más si pudiéramos ponerles la mano encima.

Con voz penetrante y excitada, Geneviève intervino:

—Deben estar escondidas en algún sitio. Nounou asegura que permanecen en el castillo. ¡Si pudiéramos encontrarlas...! ¡Oh! ¡Qué emocionante sería!

—La vieja institutriz debe tener razón —dijo el conde con sarcasmo—. Convengo en que sería emocionante encontrar las joyas... aparte de que tal descubrimiento representaría un refuerzo considerable para la fortuna familiar.

—¡Desde luego! —exclamó Philippe con mirada brillante.

—¿Creen ustedes que aún puedan estar en el castillo? —pregunté.

Philippe respondió en seguida:

—Nunca se ha dado con ellas. Y eso que son fáciles de reconocer, y no pueden hacerse desaparecer fácilmente.

—Mi querido Philippe —intervino el conde—, olvidas la época en que se perdieron. Hace cien años, mademoiselle Lawson. Debieron ser fragmentadas, vendidas separadamente y olvidadas después. Los mercados quedarían inundados de joyas robadas en las mansiones de Francia por quienes sabían poco de su verdadero valor. Estoy casi seguro de que así sucedió con las esmeraldas Gaillard. La canaille que saqueó nuestras casas y robó nuestros tesoros no podía apreciar estas cosas. —La momentánea cólera que apareció en sus ojos se aplacó en el momento de volverse hacia mí para añadir—: ¡Ah!, mademoiselle Lawson, ¡qué afortunada fue usted al no vivir aquella época! ¡Cómo hubiera sufrido viendo grandes pinturas arrojadas por las ventanas y dejadas expuestas a la inclemencia del tiempo... hasta adquirir esas perjudiciales floraciones!

—Es trágico que se perdieran tantas obras de arte —convine. Y volviéndome hacia Philippe le pregunté—: ¿Qué decía usted de las esmeraldas?

—Estuvieron muchos años en posesión de la familia —respondió—. Valían... es difícil calcularlo porque los precios han cambiado mucho. En realidad, no se puede saber. Las guardábamos en una habitación especialmente protegida; pero aun así se perdieron en tiempos de la revolución. Nadie supo lo que había sido de ellas, aunque se sigue creyendo que permanecen ocultas en algún lugar del castillo.

—Periódicamente organizamos cacerías de tesoros —dijo el conde—. Algunos las consideran fuente de grandes emociones. Investigamos, excavamos e intentamos descubrir lugares ocultos que no hayan sido hollados durante años. Todo ello produce mucha algazara... pero nada de esmeraldas.

—¡Papá! —Exclamó Geneviève—. ¿Por qué no organizamos una cacería de tesoros?

Habían traído el faisán. Era excelente, pero apenas lo probé. La conversación me absorbía por completo.

Durante toda la jornada había permanecido en un estado de gran excitación, ante la perspectiva de quedarme allí.

—Ha impresionado usted tanto a mi hija, mademoiselle Lawson —dijo el conde— que está segura de poder triunfar donde otros fracasaron. Quieres renovar la búsqueda porque crees que con mademoiselle Lawson no podemos fallar, ¿verdad?

—No —dijo Geneviève—. No pensaba en eso. ¡Quería buscar las esmeraldas, simplemente!

—¡Qué poco amable eres! Perdónela, mademoiselle Lawson. Geneviève, sugiero que enseñes el castillo a la señorita. —Se volvió hacia mí—. Usted todavía no lo ha explorado y estoy seguro de que con su viva e inteligente aptitud para estas cosas le gustará mucho. Según me dijo, su padre entendía de arquitectura tanto como usted de pinturas, y que trabajaron juntos. A lo mejor descubre el lugar oculto que nos ha estado burlando durante cientos de años.

—Me interesará ver el castillo —admití— y si Geneviève me lo enseña, estaré encantada.

La jovencita no me miró, y el conde frunció el ceño. Añadió rápidamente:

—Si te parece bien, convendremos un momento adecuado, Geneviève.

Ésta miró a su padre, y luego a mí.

—¿Mañana por la mañana? —propuso.

—Por la mañana trabajo, pero puedo acompañarte por la tarde.

—Bien —murmuró.

—Será un recorrido provechoso para ti, Geneviève —dijo el conde.

Mientras tomábamos el soufflé, estuvimos hablando del vecindario y de las viñas. Me pareció que realizaba grandes progresos. Había cenado con la familia, cosa que la pobre mademoiselle Dubois nunca pudo conseguir; me dieron permiso para montar a caballo, con lo que podría utilizar mi viejo traje que por fortuna llevaba conmigo; al día siguiente recorrería el castillo, y, por si fuera poco, había entablado cierta relación con el conde, aunque no estaba segura del carácter exacto de la misma.

Me agradó poder retirarme a descansar; pero antes de despedirme, el conde dijo que había en la biblioteca un libro que quizá me gustase leer.

—Mi padre lo mandó escribir —dijo—. Le interesaba mucho la historia de nuestra familia. El libro fue escrito y luego impreso. Han pasado muchos años desde que lo leí la última vez, pero creo que le gustará.

Le contesté que estaba segura de ello, y que me encantaría verlo.

—Haré que se lo envíen —dijo.

Me despedí de todos, en el momento de retirarse Geneviève; y luego de dejar a los caballeros, la joven me acompañó a mi habitación y me dio fríamente las buenas noches.

No llevaba mucho rato en mi cuarto cuando llamaron a la puerta y una criada entró trayendo el libro.

—Monsieur le Comte dijo que es para usted —indicó.

Se retiró, dejándome de pie con el libro en la mano. Era un volumen fino, adornado con algunos dibujos del castillo. Comprendí que resultaría absorbente, pero por el momento me sentía demasiado ocupada pensando en los acontecimientos de aquella noche.

No quería irme a la cama porque mi cerebro estaba demasiado despierto, dominado por la imagen del conde. Había pensado encontrarme ante un hombre poco corriente, pero era, además, un personaje rodeado de misterio. Su hija lo temía; no estaba segura, pero creí que el primo también sentía miedo. Al conde le gustaba infundir temor a quienes le rodeasen, para luego despreciarlos. Tal es la conclusión a que llegué. Noté la exasperación que sus familiares provocaban en él y cómo hizo lo posible para mortificarlos. Imaginé su vida con la mujer que tuvo la desgracia de casarse con él. ¿Se habría humillado ella ante su soberbia? ¿La habría maltratado? No era fácil conjeturar que infligiera castigos corporales; pero aun así, ¿cómo estar segura de que no lo había hecho? Apenas si lo conocía.

Esta última idea me excitó, tuve que admitirlo. Por su parte, ¿qué pensaría él de mí? Probablemente muy poco. Me había examinado superficialmente, y luego decidió darme el empleo, pero acaso allí terminara su interés. ¿Por qué me había invitado a cenar con la familia? ¿Para contemplar con más comodidad a un ser humano que sólo le interesaba de manera marginal? ¿Porque no había otra cosa interesante en el castillo? Cenar con Philippe y Geneviève debía resultarle muy aburrido. Yo le desafié, aunque sin éxito, porque era demasiado listo y sabía penetrar mis defensas. Mi atrevimiento le divirtió, sin duda, animándole a una conversación ulterior con el propósito de

humillarme aún más.

Llegué a la conclusión de que era un sádico. Se le consideraba responsable de la muerte de su esposa, porque aunque no le hubiera administrado la dosis fatal, la había impulsado a tomarla. ¡Pobre mujer! ¿Cómo debió ser su vida? ¿Hasta qué punto pudo sentirse trastornada, para llegar a tal extremo? ¡Y pobre Geneviève! Debía intentar comprender a aquella niña y hacerme amiga suya. Estaba perdida, deambulando por un laberinto, temerosa de no encontrar la salida.

Por mi parte, podía recorrer a mis anchas aquel lugar donde hechos extraños se sucedieron en el transcurso de los siglos, y donde una mujer había fallecido recientemente en circunstancias trágicas.

Para alejar a aquel hombre de mi mente intenté pensar en otro. ¡Qué distinto era el rostro franco de Jean-Pierre Bastide!

De pronto sonreí. Era extraño que luego de no haberme interesado por un hombre desde que años atrás amé a Charles, ahora no pudiese apartar de mi mente a aquellos dos seres.

¡Qué estupidez! ¿Qué relación podía tener ninguno de ellos conmigo?

Tomé el libro que me había dado el conde y empecé a leer.

\*\*\*\*\*

El castillo había sido construido en el año 1405 y aún se conservaba gran parte de la estructura original. Las dos alas que flanqueaban el edificio se añadieron después. Tenían más de treinta metros de altura y sus refuerzos cilíndricos añadían solidez al conjunto. Establecí comparaciones con el castillo real de Loches, y me dije que la vida en *Château* Gaillard debió haber sido muy parecida a la de aquél. Porque también en Gaillard los de la Talle reinaban como reyes, y tenían incluso mazmorras donde encerrar a sus enemigos. En la parte más antigua del edificio había una *oubliette*.

Cuando el autor del libro examinó dichas mazmorras pudo descubrir concavidades parecidas a las de Loches; agujeros excavados en la piedra en los que no había espacio para mantenerse en pie; en ellos los condes de la Talle, de los siglos XV; XVI; y XVII, habían encadenado a seres humanos del mismo modo que Luis XI hizo con sus enemigos. Un hombre encerrado en una *oubliette* intentó abrirse camino y pudo excavar un pasadizo que le llevó a uno de aquellos huecos, donde murió desesperado.

Proseguí la lectura, fascinada no sólo por la descripción del castillo sino por la historia de la familia.

Con frecuencia, en el curso del tiempo, los de la Talle habían tenido conflictos con los monarcas reinantes, pero otras veces se pusieron de su lado. Una de las mujeres de la familia fue amante de Luis XV, antes de casarse con el conde, y dicho rey le regaló un collar de esmeraldas de considerable valor. En aquellos tiempos no se consideraba deshonor ser amante de un rey, y el de la Talle que la aceptó por esposa cuando dejó el servicio real había tratado de competir con la generosidad del monarca, ofreciendo a su cónyuge un brazaletes de esmeraldas hecho con piedras parecidas a las del collar. Pero un brazaletes siempre es de menos valor y al mismo siguieron una tiara de esmeraldas, dos anillos, un broche y un cinturón como prueba de que los de la Talle podían equipararse a la realeza. Así fue como aparecieron las famosas esmeraldas.

El libro confirmaba lo que yo suponía: que las esmeraldas se perdieron durante la revolución.

Hasta entonces estuvieron guardadas junto con otros tesoros en el recinto especial de la galería de armas al que nadie tenía acceso aparte del señor del castillo, quien poseía la llave y era el único enterado del lugar exacto de su emplazamiento. Hasta que un día aciago el terror se desencadenó por toda Francia.

Aunque era ya muy tarde no podía dar por terminada la lectura. Llegué al capítulo titulado «Los de la Talle y la revolución».

Lothair de la Talle, conde en aquella época, era un joven de treinta años, que se había casado poco antes. Llamado a París para la reunión de los Estados Generales nunca regresó al castillo. Fue uno de los primeros cuya sangre tiñó la guillotina. Su mujer, María Luisa, de veintidós años y esperando a un hijo, permaneció en la mansión con la vieja condesa, madre de Lothair. Imaginé claramente lo sucedido. Los calurosos días de julio, la joven esposa recibiendo la noticia de la muerte de su marido, su dolor ante aquella desgracia y su miedo respecto al hijo aún por nacer. La vi asomada a la más alta ventana de la más alta torre, mirando los alrededores y preguntándose si los revolucionarios llegarían hasta allí, y cuánto tiempo le permitirían vivir en paz.

Durante aquellas sofocantes jornadas debió mantenerse a la espera, temerosa de trasladarse a la ciudad, observando el trabajo de los recolectores y de los sirvientes que, a medida que pasaban los días, se iban mostrando menos dóciles. La vieja y orgullosa condesa intentaría desesperadamente conservar las antiguas usanzas, y las dos valientes mujeres debieron sufrir lo increíble durante aquella terrible prueba.

Pocos escaparon al Terror, que acabó por llegar también a *Château Gaillard*. Una cuadrilla de revolucionarios avanzó sobre el castillo, agitando sus banderas y entonando una nueva canción difundida en el Sur. Los trabajadores dejaron las viñas; de las casitas de la ciudad salían corriendo mujeres con niños. Menestrales y tenderos se desparramaban por la plaza. Los aristócratas se habían acabado y ahora ellos eran los amos.

Me estremecí al leer cómo la joven condesa había salido del castillo para ocultarse en una casa cercana. Yo sabía muy bien de qué casa se trataba y qué familia le había ofrecido asilo. Las historias de ambas familias estaban entrelazadas. Sin embargo, sus miembros no eran amigos ya que los del castillo actuaron siempre como amos. Recordaba perfectamente la expresión orgullosa de madame Bastide cuando me lo contó.

La madame Bastide que ofreció asilo a la condesa debió ser la bisabuela de Jean-Pierre. Había gobernado su hogar con tanta autoridad que ni los hombres se atrevieron a desobedecerla. Formaban parte del grupo de revolucionarios que se preparaban a saquear el castillo, mientras ella escondía a la condesa en su casa y les prohibía decir lo que estaba ocurriendo.

Por su parte, la vieja condesa se negó a abandonar el *Château*. Había vivido siempre allí y allí quería morir. Se fue a la capilla a esperar la llegada de los rebeldes. Se llamaba Geneviève y estuvo rezando a Santa Genoveva para que la ayudara. Oyó los ásperos gritos y las carcajadas de la muchedumbre al irrumpir en el castillo, y comprendió que estaban despedazando pinturas y tapices y echándolos por las ventanas para que los cogieran sus camaradas.

Unos cuantos energúmenos se acercaron a la capilla. Pero antes de entrar trataron de derribar la estatua de Santa Genoveva colocada sobre la puerta. Se encaramaron allí pero no consiguieron moverla. Excitados por el vino llamaron a sus camaradas. Antes de continuar el pillaje en el interior debían echar abajo aquella imagen.

Postrada ante el altar, la vieja condesa continuaba rezando a Santa Genoveva mientras el griterío aumentaba fuera. A cada momento, la gente podía irrumpir en la capilla y asesinar a la dama.

Se trajeron cuerdas y los esfuerzos continuaron mientras se cantaba La Marsellesa y el Ça Ira. La anciana oyó un clamor de entusiasmo que fue ganando intensidad. «¡Venga camaradas... todos a una!» y luego el ruido del golpe, los gritos... y un terrible silencio.

Santa Genoveva yacía hecha pedazos a la puerta de la capilla; pero junto a ella había los cuerpos de tres hombres muertos. Supersticiosos y pusilánimes, no obstante su jactancia y sus desmanes, los revolucionarios se alejaron. El castillo estaba salvado. Unos cuantos, más atrevidos, intentaron excitar a la muchedumbre, pero fue inútil. Muchas de aquellas gentes procedían del distrito circundante, habían vivido siempre a la sombra de los de la Talle, y seguían temiéndolos del mismo modo que los temieron en el pasado. Sólo les animaba un deseo: volver la espalda cuanto antes a *Château Gaillard*.

Cuando todo hubo pasado, la vieja condesa salió de la capilla; miró la imagen rota y arrodillándose dio las gracias a su santa patrona. Entró luego en el castillo y con ayuda de un servidor intentó poner orden en aquel caos. Vivió sola durante algunos años, cuidando al joven conde que había sido llevado a escondidas hasta allí. Su madre murió al darle a luz, lo que no resulta sorprendente considerando lo que había sufrido antes del parto y el hecho de que madame Bastide no se atreviera a llamar a una comadrona. La vieja condesa, el niño y un criado vivieron allí hasta que las cosas volvieron a su cauce. La revolución pasó y la vida en el castillo pudo continuar como en los viejos tiempos. Los sirvientes regresaron, se llevaron a cabo reparaciones, y los viñedos empezaron a prosperar. Pero aunque la cámara en que se guardaban las esmeraldas no sufrió daño alguno, las joyas desaparecieron, quedando perdidas para la familia.

Cerré el libro. Estaba tan cansada que pronto me dormí.

## Capítulo 3

La mañana siguiente la pasé en la galería. Luego del interés que el conde demostró la noche anterior, casi esperaba su visita; pero no vino. Comí en mi habitación como de costumbre, y al terminar llamaron a la puerta y entró Geneviève.

Llevaba el pelo pulcramente recogido en la nuca y parecía tranquila como durante la cena. Me dije que la presencia de su padre en la casa ejercía efectos muy profundos en ella.

Subimos la escalera de la torre poligonal, alcanzando la cúspide del edificio. Una vez allí me señaló puntos del paisaje circundante, hablando aquel inglés lento y penoso que había indicado el conde. Creo que aunque a veces aborrecía y temía a su padre, sentía el deseo de ganarse su respeto.

—Mademoiselle, ¿ve aquella torre, hacia el Sur? Pues allí vive mi abuelo.

—No está muy lejos.

—Unos doce kilómetros. Hoy se la distingue porque el aire es muy claro.

—¿Lo visitas con frecuencia?

Guardó silencio, mirándome con recelo.

—No está muy lejos —repetí.

—A veces voy. Por favor, no se lo diga a papá.

—¿No quiere que vaya?

—Nunca me lo ha dicho —repuso con expresión ligeramente amarga—. No me habla mucho, ¿sabe? Pero prométame no decirle nada.

—¿Por qué habría de decírselo?

—Porque él habla con usted.

—Querida Geneviève. Sólo lo he visto dos veces. Es natural que hablemos de sus pinturas. Está preocupado por ellas. Pero nunca se refiere a otras cosas.

—Por lo general, nunca habla con la gente... que trabaja aquí.

—Probablemente no restauran pinturas.

—Creo que se interesa por usted.

—Le interesa lo que yo pueda hacer con sus obras de arte. Fíjate en este techo abovedado. Y en la forma que tiene la arcada de esa puerta. Creo que proceden de un siglo atrás.

Me hubiera gustado hablar más de su padre, preguntarle cómo se comportaba con la gente de la casa; saber por qué no quería que visitase a su abuelo.

—Habla demasiado de prisa, señorita. No puedo seguirla.

Bajamos la escalera y al llegar al final dijo en francés:

—Ahora que ha estado arriba debe ver también los sótanos. ¿Sabe que tenemos calabozos en el castillo?

—Tu padre me ha prestado un libro escrito por un antepasado vuestro, que me ha dado una idea muy clara de lo que es el castillo.

—Aquí encerrábamos a nuestros prisioneros, mademoiselle. Si alguien ofendía al conde de la Talle, lo metían en un calabozo. Mi madre me lo contó. Una vez me llevó allí, y dijo que no era preciso estar en un calabozo para vivir prisionera. Según ella, los muros de piedra y las cadenas son un modo de quitar la libertad; pero existen también otros.

La miré fijamente. Su expresión era sencilla e ingenua como antes.

—En los castillos del rey había mazmorras llamadas *oubliettes* porque quien era metido allí quedaba olvidado para los demás. ¿Sabía usted que usaban escotillones apenas visibles desde fuera?

—Sí, he leído sobre esas cosas. Se colocaba a la inocente víctima sobre la trampa, y ésta era abierta al maniobrar una palanca en otra parte de la habitación. De pronto la trampa se abría, y el desgraciado caía al fondo.

—Sí. Era una caída profunda. Quizá se rompiera una pierna, pero nadie podía ayudarle. Yacía allí olvidado junto a los huesos de otros encerrados antes que él. Mademoiselle, ¿le dan miedo los fantasmas?

—Naturalmente que no.

—Pues a muchos sirvientes, sí. Por nada del mundo entrarían en la habitación que está sobre la *oubliette*... por lo menos solos. Dicen que por la noche se oyen ruidos como si alguien se quejara. ¿Está segura de querer ver eso?

—Querida Geneviève, he estado en algunas mansiones inglesas famosas por sus aparecidos.

—Entonces, no hay nada que temer. Papá dijo que los fantasmas franceses están mejor educados que los ingleses ya que sólo acuden cuando se les conjura. Si no tiene miedo ni cree en ellos, no temerá que la molesten, ¿verdad?

—Eso es lo que él quiso decir.

¡Qué bien recordaba sus palabras! «Esta niña necesita algo más que disciplina», me dije. «Necesita afecto». Hacía tres años que su madre había muerto. ¡Cómo debía echarla de menos con un padre semejante!

—Señorita, ¿está usted segura de no asustarse de la *oubliette*?

—Completamente segura.

—Ahora no es como antes —me aclaró—. Cuando hace ya mucho tiempo buscaban las esmeraldas sacaron de allí muchos huesos y cosas terribles. Fue mi abuelo quien lo mandó y desde luego, el primer lugar en que se les ocurrió investigar fue en la *oubliette*. ¿No le parece natural? Pero no había nada. Aseguraron que alguien se había llevado las joyas. Pero yo sigo creyendo que están allí. Me gustaría que papá organizara otra vez la búsqueda del tesoro. ¿Verdad que sería divertido?

—Tengo entendido que se han hecho investigaciones profundas, y por lo que lei parece cierto que las joyas fueron robadas por los revolucionarios cuando entraron en el *Château*.

—No penetraron en la cámara fuerte, pero las esmeraldas desaparecieron.

—Quizá las vendieron antes de la revolución. O tal vez llevaran muchos años fuera del castillo. Son simples suposiciones, pero supongamos que uno de tus antepasados necesitó dinero y las vendió. ¿Quién sabe?

Me miró sorprendida y luego dijo con expresión triunfal:

—¿Le ha dicho eso a mi padre?

—Estoy convencida de que ya se le habrá ocurrido. Sería una solución bastante aceptable.

—¡Pero la señora del cuadro en el que usted trabaja luce esas esmeraldas! Debieron estar en posesión de la familia cuando se ejecutó la pintura.

—Podrían ser una imitación.

—Mademoiselle, ningún de la Talle llevaría joyas falsas.

Sonreí y dejé escapar una leve exclamación de placer, porque acabábamos de llegar a una estrecha y desigual escalera.

—Ésta lleva al subterráneo, señorita —me explicó—. Son ochenta escalones. Los he contado. Si tiene dificultades agárrese a la cuerda que sirve de barandilla.

Así lo hice, siguiéndola en el descenso. La escalera adoptó una forma espiral y se hizo más estrecha, de modo que seguimos bajando una tras de la otra.

—¿Nota el frío, señorita? —preguntó con una nota de excitación en la voz—. ¿Imagina lo que debía ser verse conducido aquí sabiendo que no se iba a salir nunca más? Estamos por debajo del nivel del foso. En este lugar encerrábamos a quienes nos causaban alguna ofensa.

Una vez terminados los ochenta escalones, nos encontramos ante una gruesa puerta de roble, reforzada con hierros. Alguien había grabado allí palabras que resultaban irónicamente claras:

*Entrez, Messieurs, Mesdames  
chez votre maître le Comte de la Talle.*

—¿Le parece un modo atento de dar la bienvenida, señorita? —preguntó sonriendo levemente, como si una jovencita por completo distinta me observara tras de su aire circunspecto.

Me estremecí. Se acercó a mí un poco más y susurró:

—Esto ya no es como antes, señorita. Ahora no es chez nous. Ya no damos reuniones en el castillo. Pase más adelante. Vea esos agujeros en el muro. Se les llamaba *cages*. Y observe las cadenas. Solíamos amarrar a los presos a ellas y les dábamos un poco de pan y agua de vez en cuando. No vivían mucho tiempo. No se ve casi nada, pero cuando se cierra la puerta la oscuridad es completa. Ni luz... ni aire. La próxima vez traeremos velas. O mejor, un farol. ¡Qué aire tan enrarecido! Si tuviéramos luz le enseñaría lo que hay escrito en las paredes. Algunos arañaron en ellas oraciones a los santos o a la Virgen. O explicaron la venganza que tomarían a los de la Talle, caso de quedar libres.

—Este lugar es muy malsano —comenté observando las excrecencias fungosas que crecían en las húmedas paredes—. Y como dices, casi no se ve nada.

—La *oubliette* está al otro lado del muro. Venga. Se la enseñaré. Es todavía más tenebrosa porque en ella se encerraba a los que iban a quedar olvidados por completo.

Sonrió con aire misterioso y subió unos cuantos escalones. Abriendo una puerta, dijo:

—Ésta es la sala de armas.

Entré, pudiendo ver toda suerte de bocas de fuego alineadas junto al muro. El techo era abovedado y estaba sostenido por columnas. El suelo, de asperón, quedaba recubierto en algunos lugares por esteras. Las ventanas eran similares a las de mi dormitorio, con sus tragaluces estrechos como ranuras que dejaban entrar muy poca luz. Aunque nunca lo hubiera admitido ante Geneviève, tuve que reconocer que en aquel recinto campeaba un ambiente repulsivo y estremecedor. Su aspecto no había sido alterado en el curso de los siglos, e imaginé a la confiada víctima entrando allí sin saber lo que la esperaba. Vi un sillón tan ornamentado que parecía casi un trono. Me pregunté por qué habrían dejado en semejante estancia un mueble como aquél. Era amplio, y en su respaldo estaba tallado el escudo de los de la Talle con su flor de lis. Imaginé el hombre que debió sentarse allí —y por asociación de ideas al conde actual— hablando con su víctima hasta que al apretar repentinamente un resorte se abría una trampa bajo sus pies. El horrendo grito y los instantes de silencioso terror cuando el condenado se daba cuenta de que el suelo cedía, arrojándolo junto a los que

le precedieron, los olvidados que jamás volvieron a ver la luz del día.

—Ayúdeme a mover este sillón, señorita —me indicó Geneviève—. El resorte está bajo él.

Entre las dos desplazamos aquella especie de trono, y Geneviève enrolló un poco la alfombra.

—Fíjese —dijo—. Aprieto aquí... y vea lo que pasa.

Se oyó un chirrido espantoso y un gran agujero cuadrado apareció en el suelo.

—En aquellos tiempos funcionaba rápida y silenciosamente. Mire abajo, mademoiselle. No se ve casi nada, ¿verdad? Hay una escala de cuerda que guardamos en ese aparador. Dos veces al año, unos criados bajan a limpiar, según creo. Ahora no hay nada. Ni huesos ni cadáveres convertidos en polvo. Tan sólo fantasmas... pero usted no cree en fantasmas.

Había sacado la escala de cuerda, que sujetó a unos ganchos situados bajo la tarima, y la dejó caer.

—¡Vamos, señorita! ¿Baja conmigo? —Empezó el descenso, riéndose de mí—. Ya sé que no tiene miedo —dijo.

Alcanzó el fondo y yo la seguí.

Estábamos en una pequeña cámara. Un poco de luz se filtraba por el agujero de la trampa, bastando para dejarme ver las tristes inscripciones en el muro.

—Mire estas aberturas. Estaban hechas a propósito. Los presos creían que se trataba de un camino hacia la libertad. Pero, en realidad, eran una especie de laberinto en el que uno se podía perder. Confiaban en poder encontrar una salida; pero volvían a la *oubliette*. Es lo que se llama una tortura refinada.

—¡Muy interesante! —comenté—. Nunca lo había oído mencionar. Debe tratarse de un caso único.

—¿Quiere examinarlo mejor, señorita? Ya sé que es usted muy valiente y que además, como me ha repetido, no cree en fantasmas.

Me acerqué a la abertura practicada en el muro y di unos pasos por su oscuro interior. Toqué la fría pared y tardé unos segundos en darme cuenta de que aquello no conducía a ningún sitio. Se trataba simplemente de un hueco.

Al volverme escuché una risa ahogada. Geneviève había subido por la escala y la estaba retirando desde arriba.

—¡A usted le gusta el pasado! —exclamó—. Pues bien, ahí lo tiene. Los de la Talle siguen dejando a sus víctimas encerradas en las *oubliettes*.

—¡Geneviève! —grité presa de pánico.

Se echó a reír.

—¡Es una mentirosa! —contestó irónicamente—. Ha llegado el momento de saber si teme o no teme a los fantasmas.

La trampa se cerró con resonante golpe, y por un instante la oscuridad fue completa. Luego mis ojos se fueron acostumbrando a ella, y a los pocos segundos el horror de aquella situación hizo presa en mí.

La chiquilla lo había planeado todo la noche anterior cuando su padre sugirió que me enseñara el castillo. No me quedaba otra solución que mantener la dignidad; rehusar admitir que un miedo horrible se estaba apoderando de mí; esperar hasta que Geneviève me libertara.

—¡Geneviève! —llamé—. Abre inmediatamente esa puerta.

Pero sabía perfectamente que nadie podía oírme. Los muros eran muy espesos y lo mismo las

losas que formaban el techo. ¿De qué hubiera servido una *oubliette* que dejara escuchar los lamentos de las víctimas? Esta simple observación me hizo pensar en el destino de quienes eran encerrados en ellas.

Había cometido una locura al confiar en la niña. La primera vez que la vi tuve una leve impresión de su carácter. Sin embargo, me dejé engañar por su aparente docilidad. ¿Y si aquello fuera algo más que una simple travesura? ¿Y si Geneviève fuera en realidad una malvada?

Con repentino terror me dije que no se darían cuenta de mi desaparición hasta la hora de la cena, cuando me llevaran la bandeja a mi habitación o fuera invitada a acompañar a la familia. ¿Hasta qué hora tendría que esperar en aquella espantosa mazmorra?

Se me ocurrió otra cosa. ¿Y si Geneviève iba a mi habitación, ocultaba mis pertenencias y hacía creer que me había ido? Incluso era capaz de falsificar una nota explicando que me ausentaba por no estar satisfecha con el modo en que me habían recibido, o porque prefería no hacer aquel trabajo.

¿Sería capaz de semejante cosa?

No en vano era la hija de un asesino.

¡Qué extraña resultaba aquella situación! Apenas si sabía algunos detalles del misterio que envolvía a la esposa del conde. Pero dicho misterio existía. Aquella jovencita era un ser desconcertante y extraño, y empezaba a creerla capaz de cualquier cosa.

Mientras sentía rondarme el pánico, comprendí lo que las víctimas debieron sufrir al encontrarse en aquel horrible lugar. Pero no podía compararme con ellas, porque al caer en el foso debían romperse algún miembro. Yo, al menos, había bajado por una escalera, y era víctima de una broma, mientras que aquellos pobres seres lo fueron de la venganza. La trampa volvería a abrirse dentro de unos momentos, y aparecería la cabeza de Geneviève. Pensaba mostrarme muy severa con ella, procurando no demostrar el miedo padecido y, cosa muy importante, conservando mi dignidad.

Me senté en el suelo, apoyando la espalda contra el helado muro. Miré hacia arriba e intenté saber la hora en el relojito que llevaba prendido a la blusa. Pero fue imposible averiguarlo. Los minutos transcurrían, y de nada hubiera servido pretender que no estaba asustada. Un ambiente de terrible opresión impregnaba el lugar. El aire era denso y me sentía sofocar. Comprendí que aunque siempre me hubiera jactado de mi flemma, en aquellos instantes estaba muy próxima al pánico.

¿Por qué habría ido al *Château*? ¡Cuánto más agradable hubiera sido encontrar un tranquilo empleo como institutriz, cargo para el que me sentía tan capacitada! ¡Cuánto mejor haber ido a casa de la prima Jane, para cuidarla, atenderla, leerle libros y escucharla decir veinte veces al día que yo no era más que un pariente pobre!

Quería encontrar una oportunidad para vivir tranquilamente, sin complicaciones. ¡Cuántas veces había dicho que prefería morir antes que soportar una existencia servil, y con cuánta intensidad me expresé así! Pero ahora hubiera cambiado de buena gana mi independencia y mis aficiones personales por el simple hecho de seguir viviendo. Nunca hubiera creído posible que me ocurriera tal cosa. ¿Hasta qué punto me conocía? ¿Acaso el aspecto que mostraba ante los demás me había engañado a mí también?

Intentaba pensar en algo que alejara mis reflexiones del triste lugar en el que parecían seguir presentes los cuerpos y las almas de quienes allí murieron.

«¿Cree en fantasmas, señorita?».

Nunca creí en ellos a plena luz y en las proximidades de otras gentes. Pero en aquella lóbrega

*oubliette* a donde fui llevada por engaño... no estaba tan segura.

—¡Geneviève! —grité. Y la nota de pánico que sonaba en mi voz acabó de asustarme.

Me puse en pie y empecé a caminar, gritando hasta que mi voz enronqueció. Me senté, pretendiendo calmarme. Sin darme cuenta miraba furtivamente por encima del hombro como si empezara a sentir que alguien me observaba. Tenía la vista fija en la abertura del muro que empezaba a distinguir y que según Geneviève, conducía a un laberinto. Me parecía que alguien iba a salir de allí en cualquier momento.

Temí ponerme a sollozar. Intenté recuperar la serenidad, repitiéndome en voz alta que habría algún medio para salir de allí, aunque estaba segura de no encontrarlo. Me senté otra vez, cubriéndome la cara con las manos.

De pronto miré hacia arriba. Me había parecido oír un ruido. Me llevé la mano a la boca para reprimir un grito, mientras mantenía la vista fija en el oscuro hueco de la trampa.

Una voz llamó:

—¡Mademoiselle!

Brillaba una luz. Dejé escapar un sollozo de alivio. La trampa se había abierto y el rostro gris y asustado de Nounou me miraba.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—¡Sí... sí...! —repose poniéndome en pie de un salto.

—¡Voy a por la escalera! —indicó.

Pareció transcurrir mucho tiempo hasta que estuvo de regreso con la escala de cuerda. Me aferré a ella y subí a toda prisa, con tantas ansias por salir de allí que casi resbalé. La mirada asustada de Nounou se fijó en mí.

—¡Qué criatura tan perversa! —exclamó—. ¡Oh! No sé qué va a ser de nosotros. Está usted muy pálida... y alterada.

—¡Y quién no lo estaría después de haber permanecido ahí encerrada! —repose—. Hasta me he olvidado de darle las gracias. No podría expresarle hasta qué punto...

—Vamos a mi habitación. Le prepararé un café bien fuerte. Y si me lo permite, hablaremos un poco.

—Es muy amable. Pero ¿dónde está Geneviève?

—Debo explicarle...

—¿Explicar qué? ¿Le ha dicho lo que acaba de hacer conmigo?

La institutriz sacudió la cabeza.

—Vamos a mi habitación. Allí es más fácil hablar. Tengo que contarle algo. Debe comprender. Ha sufrido una impresión terrible y está nerviosa. Pero ¿quién no lo estaría? —Me tomó por el brazo—. Vamos, señorita. Se sentirá mucho mejor.

Me dejé llevar todavía mareada, alejándome de aquel horrible calabozo, en el que por nada del mundo hubiera vuelto a entrar. Nounou tenía los modales apacibles de quien lleva toda una vida cuidando del prójimo. Y en mi estado de ánimo, su calmante energía era lo más adecuado a mi necesidad.

No me di cuenta de adonde me llevaba, pero cuando abrió una puerta que daba paso a una pequeña y acogedora habitación, comprendí que estábamos en uno de los anexos de construcción más reciente.

—Debe descansar un poco. Aquí, en el sofá. Estará más cómoda que sentada.

—No es necesario.

—Perdóneme, mademoiselle; pero sí es necesario. Voy a prepararle el café.

Tenía encendido el fuego de la chimenea y una cafetera empezó a hervir.

—Café bueno y fuerte. La ayudará a recuperarse. ¡Pobre mademoiselle! ¡Habrás sido terrible para usted!

—¿Cómo ha sabido dónde me encontraba?

Se volvió hacia la lumbre y estuvo atenta al café.

—Al ver a Geneviève comprendí por su cara...

—¿Lo adivinó?

—Ya ha pasado otras veces. Hubo una institutriz... no se parecía a usted, era muy joven y bonita... aunque un poco descarada, quizá. Geneviève le hizo lo mismo, poco tiempo después de que su madre muriera.

—¿De modo que encerró a la institutriz en la *oubliette* como ha hecho conmigo? ¿Y cuánto tiempo la tuvo allí?

—Más que usted. Como era la primera, no lo descubrí hasta muy tarde. La pobrecilla estaba medio muerta de miedo. Se fue en seguida... y nunca hemos vuelto a saber de ella.

—¿Es que esa niña lo ha tomado por costumbre?

—Sólo lo ha hecho dos veces. Por favor, mademoiselle. No se excite. No le sentará bien después de lo que ha pasado.

—Quiero verla y hacerle comprender.

Me di cuenta de que el motivo principal de mi enojo era haberme sentido tan cerca del pánico y ello me avergonzaba, decepcionaba y sorprendía. Siempre me había considerado muy dueña de mí misma, y aquello venía a ser como quitar una capa de suciedad en una tela y encontrar otra mancha bajo ella. Realicé, además, otro descubrimiento: el de estar haciendo algo que siempre condené en los demás: dirigir mi cólera contra otra persona por sentirme irritada conmigo. Desde luego, Geneviève se había comportado de un modo abominable. Pero lo que me desconcertaba más era mi propia reacción ante ello.

Nounou se acercó, quedando en pie junto al sofá, con las manos cruzadas, mirándome.

—La vida no ha sido fácil para esa niña —explicó—. Con un carácter así, y el haber perdido a su madre tan pronto... He intentado hacer lo posible en su favor.

—¿Quería a su madre esa criatura?

—Con verdadera pasión. ¡Pobre! Fue un golpe terrible para ella. Nunca se ha repuesto del todo. Le ruego lo tenga en cuenta.

—¡Es una indisciplinada! —exclamé—. Su comportamiento la primera vez que nos vimos resultó intolerable. Y ahora... si no llega usted a descubrirme, a lo mejor me quedo allí indefinidamente.

—No. Sólo la quiso asustar, quizá por parecerle tan segura de sí misma, mientras que ella no puede conseguirlo.

—¿Y por qué es tan rara? —indagué.

Sonrió.

—Eso es precisamente lo que quería explicarle, mademoiselle.

—Me gustaría saber por qué se porta de este modo.

—Cuando lo sepa la perdonará. Será mejor que no cuente a su padre lo que acaba de pasar. Ni a su padre ni a nadie.

Pero yo no estaba tan segura de seguir su consejo.

—¡Pues a Geneviève sí pienso hablarle! —afirmé.

—A nadie más, se lo ruego. Su padre se pondría furioso, y ella le teme de verdad.

—¿No sería mejor que comprendiese la maldad de su acto? No me parece bien darle unos golpecitos en el hombro y decirle que está todo olvidado.

—Hable con ella, si quiere, pero antes permítame explicarle ciertas cosas que usted debe saber.

Se volvió, empezando a disponer la mesa.

—Me refiero sobre todo a la muerte de su madre —dijo lentamente.

Aguardé a que continuara. Pero Nounou no estaba tan ansiosa de hablar como yo de escucharla, y no diría nada hasta haber preparado el café. Tras dejar la oscura cafetera sobre la mesa se acercó otra vez al sofá.

—Para una niña de once años, fue terrible encontrarla muerta.

—Sí. Debió ser terrible —convine.

—Lo primero que hacía cada mañana era entrar en su cuarto. Imagínese lo que debió sentir al hallarla sin vida.

—¡Pero de eso hace ya tres años! —exclamé—. Y por terrible que sea no es motivo para encerrarme en ese calabozo.

—A partir de entonces no ha vuelto a ser la misma. Cambió totalmente. De vez en cuando siente unos arranques de perversidad que parecen divertirla en extremo. Echa de menos el amor de su madre: siente temor...

—¿De su padre?

—Veo que ha dado usted en el clavo. Existió, además, lo de la investigación. Algo muy penoso para ella. Todo el mundo estaba convencido de que él fue el asesino. Tenía una amante...

—Comprendo. Un matrimonio desgraciado. ¿Amaba a su esposa cuando se casó con ella?

—Mademoiselle, ese hombre sólo puede amarse a sí mismo.

—Y su esposa, ¿lo amaba?

—François le temía, igual que ocurre ahora con Geneviève. Ya sabe cómo se arreglan aquí los matrimonios. Quizá en Inglaterra sea distinto, pero en Francia las uniones entre nobles son siempre preparadas por los padres.

—En Inglaterra no se llega a tal extremo. Las familias pueden aprobar o desaprobar un noviazgo, pero no hay normas tan rígidas.

—Pues aquí sucede así. —Se encogió de hombros—. Françoise fue prometida a Lothair de la Talle cuando ambos eran adolescentes.

—Lothair... —repetí.

—Monsieur le Comte. Siempre hubo algún Lothair en la familia, señorita —me informó.

—Nombre de rey —dije—. Comprendo. —Al ver su perplejidad, añadí en seguida—. Lo siento. Continúe, por favor.

—Como todos los franceses, el conde tenía una amante, a la que sin duda quería más que a su propia mujer. Pero no resultaba adecuada como esposa, y por eso se casó con Françoise.

—¿Fue usted institutriz suya?

—La conocí cuando tenía tres días. Y estuve con ella hasta el fin.

—Y Geneviève la ha sustituido en el afecto de usted, ¿verdad?

—Confío en estar siempre con ella, igual que estuve con su madre. Todavía no puedo creer lo que pasó. ¿Por qué tuvo que sucederle eso a mi Françoise? ¿Por qué se quitó la vida? No era propio de su carácter.

—Tal vez porque se sentía desgraciada.

—Nunca esperó cosas imposibles.

—¿Conocía a la amante de su esposo?

—Mademoiselle, en Francia estas cosas se aceptan como corrientes. Estaba resignada. Y creo que en el fondo se alegraba de aquellas visitas a París. Porque... él se alejaba del castillo.

—No me parece que el matrimonio fuera muy feliz.

—Ella lo aceptaba todo.

—Pero aun así... murió.

—Sí. Pero no se mató. —Se cubrió los ojos con las manos y dijo como hablando consigo misma—: No. Jamás pudo matarse.

—¿Fue ése el veredicto?

Se volvió hacia mí casi con cólera.

—¿Qué otro veredicto podía haber... excepto el de asesinato?

—Tengo entendido que tomó una dosis excesiva de láudano. ¿Cómo pudo conseguirlo?

—Sufría dolores de muelas. Yo tenía el láudano en mi armario, y solía administrárselo. Le aplacaba el dolor y le permitía dormir.

—Quizá tomara demasiado, por error.

—¡No se mató! Estoy convencida. Pero eso es lo que se dijo... en beneficio del conde.

—Nounou —pregunté—, ¿está intentando convencerme de que el conde mató a su mujer?

Me miró asombrada.

—¡Yo no he mencionado semejante cosa! —exclamó—. Está haciendo insinuaciones falsas.

—Si esa mujer no se mató, alguien debió asesinarla.

Se volvió a la mesa y sirvió dos tazas de café.

—Tómeselo, mademoiselle, y se sentirá mejor. Está agotada.

Pude haberle dicho que no obstante mis recientes y desagradables experiencias, estaba menos agotada que ella; pero deseaba enterarme de cuantos detalles fuera posible y comprendía que era más fácil conseguirlo hablando con ella que con cualquier otra persona. Me alargó la taza y acercando una silla al sofá tomó asiento.

—Mademoiselle, quiero que comprenda la crueldad del golpe que sufrió mi pequeña Geneviève. Quiero que la perdone... y la ayude.

—¿Qué y o la ayude?

—Sí. Debe hacerlo. Perdónela... y, por favor, no cuente nada a su padre...

—Por lo visto le tiene un miedo horrible.

Nounou hizo una señal de asentimiento.

—Durante la cena, el conde se fijó mucho en usted. Geneviève me lo ha dicho. Lo mismo ocurrió con la joven y bonita institutriz, aunque de modo distinto. Haga el favor de comprenderlo. Para ella, todo guarda relación con la muerte de su madre. Semejantes detalles reavivan su recuerdo. La gente

habla mucho, y ella estaba enterada de que su padre tenía una amante.

—¿Aborrece a su padre?

—Se profesan sentimientos extraños, mademoiselle. ¡Es un hombre tan reservado! Hay veces en que la ignora por completo. En otras ocasiones se divierte hostigándola, como si no le tuviera cariño; como si sufriera alguna decepción. Si le mostrara un poco de afecto... —Se encogió de hombros—. Es un hombre extraño y duro de carácter. Y desde que ocurrieron los escándalos, se ha vuelto todavía peor.

—Acaso no sepa lo que se dice de él, porque ¿quién osaría ponerle al corriente de los rumores que circulan?

—Nadie. Pero se da cuenta. Desde la muerte de su esposa se ha vuelto diferente. No es ningún monje ni mucho menos, pero parece desdenar a las mujeres. A veces le creo el hombre más desgraciado del mundo.

Me dije que acaso no fuera de buen gusto discutir el carácter del dueño de la casa con una de las personas a su servicio; pero sentía tal avidez por enterarme del caso, que nada podía detenerme. Otro descubrimiento respecto a mi persona. Rehusaba prestar atención a los dictados de mi conciencia.

—Me extraña que no haya vuelto a casarse —comenté—. Un hombre de su posición debe desear tener un heredero.

—No creo que vuelva a contraer matrimonio, mademoiselle. Por este motivo mandó venir a monsieur Philippe.

—¡Ah! ¿De modo que le mandó venir?

—No hace mucho tiempo. Me atrevería a afirmar que anhela que se case, para que un hijo suyo lo herede todo.

—Todo esto me resulta difícil de entender.

—Monsieur le Comte es difícil de entender, mademoiselle. He oído comentar que lo pasa muy bien en París. Pero aquí se siente solo. Está melancólico y le divierte observar el mal humor de los demás.

—¿Qué hombre tan encantador! —exclamé, desdenosa.

—¡Ah! La vida no es fácil en el *Château*. Sobre todo, para Geneviève. —Puso su mano sobre la mía. Estaba helada. Comprendí en aquel instante lo mucho que amaba a su pupila y la preocupación que sentía por su futuro—. No es mala —insistió—. Estos arranques... algún día pasarán. Su madre era perfectamente normal. Sería difícil encontrar a una mujer más dulce y amable.

—No se preocupe —prometí—. No diré nada a su padre ni a ninguna otra persona. Pero creo que a ella sí debo decirselo.

La cara de Nounou se despejó.

—Bueno. Hable con ella. Y si tiene ocasión de conversar con el conde... dígame... que Geneviève se expresa muy bien en inglés... que es muy simpática... y tranquila...

—No dudo de que su inglés irá mejorando con el tiempo. Pero en cuanto a ser simpática y tranquila...

—Como todos creen que su madre se quitó la vida, existe cierta tendencia a considerarla nerviosa y excitada.

Pensé que así era, sin duda alguna, pero no lo expresé en voz alta. La situación se estaba haciendo extraña. Nounou me había llevado allí para calmarme y era yo quien debía calmarla a ella.

—Françoise era la joven más natural y perfecta que pueda imaginarse —me aseguró.

Puso la taza sobre la mesa, y dirigiéndose al otro extremo de la habitación volvió llevando una cajita de madera con incrustaciones de madreperla.

—Aquí guardo algunas cosas tuyas. Y de vez en cuando las contemplo para recordar. ¡Era tan buena! Sus institutrices estaban encantadas. A veces se lo digo a Geneviève.

Abrió la caja, sacando de ella un álbum encuadernado en cuero rojo.

—Ponía flores entre sus páginas. Le gustaban mucho y solía recorrer los campos y el jardín para arrancarlas. Mire este nomeolvides. Y fíjese en este pañuelo. Lo hizo para mí. ¡Qué bonitos bordados! Me obsequiaba con bordados para Navidad y en los aniversarios. Y los mantenía ocultos para darme una sorpresa. Era muy formal. Las jóvenes como ella, buenas y religiosas, no se quitan la vida. Tenía un modo de rezar sus oraciones que llegaba al alma. Y de vez en cuando adornaba la capilla del castillo. Siempre debió considerar un grave pecado el suicidarse.

—¿Tenía hermanos?

—No. Era hija única. Su madre no... estaba muy fuerte. También la cuidé yo. Murió cuando Françoise tenía nueve años. Y ésta había cumplido dieciocho cuando se casó.

—¿Le agradaba la idea de casarse?

—No creo que supiera exactamente lo que significaba el matrimonio. Recuerdo la noche del dñer contrat. ¿Sabe lo que es, mademoiselle? Quizá en Inglaterra no lo celebren ustedes, pero aquí en Francia, cuando dos jóvenes se casan, hay que establecer contratos y celebrar acuerdos. Una vez todos conformes, se ofrece el dñer contrat, una cena en casa de la novia, teniendo por comensales a ésta, su familia, el novio y los parientes de éste, tras de lo cual se firman los documentos. Creo que en dicha ocasión se sentía muy feliz; iba a convertirse en condesa de la Talle, la familia más importante y rica en muchos kilómetros a la redonda. Era una unión muy conveniente. Luego se celebró el matrimonio civil y a continuación el eclesiástico.

—¿Cuándo empezó a sentirse desgraciada?

—Muy pronto. La vida no suele ser como una jovencita la imagina.

—¡En especial, si nada menos que se casa con un conde de la Talle!

—Así es, señorita. —Me alargó la caja—. Ya ve que se trataba de una joven encantadora y de gustos sencillos. Debí sentirse muy desgraciada junto a un hombre como el conde.

—Es una clase de sorpresa que experimentan muchas jóvenes.

—Desde luego. Solía hacer anotaciones en sus libritos, como ella decía. Le gustaba llevar cuenta de todo. He guardado dichas notas. —Se acercó a un armario. Lo abrió con una llave que colgaba entre otras muchas de su cintura, y sacó un cuadernito—. Éste es el primero. Fíjese, ¡qué hermosa letra!

Abrió el librito y leyó:

*1 de mayo.*

*Rogativas con papá y la servidumbre. Repetí la oración, y me dijo que había hecho progresos. Estuve en la cocina viendo cómo Marie preparaba el pan. Me dio un poco de pastel, advirtiéndome que no lo dijera a nadie, pues no estaba previsto que los confeccionara.*

—Es una especie de diario —comenté.

—Cuando escribió eso no llegaría a los siete años. ¿Cuántas niñas de siete años son capaces de

expresarse así? ¿Un poco más de café, mademoiselle? Siga leyendo. Yo repaso esas notas con frecuencia, porque me parece tenerla otra vez junto a mí.

Continué volviendo páginas y leyendo aquellas frases escritas en letra grande e infantil.

*Creo que voy a hacer un paño para bandeja y regalárselo a Nounou. Tardaré bastante tiempo, pero si no puedo terminarlo para el día de su santo, se lo daré en Navidad.*

*Hoy, después de las oraciones, papá estuvo hablando conmigo. Dice que he de ser buena y olvidarme de mí misma.*

*Hoy he visto a mamá. Pero no me ha conocido. Papá me dijo luego que ya no va a permanecer mucho tiempo con nosotros.*

*Tengo hilos de seda azul para el paño de bandeja. Voy a emplear algunos encarnados. Hoy Nounou por poco me sorprende. Ha sido muy emocionante.*

*Ayer oí cómo papá rezaba en su cuarto. Me llamó y rezamos juntos. Las rodillas me duelen, pero a papá, no, porque es muy bueno.*

*Papá me dijo que el día de mi próximo aniversario me va a enseñar su mayor tesoro. Habré cumplido ocho años. Me pregunto qué será.*

*Me gustaría que hubiera aquí otros niños con los que jugar. Marie me dijo que en la otra casa donde trabajó, había nueve. Debe ser bonito tener hermanos y hermanas. Uno de ellos sería mi preferido.*

*Para mi cumpleaños, Marie ha preparado un pastel. Estuve en la cocina viendo cómo lo hacía.*

*Pensé que el tesoro de papá sería algo con perlas y rubíes, pero se trataba de un viejo hábito con capucha. Es negro y huele a moho, por haber estado guardado mucho tiempo. Papá dice que no hay que confundir la sombra de una cosa con su substancia.*

Nounou estaba de pie junto a mí.

—Es muy triste —comenté—. ¡Una niña tan sola!

—Pero muy buena. Se ve en seguida. Estas líneas la vuelven a la vida. Tenía un carácter dócil. Es evidente. Acepta las cosas tal como son, ¿me comprende?

—Sí. Creo que sí.

—No es la clase de persona capaz de suicidarse. No fue una histérica, ni mucho menos. Y, en el fondo, Geneviève es como ella.

Guardé silencio mientras sorbía el café que me había servido. Me sentía atraída hacia ella por la profunda devoción que sintió antes hacia la madre, y sentía ahora por la hija. Creí que pretendía inclinarme hacia su parecer en todo aquello. De ser así, debía hablarle con entera franqueza.

—Creo que debe saber —le dije— que el primer día de mi estancia en esta casa, Geneviève me llevó al lugar donde está la tumba de su madre.

—Va allí con frecuencia —respondió Nounou rápidamente, mientras unos destellos de temor brillaban en sus ojos.

—Ocurrió de manera muy especial. Dijo que me llevaba a ver a su madre... y creí que iba a presentarme a un ser viviente.

Nounou asintió, desviando la mirada.

—Luego fue cuando me explicó que su padre la había asesinado.

La cara de Nounou se contrajo por el miedo. Me puso una mano sobre el brazo y dijo:

—Se hace cargo, ¿verdad? La impresión al encontrar... a su propia madre... Y las murmuraciones. Es natural, ¿no cree?

—Pues a mí no me parece tan natural que una niña acuse a su padre de asesino.

—Es la impresión —repitió—. Necesita ayuda, mademoiselle. Piense en el ambiente que reina aquí. El fallecimiento... los chismes del *Château*... y los comentarios fuera de él. Sé que es usted persona sensible, y que hará cuanto esté en su mano para comprenderla.

Me apretaba el brazo, moviendo los labios como si formasen palabras que no se atreviera a pronunciar. Estaba asustada, y mi reciente experiencia con su pupila la incitaba a solicitar mi ayuda.

—Desde luego, debió sufrir una fuerte impresión —admití con cautela—. Y, como consecuencia de ella, se la debe tratar con cuidado. Pero su padre no parece darse cuenta.

La cara de Nounou se contrajo otra vez, y pensé que odiaba al conde tanto por lo que estaba haciendo con su hija... como por lo que hizo a su mujer.

—Pero nosotros sí nos damos cuenta —advirtió. Me sentí conmovida y, alargando la diestra, le apreté ambas manos. Fue como si hubiéramos concluido un pacto. Su rostro se iluminó, y me dijo—: Hemos dejado que se enfríe el café. Voy a preparar un poco más.

Mientras estaba allí, en aquella pequeña habitación, me dije que acababa de dejarme cautivar por el ambiente del castillo.

## Capítulo 4

**D**ecidí que no era cosa mía dictaminar si el dueño de la casa era o no era un asesino. Mi tarea consistía en restaurar unas pinturas y en elegir los métodos que produjeran mejores resultados. Y durante las semanas que siguieron me dediqué por completo a esta tarea.

En ciertas ocasiones hubo huéspedes en el castillo, y como es natural no me invitaron a cenar, cosa que distó mucho de molestarme, porque la actitud del conde hacia mí era desconcertante. Pensé que estaba casi deseando mi fracaso, y que ello podía minar mi confianza, porque necesitaba estar plenamente segura del triunfo en aquella delicada ocupación.

Tras algunos días de no dirigirme la palabra, vino cierta mañana a la galería mientras yo estaba trabajando.

—¡Querida señorita Lawson! —exclamó, mientras contemplaba la pintura colocada ante mí—. ¿Qué está usted haciendo?

Me sorprendió su tono burlón, porque la pintura había reaccionado perfectamente a mi tratamiento. Sentí cómo mis mejillas se encendían, y estaba a punto de protestar airadamente, cuando añadió:

—Va a dar tanto interés a esa tela que no tendremos más remedio que volver al asunto de las dichas esmeraldas.

Le divertí observar el alivio pintado en mi semblante, al darme cuenta de que no pretendía censurar mi trabajo. Con el fin de ocultar mi turbación, le contesté ásperamente:

—¿Empieza a convencerse de que también una mujer es capaz de realizar esta tarea?

—Siempre pensé que es usted muy hábil. ¿Quién sino una mujer decidida y llena de carácter hubiese acudido a nuestra casa dispuesta a defender lo que, sin duda erróneamente, se llama «sexo débil»?

—Mi único objetivo es realizar una restauración adecuada.

—Si las mujeres que militaron en pro de alguna causa hubieran poseído la sensatez de usted, ¡cuántos inconvenientes se hubieran evitado!

—Le aseguro que si estas pinturas permanecen algún tiempo más abandonadas de tal modo...

—Estoy de acuerdo. Por eso precisamente mandé venir a su padre. Mas, por desgracia, no pudo acudir. Ahora, en cambio, tenemos aquí a su hija. ¡Qué afortunados!

Me volví hacia la pintura, temerosa de tocarla por miedo a hacer un movimiento en falso. Semejante tarea precisaba de toda mi atención.

El conde se acercó, poniéndose a mi lado, y aunque pretendiera examinar atentamente la pintura, me miraba de soslayo.

—¡Todo esto parece tan interesante! —dijo—. Tiene que explicarme cómo trabaja.

—Llevo realizadas dos o tres pruebas, y, como es natural, antes de lanzarme a fondo debo asegurarme de que utilizo el procedimiento más adecuado.

—¿Y cuál es ese procedimiento? —preguntó. Había fijado la mirada en mi rostro, y una vez más sentí la desagradable sensación de ruborizarme.

—Uso un disolvente alcohólico suave, que de nada serviría en una capa dura de pintura al óleo. Pero, en nuestro caso, ésta fue mezclada con resina blanda...

—¡Qué lista es usted!

—Forma parte de mi profesión.

—En la que es tan experta.

—¿Quedó usted enterado? —Mi voz sonó tal vez demasiado brusca, y apreté los labios para contrarrestar el efecto que aquellas palabras hubieran podido causarle.

—Está usted a punto de enterarme. ¿Le gusta esta pintura, mademoiselle Lawson?

—Me parece interesante, aunque no es una de las mejores que usted posee. Desde luego, no puede compararse a un Fragonard o a un Boucher; pero creo que el artista fue un maestro del color. Usa los tonos con atrevimiento. Sus pinceladas resultan algo sueltas, pero... —Dejé de hablar, porque me pareció que se estaba riendo de mí—. Quizá mis comentarios le resulten aburridos —dije.

—Desconfía demasiado de sí misma, señorita Lawson.

¿Desconfiar de mí? Era la primera vez que alguien me hablaba de aquel modo. Sin embargo, comprendí que era cierto. Que me estaba comportando como un erizo cuando se defiende presentando sus púas. Acababa de traicionarme una vez más.

—Pronto quedará restaurado el cuadro —continuó.

—Sí. Y habrá llegado el momento de saber si me considera capaz de seguir con los otros.

—Estoy convencido de que no abriga duda respecto al veredicto —repuso sonriente. Y se alejó.

\*\*\*\*\*

Algunos días más tarde, la pintura estaba terminada, y se acercó a examinarla para expresar su opinión. Permaneció unos segundos mirándola con el ceño fruncido, mientras yo sentía disminuir mis ánimos. Sin embargo, antes de que él llegase, me dije, complacida, que el trabajo había quedado perfectamente. El colorido era asombroso. La textura del vestido y la facilidad del artista para resolver los distintos problemas me recordaban la técnica de Gainsborough. Todo ello no era apreciable antes de la restauración, pero ahora quedaba evidenciado de manera bien clara.

El conde seguía en pie, mirando el cuadro con aire dubitativo.

—¿Es que no le gusta? —pregunté.

Movió la cabeza.

—Monsieur le Comte —añadí—, no sé lo que se figuraría, pero puedo asegurarle que cualquier entendido en pintura...

Apartó su atención de la tela para fijarla en mí, al tiempo que enarcaba ligeramente las cejas y su boca se curvaba en una sonrisa que desmentía el asombro de sus ojos.

—... como usted —dijo, terminando mi frase—. ¡Oh! Si yo poseyera su talento, exclamaría: «¡Milagro! Un tesoro oculto se me acaba de revelar en todo su esplendor». Ciertamente, es magnífico. No tiene idea de los problemas que nos han originado esas esmeraldas. Ahora, debido a usted, mademoiselle Lawson, se organizarán nuevos descubrimientos de tesoros, y se volverá a especular sobre la suerte de encontrarlos.

Comprendí que me estaba provocando, y que no había hecho más que anhelar mi fracaso. Se negaba a admitir mi triunfo, pero como no podía ignorarlo, se desviaba del tema, volviéndose a referir otra vez a aquellas esmeraldas.

Muy típico de él. Pero su carácter no era asunto de mi incumbencia, ni tenía importancia alguna. Tan sólo me interesaban sus pinturas.

—Refiriéndome de nuevo a este cuadro, ¿tiene alguna queja? —pregunté friamente.

—Justifica cumplidamente sus credenciales —me respondió.

—¿Desea que continúe con los demás?

Una expresión incomprensible para mí se pintó por un instante en su cara.

—Me sentiría decepcionado si no lo hiciera —repuso.

Me sentí entusiasmada. Había ganado la partida.

Pero mi triunfo no era completo aún. El conde seguía de pie, sonriéndome como si quisiera hacerme recordar que estaba bien impuesto de mis dudas, mis temores y todo cuanto yo había pretendido ocultarle.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de la presencia de Geneviève, que había entrado en la galería y que probablemente llevaba algunos segundos observándonos. El conde fue el primero en verla.

—¿Qué quieres, Geneviève?

—He... he venido a ver cómo seguía mademoiselle Lawson con sus pinturas.

—Pues acércate y lo verás.

Obedeció con aire retraído, como siempre que se encontraba ante otras personas.

—¡Fíjate! —le dijo el conde—. ¿No es toda una revelación?

La jovencita no contestó.

—Mademoiselle Lawson espera que la felicitemos por su trabajo. Ya recordarás cómo era este cuadro antes de que ella lo tocara.

—No me acuerdo.

—¡Qué poco sentido artístico posee! Mademoiselle Lawson deberá enseñarte a comprender la pintura.

—¿Es que... va a quedarse?

La voz del conde cambió de improviso. Ahora sonaba casi acariciadora.

—Espero que durante mucho tiempo —repuso—. Porque, ¿comprendes?, hay muchas cosas en este castillo que necesitan su atención.

Geneviève me dirigió una rápida mirada. Su expresión era dura. Sus pupilas semejaban dos cristales negros. Se volvió hacia la pintura y dijo:

—Si tan lista es, quizá encuentre las esmeraldas que andamos buscando.

—Ya lo ve, mademoiselle Lawson. Lo mismo que yo le dije.

—Desde luego, esas joyas son magníficas —admití.

—¿No se deberá a la... enorme destreza del artista?

Me importó poco que se burlara de mí, ni hice caso del latente resentimiento de su hija. Lo único que debía preocuparme eran aquellas telas, y el que estuvieran, por el momento, semicultas tras un velo de incuria aumentaba mi interés hacia ellas.

Pero también entonces el conde penetró mis pensamientos, porque inclinándose un poco, dijo:

—Voy a dejarla, mademoiselle Lawson. Comprendo que prefiera estar sola... con sus pinturas.

Hizo señas a Geneviève para que se retirara con él, y cuando se hubieron marchado permanecí en la galería deleitándome en la contemplación de los distintos cuadros.

Pocas veces me había sentido tan emocionada como entonces.

\*\*\*\*\*

Puesto que iba a quedarme en el castillo para completar mi misión, decidí aprovechar el ofrecimiento del conde y hacer uso de los caballos, a fin de conocer mejor el país circundante. Había explorado ya la pequeña ciudad, tomado café en la pâtisserie, y charlado con su voluble pero inquisitiva dueña, siempre dispuesta a acoger a quienes procedieran del castillo. Habló del conde con respeto, aunque con cierta dosis de comadreo; con desdén, también respetuoso, de monsieur Philippe, y con lástima de mademoiselle Geneviève. ¿De modo que yo tenía el encargo de restaurar las pinturas? Vaya, vaya, ¡qué interesante! Esperaba verme por allí alguna otra vez y quizá en mi próxima visita quisiera probar el gâteau de la maison, que era sumamente apreciado en Gaillard.

Estuve también en el mercado, notando las miradas que se fijaban en mí al pasar. Visité el antiguo hôtel de ville y la iglesia.

La perspectiva de ampliar mi campo de acción resultaba muy atrayente y me complacía de manera especial que se me hubieran ofrecido los caballos. Encontraron uno para mí; se llamaba Bonhomme y congeniamos desde el primer día.

Me sorprendió y agradó que Geneviève propusiera cierta mañana acompañarme en un paseo. Tenía uno de sus momentos apacibles y le pregunté por qué había cometido la locura de encerrarme en la *oubliette*.

—Como me dijo que nunca tenía miedo, no creí que se enfadara usted.

—Fue un acto imperdonable. ¿Y si Nounou no llega a encontrarme?

—Hubiera ido en su busca al poco rato.

—¡Al poco rato! ¿No sabes que algunas personas han muerto de miedo?

—¡Muerto de miedo! —exclamó—. Nadie se muere por estar encerrado.

—Ciertos temperamentos nerviosos pueden fallecer de una impresión.

—Pero usted, no —repuso, mirándome atentamente—. ¿No se lo ha contado a mi padre? Creí que lo haría, ya que se han hecho... tan amigos.

Cabalgó un rato delante de mí, y cuando volvíamos a las cuadras dijo con aire displicente:

—No me dejan cabalgar sola. Siempre ha de acompañarme alguno de los mozos. Pero esta mañana no había ninguno disponible, así que no hubiera salido de no ser por usted.

—Me alegra haber podido prestarte este servicio —respondí fríamente.

\*\*\*\*\*

Me encontré con Philippe en el jardín. Creo que se había dado cuenta de mi presencia y acudió con la idea de entablar conversación.

—Felicidades —dijo—. He estado viendo la pintura. La diferencia es tan notable que no parece la misma.

Me sentía embriagada de satisfacción. ¡Qué distinto del conde era aquel hombre! Su entusiasmo resultaba contagioso.

—Me alegro de que opine así —repuse.

—¿Es posible pensar de otro modo? —preguntó—. ¡Un milagro! Estoy encantado, no sólo de que la restauración haya sido un éxito, sino de que fuera usted capaz de demostrar que podía conseguirlo.

—Es usted muy amable.

—Lamento no haberme portado bien cuando llegó usted al castillo. Me cogió de sorpresa y no estuve seguro de mí mismo.

—En modo alguno. Comprendo que se quedara sorprendido.

—Verá: todo esto es cosa de mi primo, y resulta natural que deba conformarme a sus deseos.

—Naturalmente. Dice mucho en favor de usted que se tome semejante interés.

Arrugó el entrecejo.

—Me siento responsable hasta cierto punto... —empezó—. Confío en que no lamente haber estado entre nosotros.

—Nada de eso. El trabajo resulta muy interesante.

—¡Ah! Sí, sí... el trabajo.

Empezó a hablar de los jardines con un poco de atolondramiento, e insistió en mostrarme los adornos escultóricos, ejecutados por Le Brun, luego de haber terminado sus frescos en la Galería de los Espejos del palacio de Versalles.

—Afortunadamente no sufrieron daños durante la revolución —me explicó. Comprendí que sentía reverencia por todo cuanto se relacionara con el castillo. Me gustó su actitud, y agradecí su amable disculpa por lo que dijo durante nuestro primer encuentro, y su evidente satisfacción ante mi triunfo.

\*\*\*\*\*

Mis jornadas discurrían ahora conforme a un ritmo ordenado. Me iba temprano a la galería y trabajaba allí durante la mañana. Solía salir después de la comida, y regresaba antes de anochecido, lo que en aquella época del año acontecía sobre las cuatro. Me ocupaba entonces en mezclar soluciones o en leer notas de experimentos anteriores, lo que me entretenía hasta la cena. A veces la tomaba en mi habitación, pero otras me invitaba mademoiselle Dubois. No hubiera podido negarme aunque hubiese querido. Me contó la historia de su vida. Era hija de un abogado y había sido educada sin pensar en que tuviese que ganarse la vida. Pero su padre fue estafado por un socio y falleció de un ataque cardíaco. Viéndose sin un céntimo, no le quedó más remedio que dedicarse a institutriz. Narrada a su modo, terriblemente melancólico, la historia resultaba aburrida en extremo. Me hice el propósito de no aburrirla a mi vez, contándole la mía.

Después de cenar me ponía a leer alguno de los libros de la biblioteca, ya que Philippe me había dicho que el conde estaría muy complacido si me servía de ellos.

Conforme transcurría el mes de noviembre seguí ocupando un lugar periférico en la vida del castillo, observando cuanto pasaba allí, pero sin participar en lo mismo; igual que la música que llegaba hasta mi habitación y que oía distraídamente, dándome apenas cuenta de la pieza interpretada.

Cierto día en que salí del castillo montando a Bonhomme, me encontré con Jean-Pierre, que iba también a caballo. Me saludó con su acostumbrada animación y preguntó si iba a visitar a su familia. Contesté que sí.

—Pasemos por la viña de Saint-Vallient —propuso—. Luego regresaremos juntos.

Nunca había ido por aquel lugar, y acepté. Me gustaba la compañía de Jean-Pierre. La familia Bastide tenía un aire más apagado cuando él no se encontraba allí. Su vivacidad me cautivaba.

Hablamos de la proximidad de las Navidades.

—¿Pasaré el día con nosotros, mademoiselle? —preguntó.

—¿Se trata de una invitación en toda regla?

—Ya sabe que nunca gasto cumplidos. Es un deseo sincero, compartido por toda la familia, y cuya aceptación nos honrará.

Le contesté que estaría encantada y que era muy amable al invitarme.

—Me impulsa a ello un motivo egoísta, mademoiselle.

Con rápido ademán, característico en él, se inclinó un poco y me tocó el brazo. Sostuve su cálida mirada sin ceder. Aquel modo de hacerme creer importante era consecuencia de la amabilidad típica del francés ante una mujer.

—No voy a decirle en qué consiste nuestra fiesta —añadió—. Quiero que se lleve una sorpresa.

Cuando llegamos a los viñedos de Saint-Vallient, me presentó a monsieur Durand, el encargado de los cultivos. Su mujer nos sirvió vino y unos deliciosos pastelillos, mientras monsieur Durand y Jean-Pierre discutían la calidad del mosto. Luego, monsieur Durand se llevó al joven para hablar de sus asuntos, dejando a su esposa conmigo.

Madame me conocía de oídas porque, como es lógico, lo que pasaba en el castillo era tema principal de las conversaciones. ¿Qué opinaba del conde, etcétera? Le di respuestas evasivas, haciéndole comprender que iba a sacar poco de mí, en vista de lo cual prefirió referirse a sus propios asuntos, confesándome lo preocupada que estaba por su marido, ya demasiado viejo para continuar aquel trabajo.

—¡Cuántas preocupaciones! —exclamó—. Cada año lo mismo. Desde los conflictos de hace un decenio, las cosas no marchan bien en Saint-Vallient. En cambio, Jean-Pierre es muy listo, y el vino del castillo se está volviendo tan bueno como antes. Confío en que monsieur le Comte deje retirarse pronto a mi marido.

—¿Es necesario que el conde dé su permiso?

—¡Naturalmente! Monsieur le Comte le regalará la casa. ¡Cuánto deseo que llegue ese día! Tendré unas cuantas gallinas y una vaca o dos. El descanso hará mucho bien a mi marido. Trabaja demasiado para su edad. ¿Cómo hacer frente a tantos problemas cuando ya no se es joven? ¿Quién sino el buen Dios puede saber cuándo va a caer una helada que destruya las vides? Si el verano es demasiado húmedo, ocurren plagas de todo género. Pero lo peor son las heladas de primavera. Luego de un día magnífico, de pronto se presentan como un ladrón en plena noche para robarnos las uvas. Y si no tenemos suficiente sol, los granos resultan agrios. Son cosas para personas jóvenes... como monsieur Jean-Pierre.

—Confío en que le dejen retirarse pronto.

—Todo está en manos de Dios, mademoiselle.

—Y en las de monsieur le Comte —sugerí.

Levantó las manos cual si quisiera decirme que venía a ser lo mismo.

Al cabo de un rato regresó Jean-Pierre y nos marchamos de Saint-Vallient.

Hablamos de los Durand y me dijo que el pobre viejo había trabajado ya lo suyo y que era hora

de que descansara.

—Al parecer, tiene que esperar a que el conde lo decida.

—¡Oh, sí! —contestó Jean-Pierre—. Aquí todo depende de él.

—¿Le disgusta a usted?

—Creo que ya no estamos en los tiempos en que un déspota gobernaba a su antojo.

—Pero podrán eludir su tutela, ¿no es cierto?

—¿Y abandonar nuestros hogares?

—Si tanto le aborrecen...

—¿Le he dado esa impresión?

—Cuando habla de él, su voz se endurece y sus ojos miran de una manera distinta.

—Es que soy orgulloso; quizá demasiado. Este lugar es tanto mío como de él. Mi familia vive aquí desde hace siglos, igual que la suya. La única diferencia estriba en que ellos habitan el castillo, a cuya sombra nos criamos.

—Lo comprendo.

—Pero si el conde no me gusta, a él no le importa. Casi nunca se acerca por aquí. Prefiere su mansión de París. No se digna fijarse en nosotros. No merecemos su atención. Ahora bien: nunca consentiré que me eche de mi casa. Trabajo para él porque no hay más remedio, pero trato de no verlo ni de recordarlo. A usted le pasará lo mismo. O a lo mejor ya le está pasando.

De pronto empezó a cantar. Tenía una hermosa voz de tenor que vibraba de emoción.

*Qui sont-ils, les gens qui sont riches?*

*Sont-ils lus que moi qui n'ai rien?*

*Je cours, je vas, je vir, je viens;*

*Je n'ai pas peur de perd'ma fortune.*

*Je cours, je vas, je vir, je viens,*

*Pas peur de perdre mon bien.*

Terminó de cantar y me sonrió, esperando algún comentario.

—Me ha gustado —le dije.

—Me alegro mucho. También a mí me gusta.

Me miraba con tanta intensidad, que toqué suavemente el lomo de Bonhomme, y éste partió al galope. Jean-Pierre me seguía a corta distancia. Y así volvimos a Gaillard.

Cuando pasábamos por los viñedos vi al conde, quien, sin duda, había salido de los cobertizos. Al vernos, nos saludó con la cabeza.

—¿Quería verme, monsieur le Comte? —preguntó Jean-Pierre.

—Ya nos veremos en otra ocasión —respondió el aludido, alejándose en su cabalgadura.

—¿Esperaba el conde verle aquí cuando ha llegado? —pregunté.

—No. Sabía que estaba en Saint-Vallient. Él mismo me dijo que fuera.

Pero, no obstante esta respuesta, parecía algo extrañado. Cuando pasábamos ante las casas, de camino hacia el hogar de los Bastide, salió Gabrielle con las mejillas sonrosadas y su aspecto encantador.

—Gabrielle —dijo Jean-Pierre—. Ésta es la señorita Lawson.

Ella me sonrió con aire ausente.

—Ya veo que el conde ha venido —dijo Jean-Pierre, cuya expresión había cambiado también—. ¿Qué quería?

—Consultar unas cifras. Eso es todo. Volverá en cualquier otro momento.

Jean-Pierre arrugó el entrecejo y siguió mirando a su hermana.

La señora Bastide me saludó con tanta efusión como siempre, pero mientras estuve allí pude notar que Gabrielle parecía meditabunda y Jean-Pierre bastante alicaído.

\*\*\*\*\*

Cuando a la mañana siguiente estaba en la galería, entró el conde.

—¿Cómo va su trabajo? —quiso saber.

—Creo que progresa satisfactoriamente —le contesté.

Miró la pintura con burlona atención. Le indiqué que la capa superior estaba resquebrajada y descolorida, y que sin duda el barniz era el causante de aquellos desperfectos.

—Seguramente está usted en lo cierto —indicó con expresión ligera—. Debo añadir que me alegro de que no emplee todo el tiempo en estas cosas.

Creí que se refería a haberme visto montar a caballo el día anterior, mientras debí haber estado dedicada a mi tarea, y contesté con acritud:

—Mi padre no era partidario de trabajar después de las comidas. Se precisa una gran concentración, y luego de pasar toda la mañana ante los cuadros, uno no anda tan fino como sería de desear.

—Pues cuando la vi ayer parecía usted muy animada.

—¿Animada? —pregunté, repitiendo tontamente la palabra.

—Desde luego —afirmó—. Al parecer, las amenidades de que aquí disponemos son tan interesantes fuera del castillo como en él.

—¿Se refiere a montar a caballo? Usted dijo que cabalgara siempre que lo tuviera por conveniente.

—Me alegra que encuentre tantas oportunidades... y amigos con quienes compartirlas.

Su acritud me dejó sorprendida. No era posible que pusiera objeciones a mi amistad con Jean-Pierre.

—Es usted muy amable al sentir tanto interés por el modo en que paso mis ratos libres.

—Verá... Es que siento mucha preocupación por... mis pinturas.

Recorrimos la galería examinándolas, pero me pareció que no ponía mucha atención. A mi modo de ver estaba tan molesto por haberme visto pasear a caballo cuando debí hallarme trabajando, como por ir acompañada de Jean-Pierre. Tenía calculado de antemano el tiempo que duraría mi trabajo y, en cuanto lo acabase, cesaría de ser una carga para los moradores del castillo.

—Si no está satisfecho de la velocidad a que hago la tarea... —empecé.

Dio media vuelta, como si aquello le agradara, y me sonrió.

—¿Qué le ha hecho concebir tal idea, señorita Lawson?

—Pensé... He imaginado...

Tenía la cabeza un poco ladeada, cual si disfrutara descubriendo trazos de mi carácter que yo misma ignoraba. Parecía decirme: «¿Ve lo fácilmente que se enfada? Es vulnerable... muy vulnerable,

¿no cree?».

—Bueno... —proseguí sin mucha convicción—. Está satisfecho de mi labor, ¿sí o no?

—Inmensamente satisfecho, señorita Lawson —repuso.

Me volví hacia la pintura, mientras él continuaba recorriendo la galería. No le miré cuando abandonó la estancia, cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí.

Durante el resto de la mañana me fue casi imposible concentrarme.

\*\*\*\*\*

Cuando me dirigía a las cuadras, Geneviève se acercó a mí corriendo.

—Señorita, ¿quiere venir a Carrefour conmigo?

—¿Carrefour?

—Sí. La casa de mi abuelo. Si no me acompaña usted, tendré que pedirselo a un mozo. Voy a visitar al abuelo y estoy segura de que le agradecerá conocerla.

Aunque mi primera intención fue la de rechazar tan inesperada propuesta, la mención de su abuelo me hizo cambiar de idea.

En las conversaciones con Nounou y leyendo las notas escritas por Françoise, había podido formarme una idea clara de ésta, con sus inocentes secretos y sus modales encantadores. La perspectiva de conocer a su padre y visitar la casa que sirvió de marco a la existencia reflejada en aquellos cuadernos resultaba irresistible.

Geneviève montaba a caballo con la facilidad de quien usa la silla desde su niñez. De vez en cuando me señalaba algún lugar interesante, y al llegar a cierto paraje detuvo su montura y nos volvimos para contemplar el castillo desde aquella distancia.

La edificación resultaba impresionante. Se apreciaba muy bien la simetría de aquellos antiguos muros almenados, los recios arbotantes, las torres cilíndricas y los tejados cónicos que las remataban, destacando en medio de los viñedos. Veía también la aguja del campanario de la iglesia y el Ayuntamiento, montando la guardia sobre las casas de la pequeña ciudad.

—¿Le gusta? —preguntó Geneviève.

—¡Es un panorama extraordinario! —respondí.

—Todo esto pertenece a papá. Pero nunca será mío. Hubiera tenido que nacer varón. A papá le hubiera gustado más.

—Si eres buena y te portas bien, estará igualmente complacido contigo —le contesté con aire sentencioso.

Me miró con un desprecio que creí bien merecido.

—Habla usted como una institutriz —repuso—. Siempre diciendo cosas que no sienten, y ordenando hacer cosas que ellas nunca harían. —Me miró de soslayo, riéndose a hurtadillas—. No me refiero a Esquilles. Ésta jamás hará nada. Pero hay algunas...

Recordando de improviso a aquella pobre institutriz a la que había encerrado en la *oubliette*, creí preferible no continuar con la conversación.

Tocó con la fusta el lomo de su caballo y empezó a galopar delante de mí. Estaba encantadora, con su pelo flotante bajo la gorra de montar.

Me puse a su lado.

—Si papá tuviera un hijo no necesitaríamos al primo Philippe —dijo—. Y hubiera sido mejor.

—Estoy convencida de que monsieur Philippe siempre se porta amablemente contigo.

Me miró de soslayo.

—Hubo un tiempo en que iba a casarme con él.

—Oh... comprendo. Pero el proyecto no siguió adelante, ¿verdad?

Movió la cabeza.

—¿No irá a figurarse que me hubiera gustado tener por marido a Philippe?

—Es mucho más viejo que tú.

—Catorce años. Exactamente, el doble.

—Pero conforme te hagas mayor, la disparidad no parecerá tan grave.

—De todos modos, papá ya ha decidido que no se lleve a cabo esa boda. ¿Sabe por qué se mostró tan contrario al proyecto? A lo mejor lo adivina.

—Te aseguro que no tengo la menor idea. Apenas conozco a tu padre...

Me sorprendió el tono vehemente que acababa de emplear y que resultó completamente inesperado.

—¿De modo que no lo sabe? Pues voy a enterarla de algo. Philippe se enfadó mucho al saber que papá no consentía en la boda.

Movió la cabeza a la vez que sonreía complacida.

—Tal vez no te conozca bien —repuse.

Aquello la hizo reír.

—En realidad, yo soy lo de menos. Lo importante es la decisión de papá. Cuando mamá fue... cuando murió, su carácter se transformó. Y creo que su negativa tuvo como causa el deseo de molestar a Philippe.

—¿Por qué había de querer molestarlo?

—¡Oh... pues por divertirse! Aborrece a la gente.

—Estoy segura de que no dices la verdad. La gente no odia porque sí... sin motivo alguno.

—Mi padre no es como los demás. —Empleaba un tono orgulloso, y su voz vibraba con una hostilidad a la que de manera extraña se mezclaba cierto toque de respeto.

—Los seres humanos somos todos distintos —comenté rápidamente.

Se echó a reír. Comprobé que siempre adoptaba un tono igual al referirse a su padre.

—Me odia —dijo—. Soy igual que mi madre, ¿sabe usted? Y Nounou asegura que cada vez me parezco más a ella. Se la recuerdo constantemente.

—Haces demasiado caso de los comentarios ajenos.

—Y a mí me parece que usted no los toma lo suficientemente en consideración.

—Escuchar habladurías no es recomendable en modo alguno —indiqué.

Aquello provocó su risa otra vez.

—Debo decirle, señorita, que no siempre pasa usted el tiempo de manera adecuada.

Me sentí sonrojar, como siempre que nos echan en cara una verdad. Geneviève me señaló con el dedo a la vez que insistía:

—A usted le gustan los chismorreos. Pero no importa. Casi lo prefiero así. Si fuera tan buena y perfecta como pretende ser, no podría soportarla.

—¿Por qué no hablas con tu padre de un modo natural... no como si le tuvieras miedo? —

pregunté.

—¡Todo el mundo le teme!

—Yo, no.

—¿De veras, señorita?

—¿Por qué habría de temerle? Si no le gusta mi trabajo, me lo dice y me voy para no volver jamás.

—En efecto. Sería fácil para usted. Mi madre le temía terriblemente.

—¿Te lo dijo ella misma?

—Nunca con palabras. Pero yo estaba segura. Y ya sabe lo que le sucedió.

—¿No es mejor que continuemos el paseo? —propuse—. Si seguimos entreteniéndonos de este modo llegaremos a casa de noche.

Me miró unos momentos con aire suplicante y luego dijo:

—¿Usted cree que cuando alguien muere... de manera violenta, no descansa en su tumba? ¿Que vuelve de vez en cuando para...?

—¿Qué estás diciendo, Geneviève? —la interrumpí.

—Señorita —me explicó con aire patético, cual si buscara mi ayuda—. A veces, por la noche me despierto sobresaltada y creo oír ruidos en el castillo.

—Mi querida Geneviève, todos nos despertamos sobresaltados algunas veces. Por regla general se debe a algún mal sueño.

—Oigo pasos... golpes con los nudillos. Sí. Los oigo. ¡Los oigo! Y me pongo a temblar... esperando ver...

—¿A tu madre?

Estaba asustada y tenía sus manos hacia mí en busca de apoyo. De nada hubiera servido decirle que todo aquello eran tonterías; que los fantasmas no existen. Lo habría interpretado como simples palabras de un adulto intentando calmarla.

—Escucha, Geneviève. Supongamos que los fantasmas existen y que se trata, en efecto, de tu madre.

Abrió mucho los ojos, presa de un interés extraordinario.

—Te quería, ¿verdad?

Vi cómo sus manos se crispaban sobre las riendas.

—¡Oh, sí! Me amaba mucho. Nadie me ha querido como ella.

—Nunca te hubiera hecho daño, ¿verdad? ¿Crees que ahora que está muerta te lo podría hacer?

Vi cómo su rostro se tranquilizaba. Y me sentí complacida al comprobar que mis palabras le proporcionaban el consuelo que tanto había anhelado.

—Cuando eras pequeña, ella te cuidó —continué—. Si temía que fueras a caer, acudía en tu ayuda, ¿no es cierto? —Asintió—. ¿Por qué iba a cambiar ahora? Lo que tú oyes son crujidos de madera en el viejo entarimado, chirriar de puertas o ventanas... cosas así. O acaso los ratones... Pero tú los confundes con fantasmas. Tu madre siempre estaría dispuesta a protegerte.

—¡Sí! —contestó con mirada brillante—. Sí. Me protegería. Siempre me quiso mucho.

—Pues acuérdate de ello cada vez que te despiertes sobresaltada en plena noche.

—¡Oh, sí! —afirmó—. Lo recordaré.

Me sentía contenta. Pero considerando que continuar aquella conversación quizá estropeará los

efectos conseguidos, me adelanté un poco y continuamos cabalgando una junto a otra sin decir nada.

\*\*\*\*\*

Maison Carrefour era una antigua vivienda, localizada a cierta distancia de la carretera. La rodeaba un grueso muro de piedra, con una complicada verja que permanecía abierta. La traspusimos y entramos en un amplio pasaje abovedado que llevaba al patio interior. Las ventanas tenían persianas verdes. Un profundo silencio reinaba allí. Había imaginado de manera muy distinta el hogar de aquella niña alegre y sincera, que anotó los hechos más notables de su vida en unas libretas de apuntes.

Geneviève me miró atentamente cual si quisiera descubrir mis reacciones; pero confié en no traicionarme.

Dejamos los caballos en las cuadras y Geneviève me condujo hasta una puerta. Levantó el pesado llamador y oí cómo el golpe resonaba en la parte baja de la casa. Volvió a producirse un intenso silencio; luego escuché rumor de pasos, y un sirviente vino a abrir.

—Buenos días, Maurice —dijo Geneviève—. Hoy me acompaña mademoiselle Lawson.

Una vez intercambiados los pertinentes saludos, nos encontramos en el vestíbulo, cuyo piso era de mosaico.

—¿Cómo sigue el abuelo? —preguntó Geneviève.

—Como siempre, mademoiselle —respondió Maurice—. Voy a ver si está preparado.

El criado desapareció por unos momentos, volviendo luego al vestíbulo para decirnos que el señor estaba dispuesto a recibirnos.

En la habitación no había ningún fuego encendido, y recibí una impresión de frío intenso. En otros tiempos aquella estancia debió ser muy atractiva, porque tenía unas proporciones perfectas. El techo era de madera tallada y en él había una inscripción que distinguí lo suficiente como para observar que estaba escrita en francés medieval. Los postigos cerrados sólo dejaban entrar muy escasa claridad, y el aposento estaba amueblado con austeridad. Un anciano sentado en un sillón de ruedas me miraba fijamente. Tenía más aspecto de cadáver que de ser viviente, con los ojos muy brillantes y hundidos en sus órbitas. Llevaba en las manos un libro, que cerró al vernos entrar. Vestía una bata oscura atada con un cinturón.

—Abuelo —dijo Geneviève—. Hemos venido a verte.

—Pequeña —respondió con voz extrañamente firme a la vez que le alargaba una mano muy blanca y delgada, en la que destacaban venas azules.

—He traído a mademoiselle Lawson —prosiguió Geneviève—. Vino de Inglaterra para restaurar las pinturas de mi padre.

Los ojos del anciano, que parecían lo único vivo en su persona, me escrutaban con insistencia.

—Señorita Lawson, perdone que no me levante. Sólo puedo incorporarme con mucha dificultad y con ayuda de mis criados. Me alegro de que haya venido con mi nieta. Geneviève, trae una silla para mademoiselle Lawson... y otra para ti.

—Sí, abuelo.

Nos sentamos delante de él. Tenía unos modales encantadores. Me preguntó por mi trabajo, expresó mucho interés en él, y dijo que Geneviève debería mostrarme los cuadros de que era dueño, ya que algunos de ellos necesitaban ser restaurados también. Pero la idea de vivir, aunque

temporalmente, en una casa como aquélla, me deprimía. No obstante todos sus misterios, en el castillo había vida, ¡vida!, mientras que Maison Carrefour parecía la casa de los muertos.

Observé que el anciano mantenía la vista fija en Geneviève. A mí me había hecho objeto de una atención cortés, pero a la jovencita la sometía a un escrutinio riguroso que me intrigó. Tal vez sentía honda preocupación por ella. No comprendí cómo podía considerarse tan falta de afecto, razón fundamental de su conducta, cuando contaba con un abuelo tan afectuoso como aquél.

Quiso enterarse de cuanto hacía Geneviève, y de sus progresos con los estudios. Me sorprendió que hablara de mademoiselle Dubois como si la conociera íntimamente, mientras por su parte Geneviève me había dicho que nunca llegaron a relacionarse. En cambio, sí conocía bien a Nounou, porque en otros tiempos ésta formó parte de la servidumbre, y se refería a ella cual si se tratara de una vieja amiga.

—¿Qué tal sigue Nounou, Geneviève? —preguntó—. Espero que te portes bien con ella. Ten presente que es muy buena persona. Sencilla y cumplidora de sus obligaciones. Y afectuosa contigo. Recuérdalo siempre y trátala bien.

—Sí, abuelo.

—Confío en que no te dejes dominar por tu genio.

—Lo procuraré, abuelo.

—Eso quiere decir que algunas veces cedes —indicó con expresión vivaz, como si aquello le importara mucho.

—Sí, un poquito. A veces se me ocurre decirle que es una tonta.

—Eso no está bien. Supongo que después rezarás pidiendo perdón, ¿verdad?

—Sí, abuelo.

—Pero de nada sirve pedir perdón si se vuelve a cometer el mismo pecado. Procura dominar tu mal genio, Geneviève. Y si alguna vez sientes la tentación de hacer alguna tontería, recuerda el daño que puedes causar.

Me pregunté hasta qué punto estaría al corriente de las insensateces de su nieta, y si Nounou le habría contado alguna cosa. ¿Sabía que me tuvo encerrada en la *oubliette*?

Mandó traer vino y galletas. Las sirvió una anciana que pensé pertenecería a la familia Labisse. Lucía un gorro blanco sobre su pelo gris, y su actitud era áspera mientras lo colocaba todo sobre la mesa, sin pronunciar palabra. Geneviève murmuró un saludo y la vieja, tras hacer una pequeña inclinación, se retiró.

Mientras bebíamos el vino, el anciano comentó:

—He oído decir que había que restaurar las pinturas; pero nunca creí que una mujer realizaría el encargo.

Le expliqué lo de la muerte de mi padre, y de cómo me había hecho cargo de sus compromisos.

—Al principio tropecé con cierta resistencia —añadí—, pero ahora el conde parece complacido.

Le vi crisar los labios y agarrar con fuerza la manta que le cubría las piernas.

—¿De modo... que parece complacido? —preguntó.

Su voz y su expresión habían cambiado. Noté cómo Geneviève, sentada en el borde de la silla, miraba muy nerviosa a su abuelo.

—Por lo menos, así lo supongo, puesto que me deja continuar la tarea —repuse.

—Espero que... —empezó, pero su voz se hizo inaudible, y no pude captar el final de la frase.

—Perdone, pero...

Movió la cabeza. Al parecer, aquella mención del conde lo había trastornado. Me hallaba, pues, ante otra persona que también lo aborrecía. ¿Por qué era tan odiado aquel hombre? A partir de entonces la conversación se hizo inconexa, y Geneviève, deseando poner fin a la misma, preguntó si me podía enseñar la finca.

Después de abandonar el vestíbulo principal, atravesamos varios corredores hasta salir a una cocina con baldosas de piedra, que una vez pasada nos situó en el jardín.

—Tu abuelo se ha alegrado de verte —comenté—. Probablemente le gustaría que le visitaras más a menudo.

—El pobre no se da cuenta de nada. Lo olvida todo en seguida. Es muy viejo y no ha vuelto a la normalidad desde... que tuvo el ataque. Su mente sufrió las consecuencias.

—¿Sabe tu padre que hemos venido?

—Nunca lo pregunta.

—¿No tiene por costumbre acudir a esta casa?

—No ha estado en ella desde que murió mamá. Al abuelo no le gustaría. ¿Se imagina a mi padre aquí?

—No —respondí sinceramente.

Me volví para mirar la casa, y pude ver cómo se movían las cortinas de una ventana del piso superior. Alguien nos estaba vigilando. Geneviève siguió la dirección de mi mirada.

—Es la señora Labisse. Sin duda está intrigada. No le gusta cómo marchan las cosas. Preferiría volver a los viejos tiempos. En aquel entonces era doncella y Labisse cochero. No sé qué hacen ahora. No estarían aquí si no fuera porque el abuelo les dejará algo en herencia, siempre que continúen a su servicio hasta que muera.

—Todo es bastante raro —dije.

—El abuelo sólo está vivo a medias. Lleva así tres años. El médico asegura que no durará mucho. Y los Labisse probablemente piensan que vale la pena esperar.

¿Tres años? Debió ponerse enfermo cuando el fallecimiento de Françoise. ¿Le afectó hasta el punto de provocarle el ataque? La cosa resultaba comprensible, si es que había amado a la difunta como ahora amaba a su hija.

—Adivino lo que está pensando —dijo Geneviève con voz alterada—. Que la fecha coincide con la de la muerte de mamá. Pero el abuelo sufrió su ataque una semana antes. ¡Qué raro!, ¿verdad? Todos pensaron que iba a morir... y, en cambio, fue mi madre la que falleció.

¿De modo que la condesa murió por culpa de una dosis excesiva de láudano una semana después de que el abuelo sufriera su ataque? ¿Acaso la trastornó tanto, que la indujo a quitarse la vida?

Geneviève estaba ahora de espaldas a la casa, y yo me situé silenciosamente junto a ella. Había una puerta en el muro, que traspuso, manteniéndola abierta para que yo también pasara. Estábamos en un patio pequeño con el suelo de guijarros. Reinaba allí un profundo silencio. Geneviève avanzó y yo la seguí, sintiéndome cómplice de una conjura.

Nos encontrábamos en un oscuro vestíbulo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Se llevó un dedo a los labios antes de responder:

—Quiero enseñarle una cosa.

Atravesó el vestíbulo y me precedió hasta una puerta, que una vez abierta nos permitió pasar a un aposento totalmente vacío, con excepción de un camastro, un reclinatorio y un arcón. El suelo era de piedra y no había alfombra.

—Es la habitación favorita de mi abuelo —dijo.

—Parece una celda de ermitaño.

Asintió complacida. Luego de mirar furtivamente a su alrededor, abrió el arcón.

—Geneviève —la advertí—. No puedes...

Pero la curiosidad fue más fuerte que yo, y me acerqué a mirar. Había una prenda que identifiqué como un cilicio. Era sorprendente. Luego vi otra cosa que me estremeció. ¡Unas disciplinas!

Geneviève dejó caer la tapa del arcón.

—¿Qué opina usted de esta casa, señorita? —preguntó—. Tan interesante como el castillo, ¿verdad?

—Creo que debemos marcharnos —indicué—. Hay que despedirse de tu abuelo.

Durante el camino de regreso guardó silencio, mientras yo no podía apartar de mi imaginación aquella extraña morada, como cuando los detalles de una pesadilla nos quedan grabados en la memoria largo rato.

\*\*\*\*\*

Los huéspedes del conde se marcharon y pude notar cierto cambio en el ambiente del castillo. A partir de entonces participé de manera más activa en la vida del lugar. Cierta mañana, cuando abandonaba la galería, me encontré con el conde.

—Ahora que nuestros visitantes se han marchado —dijo—, espero que cene usted con nosotros alguna que otra vez, mademoiselle Lawson. En familia, ¿comprende? Estoy convencido de que podrá ilustrarnos acerca de su tema preferido. ¿Le gustaría?

Contesté que sería un placer.

—Pues la esperamos esta noche —dijo.

Mientras me encaminaba a mi cuarto, me sentía emocionada. Mis encuentros con aquel hombre resultaban siempre estimulantes, aunque casi siempre me dejaban temblorosa de rabia. Tomé mi vestido de terciopelo negro y lo tendí sobre la cama. En aquel momento llamaron a la puerta. Era Geneviève.

—¿Va usted a cenar fuera? —me preguntó.

—No. Voy a cenar con vosotros.

—Tiene aire de sentirse contenta. ¿La invitó mi padre?

—Siempre es un placer ser invitada, sobre todo cuando sucede de tarde en tarde.

Acaricié largamente el vestido.

—Me gusta el terciopelo —dijo.

—Iba a salir hacia la galería. ¿Es que quieres decirme algo?

—No. Sólo quería verla.

—Puedes acompañarme.

—No.

Me fui, pues, sola y permanecí con mis pinturas hasta la hora de vestirse. Una vez en mi cuarto,

pedí agua caliente y me lavé en la *melle*, sintiéndome absurdamente emocionada. Pero cuando fui a ponerme el vestido me quedé horrorizada, sin poder creer lo que estaba viendo. La falda aparecía hecha jirones. Alguien la había rasgado desde la cintura hacia abajo. Y el cuerpo también estaba roto.

Contemplé aquella catástrofe sosteniendo el vestido en mis manos.

—¡No es posible! —exclamé en voz alta. Luego tiré del cordón de la campanilla.

Josette acudió corriendo.

—Señorita...

Cuando le mostré el vestido, manteniéndolo en alto, se llevó las manos a la boca, ahogando una exclamación de espanto.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—¡Oh...! Es incomprendible. ¿Quién habrá sido la mala persona...?

—No lo entiendo —dije.

—Ni yo tampoco, señorita. Le juro que no fui yo. No he entrado hasta traer el agua caliente.

Alguien aprovecharía ese momento.

—Nunca he pensado que fuera usted, Josette. ¡Pero he de descubrir al culpable!

Y acto seguido salió de la habitación, llorando histéricamente.

—¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido! —decía—. No me eche la culpa a mí.

Me quedé en la habitación contemplando el vestido. Abrí el armario y saqué el conjunto gris con la franja color lavanda. No había hecho más que volverlo a colgar, cuando apareció otra vez Josette, enarbolando dramáticamente unas tijeras.

—¡Ya sé quién ha sido! —exclamó—. Encontré esto en el cuarto de estudios. Fíjese, señorita.

Aún tiene pegados fragmentos de terciopelo. ¡Mire! ¡Mire!

Desde que vi el vestido roto sabía que no pudo haber sido más que Geneviève. Pero ¿por qué? ¿Tanto me aborrecía?

Me fui en seguida al cuarto de la joven, a la que encontré sentada en la cama mirando fijamente ante sí, mientras Nounou se paseaba por la estancia, llorando.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté.

—¡Porque he querido!

Nounou se quedó inmóvil, mirándonos.

—Eres una malvada. No piensas antes de obrar.

—Sí pienso. Me entraron ganas de hacer esto y cuando se fue usted a la galería tomé las tijeras.

—¿No te arrepientes?

—¡No!

—Pues para mí es todo un problema —repuse—. Porque no tengo muchos vestidos.

—Puede llevarlo así. A lo mejor le queda bien y gusta a alguien.

Empezó a reír nerviosamente y pude ver que estaba al borde de las lágrimas.

—¡Basta! —exclamé—. ¡Qué estupidez!

—¡Es fantástico cortar un vestido! ¡Ssssst! ¡Qué siseo hacían las tijeras! ¡Era fantástico!

Siguió riendo. Nounou le puso una mano sobre un hombro, pero ella la apartó indignada.

Me marché de allí porque era inútil razonar con ella mientras siguiera de aquel modo.

La cena que tanto me ilusionara poco antes, resultó una prueba muy dura. Observé que Geneviève se mostraba triste y silenciosa, y me miraba furtivamente, cual si recelara que fuese a

traicionarla ante su padre.

Hablé un poco, refiriéndome exclusivamente a las pinturas y al *Château*, pero tuve la impresión de resultar aburrida y de decepcionar al conde, quien quizá esperaba una conversación más chispeante en consonancia con su actitud retardora.

Me alegré de poder escapar a mi habitación en cuanto la cena hubo terminado. No cesaba de pensar en lo que debería hacer. Era imprescindible discutir con Geneviève y explicarle que no debía reincidir en un comportamiento semejante.

Cuando meditaba sobre ello, mademoiselle Dubois entró en mi habitación.

—Tengo que hablar con usted —dijo—. ¡Qué barbaridad!

—¿Es que sabe usted lo de mi vestido?

—Toda la casa lo sabe. Josette se lo contó al sommelier y éste se lo ha dicho al conde.

Mademoiselle Geneviève nos tiene acostumbrados a esas gracias.

—¿De modo que... él lo sabe?

Me miró tímidamente.

—Sí... lo sabe —repuso.

—¿Y qué hace Geneviève?

—Está en su cuarto tratando de que Nounou la proteja; pero será castigada, y lo merece.

—No puedo comprender por qué hace esas cosas.

—Es mala. Perversa. Tuvo celos porque la han invitado a usted a cenar con la familia y porque el conde se toma tanto interés por su trabajo.

—Es natural que sienta interés por las pinturas.

Se rió un poco.

—Yo siempre he tenido mucho cuidado. Cuando llegué aquí no pude imaginar en qué sitio me metía... Un castillo suena a algo maravilloso, pero cuando oí contar esas horribles historias, sentí pánico. Estuve a punto de empaquetarlo todo y marcharme, pero decidí hacer una prueba, aun a sabiendas de que era peligrosa. Un hombre como el conde...

—No creo que el conde represente peligro alguno.

—¡Su esposa murió de un modo misterioso! Es usted muy inocente, mademoiselle Lawson. Tuve que abandonar mi último empleo a causa de las excesivas atenciones del dueño de la casa. —Se había puesto encarnada, pero nunca imaginé que ello se debiera a la emoción de imaginarse seductora. Estaba convencida de que tales episodios sólo habían ocurrido en su fantasía.

—Debió ser muy desagradable —comenté.

—Cuando llegué aquí me dije que debería tener mucho cuidado, considerando la reputación del conde. Es una persona que no puede vivir sin escándalo.

—Siempre habrá escándalos donde alguien los provoque —le indiqué.

Aquella mujer me desagradaba por distintas causas: su modo de disfrutar ante las incomodidades ajenas, sus estúpidas y veladas sugerencias de «mujer fatal» y su larga nariz, que le daba el aspecto de un ratón astuto, aunque reconozco que la pobre mujer nada podía hacer por variar su aspecto. La mezquindad de su alma se reflejaba aquella noche en su cara, produciéndome mayor disgusto aún. No puedo soportar a quienes se atreven a emitir juicios sobre el comportamiento ajeno. Y me alegré de que se fuera.

Seguía pensando en Geneviève. Nuestras relaciones acababan de sufrir un grave enfriamiento, lo

que me causaba profundo disgusto. La pérdida del vestido no era nada comparada con la desaparición de la confianza que, a mi modo de ver, empezaba a inspirarle. Aunque parezca raro, sentía cierta ternura hacia ella, no obstante su detestable comportamiento. ¡Pobrecilla! Necesitaba cariño y trataba de adquirirlo tanteando a ciegas para llamar la atención. Sin duda recibía muy poca ayuda. Y mientras por un lado era despreciada y rechazada por su padre, por otro se veía mimada estúpidamente por su institutriz. Había que hacer algo. Por regla general, yo nunca actuaba siguiendo impulsos momentáneos, pero aquella vez lo hice.

Me fui a la biblioteca y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Tiré del cordón de la campana, y al aparecer uno de los criados le dije que avisara al conde de que quería hablar con él.

Al ver la enorme sorpresa que se pintaba en su rostro, comprendí la magnitud de mi temeridad; pero aun así no me importó. Me dije que quizá regresara comunicándome que el conde estaba demasiado ocupado para recibirme. O acaso me diera hora para el día siguiente. Pero ante mi profunda sorpresa, la puerta se abrió y el propio conde apareció ante mí.

—Señorita Lawson, ¿me mandó usted a buscar?

La ironía de sus palabras me produjo sonrojo.

—Quería hablar con usted, monsieur le Comte.

Frunció el ceño.

—Lamento lo ocurrido. Debo pedirle perdón por el comportamiento de mi hija.

—No he venido a que me pida perdón.

—Es usted muy generosa.

—Me irritó mucho ver el vestido destrozado.

—Es natural. Se le resarcirá de ello, y Geneviève le pedirá disculpas.

—No es eso lo que deseo.

Quizá la expresión de sorpresa que se pintó en su rostro fuera fingida. Como ocurría con frecuencia, me dio la sensación de conocer perfectamente lo que yo estaba pensando.

—Entonces, ¿quizá tenga usted la bondad de decirme por qué... me ha hecho venir?

—Yo no le he hecho venir. Solamente he preguntado si podía recibirme.

—Bueno, aquí me tiene. Estuvo usted muy callada durante la cena. Sin duda, se debió a ese estúpido incidente. Ahora, en cambio, se muestra discreta, con gran despliegue de sangre fría, ocultando la indignación que siente hacia mi hija. Pero el secreto ha sido divulgado y no hay nada que temer. Así es que... dígame lo que crea oportuno.

—Quería hablarle de Geneviève. Quizá sea una demanda excesiva por mi parte... —hice una pausa para asegurarme de su reacción, pero no dio señal alguna de querer contradecirme.

—Continúe, por favor.

—Me siento preocupada por su hija.

Hizo una seña de que me sentara, y ocupó otra silla frente a mí. Abrió los ojos de par en par y cruzó las manos, mostrando la sortija de jade tallado que llevaba en el meñique. Viéndole así, me sentía capaz de creer cuantos rumores circulaban acerca de él. La nariz aguilena, el porte altivo de su cabeza, la boca enigmática, y los ojos de expresión inescrutable eran propios de quien ha nacido para mandar; de quien está seguro de su derecho divino para hacer lo que le plazca y le parece natural destruir cuanto se oponga a sus deseos.

—Sí, señor conde —continuó—; me siento preocupada por su hija. ¿Por qué cree usted que hizo

eso?

—Ella lo explicará, sin duda alguna.

—¿Cómo lo va a explicar, si ni siquiera lo sabe? Ha sufrido una prueba terrible.

Fue imaginación mía o, en efecto, pareció aguzar la atención.

—¿A qué prueba se refiere...?

—Pues... a la muerte de su madre.

Clavó en mí una mirada dura y arrogante.

—De eso hace ya varios años.

—¡Pero esa niña encontró a su madre muerta!

—Veo que la han informado muy bien de la historia familiar.

Me puse en pie y di un paso hacia él. Se levantó. Aunque yo soy alta, él lo era todavía más. Me miró y yo intenté leer la expresión de aquellos ojos profundos.

—Esa niña está sola —continuó—. ¿No se da cuenta? Por favor, no la trate tan duramente. Si se mostrara amable... si al menos...

Había dejado de mirarme y una expresión ligeramente aburrida se pintaba en su rostro.

—Mademoiselle Lawson —me dijo—. Ha venido usted a recomponer unas pinturas; no a reformarnos a nosotros.

Me sentí derrotada.

—Lo siento —dije—. No debí haber hablado con usted. Comprendo que es inútil.

Me acompañó hasta la puerta, la abrió y se inclinó ligeramente cuando salía.

Volví a mi cuarto, preguntándome por qué había hecho aquello.

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente me dirigí a la galería para trabajar como de costumbre. Esperaba la llamada del conde, porque estaba convencida de que no iba a permitir injerencias como la del día anterior. Durante la noche me desperté varias veces recordando la escena y exagerándola hasta tal punto que vino a ser como si el propio diablo y no el conde hubiera estado sentado ante mí mirándome con sus ojos de gruesos párpados. Se sirvió la comida como de costumbre, y mientras la consumía entró Nounou. Parecía más vieja y cansada que de ordinario, y pensé que probablemente no había dormido en toda la noche.

—El señor conde ha estado en el cuarto de estudios toda la mañana —dijo de repente—. No sé a qué viene todo esto. Ha examinado los cuadernos y ha hecho muchas preguntas. La pobre Geneviève está casi histérica de miedo. —Me miró temerosa y exclamó—: ¡Es tan raro! Hizo preguntas sobre esto, lo otro y lo de más allá, y declaró que la niña no sabe nada de nada. La pobre mademoiselle Dubois está desesperada.

—El conde cree, sin duda, que ha llegado el momento de preocuparse un poco de su hija.

—No lo sé, señorita; aunque de veras me gustaría averiguarlo.

Salí a dar un paseo, siguiendo una carretera que ni pasaba junto a la casa de los Bastide ni llevaba a la ciudad. Prefería no encontrar a nadie; estar sola para pensar mejor acerca de Geneviève y de su padre.

Cuando volví al *Château*, Nounou me esperaba en mi cuarto.

—Mademoiselle Dubois se ha ido.

—¿Cómo?

—Monsieur le Comte acaba de pagarle su salario y despedirla.

Me sentí preocupada.

—¡Oh! ¡Cielos! Pobre mujer. ¿Qué va a hacer ahora? Esto es... una crueldad.

—El conde adopta sus decisiones cuando menos se espera —dijo Nounou—. Y actúa con idéntica celeridad.

—Supongo que traerán a una nueva institutriz.

—No sé lo que va a pasar, señorita.

—Y Geneviève, ¿cómo está?

—Nunca sintió respeto por mademoiselle Dubois, y si quiere que le diga la verdad, tampoco yo. Creo que tiene demasiado miedo.

Cuando se hubo marchado Nounou, permanecí en mi cuarto preguntándome qué pasaría después y qué iba a ser de mí. El conde no podía acusarme de ineficacia, porque mi trabajo progresaba satisfactoriamente. Pero se me podía despedir por otras cosas, como por ejemplo, por insolencia. Y yo me había atrevido a ir a su biblioteca y criticar el trato que daba a su hija. Después de reflexionar con calma, admití que sería natural recibir una orden de despido. En cuanto a las pinturas, ya encontraría a alguien que continuara la tarea. Yo no era indispensable en modo alguno.

Existía, además, el asunto del vestido. Cada vez que el conde me viera recordaría lo que hizo Geneviève y ello le haría pensar que yo estaba demasiado enterada de los asuntos familiares.

Geneviève vino a verme y me pidió perdón, aunque yo no la creí sincera. Me sentía demasiado deprimida para responderle con la extensión que hubiera deseado.

Cuando empecé a colgar mis ropas, busqué el vestido que había tirado en el armario y vi que no estaba allí. Me sorprendió y pensé que quizá Geneviève lo hubiera retirado; pero decidí no mencionar su desaparición.

\*\*\*\*\*

Estaba trabajando en la galería cuando me pasaron el recado.

—Monsieur le Comte quiere verla en la biblioteca, señorita Lawson.

—Bien —le contesté—. Estaré allí dentro de unos minutos.

Recogí el pincel que estaba utilizando, y fijé la mirada en él pensando: «Ya ha llegado mi turno». La puerta se cerró y me concedí unos segundos para concentrarme. Pasara lo que pasara debía demostrar indiferencia. Al menos no podría decir que mi trabajo era defectuoso.

Cobré ánimos para dirigirme a la biblioteca. Y al salir metí las manos en los bolsillos de la bata marrón para que no las viera temblar, caso de que mi agitación llegara a tanto. Hubiera deseado que mi corazón latiese con menor intensidad. Por fortuna, mi piel mate y gruesa no se sonrojaba fácilmente, pero pensé que mis ojos debían brillar más de lo normal.

Me dirigí a la biblioteca sin apresuramiento. Al acercarme a la puerta me pasé la mano por el pelo, que debía estar desordenado como solía ocurrir cuando trabajaba.

Pero me era igual. No quería hacerle pensar que me había preparado para la entrevista. Llamé a la puerta.

—Entre, por favor —me invitó con expresión afable. Pero no quise fiarme de aquella amabilidad —. ¡Ah! Mademoiselle Lawson —exclamó, sonriendo con aire malicioso—. Siéntese, por favor.

Me condujo hasta una silla que estaba frente a la ventana, de modo que mi rostro quedara perfectamente iluminado, mientras él se sentaba en la penumbra, lo que me pareció una mala jugada.

—La última vez que nos vimos, usted tuvo la amabilidad de demostrar cierto interés por mi hija —dijo.

—En efecto —admití—. Estoy muy interesada por ella.

—Aprecio mucho ese interés, considerando que vino simplemente para restaurar unas pinturas, y que dispone de poco tiempo para pensar en cosas que no conciernen directamente a su trabajo.

Estaba a punto de estallar la tormenta. Me diría que la tarea no progresaba con rapidez o que no era satisfactoria. Y que aquella noche debería alejarme del castillo, del mismo modo que el día anterior lo había hecho la pobre mademoiselle Dubois.

Una profunda depresión se apoderó de mí. No podía soportar la idea de marcharme. Me sentía más desgraciada que en ninguna otra ocasión de mi vida. Jamás olvidaría aquel castillo, y su recuerdo me atormentaría toda la vida. ¡Deseaba tanto conocer la verdad sobre el conde, saber si era aquel monstruo al que temía tanta gente! ¿Su comportamiento habría sido siempre igual? De no ocurrir así, ¿qué le obligó a cambiar?

Quizá imaginó lo que estaba pensando, porque guardaba silencio y me miraba intensamente.

—No sé lo que opinará usted de la propuesta que le voy a hacer, mademoiselle Lawson; pero de lo que sí estoy seguro es de que me responderá con absoluta franqueza.

—Lo intentaré.

—Querida mademoiselle Lawson, no es preciso esforzarse. Lo hará de manera perfectamente natural. Es una característica admirable, que estimo profundamente.

—Es usted muy gentil. Pero, por favor, acláreme de qué... proposición se trata.

—Tengo la certeza de que la educación de mi hija se encuentra descuidada. Las institutrices son un grave problema. ¿Cuántas de ellas ejercen dicha actividad con verdadera vocación? Muy pocas. La mayoría son mujeres acostumbradas a no hacer nada, que se encuentran de repente en la necesidad de trabajar. Pero no están a la altura de una ocupación de tamaño importancia. Hay que tener verdaderas dotes. Usted es artista...

—¡Oh, no! De ningún modo...

—Una artista que no aprovechó sus condiciones —terminó. Y pude notar la ironía que sonaba en su voz.

—Bueno, quizá —admití fríamente.

—Muy diferente de estas pobres señoras que acuden a enseñar a nuestros hijos. He decidido enviar a Geneviève a una escuela. Usted tuvo la amabilidad de darme una opinión sobre su carácter. Por favor, dígame ahora qué le parece la idea.

—Me parece excelente, pero todo dependerá de la escuela.

Agitó una mano.

—Este castillo no es lugar para una niña de su temperamento —repuso—. ¿Está de acuerdo? Aquí reina un ambiente para anticuarios, para aficionados a la arquitectura, o la pintura... para quienes viven imbuidos por tradiciones... también anticuadas, ¿verdad?

Había leído mis pensamientos. Sabía que lo consideraba un autócrata aferrado a la idea del

derecho divino de la nobleza, y estaba expresando mis reflexiones en palabras.

—Creo que tiene razón —concedí.

—Sí; la tengo. Y he escogido una escuela de Inglaterra.

—¡Oh!

—Parece asombrada. Supongo que estará convencida de que las mejores escuelas son las inglesas.

Parecía burlarse otra vez, y por dicho motivo le respondí quizá con excesivo acaloramiento:

—¡Es muy posible!

—Allí no sólo aprenderá el lenguaje sino que adquirirá esa sangre fría de la que usted, mademoiselle, está tan generosamente dotada.

—Gracias... Pero Geneviève se encontrará muy lejos de su casa.

—De una casa, en la que como usted señaló antes, no es muy feliz que digamos.

—Pero podría serlo. Esa niña es capaz de tener sentimientos profundos.

Cambió de tema.

—Por las mañanas trabaja usted en la galería, pero no por las tardes. Me alegro de que utilice nuestros caballos.

«Me ha estado vigilando», pensé. «Sabe cómo paso el tiempo». Tenía la convicción de lo que iba a suceder. Me despediría sin duda alguna, como a mademoiselle Dubois. Mi impertinencia resultaba tan desagradable para él como la incompetencia de la institutriz.

Me pregunté si la habría sometido a una entrevista como la que yo ahora estaba padeciendo. Le gustaba acorralar a su presa antes de matarla. Aquella idea se me había ocurrido ya antes, estando en la biblioteca.

—Señor conde —le dije—. Si no está usted satisfecho con el trabajo que realizo, dígamelo, por favor, y me marcharé en seguida.

—Mademoiselle Lawson, es usted demasiado impulsiva. Y me alegra descubrir, por lo menos, algún fallo en su carácter, porque ello le impide ser perfecta, y la perfección es cosa triste. No he dicho que esté descontento de su trabajo. En realidad lo encuentro excelente. Alguna vez irá a la galería a preguntarle cómo consigue tan excelentes resultados. Permítame continuar. Si mi hija va a Inglaterra, debe poseer un buen conocimiento del lenguaje. No me propongo que la partida sea inmediata. Quizá tarde todavía un año. Mientras tanto el cura le dará lecciones. Lo hará tan bien, por lo menos, como la institutriz que acaba de abandonarnos. De todos modos nunca podrá ser peor. Pero lo que me preocupa es su inglés. Hasta la primavera usted trabajará en la galería por las mañanas. Esto le deja un poco de tiempo libre. Y me pregunto si le importaría enseñar el inglés a Geneviève. Estoy convencido de que mi hija lograría excelentes progresos.

Me sentí tan trastornada que no pude pronunciar palabra. El conde continuó:

—Esto no quiere decir que haya de confinarse usted en el cuarto de estudios. Cabalgarán juntas... pasearán... Ella conoce los fundamentos de la gramática, o así al menos lo creo. Lo que necesita es practicar la conversación y adquirir un acento razonable. ¿Me comprende?

—Sí, le comprendo.

—Desde luego, se le pagará el trabajo extra. Puede usted discutirlo con mi administrador. ¿Qué contesta?

—Pues que... acepto con mucho placer.

—¡Excelente! —Se levantó y me tendió la mano. Yo le ofrecí la mía y él la estrechó firmemente.

Me sentía muy feliz. En realidad, nunca lo había sido tanto en mi vida.

\*\*\*\*\*

Una semana después, al entrar en mi cuarto encontré sobre mi cama una gran caja de cartón. Creí que se trataba de un error, hasta que vi mi nombre en ella. La etiqueta era de una casa de París.

Abrió la caja. Contenía un vestido de terciopelo verde, que resplandecía como una joya. Lo saqué, emocionada. Era un conjunto de noche, sencillo pero exquisito.

Desde luego, debía tratarse de un error, pero aun así, lo sostuve contra mi cuerpo y me puse ante el espejo para verme mejor. Mis pupilas resplandecientes parecían combinar con el terciopelo del vestido. Era bellissimo. ¿Por qué me lo habrían enviado? Lo deposité reverentemente sobre la cama y examiné la caja. Encontré un paquete envuelto en papel de seda y al deshacerlo vi mi viejo vestido de terciopelo negro. Antes de leer la tarjeta noté que la adornaba aquel escudo que había empezado a conocer tan bien. En la tarjeta había escritas estas líneas: «Espero que este vestido reemplace dignamente al que le estropearon. Si no es lo que necesita, probaremos con otro. Lothair de la Talle».

Me acerqué a la cama y tomé otra vez el vestido, sosteniéndolo contra mí, abrazándolo casi. Me estaba comportando como una adolescente impresionable. Aquella parte de mi ser que intentaba siempre exhibir decía: «¡Qué ridiculez! No puedes aceptarlo». Pero mi verdadero yo, el que aparecía sólo de vez en cuando, y estaba siempre al acecho para traicionarme, replicaba a su vez: «¡Qué vestido tan bello! Cada vez que te lo pongas sentirás una gran emoción. Con él puedes convertirte en una mujer atractiva».

Depositó el vestido sobre la cama, mientras pensaba: «Iré a decirle que no puedo ni soñar en aceptarlo».

Traté de componer mis facciones de modo que demostrasen gravedad, pero no podía apartar de mi imaginación la idea del conde acercándose a mi cuarto o enviando a alguien en busca del vestido estropeado para enviarlo a París con la orden: «Preparen otro, de estas mismas medidas. El más bonito que hayan hecho jamás».

¡Qué estupidez! ¿Qué me estaba ocurriendo? Lo mejor era decirle que devolviese el vestido en seguida. Me fui a la biblioteca. Quizá me estuviera esperando, al saber que el paquete había llegado. Pero en realidad, después de decidir que me lo enviaran como recompensa, lo más probable era que se hubiese olvidado de él.

El conde estaba en la biblioteca.

—Tengo que hablarle —dije. Y como siempre que me sentía turbada, mis palabras sonaron arrogantes. Él lo notó y una leve sonrisa curvó sus labios al tiempo que una luz divertida se asomaba a sus ojos.

—Siéntese, por favor, mademoiselle Lawson. Está usted nerviosa.

Inmediatamente quedé en desventaja, porque lo que menos hubiera deseado era traicionar mis sentimientos; unos sentimientos que en realidad no comprendía del todo. No era normal que me sintiera nerviosa por causa de un vestido.

—Nada de eso —respondí—. Vine simplemente a darle las gracias y a decirle que no puedo aceptar ese regalo.

—¡Ah! ¿De modo que llegó por fin? ¿Es que no le sienta bien?

—Pues... no podría decirse porque no me lo he puesto. No tenía que haberlo hecho.

—Perdone si discrepo; pero en mi opinión usted lo necesita.

—No, no. El otro era muy viejo. Hacía años que lo tenía, mientras que éste...

—¿Acaso no le gusta...?

—No se trata de eso —repliqué. Y una vez más la severidad de mi voz le obligó a sonreír.

—¿De veras? Pues entonces, ¿de qué otra cosa se trata?

—De que no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—Porque no es necesario.

—Vamos, vamos, mademoiselle Lawson, sea franca y diga que no puede aceptar ese vestido porque lo cree improcedente, ¿no es así?

—No, no es así. ¿Por qué había de pensar semejante cosa?

Una vez más hizo ese gesto francés que puede adoptar significados tan distintos.

—No lo sé. No trato de imaginar lo que usted piensa. Simplemente trataba de encontrar algún motivo por el que luego de haberle estropeado una pieza de su guardarropa, no puede aceptar otra que la reemplace.

—Es que éste es un vestido de gala.

—¿Y qué tiene un vestido de gala que lo haga diferente a otra cosa?

—Es algo puramente personal.

—¡Ah! ¡Puramente personal! Si hubiera destruido uno de los ingredientes que emplea en las pinturas, ¿no me permitiría reemplazarlo? ¿O es que considera sus vestidos una cosa íntima, por decirlo así?

No pude mirarlo. Había en su expresión algo cálido que me perturbaba.

Volví la mirada hacia otro lado y dije:

—No era necesario que usted me comprara un vestido nuevo. Por otra parte, éste tiene un valor mucho más elevado que el que va a sustituir.

—Es difícil calcular el valor de una cosa. Indudablemente el vestido negro debía tener un valor muy elevado para usted, ya que tanto la ha disgustado perderlo y ahora rehúsa aceptar éste.

—No quiere usted comprenderme.

Se acercó a mí y me puso una de sus manos sobre mi hombro.

—Mademoiselle Lawson —dijo con afabilidad—, me disgustaría mucho que rehusara esa prenda. La anterior fue estropeada por un miembro de mi familia y deseo reemplazarla. ¿Me hace el favor de aceptarlo?

—Si se pone usted así...

Levantó la mano de mi hombro pero siguió en el mismo sitio. Me sentía intranquila y al mismo tiempo inmensamente feliz.

—Acéptelo. Sea usted generosa, mademoiselle Lawson.

—Usted es el generoso —respondí—. No había necesidad...

—Repito que sí la había.

—... de compensar la pérdida de un modo tan magnánimo —terminé. Se echó a reír y me di cuenta de que nunca lo había visto reír hasta entonces. En su risa no había ni amargura ni ironía.

—Espero —dijo— que algún día tendré el placer de verla lucir ese atavío.

—Tendré muy pocas ocasiones para ello.

—Entonces, lo mejor será crear algunas ocasiones.

—No sé cómo —repliqué con voz más fría, conforme mis emociones iban ganando intensidad—.

Sólo puedo repetir que se ha mostrado usted muy generoso. Aceptaré el vestido y le doy las gracias por su amabilidad.

Me dirigí a la puerta, pero él se me anticipó para abrirla, al tiempo que inclinaba la cabeza para que yo no viera la expresión de su cara.

Mientras me dirigía a mi dormitorio la turbación me anonadaba. De haber sido más prudente, me hubiera detenido a analizarla; pero desde luego, la prudencia no era una de mis cualidades.

## Capítulo 5

Mi interés por el conde y sus cuestiones particulares hizo que cada mañana me despertara con cierto sentimiento de expectación, preguntándome si aquel día iba a aprender también algo nuevo. Empezaba a comprenderle mejor, y quizá con el tiempo encontrara la clave que me revelase si era un asesino o un ser terriblemente calumniado.

De pronto, sin advertencia previa, se fue a París. Supe que volvería poco antes de Navidad y que habría invitados en el castillo. Lo mejor sería situarse al margen de lo que sucediera.

Emprendí mis nuevas obligaciones con gran entusiasmo y me complació comprobar que Geneviève no me guardaba resentimiento alguno y que estaba demostrando gran afición por el inglés. La perspectiva de ir a la escuela representaba para ella algo terrible, aunque era una realidad demasiado lejana para constituir una amenaza real.

Cuando salíamos a pasear a caballo me preguntaba cosas sobre Inglaterra, y llegamos a divertirnos mucho con nuestras conversaciones en inglés. El cura le daba lecciones, y Geneviève veía a los niños Bastide cuando iba a casa del sacerdote. A mí me pareció muy oportuno que se mezclara con chicos de su edad.

Una mañana, estando yo en la galería, entró Philippe. Cuando su primo se hallaba ausente del castillo, parecía adoptar una estatura mayor. Me pareció una pálida sombra del conde. Comparado con el aspecto varonil de éste, me sorprendió la debilidad casi afeminada de su porte.

Pero su sonrisa era amistosa y me preguntó qué tal progresaba con mi trabajo.

—Se da usted una gran maña —comentó al mostrarle las pinturas.

—Se necesita cuidado y habilidad para hacer este trabajo.

—Sí, y unos conocimientos de experto —añadió, de pie ante el cuadro que yo acababa de restaurar—. Se tiene la impresión de poder tocar esas esmeraldas —comentó.

—En este caso, la habilidad es del pintor, no del restaurador.

Continué mirando atentamente la pintura, y una vez más comprendí su intenso amor por el castillo y por todo cuanto se relacionaba con él. De ser miembro de la familia, yo hubiera obrado de parecido modo.

Volviéndose de pronto y mirándome a la cara, permaneció unos momentos cual si dudara en decirme lo que estaba pensando. Luego preguntó rápidamente:

—Mademoiselle Lawson, ¿es usted feliz aquí?

—¿Feliz? En efecto. Este trabajo me parece satisfactorio.

—Comprendo sus sentimientos respecto a su trabajo, pero yo me refería... —hizo un ademán— al ambiente que aquí reina... a nuestra familia. —Lo miré sorprendida y continuó—: Y también a ese desgaciado incidente con su vestido.

—Todo está ya olvidado —repose, preguntándome si mi rostro traicionaría el placer que experimentaba al pensar en el vestido verde.

—En una casa como ésta... —se detuvo cual si no supiera cómo continuar—, el ambiente puede hacerse intolerable. Si quiere usted marcharse...

—¿Marcharme?

—Quiero decir si las cosas se le ponen difíciles. Mi primo, quizá... ¡ejem!... —suspendió lo que iba a decir, pero comprendí que estaba pensando lo mismo que yo, es decir, en el vestido de

terciopelo verde y en el hecho de que el conde me lo hubiera regalado. Aquello me pareció significativo, pero evidentemente se trataba de un tema demasiado peligroso. Sin duda Philippe temía a su primo.

Sonrió ampliamente.

—Un amigo mío tiene una hermosa colección de pinturas, algunas de las cuales necesitan ser restauradas. No abrigo la menor duda de que tendría usted trabajo para mucho tiempo.

—Aún falta bastante para que termine aquí.

—Mi amigo, monsieur de la Monelle, necesita hacer ese trabajo en seguida. Si no se siente a gusto aquí... o si por algún motivo cree necesario partir...

—No quiero dejar esto a medias.

Me miró, temeroso de haber hablado demasiado.

—Agradezco su amabilidad al preocuparse por mí —le dije.

Su sonrisa era encantadora.

—Me siento responsable hacia usted. En aquella primera entrevista que tuvimos los dos, hubiera podido impedirle que entrara en esta casa.

—Pero no lo hizo, y yo se lo agradezco mucho.

—Quizá hubiera sido mejor...

—¡Oh! ¡No! Este trabajo es formidable. Y el castillo es muy acogedor —comenté con entusiasmo.

—Pero la familia no es lo que pudiera llamarse feliz, y en vista de lo ocurrido en el pasado... como usted sabe, la mujer de mi primo murió en circunstancias misteriosas...

—He oído hablar de ello.

—Mi primo es capaz de mostrarse muy exigente cuando trata de conseguir alguna cosa. No debo hablar así porque ha sido bueno conmigo. Me albergo en su propia morada... y debo agradecerse, pero siento cierta responsabilidad por usted y me gustaría saber si necesita ayuda, mademoiselle Lawson... espero que no mencione nada de esto a mi primo.

—Lo comprendo. No lo mencionaré.

—Pero, por favor, téngalo presente... Si mi primo... si usted cree necesario alejarse de aquí, venga a verme.

Se dirigió hacia uno de los cuadros y estuvo haciendo preguntas sobre él; pero no creo que prestara atención alguna a mis respuestas. Cuando volvió a mirarme tenía una expresión tímida y afable. Su preocupación por mí era auténtica y llegué a la conclusión de que intentaba ponerme en guardia contra el conde.

A partir de aquel momento comprendí que tenía un buen amigo en el castillo.

\*\*\*\*\*

La Navidad se acercaba rápidamente. Geneviève y yo salíamos cada día a cabalgar, y la jovencita iba haciendo progresos muy rápidos con el inglés. Le conté cómo celebrábamos las Navidades en Inglaterra y nuestra costumbre de adornar la casa con ramitas de acebo y muérdago; cómo nos besábamos bajo este último y cómo todos debíamos remover el pudín. Le conté también cómo nos divertíamos viéndolo hervir y cómo aproximábamos la cuchara para probarlo. Era un momento

importante porque nos daba idea del resultado final de la cocción.

—Mi abuela aún vivía —le expliqué—. Era la madre de mi madre. Había nacido en Francia y tuvo que aprender nuestras costumbres; pero se adaptó a ellas rápidamente y jamás soñó siquiera en abandonarlas.

—Cuénteme más cosas, señorita —me pidió Geneviève.

Le expliqué cómo me sentaba en una silla grande junto a mi madre, para ayudarla a quitar la semilla a las uvas y pelar las almendras.

—Solía comerme muchas de ellas.

Aquello la divirtió.

—¡Oh, señorita! Me cuesta imaginarla como niña —dijo.

Le conté también cómo nos despertábamos la mañana de Navidad, encontrando nuestras medias llenas de regalos.

—Nosotros ponemos los zapatos junto a la chimenea —mencionó—. O por lo menos, así lo hace mucha gente, pero yo no.

—¿Por qué?

—Porque Nounou sería la única en acordarse de mí. Y si no hay muchos regalos, no resulta divertido.

—¿Cómo lo hacéis?

—El día de Nochebuena, luego de volver de la Misa del Gallo, se ponen los zapatos junto a la chimenea y luego se va uno a dormir. Por la mañana, los regalos están en los zapatos y a su alrededor. Así lo hacíamos cuando vivía mi madre.

—¿Luego lo suspendisteis?

Hizo una señal de asentimiento.

—Pues me parece una costumbre muy bonita.

—La madre de usted también ha muerto —indicó—. ¿Cómo fue?

—Estuvo enferma mucho tiempo. Yo la cuidé.

—¿Era usted ya mayor?

—Sí; supongo que se me podía considerar una persona adulta.

—¡Oh, señorita! Yo siempre la imagino así.

En nuestro camino de regreso pasamos por casa de los Bastide. La había animado a ello porque consideraba conveniente que se relacionara con otras gentes, en especial niños, y aunque Yves y Margot eran más pequeños y Gabrielle algo mayor, se acercaban bastante a su edad.

En la casa reinaba mucha alegría por la proximidad de las Navidades. La gente susurraba por los rincones y daba a entender que guardaba algún secretillo.

Yves y Margot estaban muy ocupados haciendo el belén. Geneviève los contempló con interés, y mientras yo continuaba hablando con madame Bastide los ayudé en la tarea.

—¡Los niños están tan excitados! —Exclamó madame Bastide—. Siempre ocurre así. Margot nos pregunta cada mañana cuánto falta para la Navidad.

Los vimos disponer el papel marrón de forma que imitara las montañas. Yves sacó su caja de pinturas y puso un poco de color, de musgo, mientras Margot empezaba a colorear el pesebre. En el suelo estaban las ovejitas, hechas por ellos mismos, y que luego colocarían sobre las rocas. Observé a Geneviève. Parecía fascinada.

—La cuna está vacía —dijo casi con enfado.  
—¡Claro que está vacía! Jesús no ha nacido aún —le respondió Yves.  
—Es un milagro —le contó Margot—. En Nochebuena, antes de irnos a la cama...  
—... Ponemos nuestros zapatos junto a la chimenea —añadió Yves.  
—Sí, los ponemos junto a la chimenea... la cuna está vacía... y de pronto... cuando nos levantamos... el niño Jesús ya ha nacido.

Geneviève guardaba silencio. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Puedo ayudaros en algo?

—Sí —repuso Yves—. Hemos de hacer más cayados de pastor. ¿Sabes curvarlos?

—No —respondió la jovencita humildemente.

—Margot te enseñará.

Vi cómo las dos se afanaban, con las cabezas juntas, y me dije: «Esto es lo que Geneviève necesita».

Madame Bastide siguió la dirección de mi mirada.

—¿Cree que el señor conde permitiría esto si lo supiera? —preguntó—. ¿Estaría conforme en que nuestros hijos sean amigos de su hija?

—Nunca la he visto tan... tranquila, tan distraída —respondí.

—¡Ah! Pero al señor conde no le interesa que su hija esté distraída. Lo que quiere es verla convertida en la gran dama del castillo.

—Lo que precisa son compañías como ésta. Usted me ha invitado a venir el día de Navidad. ¿Puedo traerla? ¡Habla de las Navidades con tanto entusiasmo!

—¿Cree que se lo permitirán?

—Probaremos —respondí.

—Pero, el señor conde...

—Si se opone, yo le hablaré —dije atrevidamente.

\*\*\*\*\*

Unos días antes de Navidad el conde volvió al castillo. Imaginé que me llamaría para enterarse de los progresos de su hija o de mi trabajo con las pinturas; pero no lo hizo. Probablemente pensaba en los invitados que estaban a punto de llegar. En total iban a ser quince personas, según me informó Nounou. No tantos como en otras ocasiones; pero debía tener en cuenta que recibir invitados era asunto delicado, sobre todo no habiendo una señora en la casa.

Dos días antes de Navidad cabalgaba yo con Geneviève cuando encontramos a un grupo de jinetes procedentes del castillo. El conde iba a la cabeza, y junto a sí llevaba a una hermosa joven, tocada con sombrero de copa envuelto en una gasa gris. La corbata era del mismo color.

La masculinidad de su atavío acentuaba aún más lo delicado y femenino de su figura, y me di cuenta de que tenía el pelo muy brillante y de que sus facciones eran sumamente delicadas. Parecía una porcelana de las que se guardaban en el Salón Azul y que yo había visto un par de veces. Semejantes mujeres me hacían sentir aún más desgarbada y vulgar.

—Ahí viene mi hija —dijo el conde, saludándonos casi afectuosamente.

Nos paramos, quedando juntos los cuatro, mientras el resto del grupo seguía a cierta distancia.

—¿Es su institutriz? —preguntó la bella señorita.

—No, no. Se trata de miss Lawson, de Inglaterra, encargada de restaurar nuestras pinturas.

Vi cómo los ojos azules de la joven me contemplaban fría y atentamente.

—Geneviève, te presento a mademoiselle de la Monelle.

¡Mademoiselle de la Monelle! No era la primera vez que oía pronunciar aquel nombre.

—Sí, papá. Buenos días, mademoiselle.

—Mademoiselle Lawson, mademoiselle de la Monelle.

Nos saludamos.

—Hay cuadros que pueden resultar fascinadores —dijo.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que el apellido en cuestión era el de la familia que, según Philippe, tenía pinturas por restaurar.

—Es lo mismo que dice la señorita Lawson —señaló el conde, y en seguida preguntó, cual si quisiera dar por terminado el encuentro—: ¿Vuelven ustedes al castillo?

Dijimos que sí y continuamos nuestro camino.

—¿Le ha parecido hermosa? —preguntó Geneviève.

—¿Qué dices?

—Está usted distraída —me acusó Geneviève molesta—. Creo que a mucha gente le parecería hermosa; pero quiero saber lo que usted opina de ella.

—En efecto. Tiene un tipo de belleza que gusta a mucha gente.

—Pues a mí no me convence.

—Espero que no entres en su cuarto, armada de unas tijeras, porque si repites tu hazaña habrá complicaciones, y no sólo para ti sino para otras personas. ¿Viste lo que le pasó a la pobre mademoiselle Dubois?

—¡Era una vieja estúpida!

—No me parece motivo suficiente para portarse tan mal con ella.

Se rió con cierta timidez.

—En cambio, usted salió bien parada, ¿verdad? Mi padre le ha regalado un vestido mejor que el otro. No creo que haya tenido en su vida una prenda parecida. En realidad, le hice un favor, ¿no cree?

—No estoy de acuerdo. La situación resultó muy molesta para todos.

—¡Pobre Esquilles! Desde luego no estuvo bien. Ella no quería marcharse. Tampoco usted, ¿verdad?

—No; yo tampoco. Tengo interés por mi trabajo.

—¿Y por nosotros?

—Desde luego. Espero verte mejorar tu inglés.

Aminoró la marcha.

—No me gustaría separarme de ti, Geneviève —añadí.

Sonrió, e inmediatamente la expresión maliciosa reapareció en su cara.

—Ni de mi padre —dijo—. Aunque no creo que a partir de ahora le haga mucho caso. ¿Se ha fijado en cómo miraba a esa joven?

—¿A qué joven?

—Ya sabe a quién me refiero. A mademoiselle de la Monelle. ¡Es guapa de verdad!

Se me adelantó un poco y volviendo la cabeza se echó a reír.

Toqué la grupa de Bonhomme y partí al galope hasta ponerme a su lado.

No podía apartar de mi imaginación la cara de mademoiselle de la Monelle, mientras Geneviève y yo continuábamos cabalgando en silencio por el camino que conducía al castillo.

Al día siguiente me encontré con el conde cuando iba a la galería. Me dije que sin duda estaba preocupado con sus huéspedes y que se limitaría a saludarme; pero se detuvo, y preguntó:

—¿Cómo se porta mi hija con su inglés?

—Muy bien. Creo que conseguirá dominarlo.

—Estaba convencido de que sería usted una excelente profesora.

Me pregunté si es que tenía un aire inconfundible de institutriz.

—Se siente interesada y esto es una gran ayuda. Y además, es mucho más feliz.

—¿Más feliz?

—Sí, ¿no se había dado cuenta?

Movió la cabeza.

—No; pero acepto su palabra.

—Siempre existe un motivo para que los jóvenes deseen destruir algo sin causa aparente. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Completamente de acuerdo.

—Creo que siente mucho la pérdida de su madre, y también influye en ella el no haber disfrutado de las diversiones propias de su edad.

La mención de su esposa fallecida no pareció causarle impresión alguna.

—¿Diversiones, señorita Lawson? —preguntó.

—Sí. El otro día me contó cómo en otros tiempos ponía los zapatos junto a la chimenea en Nochebuena... y creo que echa de menos la costumbre.

—¿No está ya demasiado crecida para esas nimiedades?

—No; no lo creo.

—Me sorprende usted.

—Es una costumbre muy simpática —insistí—. Y he decidido restaurarla. Quizá le sorprenda mi presunción, pero...

—Hace tiempo que dejó usted de sorprenderme.

—Creo que debería dejarle un regalo. No dude de que la encantara.

—¿Cree que encontrar un regalo en el zapato, en vez de en la mesa, ocasionará un cambio favorable en la actitud de mi hija?

Suspiré.

—Monsieur le Comte —dije—, comprendo que mi presunción ha sido inútil. Lo lamento.

Me alejé rápidamente sin que él intentara detenerme. Pero no pude trabajar. Me sentía deprimida y turbada. Dos imágenes se mezclaban en mi mente: la del hombre altivo que parecía desafiar al mundo... y la del asesino impacable. ¿Cuál era su verdadera personalidad?

Me hubiera gustado averiguarlo. Pero ¿a mí qué me importaba? Mi única preocupación debían ser las pinturas.

En Nochebuena fuimos todos a la Misa del Gallo, en la antigua iglesia de Gaillard. El conde ocupó el primero de los reclinatorios reservados a la familia, y Geneviève se puso a su lado, mientras los invitados se repartían en los asientos de atrás. En las últimas hileras distinguí a Nounou y a los sirvientes.

La familia Bastide lucía sus mejores galas. Madame iba de negro, y Gabrielle tenía un aspecto muy bello con su traje gris. Estaba también el joven con quien la había visto algunas veces en las viñas. Era Jacques, el que iba con Armand Bastide cuando éste sufrió su accidente. Lo conocí por la cicatriz en su mejilla izquierda.

Yves y Margot no podían estarse quietos. Margot contaba los minutos, ya que no las horas.

Vi que Geneviève los miraba y me dije que estaría pensando en que, en vez de volver al castillo, le hubiera gustado ir a casa de los Bastide y tomar parte en el jolgorio con que sólo los niños pueden alegrar una Navidad.

Me alegré de haber anunciado que pondría mis zapatos en la chimenea del cuarto de estudios, y de haberle sugerido que hiciera lo mismo. Desde luego, nuestra fiesta resultaría poco animada si la comparáramos a la que iban a celebrar los Bastide el día de Navidad por la mañana; pero, aun así, era mejor que nada, y me había sorprendido el entusiasmo que al pensar en la misma demostraba Geneviève. Nunca tuvo a su alrededor una gran familia, e incluso cuando su madre vivía eran sólo tres, Geneviève, Françoise, Nounou y acaso la institutriz que hubiera en aquel tiempo. En cuanto al conde, lo más probable era que en vida de su esposa participara también en aquellas celebraciones.

Los aposentos de Geneviève no se encontraban muy lejos de los míos y consistían en cuatro estancias contiguas. Primero estaba el cuarto de estudios, con su techo alto y abovedado, sus aspilleras y aquella ventana de piedra con bancos adosados, característica del castillo. Estaba también la chimenea en la que según Nounou podía asarse un buey. Hacia un lado se encontraba el enorme caldero de estaño lleno siempre de leña. Había tres dormitorios con puertas que daban a dicha habitación. Uno era el de Geneviève, el otro pertenecía a Nounou y el tercero se reservaba para la institutriz.

Al regreso de la iglesia penetramos solemnemente en el cuarto de estudios, y depositamos nuestros zapatos junto al fuego, ya casi apagado.

Geneviève se metió en la cama, y cuando creímos que estaba dormida, Nounou y yo depositamos nuestros regalos en los zapatos. El mío era un pañuelo de seda roja, que sentaría perfectamente a su tez algo oscura, y le sería muy útil para cabalgar.

Para Nounou tenía lo que madame Latiere me había dicho en la pastelería que eran sus dulces favoritos: una especie de pastas hechas con ron y mantequilla, en una caja muy bonita. Nounou y yo aceptamos no ver nuestros respectivos regalos, nos dimos las buenas noches y regresamos a nuestros dormitorios.

A la mañana siguiente fue Geneviève quien me despertó.

—¡Mire, señorita, mire! —exclamaba.

Me senté, sorprendida, en la cama, y de pronto recordé que estábamos en Navidad.

—El pañuelo es estupendo. Gracias, señorita. —Se lo había puesto sobre el camisón de dormir—. Y Nounou me ha dado unos pañuelos... muy bien bordados. Y aquí hay también... ¡Oh, señorita! Todavía no lo he abierto. Es de papá. Mire lo que dice.

Me sentía tan excitada como ella.

—Estaba junto a mi zapato. ¡Oh! ¡Es maravilloso! Llevaba muchos años sin acordarse de mí.  
¿Por qué será que este año...?

—Veamos lo que hay.

Era una cadenita de oro con una perla pendiente de ella.

—¡Oh, qué bonita! —exclamé.

—¡Fantástico! —exclamó a su vez Geneviève—. Y él mismo la ha puesto ahí.

—¿Estás contenta?

No podía hablar e hizo una señal de asentimiento.

—Póntelo —dije. Y la ayudé a colgárselo del cuello.

Se acercó a un espejo y se estuvo contemplando. Luego volvió a la cama y tomando el pañuelo que se había quitado para ponerse el collar, se cubrió los hombros con él.

—¡Feliz Navidad, señorita! —exclamó alegremente.

Me dije que, en efecto, sería una Navidad feliz. Insistió en llevarme al cuarto de estudios.

—Nounou no ha venido todavía. Ya le daré su regalo más tarde. Ahora, señorita, tome esto.

El paquete que me entregaba Geneviève contenía un libro sobre el castillo y sus alrededores. Me contempló encantada mientras lo abría.

—¡Cuánto me gustará leerlo! —exclamé—. ¿De modo que sabías el interés que siento por todo esto?

—Sí, usted lo ha demostrado de manera bien clara. Le gustan las viejas mansiones, ¿verdad? ¡Pero no empiece a leerlo ahora mismo!

—¡Oh, Geneviève! Gracias. ¡Qué amable has sido al pensar en mí!

—Mire. Nounou le regala un paño para bandeja. Sé quién lo ha hecho. Es de mi madre. Nounou tiene una caja llena de ellos.

Los pañuelos y el paño de bandeja eran labor de Françoise. Para Nounou debió ser un gran sacrificio desprenderse de ellos.

—Hay algo más para usted, señorita.

Yo había visto el paquete y una idea turbadora atravesó mi mente; algo completamente descabellado, pero tan emocionante que tenía miedo de tomar el paquete por no sufrir un desengaño.

—¡Ábralo, ábralo! —me apremió Geneviève.

Así lo hice, viendo que contenía una exquisita miniatura, engarzada con perlas y representando a una señora que sostenía en sus brazos a un perrito. La cabeza del perro era apenas visible y comprendí, por el peinado de la dama, que la miniatura tenía por lo menos ciento cincuenta años.

—¿Le gusta? —Preguntó Geneviève—. ¿Quién se la ha regalado?

—Es bellísima; pero es demasiado valiosa para...

Geneviève tomó una nota que había caído del paquete. En ella se leía:

*Sin duda reconocerá usted a la dama a la que tan expertamente ha acicalado. Probablemente le estará tan agradecida como yo, y me parece adecuado que sea usted su dueña. Intenté dárselo cuando nos cruzamos el otro día, pero como le gusta nuestra vieja costumbre, lo dejo en su zapato.*

*Lothair de la Talle.*

—¡Es de papá! —exclamó Geneviève alborozada.

—Le complace mucho mi tarea con las pinturas, y ésta es una muestra de su aprecio.

—¡Oh! Pero... ¡en su zapato! ¿Quién hubiera imaginado...?

—Sin duda creyó que si ponía la cadena con la perla en el tuyo podía dejar esta miniatura en el mío.

Geneviève se reía, presa de una hilaridad incontrolable.

—Es la dama de las esmeraldas. Por eso me la ha dado.

—¿Le gusta, señorita? ¿Le gusta?

—Es una miniatura exquisita.

La sostuvo con reverencia, notando su suave colorido y la encantadora disposición de las perlas.

Nunca había poseído nada tan bonito.

En aquel momento apareció Nounou.

—¡Cuánto ruido! —exclamó—. Me habéis despertado. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad. Mira, Nounou, lo que me ha regalado papá. Estaba en mi zapato.

—¿En tu zapato?

—¡Despierta de una vez, Nounou! Estás medio dormida. ¡Es la mañana de Navidad! Mira tus regalos. Si no los abres, los abriré yo. El mío primero.

Geneviève ofrecía a Nounou un delantal color amarillo verdoso que Nounou declaró era lo que precisamente necesitaba. Luego expresó su complacencia con mis bombones. El conde tampoco la había olvidado. Le entregaba un amplio chal de lana esponjosa, color azul oscuro.

Nounou estaba perpleja.

—¿De monsieur le Comte? Pero... ¿por qué?

—¡Oh, si se acuerda! Los que trabajan en la viña reciben sus pavos y todo sirviente tiene un regalo en dinero que les entrega el mayordomo. Siempre ha sido costumbre.

—Enséñele su regalo, señorita.

Le mostré la miniatura.

—¡Oh! —exclamó Nounou.

Y por un momento se quedó mirándome sin expresión alguna. Luego noté en sus pupilas un aire reflexivo.

Pensaba sin duda que yo era la responsable de aquel despliegue de regalos. Y se sentía turbada.

## Capítulo 6

A quella mañana Geneviève y yo fuimos a pie a casa de los Bastide. La señora salió de la cocina, llevando un cucharón en la mano. Gabrielle miraba por encima del hombro porque estaba muy atareada en la cocina, de la que emanaba un aroma delicioso. Yves y Margot salieron corriendo al encuentro de Geneviève para contarle lo que habían encontrado en sus zapatos. Me alegró que ella también pudiera explicarles lo que encontró en los suyos. Noté con cuánto placer les mostraba sus regalos. Se acercó al belén y dejó escapar una exclamación de alegría al ver la cuna.

—¡Oh! —exclamó.

—¿Qué creías? —Dijo Yves—. Es la mañana de Navidad.

Jean-Pierre se acercó llevando un montón de leña. Su rostro estaba radiante de alegría.

—Ésta es una ocasión memorable —dijo—. Alguien del castillo se sienta a nuestra mesa.

—Geneviève no puede contener su impaciencia —dije.

—¿Y usted?

—También he estado pensando en ello con mucho agrado.

—Procuraremos que no sufra ninguna decepción.

La reunión resultó muy alegre. La mesa que Gabrielle había decorado de manera tan vistosa, con siemprevivas, estaba llena a rebosar, porque también Jacques y su madre figuraban entre los invitados. Ella era inválida y resultaba conmovedor observar la ternura con que Jacques la atendía. Madame Bastide, su hijo, sus cuatro nietos, Geneviève y yo componíamos una reunión muy numerosa, cuya alegría era estimulada por la excitación de los pequeños.

Madame Bastide ocupó la cabecera de la mesa y su hijo la parte opuesta. Yo me encontraba a la derecha de la señora, y Geneviève a la de su hijo. Éramos huéspedes de honor y, al igual que en el castillo, se observaba una estricta etiqueta.

Los niños no cesaban de charlar, y me alegré de ver que Geneviève escuchaba atentamente, y de vez en cuando tomaba parte en la conversación. Yves no le permitía mostrarse tímida. Aquella era la compañía que más necesitaba. Parecía más feliz que nunca. Llevaba la cadenita al cuello, y me dije que no iba a quitársela ni para dormir.

Madame Bastide trinchó el pavo, que estaba relleno de castañas, y fue presentado con un puré de setas. Era un plato delicioso, pero el mejor momento fue aquel en que se puso en la mesa un enorme pastel que provocó gritos de admiración de la chiquillería.

—¿Para quién será? ¿Para quién será? —Cantaba Yves—. ¿Quién será el rey de la fiesta?

—¡Puede ser una reina! —sugirió Margot.

—No. Un rey. ¿Para qué queremos a una reina?

—Si tiene corona, también puede reinar.

—¡Silencio, niños! —Les reprobó madame Bastide—. ¿Conoce la señorita Lawson esta vieja costumbre?

Jean-Pierre me sonreía desde el otro lado de la mesa.

—¿Ve usted el pastel? —me preguntó.

—¡Desde luego que lo ve! —exclamó Yves.

—Es muy grande —añadió Gabrielle.

—Pues bien —continuó Jean-Pierre—, dentro hay una coronita de latón. Vamos a partir el pastel

en diez pedazos, uno para cada uno, y al comerlo ha de irse con ojo, porque...

—¡Porque puede encontrarse la corona! —exclamó Yves.

—¿Y qué le pasa al que la encuentra?

—¡Que es el rey de la fiesta! —gritó Yves.

—¿Se le ciñe la corona? —pregunté.

—Es demasiado pequeña —respondió Gabrielle—. Pero...

—El que tiene la corona es rey o, como dice Margot, reina de la fiesta —explicó Jean-Pierre—. Y ello significa que gobierna la casa, es decir —añadió, sonriendo a Margot—, que, cuanto diga, será ley.

—¡Y para todo el día! —exclamó Margot.

—Si la encuentro yo —dijo Yves— ¿sabéis lo que voy a hacer?

—¿Qué? —preguntó Margot.

Pero estaba demasiado alborotado para revelarlo, y todo el mundo se sentía impaciente por empezar el reparto del pastel.

Se produjo un profundo silencio mientras madame Bastide hundía el cuchillo y empezaba a trazar las porciones. Gabrielle se puso en pie para tomar la bandeja y pasarla a los demás. Yo observaba a Geneviève y me sentía encantada de ver con cuánta intensidad participaba en la alegría general.

Empezamos a comer en silencio; sólo se oía el tictac del reloj y el chasquido de los leños en el fuego. De pronto se escuchó un grito, al tiempo que Jean-Pierre sostenía en una mano la coronita dorada.

—¡Jean-Pierre la encontró! ¡Jean-Pierre la encontró! —gritaron a un tiempo los niños.

—A partir de ahora me llamaréis Majestad —indicó Jean-Pierre con cómico aire de orgullo—. Ordeno y mando que se me corone sin demora.

Gabrielle salió de la habitación y volvió llevando sobre un cojín una corona de tamaño normal adornada con lentejuelas. Los niños se agitaban en sus asientos, mientras Geneviève lo miraba todo con los ojos muy abiertos.

—¿Por quién desea ser coronada Su Majestad? —preguntó Gabrielle.

Jean-Pierre simuló examinarlos a todos minuciosamente. Sus ojos se fijaron en mí. Por mi parte miré a Geneviève, y él comprendió el mensaje.

—Mademoiselle Geneviève de la Talle; dé usted un paso al frente.

Geneviève se puso en pie de un salto, con las mejillas arrojadas y los ojos brillantes.

—Hay que coronarlo en seguida —dijo Yves.

Geneviève avanzó solemnemente hasta el cojín que Gabrielle sostenía y, tomando la corona, la puso en la cabeza de Jean-Pierre.

—Ahora, arrodíllate y bésale la mano —dijo Yves—. Y jura servir al rey.

Yo miraba a Jean-Pierre, sentado en su silla, con la corona en la cabeza, mientras Geneviève se arrodillaba a sus pies sobre el cojín en el que Gabrielle había traído la corona. En el rostro del joven se pintaba una expresión de completo triunfo. Desde luego, estaba representando su papel a las mil maravillas.

Yves interrumpió la ceremonia para preguntar cuál era el primer deseo del nuevo soberano.

Jean-Pierre lo estuvo pensando un rato. Luego miró a Geneviève y a mí, y dijo:

—Suspendemos todo protocolo, y a partir de ahora nos vamos a llamar por nuestros nombres

de pila.

Vi cómo Gabrielle me miraba un poco alarmada, y sonriéndole dije:

—Yo me llamo Dallas. Espero que sepan ustedes pronunciarlo bien.

Lo repitieron poniendo el acento en la última sílaba, y los niños se rieron cuando yo los corregí.

—¿Es un nombre inglés corriente? —preguntó Jacques.

—¿Como Jean-Pierre e Yves en Francia? —añadió Yves.

—Nada de eso. Se trata de un nombre completamente original, pero existe una razón para ello.

Mi padre se llamaba Daniel y mi madre Alice. Antes de nacer yo, él quería una niña y ella un niño. Les hubieran puesto sus nombres respectivos. Al venir yo al mundo, mezclaron los dos inventando el de Dallas.

Aquello encantó a la chiquillería, que empezó a divertirse fundiendo nombres diversos para ver cuál era el más bonito.

Inmediatamente empezamos a tratarnos de tú, y fue extraordinario observar cómo se salvaban todas las formalidades.

Jean-Pierre volvió a sentarse, con su corona en la cabeza, como un monarca benévolo, aunque de vez en cuando creía observar en él ciertas trazas de arrogancia que me recordaban al conde.

Al ver que lo observaba, se echó a reír y dijo:

—Creo que le hace a usted mucho bien tomar parte en nuestros juegos, Dallas.

Y por alguna absurda razón me alivió notar que consideraba todo aquello como un pasatiempo festivo.

\*\*\*\*\*

Cuando acudió la criada de los Bastide para cerrar los postigos, me di cuenta de con cuánta rapidez había pasado el tiempo. La tarde había sido encantadora; estuvimos jugando a varias cosas, haciendo payasadas y adivinando acertijos bajo la dirección de Jean-Pierre. Incluso bailamos, porque Armand Bastide contribuyó a la alegría general tocando un rato el violín.

Mientras me enseñaba a bailar la Sautière Charentaise, Margot me confió que sólo había otra época del año comparable a la Navidad, y era la vendimia; pero, a su modo de ver, no resultaba tan simpática por no existir regalos, ni árbol de Navidad ni rey de la fiesta.

—En realidad, la vendimia es para los mayores —añadió Yves sensatamente—. Mientras que la Navidad es nuestra.

Me encantó ver a Geneviève dejarse arrebatar de aquel modo por los juegos. Sin duda deseaba que la tarde se prolongara indefinidamente, pero yo sabía que era preciso regresar al castillo. Nuestra ausencia debía haber sido ya notada, y no estaba segura de la reacción que ello pudiera provocar.

Dije a madame Bastide que, aunque lo sentía mucho, teníamos que partir, y ella me señaló a Jean-Pierre.

—¿Mis súbditos quieren hablar conmigo? —preguntó el joven, mientras sus cálidas pupilas castañas se fijaban en mí y luego en Geneviève.

—Sí. Tenemos que marcharnos —expliqué—. Nos escabulliremos sin hacer ruido, y así no lo notará nadie.

—¡Imposible! Todos se sentirán desolados. Debo ejercer mis prerrogativas reales...

—Tenemos que marcharnos ahora mismo. Y lamento llevarme a Geneviève, porque verdaderamente lo está pasando muy bien.

—Las acompaño al castillo.

—¡Oh! No es necesario...

—Sí es necesario, porque está anocheciendo. Ya sabe que soy el rey. —Su mirada se volvió un poco melancólica—. Y aunque sólo sea por un día, debo sacar el máximo partido a mi pasajero poder.

Durante el camino de regreso guardamos un silencio casi total. Al llegar al puente levadizo, Jean-Pierre se detuvo y dijo:

—Bueno; ya están sanas y salvas en su casa.

Tomó mi mano y la de Geneviève y las besó, reteniéndolas unos momentos. Luego, ante mi sorpresa, me atrajo hacia sí y me besó en la mejilla, haciendo lo propio con Geneviève.

Las dos nos quedamos de una pieza, mientras él sonreía.

—Un soberano nunca hace las cosas mal —nos recordó—. Mañana seré otra vez Jean-Pierre Bastide; pero hoy soy el dueño de mi pequeño castillo.

Me reí, y tomando a Geneviève por el brazo, dije:

—Bueno, muchas gracias y buenas tardes.

Se inclinó, y nosotros atravesamos el puente, entrando en el castillo.

Nounou nos esperaba algo intranquila.

—Monsieur le Comte entró en el cuarto de estudios y preguntó dónde os hallabais; así es que tuve que decírselo.

—Naturalmente —repuse, mientras mi corazón empezaba a latir apresuradamente.

—Como no estabais aquí para la comida...

—Bueno, no es preciso guardar ningún secreto —repliqué.

—Quiere veros en cuanto regrese.

—¿A las dos? —preguntó Geneviève, y observé que no era ya la alegre muchachita que tomaba parte en los juegos de los Bastide.

—No, sólo a la señorita Lawson. Estará en la biblioteca hasta las seis. Tiene el tiempo justo.

—Voy en seguida —dije. Y me alejé, dejando juntas a Nounou y Geneviève.

El conde estaba en la biblioteca leyendo, y cuando entré dejó el libro casi desganadamente.

—¿Quería verme? —le pregunté.

—Por favor, siéntese, señorita Lawson.

—Quiero agradecerle el regalo de la miniatura. Es exquisita.

Inclinó la cabeza.

—Estaba seguro de que lo apreciaría. Desde luego no habrá reconocido a la persona retratada.

—Sí. El parecido es exacto. Creo que es usted demasiado generoso conmigo.

—¿Es que alguien puede ser demasiado generoso alguna vez?

—Y muy amable al poner los regalos en los zapatos.

—Me hizo comprender mi obligación —respondió sonriendo y contemplándose las manos—.

¿Lo han pasado bien?

—Sí —dije—. Estuvimos en casa de los Bastide. Me pareció adecuado que Geneviève disfrutara con el trato de gente joven —expliqué desafiadora.

—Estoy convencido.

—Se divirtió mucho con los juegos... y con las solemnidades navideñas... con la simplicidad de todo ello. Espero que no lo desaprobe.

Se encogió de hombros y extendió las manos en un gesto que podía significar infinidad de cosas.

—Geneviève cenará con nosotros esta noche —dijo.

—Estoy convencida de que también a ella le gustará mucho.

—Lo más probable es que no estemos a la altura de la bonhomie ni de la camaraderie de que han disfrutado antes, pero quisiera que asistiera usted también... si así lo desea, mademoiselle Lawson.

—Gracias.

Movió la cabeza para indicar que la entrevista había terminado. Me levanté y me siguió hasta la puerta, que abrió para que yo la traspusiera.

—A Geneviève le ha gustado mucho su regalo —le expliqué—. ¡Hubiera tenido que verle la cara cuando abrió el paquete!

Sonrí, y aquello me hizo sentir muy satisfecha. Había esperado una reprimenda, y en vez de ello recibía una invitación.

Sí. Era una Navidad maravillosa.

\*\*\*\*\*

Aquella sería mi primera oportunidad para lucir el vestido nuevo. Mientras me lo ponía me sentía excitada y expectante, como si el llevar un atavío de fiesta escogido por él me convirtiera en una mujer diferente. Pero probablemente me equivocaba en una cosa: él no lo había elegido, sino simplemente pedido a una firma de París que enviara un vestido para la misma persona a quien pertenecía el de terciopelo negro. El color verde me favorecía extraordinariamente. Mis pupilas tenían un color más intenso y mi pelo había adoptado un tono castaño brillante. Casi me creí atractiva. Cuando bajaba la escalera me encontré de pronto cara a cara con mademoiselle de la Monelle. Estaba encantadora, con un vestido de chiffon lavanda, adornado con lazos de seda verde. Llevaba el pelo rubio peinado en rizos, sostenidos con un clip de perlas. Algunos mechones sedosos le caían alrededor del largo y esbelto cuello. Me miró un poco extrañada, cual si intentara recordar si nos habíamos visto antes. Imaginé que mi aspecto era muy distinto al que tenía con el traje de montar.

—Me llamo Dallas Lawson —dije—, y estoy restaurando pinturas en este castillo.

—¿Cenará con nosotros? —preguntó. Y en su voz había un tono de fría sorpresa que consideré ofensivo.

—El conde me ha invitado —repliqué, también fríamente.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

Su mirada recorría los detalles de mi vestido cual si calculara su coste, sorprendiéndose tanto como por la invitación del conde.

Se volvió y empezó a andar, cual si considerase que, aunque el conde fuera tan excéntrico como para invitarme, ella no estaba dispuesta a concederme familiaridad alguna.

Los invitados estaban reunidos en una de las habitaciones pequeñas, contigua al salón de banquetes. Cuando entré, el conde estaba charlando con mademoiselle de la Monelle, y no se dio cuenta de mi presencia. Pero Philippe se dirigió hacia mí, consciente de que estaba un poco

desplazada y deseoso de ayudarme. Otro ejemplo de su amabilidad.

—¿Puedo decirle que está usted muy elegante?

—Gracias —repuse—. Quisiera preguntarle si mademoiselle de la Monelle pertenece a la familia cuya colección de pinturas mencionó usted.

—Pues... ejem..., sí. También su padre se encuentra aquí esta noche. Pero, por favor, no mencione nada de esto ante mi primo.

—Desde luego. De todos modos me parece que no voy a abandonar este castillo para irme a casa de los Monelle.

—Quizá piense así ahora; pero más adelante...

—Lo recordaré, si llega el caso.

Geneviève se acercó a nosotros. Iba vestida de seda rosa y tenía un aspecto triste. Se hacía difícil relacionarla con la jovencita que poco antes coronara al rey de la fiesta en casa de los Bastide.

En aquel momento anunciaron que la cena estaba servida, y pasamos a la sala de banquetes, donde la resplandeciente mesa quedaba iluminada por candelabros colocados a intervalos. Me sentaron junto a un caballero anciano, interesado por la pintura, con el que conversé sobre este tema. Quizá me habían puesto allí para que lo distrajera.

Se sirvió pavo con castañas y trufas, pero no me gustó tanto como lo que había comido en casa de los Bastide, quizá porque sentía demasiado cerca la presencia de mademoiselle de la Monelle, sentada junto al conde, quien parecía absorto en animada conversación sostenida con ella.

¡Qué tontería considerarme atractiva porque llevaba un vestido bonito! Y mucho más estúpido aún resultaba imaginar que quien había conocido tantas mujeres encantadoras pudiera fijarse en mí, cuando estaba acompañado de aquella belleza. De pronto le escuché pronunciar mi nombre.

—Mademoiselle Lawson tendrá respuesta para ello —dijo.

Levanté la mirada y me encontré con la suya. Pero no supe si estaba disgustado o simplemente divertido con mi actitud.

Temí que, en el fondo, hubiese desaprobado mi estancia y la de su hija en casa de los colonos para tomar parte en la comida navideña y que deseara tenerme a la expectativa de los resultados.

Mademoiselle de la Monelle también me miraba. Sus ojos eran azules, de expresión calculadora. Estaba irritada porque por segunda vez durante el día se veía obligada a centrar su atención en mí.

—Sí, mademoiselle Lawson —continuó el conde—. Anoche estuvimos contemplando la pintura y debo decir que su trabajo sobre mi antecesora mereció nuestra total aprobación. Durante muchos años esa dama ha vivido bajo una nube, pero ahora ha emergido de ella igual que sus esmeraldas. Y precisamente son esas esmeraldas...

—El interés sobre las mismas se ve reactivado de vez en cuando —comentó Philippe.

—Mademoiselle Lawson —continuó el conde—. Es usted la autora de tal renacimiento. —Y al decir eso me miraba con exasperante ironía.

—¿Acaso no lo deseaba? —le pregunté.

—¡Quién sabe!

—Tal vez esta renovación del interés sobre las joyas dé como resultado su descubrimiento definitivo. Anoche, cuando examinábamos las pinturas, alguien sugirió emprender una caza del tesoro, y la idea cundió en seguida. Vamos a organizarla, y usted tomará parte en ella.

Mademoiselle de la Monelle le puso una mano sobre el brazo.

—Será horrible andar de acá para allá por este lugar... sola.

Alguien indicó que dudaba de que se le permitiera semejante imprudencia, lo que provocó risas a las que se unió el conde, el cual volvió a mirarme con expresión socarrona.

—Será una caza del tesoro, pero en broma —advirtió—. Más tarde la pondré al corriente de todo. Empezaremos pronto porque no sabemos cuánto tiempo va a durar. Gautier ha estado toda la mañana preparando las claves.

Una hora más tarde empecé la caza del tesoro. Se habían escrito las claves en pedazos de papel que se ocultaron en lugares distintos del castillo. Se nos entregó a cada uno la primera, que era preciso desentrañar a fin de encontrar la segunda y así sucesivamente hasta llegar a la clave final, cuyo descubridor sería declarado vencedor de la prueba.

Algunos invitados partieron en parejas. No vi ni al conde, ni a Philippe, ni a Geneviève. Me parecía encontrarme en un lugar poblado de seres extraños. Nadie se acercó a mí. Quizá se preguntaran por qué una empleada a sueldo del conde había sido invitada a la fiesta. De haber vivido en Francia, me habría ido a mi casa para pasar las Navidades en familia. Pero el hecho de encontrarme allí quizá me señalara como a una persona sin lugar adonde dirigirse.

Vi a un joven y a una muchacha desaparecer cogidos de la mano, y se me ocurrió que el objeto del juego no consistía sólo en solucionar enigmas sino en ofrecer oportunidades para el galanteo.

Volví mi atención a la clave y leí: «Rinda homenaje y beba si tiene sed».

Tras unos segundos de reflexión me pareció haber hallado su sentido. En los patios solía rendirse homenaje, y en el del castillo había un pozo.

Atravesé la galería en dirección al patio, y en el brocal del pozo encontré una amplia piedra bajo la que estaban otros papeles. Elegí uno de ellos y su clave me llevó a la cima de una torre. El castillo estaba iluminado de manera especial para la fiesta, y en las paredes ardían velas colocadas en grupos de tres.

Luego de haber descubierto aquellas claves, empecé a sentirme excitada por el juego, y me encontré participando en él con gran animación, porque hay algo fascinador en la caza de un tesoro, aunque sea en broma, especialmente cuando se lleva a cabo en un antiguo castillo. Por otra parte, aunque sólo fuera un juego, sugería cazas mucho más trascendentales. ¡Cómo debieron afanarse algunas personas cuando intentaron descubrir las esmeraldas!

La sexta clave me llevó a las mazmorras, donde ya había estado una vez con Geneviève. La escalera estaba iluminada y no creía equivocarme al imaginar que encontraría mi objetivo allí.

Bajé los estrechos peldaños sujetándome a una cuerda tendida a lo largo de la pared, y me encontré en los calabozos. Pero el tesoro no podía estar allí, porque no había luz, y a Lothair no se le hubiera ocurrido nunca poner la clave final en un lugar tan tenebroso.

Estaba a punto de volver sobre mis pasos, cuando oí voces arriba.

—Pero, Lothair... querido.

Me oculté en la oscuridad, aunque no era necesario, porque los que hablaban no descendían la escalera.

Escuché la voz del conde expresándose en un tono cálido y amoroso que yo no conocía.

—Yo me contentaría con tenerte aquí... para siempre.

—¿Has pensado en lo que representaría para mí vivir bajo este mismo techo?

No debí haberme quedado donde estaba, pero no lograba decidirme a hacer otra cosa. Subir la

escalera y enfrentarme a ellos nos hubiera puesto en una situación sumamente embarazosa. Quizá se retirasen sin saber que había oído sus palabras. Mademoiselle de la Monelle hablaba con el conde como si fuera su amante.

—Querida Claudia, así te sentirás mucho más feliz.

—¿Por qué no has de ser tú en vez de Philippe?

—Nunca te sentirías segura.

—¿No irás a imaginar que te crea capaz de asesinarme?

—No me comprendes. Se reanuda el escándalo. Y no sabes lo desagradable que llegaría a ser.

Una lacra que lo destruiría todo. He jurado no volverme a casar.

—Entonces, ¿quieres que participe en esa farsa con Philippe...?

—Será mejor para todos. Y ahora, más vale que regresemos. Pero no juntos...

—Lothair... un momento.

Se produjo un breve silencio, durante el cual imaginé su abrazo. Luego escuché rumor de pasos alejándose, y me sentí desoladamente sola en las tinieblas.

Volví a subir la escalera sin acordarme de las claves. El conde y mademoiselle de la Monelle eran amantes o al menos estaban enamorados, pero él no accedía a tomarla por esposa. Un hombre sospechoso de haber asesinado a su primera cónyuge despertaría sospechas, caso de casarse por segunda vez. La situación podía volverse delicada y sólo una mujer de carácter muy fuerte y ardientemente enamorada hubiera podido soportarla. Mademoiselle de la Monelle no encajaba en semejante categoría. Quizá él también lo supiera porque era muy astuto, y a mi juicio su cabeza dominaba siempre sobre su corazón. Si mi inferencia era correcta, el conde había trazado un plan según el cual la joven se casaría con Philippe y de este modo podría permanecer en el castillo. Era una estrategia cínica, pero muy acorde con su carácter, según reflexioné amargamente.

En todas las épocas los reyes han encontrado maridos complacientes con los que casar a sus amantes cuando no podían o no querían hacerlas sus esposas.

Me sentí disgustada y deseé no haber entrado nunca en aquel castillo. Si pudiera seguir la senda que me marcaba Philippe y trasladarme al hogar de los Monelle... Pero ¿sería la solución adecuada? Sólo había un medio para escapar, y era volver a Inglaterra. Estuve debatiendo la idea, aunque a sabiendas de que nunca la aceptaría, a menos que me obligaran a ello. Sin embargo, ¿qué me importaban a mí los turbios manejos amorosos de un conde francés disoluto?

Para demostrar mi indiferencia, volví a leer la clave. No llevaba exactamente a los calabozos, sino a la sala de armas, donde estaba la *oubliette*. Confié en no tener que bajar la escalera de cuerda. No era probable que Gautier hubiera puesto allá la nueva indicación. Acerté en mi supuesto, porque hallé lo que buscaba sobre el alféizar de la ventana. El papel decía que era preciso volver a la sala de banquetes porque allí daba fin mi caza del tesoro.

Cuando llegué encontré a Gautier sentado a la mesa, bebiendo un vaso de vino. Al verme se puso en pie exclamando:

—¡No me diga que ha encontrado el tesoro, mademoiselle Lawson!

Contesté que sí, y le entregué los papeles.

—Pues entonces es usted la primera en lograrlo —indicó.

—Quizá los otros no se hayan esforzado en exceso —comenté acordándome del conde y de mademoiselle de la Monelle.

—Todo cuanto le queda por hacer es pasar al gabinete y recoger el tesoro.

Así lo hice y junto al cajón que me indicaba la clave hallé una caja de cartón.

—La entrega se hará con la adecuada ceremonia —dijo Gautier.

Tomó una campana y empezó a hacerla sonar.

Era la señal de que el tesoro había sido descubierto y de que todos debían volver al salón.

Los invitados tardaron algún tiempo en reunirse. Noté que algunos estaban sonrojados y con las ropas un poco en desorden. Sin embargo, el conde llegó con aspecto tan frío como siempre. Iba solo y noté que mademoiselle de la Monelle acompañaba a Philippe.

Al saber que yo era la vencedora, el conde sonrió y dijo que aquello le divertía sobremanera.

—Debo hacer notar —comentó Philippe con amable sonrisa— que mademoiselle Lawson ha tenido ventajas sobre todos los demás, porque es experta en viejas mansiones.

—¡Aquí está el tesoro! —dijo el conde abriendo la caja que contenía un broche: una piedra verde sobre una fina barrita de oro.

Una de las señoras exclamó:

—¡Parece una esmeralda!

—Todas las cazas del tesoro que se organizan en este castillo tienen por objeto encontrar esmeraldas. ¿No lo sabía usted? —preguntó el conde.

Tomó la joya y dijo:

—Permitame, mademoiselle Lawson. —Y la prendió sobre mi vestido.

—Gracias... —murmuré.

—No me las dé a mí, sino a su perspicacia. Ninguno de nosotros ha encontrado más de tres claves.

Alguien comentó:

—De haber sabido que se trataba de una esmeralda, nos hubiéramos esforzado más. ¿Por qué no nos lo ha dicho, Lothair?

Unos cuantos se acercaron a admirar la joya, y entre ellos Claude de la Monelle. Noté su indignación cuando sus blancos dedos la tocaron ligeramente.

—Es una esmeralda auténtica —murmuró. Y conforme se volvía la oí añadir—: Mademoiselle Lawson es una mujer muy lista.

—¡Oh, no! —repliqué con presteza—. Lo he conseguido simplemente porque jugué con interés.

Se volvió, y por un instante nuestras miradas se cruzaron. Luego se echó a reír y se acercó al conde.

Aparecieron unos músicos que tomaron asiento sobre un estrado. Philippe y mademoiselle de la Monelle iniciaron el baile. Otros les siguieron pero nadie se acercó a mí, y de pronto me sentí tan desconsolada que mi único deseo fue el de escabullirme, y así lo hice en cuanto pude, dirigiéndome a mi habitación. Me quité el broche y lo miré. Luego tomé la miniatura y me acordé del momento en que había deshecho el envoltorio comprobando quién era el donante. ¡Qué feliz me sentí entonces, comparándolo al momento en que el conde me puso el broche con la esmeralda! Cuando mi mirada se fijaba en aquellas manos blancas, adornadas con el sello de jade, las imaginé acariciando a mademoiselle de la Monelle mientras planeaban que ésta se casara con Philippe porque él, Lothair, conde de la Talle, no quería contraer segundas nupcias.

No me cabía duda de que se consideraba un rey en su castillo. Mandaba y los demás obedecían.

Por cínicas que fueran las órdenes que daba a sus súbditos, éstos debían acatarlas.

¿Cómo era posible excusar el comportamiento de un hombre así?

La fiesta navideña había resultado encantadora... hasta el momento en que escuché la conversación en la escalera.

Me desnudé pensativa y me tendí en la cama, escuchando la música que sonaba a lo lejos. Seguramente estaban bailando y nadie se daría cuenta de mi desaparición. ¡Qué tonta había sido al acariciar aquellos sueños con los que quise engañarme a mí misma al pretender que resultaba importante para el conde! Lo sucedido me acababa de demostrar la extravagancia de tales ideas. Yo no pertenecía a aquel ambiente. Nunca hasta entonces hubiera creído que había en el mundo hombres como el conde de la Talle. Pero ahora empezaba a darme cuenta de mi error. Había aprendido mucho en el curso de aquella velada.

Debía mostrarme razonable, prudente. Traté de no pensar en el conde ni en su amante y de pronto acudió a mi imaginación la imagen de Jean-Pierre con su corona en la cabeza; su corona de rey por un día.

Evoqué su expresión complacida y el gozo que experimentó al asumir su momentáneo poder. Y me dije que todo hombre es rey en su propio castillo.

Con esto me quedé dormida, pero mis sueños se vieron conturbados por la presencia de una inmensa sombra que parecía gravitar sobre mí y que significaba la incertidumbre de mi futuro. Me cubrí los ojos rehusando admitir su presencia.

## Capítulo 7

**E**l día de Año Nuevo, Geneviève me dijo que pensaba ir a caballo a Maison Carrefour para visitar a su abuelo, y que quería que la acompañase.

Considerando que sería interesante volver a ver la vieja mansión, acepté complacida.

—Cuando vivía mi madre —explicó Geneviève— siempre íbamos a ver a mi abuelo el día de Año Nuevo. Todos los niños de Francia lo hacen.

—Me parece una costumbre muy bonita.

—Se obsequia a los niños con pasteles y chocolate, mientras los mayores comen galletas. Luego los niños tocan el piano o el violín, demostrando sus progresos, y a veces recitan.

—¿Lo harás tú también?

—Creo que me harán reparar el catecismo. A mi abuelo le gustan más las oraciones que el piano o el violín.

Me pregunté cuál sería su reacción ante las visitas a la extraña casa, y no pude impedir preguntarle sobre ello.

—¿Te gusta visitar a tu abuelo?

Frunció el ceño y pareció desconcertada.

—No lo sé. De pronto quiero ir y luego... cuando estoy allí, me siento como si no pudiera soportarlo. Me entran ganas de echar a correr y de no volver nunca. Mi madre solía hablar tanto de la casa, que a veces me parece haber vivido en ella. La verdad es que no sé si tengo o no tengo ganas de ir.

Cuando llegamos, Maurice nos franqueó la entrada y nos condujo ante el anciano, que parecía aún más débil y achacoso que la primera vez que le vi.

—¿Sabes qué día es hoy, abuelo? —le preguntó Geneviève.

Al no obtener contestación, acercó sus labios al oído del viejo, y casi gritó:

—¡Año Nuevo! Por eso he venido. Me acompaña la señorita Lawson.

Al oír mi nombre hizo una señal de asentimiento.

—Me alegro de verla. Perdone que no me levante...

Nos sentamos frente a él. Había cambiado mucho. Sus ojos carecían de serenidad. Semejaban los de un hombre perdido que intenta abrirse camino a través de la selva. Me dije que, en realidad, no hacía otra cosa que andar en pos de sus recuerdos.

—¿Toco la campana? —Preguntó Geneviève—. Tenemos hambre. Me gustaría comer pasteles y chocolate, y estoy segura de que mademoiselle Lawson tiene sed.

Al no obtener respuesta, tocó la campana, apareció Maurice, y Geneviève le pidió lo que deseaba.

—Me parece que el abuelo no se encuentra muy bien —dijo Maurice—. Tiene días muy malos, mademoiselle Geneviève.

—No creo que se haya dado cuenta de qué fiesta celebramos —dijo Geneviève suspirando y sentándose—. Abuelo —continuó—, la pasada Nochebuena jugamos a la caza de tesoros, y mademoiselle Lawson ganó el premio.

—El único tesoro es el cielo —comentó el anciano.

—¡Oh, sí! Pero mientras lo esperas, también es agradable encontrar la felicidad en la tierra.

La miró asombrado.

—¿Has dicho tus oraciones?

—Sí, cada mañana y cada noche.

—No basta. Los niños debéis rezar mucho más que los mayores. Necesitáis ayuda. Nacisteis en el pecado...

—Sí, abuelo. Sé que todos nacemos en el pecado, pero ya te he dicho que recité mis oraciones. Nounou me obliga a ello.

—¡Ah! La buena Nounou. Sé siempre amable con ella. Es una excelente mujer.

—Nunca permite que olvide mis rezos.

Maurice volvió con vino, pasteles y chocolate.

—Gracias, Maurice —dijo Geneviève—. Yo lo serviré. Abuelo —continuó—. El día de Navidad, mademoiselle Lawson y yo fuimos a una fiesta. Tenían un belén y un pastel con una corona dentro. Me hubiera gustado que tuvieras muchos hijos e hijas, porque sus descendientes hubieran sido primos míos. Y todos estarían hoy aquí y comeríamos pastel con una corona dentro.

Pero no le hacía caso. Había vuelto su mirada hacia mí. Intenté entablar conversación, pero tenía fijo en la mente el recuerdo de aquella habitación como una celda, y del cofre con el látigo y el sayal de estameña.

Resultaba evidente que aquel hombre era un fanático de sus ideas. Pero ¿por qué motivo? ¿Qué clase de vida debió llevar Françoise allí? ¿Por qué murió cuando él sufrió su ataque? ¿Acaso no pudo soportar la idea de seguir viviendo si desaparecía aquel ser de mirada extraviada y aspecto cadavérico en una casa tan triste, con su celda y su baúl, mientras ella, casada con el conde, tenía por morada el castillo?

Pensé que no todo el mundo puede poseer la dicha de vivir una existencia tan maravillosa como la suya.

Pero en seguida puse orden a mis ideas. ¿Por qué había pensado semejante cosa? ¿Una existencia feliz... cuando quien la ha sufrido, sí, sufrido era la palabra exacta... acabó quitándose la vida?

Lo que se había iniciado como simple curiosidad se estaba convirtiendo en ferviente deseo. Sin embargo, me apresuré a pensar que no había nada de extraño en aquella actitud mental. El apasionarme por los asuntos ajenos era cosa corriente en mí. Siempre sentí curiosidad por saber lo que pasaba en la mente del prójimo, del mismo modo que me importaba averiguar por qué un pintor había utilizado tal o cual modelo, por qué lo retrató en aquella postura, qué le impulsó a semejante interpretación, uso del color y estilo.

El viejo no apartaba la mirada de mí.

—No la veo muy bien —dijo—. ¿Por qué no se acerca un poco?

Corrí la silla hacia él.

—Fue un error —murmuró—. Un grave error.

Estaba hablando para sí y yo miré a Geneviève, que se ocupaba en escoger un pedazo de chocolate del plato traído por Maurice.

—Françoise no debe saberlo —dijo.

Me di cuenta de que su mente divagaba, y de que tuve razón cuando lo imaginé más enfermo que en mi última visita. Me miró fijamente.

—Hoy tiene usted buen aspecto. Sí. Muy bueno.

—Gracias. En efecto, me siento perfectamente.

Continuó hablando.

—Fue un error. Ha sido mi cruz y no tuve fuerza suficiente para llevarla.

Guardé silencio, preguntándome si no sería mejor llamar a Maurice.

El anciano no apartaba la mirada de mí y se hacía atrás en la silla, como si me tuviera miedo. Al moverse, la manta resbaló y yo volví a ponérsela sobre las rodillas. Tuvo un gesto de pavor, a la vez que gritaba:

—¡Aparta! ¡Déjame! ¡Ya sabes en qué consiste mi desgracia, Honorine!

—Llama a Maurice —dije a Geneviève.

La joven salió corriendo de la habitación. El viejo me había agarrado por la muñeca y me clavaba las uñas en la piel.

—Tú no tienes la culpa —continuó—. Me hiciste cometer el pecado. Y ahora me lo llevaré a la tumba... ¿Por qué yo...? ¡Oh! ¡Qué tragedia...! Françoise... la pequeña Françoise. ¡Aléjate! No te acerques a mí, Honorine. ¿Por qué me tientas?

Maurice entró apresuradamente, y tomando la manta envolvió en ella al viejo, al tiempo que nos decía por encima del hombro:

—Salgan. Será mejor.

Geneviève y yo obedecemos mientras Maurice tomaba el crucifijo que pendía del cuello del anciano y se lo colocaba entre las manos.

—Ha sido espantoso —murmuré.

—¿Se ha asustado, señorita? —preguntó Geneviève afablemente.

—Creo que su mente se hallaba muy lejos de aquí.

—Le ocurre con frecuencia. El pobre es ya muy viejo.

—No debíamos haber venido.

—Eso es lo que dice papá.

—¿Te lo tiene prohibido?

—No, exactamente, porque nunca sabe cuándo voy a venir; pero si lo supiera seguro que me lo prohibiría.

—¿Por qué?

—El abuelo era padre de mi madre, y a papá no le gusta por dicho motivo. Como usted sabe, tampoco le gustaba mi madre.

Mientras regresábamos al castillo dije a Geneviève:

—Tu abuelo me ha confundido con otra persona. Un par de veces me llamó Honorine.

—Era la madre de mi madre.

—Parecía... tener miedo de ella.

Geneviève se quedó pensativa.

—Es raro que mi abuelo pueda tener miedo de alguien.

Me dije que las vidas de quienes habitaban el castillo estaban intrincadamente unidas de manera misteriosa con seres ya desaparecidos.

No pude resistir la tentación de relatar a Nounou lo ocurrido en Carrefour.

Movió la cabeza.

—Geneviève no debería ir allí —dijo—. Sería mucho mejor si se abstuviera.

—Me propuso hacer esa visita por ser costumbre ver a los abuelos el día de Año Nuevo.

—Esas costumbres son buenas en ciertas familias...

—En ésta no creo que se observen demasiado —comenté.

—¡Oh! Las costumbres son para los pobres. Les ayudan a sobrellevar su triste existencia.

—Pues yo creo que ricos y pobres deberían disfrutarlas por igual. No obstante hubiera preferido no ir allí. El abuelo de Geneviève estaba como loco y la visita no resultó agradable.

—Sería mejor que mademoiselle Geneviève esperase a que él la llamara, y no presentarse allí de improviso.

—Debió ser muy distinto cuando usted estaba... cuando Françoise era una niña.

—Ese hombre ha sido siempre muy severo, tanto consigo mismo como con los demás. Hubiera resultado preferible que ingresara en un convento.

—Quizá lo tuviera pensado. He visto el lugar parecido a una celda donde según parece dormía en otros tiempos.

Nounou volvió a asentir.

—Ciertos hombres no deberían casarse —comentó—. Françoise tampoco sabía lo que podía sucederle con su esposo. Traté de que lo tomase con calma...

—¿No sabía nada de esas cosas? —pregunté.

Me dirigió una incisiva mirada.

—Ese hombre no está hecho para ser padre. Quería gobernar la casa como si fuera un monasterio.

—¿Y su madre... Honorine?

Nounou volvió la cara.

—Estaba inválida.

—Pues entonces, la pobre Françoise no debió tener una infancia muy alegre que digamos con un padre parecido a un monje y una madre inválida.

—Pues a mí sí me parecía feliz.

—Quizá se consolaba con sus lecciones y sus clases de piano... Escribe sobre ello como si realmente disfrutara. ¿Cuando su madre murió...?

—Sí, ¿qué? —preguntó Nounou bruscamente.

—¿Se sintió muy desgraciada?

Nounou se levantó y fue a sacar del cajón otra de aquellas libretitas que yo ya conocía.

—Lea esto —dijo.

La abrí. En ella decía haber dado un paseo y tomado su lección de música. Luego estuvo bordando un paño de altar y a continuación dio clase con su institutriz. Una vida ordenada y sencilla sin acontecimientos destacables.

De pronto di con esta anotación:

*Por la mañana, cuando dábamos Historia, papá vino al cuarto de estudios. Parecía muy triste y dijo: «Tengo algo que comunicarte, Françoise. Ya no tienes mamá». Sentí ganas de llorar pero no pude. ¡Papá me miraba de manera tan triste y severa! «Tu madre ha estado*

*enferma mucho tiempo y nunca hubiera podido recuperarse. Es la respuesta de Dios a nuestras plegarias». «Yo no he rogado que mamá muriera», contesté, a lo que replicó que los caminos de Dios son misteriosos. Habíamos rezado por mi madre y aquella solución era la más adecuada. «Ahora ya no padece», dijo. Y salió del cuarto de estudios.*

*Papá ha estado sentado junto al lecho mortuario dos días y dos noches. Yo entré a presentar mis respetos a la difunta. Me arrodillé largo rato y lloré amargamente, pero no sólo porque había muerto mamá, sino porque en realidad me dolían las rodillas y no me gustaba aquel aposento. Papá no dejaba de rezar, y de pedir perdón por sus pecados. Sentí miedo, porque si es tan pecador, ¿qué decir del resto de nosotros que no rezamos ni la mitad que él?*

*Mamá ha sido puesta en el féretro vestida con su camisón de dormir. Papá dice que ahora descansa en paz. Todos los sirvientes pasaron a rendir su último homenaje. Papá sigue allí y no deja de rezar para ser perdonado.*

*Hoy se ha celebrado el entierro. Fue un espectáculo magnífico. Los caballos iban emplumados y con jaeces negros. Yo marchaba a la cabeza del cortejo con papá, llevando un velo negro que me cubría la cara y el nuevo vestido negro que Nounou me acabó, velando toda la noche. Al salir de la iglesia lloré y me quedé junto al catafalco mientras el padre contaba a todo el mundo que mamá había sido una santa. Es horrible que una persona tan buena haya desaparecido.*

*Ahora reina un gran silencio en la casa. Papá está en su celda, y sé que reza porque me acerqué a la puerta y lo oí. Pide ser perdonado y que su gran pecado desaparezca con él. Y que él solo sea el que sufra. Ruega a Dios no ser demasiado severo con mamá cuando llegue al cielo, e insiste en que el gran pecado fue culpa suya y no de ella.*

Terminé de leer y miré a Nounou.

—¿Qué gran pecado era ése? ¿Lo ha descubierto usted alguna vez?

—Para ese hombre incluso el reír era pecado.

—Entonces, ¿por qué se casó? Hubiera sido preferible que acabase su vida en un monasterio.

Nounou se limitó a encogerse de hombros.

\*\*\*\*\*

Al empezar el nuevo año, el conde fue a París, acompañado por Philippe. Yo progresaba con mi trabajo y tenía ya restauradas varias pinturas. Había sido una experiencia emocionante ver surgir la belleza original de las telas. Me daba gran placer contemplarlas, después de que sus resplandecientes colores fueron emergiendo poco a poco, tras librarlos de la suciedad acumulada sobre ellos en el curso de los años. Pero se trataba de algo más que de una vuelta a la belleza. Aquella tarea representaba mi

desquite.

No obstante, cada día me despertaba con la sensación de tener que abandonar el castillo. Era como si una voz interior me dijera: encuentra algún pretexto y aléjate de aquí. Pero nunca había disfrutado tanto con mi trabajo ni encontrado una mansión que me intrigara como *Château Gaillard*.

El mes de enero resultó extraordinariamente frío y hubo mucha actividad en las viñas por temerse que las heladas mataran el fruto. Geneviève y yo nos deteníamos con frecuencia durante los paseos a caballo o a pie para ver a los trabajadores. A veces íbamos a visitar a los Bastide, y en cierta ocasión Jean-Pierre nos llevó a las bodegas para enseñarnos los barriles donde el vino maduraba, y nos explicó el proceso por el que debía pasar, hasta alcanzar su plenitud.

Geneviève me dijo que aquellas bodegas le recordaban la *oubliette* del castillo, a lo que Jean-Pierre repuso que, en cambio, allí nadie quedaba olvidado. Nos mostró cómo entraba la luz por pequeñas aberturas que al propio tiempo regulaban la temperatura interior, y nos advirtió que nadie debía llevar plantas o flores porque el vino podía estropearse.

—¿Qué antigüedad tienen estas bodegas? —preguntó Geneviève.

—Están aquí desde que existe el vino... es decir, desde hace cientos de años.

—Es curioso —comentó Geneviève—. Mientras cuidaban su vino con esmero y se aseguraban de que la temperatura fuera exacta metían a la gente en las mazmorras, dejando que se helaran o se murieran de hambre.

—El vino era más importante para sus nobles antepasados que la suerte de sus enemigos.

—Durante todos esos años, fueron los Bastide quienes se ocuparon de preparar el vino —observó la joven.

—Sí; e incluso hubo un Bastide que tuvo el honor de ser enemigo de vuestros nobles antepasados. Sus huesos están en el castillo.

—¡Oh Jean-Pierre! ¿Dónde?

—En la *oubliette*. Se portó insolentemente con el conde de la Talle; éste lo llamó a su presencia y jamás volvieron a verlo. Imagínense. Probablemente el conde le diría: «¡Acércate, Bastide! ¿A qué viene todo el alboroto que estás armando?». El atrevido aldeano debió intentar alguna explicación, creyendo equivocadamente ser tan importante como sus amos. De pronto, monsieur le Comte mueve un poco el pie, se abre el suelo y se traga al insolente Bastide que va a parar adonde otros fueron antes que él, para helarse, o morirse de hambre... o de las heridas que se causara al caer. Pero ¿qué importa? Había dejado de ser un engorro para monsieur le Comte.

—Habla usted con resentimiento —manifesté sorprendida.

—¡Oh, no! Después vino la revolución y entonces les tocó actuar a los Bastide.

Pero no debía hablar en serio, porque casi inmediatamente se echó a reír.

\*\*\*\*\*

El tiempo cambió de repente, y las viñas dejaron de correr peligro grave, aunque según Jean-Pierre, las heladas primaverales también podían resultar peligrosas para la uva, por presentarse de manera repentina.

Fue una temporada sumamente agradable y pacífica, y durante la misma sucedieron algunos incidentes que recuerdo muy bien. Geneviève y yo solíamos salir juntas. Nuestra amistad crecía lenta

pero firmemente. Yo no hacía tentativa alguna para apresurarla, porque aunque me sentía unida a ella, había ocasiones en que seguía considerándola una muchacha extraña.

Tuvo razón cuando me habló de poseer dos personalidades. A veces me miraba casi con timidez; otras mostrábase ingenuamente afectuosa.

Pensaba siempre en el conde, y, cuando estaba ausente, me formaba una imagen de él que el sentido común me decía que no era cierta. Recordaba su tolerancia al otorgarme una oportunidad con la que probar mi destreza y su generosidad al reconocer que se había equivocado cuando dudó de mí, actitud que más tarde reafirmó al hacerme el obsequio de la miniatura. Tuvo también el gesto de poner regalos en los zapatos, lo que demostraba cierto deseo de hacer feliz a su hija. Estaba segura de que le había agradado otorgarme el premio de la esmeralda, porque deseaba que yo tuviera algún objeto de valor que atesorar en el futuro.

Me estremecí al pensar que no podía permanecer indefinidamente en el castillo, porque tras restaurar cierto número de cuadros mi empleo podía darse por cancelado. Sin embargo, en aquel placentero mundo de ensueño en que vivía iba cobrando consistencia la idea de que aún iba a quedarme mucho tiempo allí.

Para algunas personas es fácil dar por cierto aquello que desean. Yo nunca me había portado así hasta entonces, puesto que siempre preferí hacer frente a la realidad y dar pruebas de sentido común. La estancia en el castillo me había hecho cambiar. Y aunque parecza extraño, no sentía interés por indagar la causa.

El martes de Carnaval Geneviève estaba tan revoltosa como Yves y Margot. Esta última le enseñó a confeccionar flores de papel y antifaces. Me pareció bien que colaborase en dichas actividades y fuimos a la ciudad en uno de los pequeños coches de que disponían los Bastide. Protegidos por nuestras grotescas máscaras nos arrojábamos flores de papel unos a otros.

Estuvimos en la plaza cuando colgaron al Carnaval en un patíbulo, y llegamos incluso a bailar con la gente.

Cuando volvimos al castillo, Geneviève estaba extasiada.

—Había oído hablar con frecuencia del martes de Carnaval —comentó—, pero nunca creí que fuera tan divertido.

—Espero que a tu padre no le moleste el que hayamos estado en la fiesta —le dije.

—No es fácil —contestó con aire travieso—, porque no se lo pienso decir.

—Si lo pregunta, tendremos que informarle —objeté.

—No lo preguntará. No está interesado por nosotras, señorita.

Me pareció que sonaba en su voz cierto resentimiento.

Pero la indiferencia paterna la preocupaba menos que antes y en cuanto Nounou nunca hubiera expresado objeciones mientras yo acompañara a Geneviève. Parecía confiar en mí de un modo que yo consideraba adulator.

Además, Jean-Pierre también vino. En realidad, fue él quien sugirió aquella escapada. Le encantaban tales cosas, y a Geneviève le gustaba mucho su compañía. Durante la primera semana de Cuaresma, el conde y Philippe regresaron al castillo.

En seguida se extendió la noticia de que Philippe estaba prometido y de que iba a casarse con mademoiselle de la Monelle.

El conde vino a verme a la galería, donde yo estaba trabajando. Hacía una mañana hermosa y soleada, y ahora, cuando los días eran más largos, podía dedicar aún más tiempo a mis tareas restauradoras y el conde estudió las pinturas con placer.

—Excelente, mademoiselle Lawson —murmuró, mientras sus ojos se fijaban en mí con aquella expresión oscura que me dejaba siempre perpleja—. ¿A qué se dedica ahora? —preguntó.

Le expliqué que la pintura en la que trabajaba estaba muy maltrecha y que incluso le faltaban capas de color, que procedía a rellenar con yeso y que luego retocaría adecuadamente.

—Es usted verdaderamente toda una artista, mademoiselle Lawson.

—Sí... una artista fracasada. Como usted dijo cierta vez.

—Veo que no olvidó una observación tan poco halagüeña. Pero, por lo menos, ¿la ha perdonado usted?

—No hay que perdonar que nos digan la verdad.

—Es usted testaruda. Creo que la necesitamos tanto como a nuestras pinturas.

Había dado un paso hacia mí sin apartar su mirada de mi rostro. No sé si su expresión podía considerarse admirativa. Estaba segura de que mi aspecto no era precisamente atractivo. Mi chaqueta marrón nunca fue bonita. Mi pelo tenía la tendencia a escapar de las agujas, cosa de la que no me daba cuenta hasta que algo me obligaba a arreglarlo. Tenía las manos manchadas con los materiales que usaba. No; mi aspecto no podía interesarle en modo alguno.

Pensé que sus modales eran los de un tenorio, y dicha idea dio al traste con el placer que sentía en aquellos momentos.

—Usaré una pintura fácilmente soluble —dije—. Luego los colores se fijarán con resina sintética.

—¡Qué interesante! —exclamó.

—En efecto. Cuando estas pinturas fueron ejecutadas, los artistas prepararon sus propios colores. Sólo ellos conocían los secretos de aquellos ingredientes y cada uno tenía sus métodos. Los viejos maestros son únicos, y se hace difícil imitarlos.

Inclinó la cabeza.

—El retoque es una operación delicada —continué—. Y, naturalmente, un restaurador jamás debe poner en práctica ideas personales.

Parecía divertido, tal vez por comprender que con aquella charla pretendía ocultar mi turbación. De pronto dijo:

—Comprendo que un mal trabajo puede resultar desastroso. Es como intentar que una persona se vuelva como uno desea. Lo que hay que hacer es procurar que resalte lo bueno... y quede oculto lo malo.

—Yo sólo hablo de pinturas. Es el único tema al que puedo referirme con conocimiento de causa.

—Ese entusiasmo demuestra que es usted una experta. Y dígame, ¿qué tal se porta mi hija con el inglés?

—Realiza excelentes progresos.

—¿No le parece que enseñar a mi hija y ocuparse de las pinturas es un trabajo excesivo?

—Las dos cosas me gustan mucho —respondí sonriendo.

—Me alegro de que ello le proporcione tal placer. Creí que la vida en el campo le resultaría aburrida.

—¡Al contrario! Y debo agradecerle que me permita montar a caballo.

—¿También eso le gusta?

—Sí, mucho.

—El ambiente del castillo es ahora mucho más tranquilo que en otros tiempos —me explicó, mirando por encima de mí. Y añadió fríamente—: Después de fallecer mi esposa dejamos de dar fiestas. Y no hemos vuelto a recuperar las viejas costumbres. Probablemente será distinto cuando mi primo se case y su esposa se convierta en señora del castillo.

—O a menos que usted se case también —añadí impulsivamente.

Tuve la seguridad de que había amargura en su voz cuando repuso:

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

Me sentí culpable de falta de tacto y repliqué en defensa propia:

—Me parece natural que se case... cuando llegue el momento.

—Creí que conocía las circunstancias de la muerte de mi esposa, señorita Lawson.

—He oído algo —repliqué, sintiéndome como quien ha puesto un pie en arenas movedizas y debe procurar retirarlo antes de empezar a sumergirse.

—¡Ah! —exclamó—. ¿De modo que ha oído algo? Sí, ya sé que algunos me suponen el asesino de mi mujer.

—Estoy convencida de que semejantes habladurías no pueden afectarle.

—¿Se siente intrigada? —Preguntó, sonriente, provocándome otra vez—. Esto demuestra que no lo considera tan improbable, y que me cree capaz de los peores crímenes. Admítalo.

El corazón me había empezado a latir aceleradamente, produciéndome una sensación penosa.

—No bromeo —le dije.

—Eso es lo natural en un inglés, mademoiselle Lawson. Según ustedes, vale más no discutir las cosas desagradables. —Su mirada se había vuelto colérica—. Pues bien; no lo discutiremos. Así podrá continuar creyendo en la culpabilidad de la víctima.

Me había quedado estupefacta.

—Se equivoca usted —me apresuré a replicar. El conde había recobrado la calma con tanta rapidez como la perdió.

—Es admirable, mademoiselle Lawson. En su opinión, yo no debería volver a casarme nunca. Y, además, la sorprende que me ponga a discutir sobre ello con usted, ¿verdad?

—En efecto; debo admitirlo.

—Pero sabe escuchar con deferencia, aunque no en el sentido sentimental que se da a esta expresión. Demuestra calma, sentido común y franqueza, y dichas cualidades me han inducido a la indiscreción de debatir con usted mis asuntos particulares.

—No sé si agradecerle el cumplido o pedir perdón por lo que creo una insidia.

—Usted obra tal como dice, o casi. Basándose en ello, le voy a hacer una pregunta, miss Lawson. ¿Me dará una respuesta sincera?

—Lo intentaré.

—¿Cree que asesiné a mi esposa?

Me quedé estupefacta otra vez. Sus pesados párpados casi le ocultaban los ojos; pero noté que

me miraba intensamente, y durante unos segundos permanecí en silencio.

—¿Es eso todo? —me dijo.

—Todavía no he contestado —indiqué.

—Pretende ganar tiempo para darme una respuesta discreta, pero yo no pido discreción. Deseo la verdad.

—Ha pedido mi opinión, y debo expresarla.

—Bien, hágalo.

—Nunca creí ni por un momento que administrara usted a su esposa una dosis de veneno, pero...

—Pero...

—Quizá usted... la desengañó... no la hizo feliz... acaso su matrimonio no fuera dichoso... y a fin de no continuar de semejante modo, ella se quitó la vida.

Me miraba, frunciendo los labios en extraña sonrisa. Me pareció que se sentía profundamente desgraciado y me sobrecogió el incontenible deseo de aliviar su sufrimiento. Era absurdo, pero no podía obrar de otra manera. Bajo aquel exterior arrogante creía haber descubierto un poco de su verdadera personalidad.

Pareció haber leído mis pensamientos, porque su expresión se endureció.

—Ahora ya sabe usted por qué no quiero volver a casarme —dijo—. Me cree culpable indirecto y, siendo una joven tan lista, sin duda tiene razón.

—A su modo de ver soy una insensata, falta de tacto, *gauche*... es decir, todo aquello que aborrece.

—Me parece... estimulante, mademoiselle Lawson, y usted lo sabe. Tengo entendido que en su país suele decirse: «A perro con mala fama, vale más ahorcarlo». ¿Es así? —Asentí—. Pues bien, yo soy ese perro con mala fama. Se trata de una de las cosas más fáciles de conseguir. A cambio de la lección sobre restaurar pinturas que usted me ha dado, yo le ofrezco otra sobre historia familiar. En cuanto pase la Pascua, mi primo y yo nos iremos a París. No existe motivo por el que retrasar la boda de Philippe. Él y yo asistiremos al *dîner-contrat* en casa de la novia, y luego se celebrará la ceremonia. Pasada la luna de miel, y cuando estén de regreso al castillo, reinará aquí una atmósfera más animada.

¿Cómo podía hablar de estas cosas de un modo tan apacible? Cuando consideraba el papel que iba a representar en todo aquello, sentía cólera por verle comportarse así, y me recriminaba el haber olvidado sus defectos con tanta facilidad, aceptándolo todo con las condiciones que imponía bajo una luz distinta cada vez.

—En cuanto vuelva celebraremos un baile —continuó—. La nueva madame de la Talle lo tiene ya, probablemente, planeado. Dos noches después habrá otro baile para cuantos tienen alguna relación con el castillo... los trabajadores de la viña, los sirvientes, todo el mundo. Es una vieja costumbre, cuando se casa el heredero. Espero que asista usted a las dos fiestas.

—Me encantará asistir a la de los trabajadores. No estoy segura de si a madame de la Talle le agrada tenerme como invitada al baile de gala.

—Espero que sí, y si yo la invito, la atenderá con gusto. ¿No cree? Querida miss Lawson, yo soy el amo de esta casa, y sólo mi muerte puede alterar semejante estado de cosas.

—Estoy convencida —respondí—, pero vine aquí a trabajar y no estoy preparada para las grandes solemnidades.

—Sabrá adaptarse a ellas. Pero no quiero detenerla más. Observo que desea volver a su trabajo.

Cuando se hubo marchado, me quedé perpleja y excitada, sintiendo instintivamente que me hundía más y más en un terreno de arenas movedizas del que, conforme pasaban los días, era más difícil escapar. ¿Se habría dado cuenta? Aquella conversación, ¿constituía una advertencia?

\*\*\*\*\*

El conde y Philippe salieron hacia París el día después de Viernes Santo. El lunes me fui a ver a los Bastide, encontrando a Yves y a Margot que jugaban en el jardín. Me pidieron que me acercara para ver los huevos de Pascua que habían encontrado el domingo, tanto en la casa como en las instalaciones anexas. Su número era igual al del año pasado.

—Quizá usted no lo sepa, señorita —me explicó Margot—, pero las campanas se marchan a Roma a recibir la bendición, y por el camino dejan caer estos huevos para los niños.

Admití no estar enterada de ello.

—¿No tienen ustedes huevos de Pascua en Inglaterra? —preguntó Yves.

—Sí... Pero sólo como regalo.

—También aquí es un regalo —me respondió—. No es verdad que las campanas los suelten; pero nosotros los buscamos por la casa. ¿Le gustaría tener uno?

Contesté que me encantaría llevar uno a Geneviève, y que la complacería saber que me lo habían dado ellos.

El huevo fue cuidadosamente envuelto y me lo ofrecieron con gran solemnidad. Dije que quería ver a su abuela. Intercambiaron unas miradas, e Yves respondió:

—Se ha marchado...

—Con Gabrielle —añadió Margot.

—Entonces, la verá otro día. ¿Es que pasa algo?

Se encogieron de hombros aparentando ignorancia, y yo me despedí, continuando mi paseo.

El camino me llevó al río, y allí pude ver a Jeanne, la criada, que lavaba la ropa golpeándola con una pala de madera.

—Buenas tardes, Jeanne —le dije.

—Buenas tardes, señorita.

—He estado en la casa; pero madame Bastide no se encuentra allí.

—Ha ido a la ciudad.

—Es raro que esté ausente a estas horas del día.

Jeanne hizo una mueca mirando la pala.

—Espero que todo acabe bien, señorita.

—¿Existe algún motivo para creer lo contrario?

—Yo también tengo una hija.

Me sentí desconcertada. ¿Me habría entendido bien?

—¿Se refiere a la señorita Gabrielle...?

—La señora está muy preocupada y ha llevado a Gabrielle para que la vea el médico —extendió ambas manos—. Ruego a todos los santos que no le pase nada; pero cuando la sangre arde, señorita, suelen ocurrir cosas extrañas.

No pude imaginar lo que estaba insinuando, así es que comenté:

—Espero que mademoiselle Gabrielle no padezca ninguna enfermedad grave.

La dejé sonriendo para sí, como si admirara mi inocencia.

Sentía intranquilidad por los Bastide, y al regresar pasé de nuevo por la casa.

Madame Bastide había vuelto. Su rostro estaba alterado por la sorpresa y el dolor.

—Quizá mi visita no sea oportuna —dije—. A menos que pueda ayudarles en algo...

—No se vaya. Es un asunto que no podrá ser mantenido en secreto mucho tiempo... y estoy segura de que usted es discreta. Siéntese, Dallas.

Se dejó caer pesadamente en una silla, y reclinó el brazo sobre la mesa, cubriéndose la cara con la mano.

Aguardé, perpleja, y a los pocos minutos, probablemente después de haber pensado hasta qué punto podía mostrarse sincera, apartó la mano y exclamó:

—¡Y que esto haya ocurrido en nuestra familia!

—¿Se trata de Gabrielle? —pregunté.

Hizo una señal de asentimiento.

—¿Dónde está?

Movió la cabeza, señalando el techo.

—En su habitación. Es muy terca. No dirá una palabra.

—¿Se encuentra enferma?

—¿Enferma? ¡Y tan enferma! Hubiera imaginado cualquier cosa, menos esto.

—¿No se puede hacer nada?

—No hablará. No dirá quién ha sido. Jamás creí que pudiera suceder. No es de las que coquetean con cualquiera. ¡Siempre se mostró tan discreta y tranquila...!

—Quizá pueda encontrarse solución.

—Así lo espero. Me aterra pensar lo que dirá Jean-Pierre cuando lo sepa. ¡Es tan orgulloso! Se enfadará muchísimo.

—¡Pobre Gabrielle! —murmuré.

—Sí. ¡Pobre Gabrielle! —repetí—. Nunca lo hubiera creído. ¡Y ni una palabra hasta que me he enterado...! Vi que tenía miedo y adiviné el motivo. Últimamente se mostraba reservada, preocupada... no tomaba parte en las diversiones de los demás, y cuando esta mañana hacíamos la colada, se desmayó. Entonces me creí segura y hemos ido a ver al médico. Éste acaba de confirmar lo que temía.

—¿Ha rehusado revelar el nombre de su amante?

Madame Bastide asintió.

—Eso es lo que más me preocupa. Si fuera uno de los jóvenes... tendríamos el mismo disgusto que ahora, pero podría arreglarse. Al no decir nada, temo que...

—¿Por qué no lo declara? Podría intentarse un arreglo.

—Me gustaría saber la causa. Parece como si se tratara de alguien con quien no es posible arreglo alguno.

Le pregunté si me permitía hacer café, y respondió afirmativamente. Permanecía sentada a la mesa, mirando al vacío, y cuando hube preparado la infusión propuse llevar una taza a Gabrielle. Me dio su permiso y subí al piso de arriba. Al llamar a la puerta, Gabrielle respondió:

—No insistas, abuela.

Abrí la puerta y entré, llevando la taza de café humeante.

—¡Usted... Dallas!

—Te traigo esto. Pensé que te sentaría bien.

Estaba tendida y me miró tristemente.

Le apreté la mano. ¡Pobre Gabrielle! Su situación era la de otras muchas jóvenes para quienes semejante caso representa una tragedia terriblemente personal.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunté.

Movió la cabeza.

—No podemos casarnos, y...

Volvió la cabeza al otro lado, ocultándome el rostro.

—¿Está... está casado?

Apreté fuertemente los labios, rehusando contestar.

—Si no puede casarse contigo, no queda otro recurso que mostrarse valiente.

—¡Me odiarán todos! —exclamó—. La vida nunca volverá a ser igual.

—No es cierto —respondí—. Ahora están asombrados... ofendidos... pero se les pasará, y cuando llegue el niño, todos lo querrán mucho.

Me sonrió débilmente.

—A usted le gusta arreglar los problemas ajenos, Dallas. Pero en esto no podrá conseguir nada. El conflicto es mío, y sólo yo tendré que soportarlo.

—Te equivocas. Alguien puede ayudarte.

Pero continuó obstinada en no hablar.

Volví tristemente al castillo, recordando aquella feliz reunión del día de Navidad y pensando en cómo, de manera repentina, pueden cambiar las perspectivas familiares.

La felicidad es una cosa muy precaria.

\*\*\*\*\*

El conde no regresó al castillo inmediatamente después de la boda. Philippe y su esposa pasaban su luna de miel en Italia, y me pregunté si el conde habría encontrado alguien con quien divertirse luego de haber hecho su cínica entrega de Claude a Philippe.

Era la suposición más lógica.

No volvió hasta que Claude y Philippe estaban a punto de regresar, pero no hizo tentativa alguna para verme a solas. Me pregunté si habría intuido que yo desaprobaba su conducta. ¡Como si aquello le importase! Me estaba comportando de modo más presuntuoso aún que de costumbre.

Sentí decepción, porque esperaba hablar con él de nuevo, y al propio tiempo temor por lo que podía suceder en cuanto llegaran Philippe y su esposa. Estaba segura de la antipatía de Claude hacia mí y la imaginé como esa clase de mujeres que no pueden disimular sus sentimientos.

Pensé que quizá fuese mejor aprovechar la oferta de crecientes aprensiones, la idea de abandonar el castillo me resultaba deprimente.

La pareja regresó después de tres semanas de luna de miel. Y el mismo día tuve un encuentro con Claude, en el que descubrí hasta qué punto me odiaba.

Nos encontramos cuando volvía de mi trabajo.

—Creí que ya había acabado —me dijo—. Recuerdo que para Navidad la restauración de las pinturas estaba muy adelantada.

—Se trata de una tarea meticulosa —respondí—. Y esa colección llevaba mucho tiempo en completo abandono.

—Para una experta como usted, las dificultades han de ser escasas.

—Siempre hay dificultades, y se necesita mucha paciencia.

—Comprendo. Se somete a una concentración tan grande, que no puede trabajar mucho tiempo seguido, ¿verdad?

¿Insinuaba quizá que perdía el tiempo para prolongar mi estancia en el castillo?

—Puede usted estar segura, madame de la Talle —respondí con calor—, de que terminaré las pinturas lo antes posible.

Inclinó la cabeza.

—Es una lástima que no lo estén para las fiestas que ofrecemos a nuestros amigos. Espero que, como el resto de la servidumbre, asistirá al segundo baile.

Pasó ante mí sin darme tiempo a responder. Había indicado claramente que no esperaba verme en el baile de gala. Hubiera deseado responderle que el conde ya me había invitado, y añadir que aún seguía siendo el amo allí.

Fui a mi habitación y contemplé el vestido de terciopelo verde. ¿Por qué no asistir a la fiesta? Él me lo había pedido, y me esperaba. ¡Qué triunfo ser recibida por el conde ante el altivo rostro de la nueva madame de la Talle!

Pero la noche del baile cambié otra vez de idea. Él no había encontrado oportunidad para hablar conmigo.

¿Cómo, pues, pensar que iba a ponerse de mi lado y contra Claude?

Me acosté temprano. Desde la cama podía escuchar la música procedente del salón, mientras trataba de leer, aunque sin poder apartar de mi mente la brillante escena. En el estrado, los músicos tocaban bajo franjas de claveles que yo había visto arreglar por los jardineros. Veía también al conde iniciando el baile con la esposa de su primo. Me imaginé vestida con mi atavío verde y el broche de esmeraldas que ganara en la caza del tesoro. Empecé luego a pensar en las esmeraldas del retrato y a imaginarme que las lucía también, y que con ellas tenía un aspecto de condesa.

Dejé escapar una leve risa y tomé el libro otra vez, pero me era difícil concentrarme en la lectura. Pensé en las voces escuchadas en la escalera de los calabozos y me pregunté dónde estarían ahora el conde y su pareja. Se felicitarían por su astucia al convenir un matrimonio que los situaba tan cerca uno del otro, incluso bajo el mismo techo.

La situación era explosiva. ¿Cómo iba a terminar todo aquello? No me extrañaba que la vida del conde fuera un escándalo.

¿Habría obrado del mismo modo con su esposa?

Oí pasos en el corredor, y escuché. Se habían detenido ante mi puerta. Alguien se encontraba allí. Podía percibir perfectamente su respiración.

Me senté en la cama, con la mirada fija en la puerta. De pronto, el pomo giró.

—¡Geneviève! —exclamé—. Me has asustado.

—Lo siento. Estaba fuera pensando si se habría dormido usted.

Se sentó junto a mí. Estaba muy linda con su vestido de seda azul, pero tenía una expresión profundamente triste.

—Ese baile es horrible —dijo.

—¿Por qué?

—¡Por la tía Claude! —exclamó—. En realidad, no es mi tía, sino la esposa del primo Philippe.

—Habla en inglés —le rogué.

—Cuando estoy enfadada, no puedo. He de pensar demasiado y uno no puede enfadarse y pensar al mismo tiempo.

—Pues, entonces, aún mejor para que hables en inglés.

—Señorita, a veces me parece usted la vieja Esquilles. ¡Y pensar que esa Claude va a vivir aquí...!

—¿No te gusta?

—No es que no me guste. Es que la odio.

—¿Qué te ha hecho?

—Va a vivir con nosotros.

—Este castillo es enorme. Ya sabes que hay habitaciones para todos.

—Si se quedara siempre en el mismo lugar, no me importaría, porque procuraría no encontrarme con ella.

—Por favor, Geneviève, ¿no planeas encerrarla en la *oubliette*?

—Nounou la sacaría; de modo que no vale la pena.

—¿Por qué estás contra ella? Es muy guapa.

—Ahí está el mal. No me gusta la gente guapa. Prefiero a las personas sencillas, como usted.

—¡Vaya un cumplido!

—Esa gente lo estropea todo.

—Aún no ha tenido tiempo de estropear nada.

—Pero lo hará. A mi madre tampoco le gustaban las mujeres guapas. Le hicieron la vida imposible.

—¿Qué puedes tú saber de esto?

—¡Claro que sé! Se lo aseguro. Lloraba mucho. Los dos se peleaban sin levantar la voz. Y yo siempre he creído que las peleas sin gritos son peores que las otras. Papá sabe decir cosas terribles en voz baja, y esto es aún más cruel. Las dice como si le divertiera... como si la gente fuera tonta. Él tenía por tonta a mi madre, y esto la hizo muy desgraciada.

—Geneviève, no creo prudente que estés siempre pensando en lo que ocurrió tiempo atrás. Por otra parte, no estás muy enterada de esas cosas.

—Sé que él la mató.

—No lo sabes.

—Aseguran que fue un suicidio; pero no es cierto. Mi madre jamás me hubiera dejado sola.

Puse una mano sobre la suya.

—No pienses más en eso —le supliqué.

—Hay que pensar en las cosas que pasan en la propia morada. Por culpa de ellas papá no tomó nueva esposa, y ahora ha tenido que casar a Philippe. Si yo hubiera sido hombre, las cosas serían muy diferentes. Papá no me quiere porque soy mujer.

—Eso son imaginaciones tuyas.

—No me gusta verla fingir. Es usted como los demás adultos. Cuando no quieren reconocer una cosa, pretenden no saber de lo que se les habla. Yo creo que mi padre mató a mi madre, y que ahora ella vuelve de su tumba para vengarse.

—¡Qué tontería!

—Deambula por el castillo en plena noche, con los demás fantasmas de la *oubliette*. Los he oído y de nada le va a servir decirme que no es verdad.

—La próxima vez que los oigas, ven a decírmelo.

—¿De verdad? Ahora llevo algún tiempo sin oírlos. No les tengo miedo, porque mi madre no permitiría que me hiciesen daño. Recuerdo que en cierta ocasión usted misma me lo dijo.

—De todos modos, cuando vuelvas a oírlos, dímelo.

—¿Qué le parece si fuéramos en su busca, señorita?

—Primero habría que oírlos.

Se inclinó hacia mí y exclamó:

—¡Convenido!

En el castillo no se hablaba de otra cosa que del baile para la servidumbre y los trabajadores de las viñas, cuyos preparativos continuaban más febrilmente aún que cuando se celebró la fiesta del conde y sus amigos. En patios y corredores no se hablaba de otra cosa, y era evidente que imperaba una gran alegría.

Para aquella ocasión me puse el vestido verde. Necesitaba demostrar confianza. Me recogí el pelo en la parte superior de la cabeza, y el efecto general resultó de mi agrado.

No dejaba de pensar en Gabrielle Bastide, y de preguntarme si habrían resuelto algo.

El sommelier Boulanger actuaba de maestro de ceremonias, y era el encargado de recibir a los invitados en la sala de banquetes. Habría una cena fría, y los recién casados, junto con el conde y Geneviève, vendrían a vernos cuando el baile estuviera en todo su apogeo. Me dijeron que entrarían sin ceremonia y bailarían con algunos de los reunidos. Boulanger descubriría su presencia como por casualidad y propondría un brindis a la salud de los recién casados, al que correspondería todo el mundo, bebiendo el mejor vino del *Château*.

Cuando llegué al baile, la familia Bastide ya se encontraba allí. Gabrielle les acompañaba. Estaba muy bonita, aunque tenía un aire melancólico. Lucía un vestido azul claro, que pensé se habría confeccionado ella misma, porque oí decir que era muy buena modista.

Madame Bastide había llegado, dando el brazo a su hijo Armand. Aprovechó una oportunidad para susurrarme que Jean-Pierre no sabía nada aún. Confiaban en haber descubierto el nombre del seductor y convenido el matrimonio antes de que Jean-Pierre se enterase.

Me rogó no decir nada, y yo me pregunté si lamentaría haber confiado en mí cuando yo me encontraba a su lado mientras sufría la primera conmoción después de la noticia.

Jean-Pierre acudió a buscarme y bailamos al compás de la Sautière Charentaise, que yo había oído en casa de los Bastide cuando Jean-Pierre cantaba la tonada.

Mientras bailábamos, volvió a cantar:

Qui sont-ils, les gens qui sont riches?...

—Fíjese —me dijo—. Aquí, con todo este esplendor, resulta adecuado cantar tales palabras. Es una gran ocasión para gentes humildes como nosotros. No es frecuente disponer de la oportunidad para bailar en una sala del castillo.

—¿Lo cree mejor que en su casa? ¡Me gustó tanto la celebración de Navidad! Y también a Geneviève. Estoy segura de que prefirió aquella fiesta a las que se celebran aquí.

—Es una muchacha rara.

—Me gustó verla feliz.

Sonrió cálidamente y yo seguí pensando en Gabrielle, mientras entraba con su corona sobre el cojín, y cuando Jean-Pierre nos besaba, empleando su privilegio de soberano del día.

—Quizá sea más feliz desde que usted llegó —dijo—. Y no sólo ella, desde luego.

—Me adula usted.

—La verdad no es adulación, Dallas.

—En este caso, me alegro de ser tan popular.

Me apretó ligeramente la mano.

—Es inevitable —añadió—. ¡Oh! ¡Fíjese! Los grandes han llegado y me parece que monsieur le Comte no nos pierde de vista. Quizá la mira porque, no siendo tan humilde como los servidores de la casa y los trabajadores de la viña, la considera pareja adecuada para él.

—No creo que piense tal cosa.

—Lo defiende usted con mucho calor.

—Me siento indiferente, y él no tiene necesidad de mi defensa.

—Ya veremos. ¿Quiere que hagamos una pequeña apuesta usted y yo? Estoy convencido de que será la primera a quien saque a bailar.

—Nunca hago apuestas.

La música había cesado.

—¡Qué disimulo emplean! —Murmuró Jean-Pierre—. Monsieur Boulanger ha hecho una señal muy discreta y ¡alto el baile! Los grandes han llegado.

Me llevé junto a una silla y me senté. Philippe y Claude se habían separado del conde, que se acercaba a mí. La música volvió a sonar. Miré hacia la orquesta mientras esperaba de un momento a otro ver al conde ante mí. Al igual que Jean-Pierre, también me dije que sería la primera a quien solicitase un baile.

Me asombró verle de pronto pasar llevando a Gabrielle del brazo.

Me volví hacia Jean-Pierre riendo.

—Casi lamento no ser amiga de hacer apuestas.

Jean-Pierre miraba al conde y a su hermana con expresión perpleja.

—Y yo lamento que tenga usted que conformarse con el supervisor de las viñas en vez de con el dueño de la casa —dijo, volviéndose hacia mí.

—Me encantará —le respondí.

Mientras Jean-Pierre y yo bailábamos, vi que Claude tenía por pareja a Boulanger, y Philippe a madame Duval, jefe del personal femenino. Me dije que el conde habría escogido a Gabrielle por ser miembro de la familia Bastide, la cual tenía a su cargo las viñas. Al parecer, todo estaba organizado dentro de un protocolo muy preciso.

Cuando el baile hubo acabado, Boulanger pronunció un discurso y todos bebimos a la salud de

Philippe y Claude. Después, los músicos tocaron un baile, que luego supe se llamaba Marche pour noce, que fue encabezado por Philippe y Claude. Y entonces el conde se acercó a mí.

No obstante la decisión de permanecer al margen, noté que mis mejillas se sonrojaban ligeramente cuándo me tocó la mano, preguntando si le concedía el placer de un baile.

—No estoy segura de bailar bien —le dije—. En cambio, en Francia, eso parece una cualidad innata.

—Pasa lo mismo con las bodas —contestó—. Pero no irá usted a decir que somos los únicos que se casan.

—No tenía esa intención. Y a propósito; este ritmo me resulta desconocido.

—Es del país. ¿Bailan mucho en Inglaterra?

—No demasiado. Raras veces tuve esa oportunidad.

—¡Qué lástima! Yo tampoco soy buen bailarín; pero sospecho que dominará usted la danza tan bien como todo lo demás, con sólo que se lo proponga. Debe aprovechar todas las ocasiones... aun cuando no sienta demasiado interés por hallarse en nuestra compañía. No aceptó usted mi invitación al baile de gala, y me pregunto por qué.

—Creo haber explicado que no vine aquí para divertirme.

—Y yo creí haber expresado mi deseo especial de que asistiera y confié en que éste no sería contrariado.

—Jamás imaginé que mi ausencia se notara.

—Pues así fue... Y lo lamenté mucho.

—Lo siento.

—No parece sentirlo.

—Lo que siento es haberle causado molestias; no el haber faltado al baile.

—Así está mejor, mademoiselle Lawson. Demuestra una encomiable preocupación por los sentimientos ajenos, lo que siempre resulta agradable.

Geneviève bailaba con Jean-Pierre, y reía de algo que él le había dicho. Me di cuenta de que el conde también lo había observado.

—Mi hija es como usted, mademoiselle Lawson. Siente preferencia por determinadas diversiones.

—Sin duda, este baile resulta más alegre que el otro.

—¿Cómo puede usted saberlo, si no asistió?

—Ha sido sólo una sugerencia... no una declaración formal.

—Debí suponerlo. ¿Es siempre tan meticulosa? Debería darme usted unas lecciones sobre restauración de pinturas. La última resultó fascinadora. Mañana por la mañana pienso visitar la galería.

—Será un placer.

—¿De veras?

Miré aquellos ojos extrañamente hundidos, y respondí:

—Desde luego; de veras.

La pieza había terminado, y ya no le fue posible volverme a tener por pareja, porque hubiera despertado demasiados comentarios. Debía bailar sólo una vez con seis miembros diferentes de la servidumbre. Tal era la costumbre, según me informó Jean-Pierre. Luego de cumplido su deber, el conde, Philippe, Claude y Geneviève irían desapareciendo uno tras otro, nunca juntos, porque de

hacerlo así hubieran dado a la ceremonia un aire de gravedad que no tenía. El conde sería el primero, y los demás se retirarían cuando lo creyeran más oportuno.

Después de observar cómo el conde se escabullía discretamente, no sentí grandes deseos de permanecer allí.

\*\*\*\*\*

Estaba bailando con monsieur Boulanger cuando vi que Gabrielle abandonaba el salón. Algo que noté en su aspecto despertó en mí ciertas sospechas. Dio una rápida mirada a su alrededor, simulando examinar los tapices del muro, otra rápida mirada a otro lugar, y desapareció.

Durante un segundo vi su expresión alterada y temí por ella.

Cuando la música paró y pude dejar a mi pareja, aproveché la oportunidad para salir.

No tenía idea de hacia dónde había ido la joven ni sabía cuáles pudieran ser las reacciones de una muchacha desesperada.

¿Se arrojaría desde algún torreón del castillo? ¿Se ahogaría en el viejo pozo del patio?

Pero llegué a la conclusión de que no era probable ni una cosa ni la otra. Si Gabrielle quería quitarse la vida, ¿por qué precisamente en el castillo? Claro está que podía existir una razón; pero ¿cuál?

No podía aceptar la única que se me ocurrió. Mi mente la rechazaba, pero mis pasos me llevaban instintivamente hacia la biblioteca donde había celebrado la entrevista con el conde.

Sentía un ferviente deseo de poder rechazar las ideas que en aquel momento cruzaban mi mente.

Al acercarme a la biblioteca oí rumor de voces. Las conocí en seguida. Eran la de Gabrielle, jadeante y aguda hasta llegar al paroxismo, y la del conde, baja y resonante.

Me fui a mi cuarto. No tenía ganas de volver al salón. Sólo anhelaba estar sola.

Días después fui a visitar a madame Bastide, la cual me recibió con alegría. Pude notar que tenía mucho mejor aspecto que cuando estuve allí la última vez.

—Tengo buenas noticias —me dijo—. Gabrielle se va a casar.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro!

Madame Bastide me sonrió.

—Sabía que se iba a alegrar —repuso—. Se preocupa usted de nuestras desgracias como si fuesen suyas.

Me alivió era evidente. Me eché a reír, pensando: «¿Por qué he de imaginar siempre lo peor de ese hombre?».

—Por favor; cuéntemelo todo —le rogué—. ¡Me siento tan feliz! Y veo que usted también lo es.

—Con el tiempo, la gente se dará cuenta de que ha sido un matrimonio apresurado —respondió madame Bastide—. Pero... estas cosas suelen suceder de vez en cuando. Se han anticipado a sus deberes matrimoniales como hacen otros jóvenes. Pero se confesarán y serán perdonados, y no traerán al mundo un bastardo. Son los hijos quienes sufren tales cosas.

—Sí; desde luego. ¿Y cuándo se casa Gabrielle?

—Dentro de tres semanas. Lo cual es magnífico, porque Jacques está ahora en condiciones para ello. Éste era el problema. No podía mantener a su esposa y a su madre, y como Gabrielle lo sabía, no se atrevió a hablarle de su condición; pero monsieur le Comte lo ha arreglado todo.

—¡Monsieur le Comte!

—Sí. Ha dado a Jacques la supervisión de Saint-Vallient. Monsieur Durand es ya muy viejo, y pasará a descansar en su casita. De no ser por monsieur le Comte, la boda hubiera sido muy difícil.

—Lo comprendo.

\*\*\*\*\*

Gabrielle se casó, y aunque abundaron los chismorreos tanto por la ciudad como por el castillo y los viñedos, tales comentarios iban acompañados de un encogimiento de hombros. Esta clase de asuntos podían resultar interesantes durante una o dos semanas, pero no más; y, por otra parte, aquellas gentes no estaban seguras de si un caso parecido se produciría en sus propias familias.

Que el niño llegara un poco anticipadamente, era cosa que sucedía frecuentemente, sin mayores consecuencias.

Jacques Gaillard tuvo suerte al lograr la supervisión de Saint-Vallient, justamente cuando pensaba casarse y aposentarse allí.

La boda se celebró en Maison Bastide, sin que faltara nada de lo esencial, no obstante haber dispuesto madame Bastide de muy poco tiempo para prepararlo. Oí decir que el conde había sido muy generoso con sus servidores, ofreciendo a la pareja un hermoso regalo de boda, consistente en el mobiliario que necesitaban. Además, aprovecharon algunas piezas pertenecientes a Durand, ya que el viejo matrimonio no podía llevárselas a la casita en la que se acababan de instalar.

El cambio operado en Gabrielle resultaba asombroso. La serenidad había reemplazado al temor, y tenía un aspecto más bello que nunca. Cuando fui a Saint-Vallient para visitarla, así como a la madre de Jacques, la joven me hizo objeto de una acogida cariñosa. Eran muchas las cosas que hubiera deseado preguntarle, pero, como es natural, no pude hacerlo. No quería que lo creyera simple curiosidad suya.

Cuando me marché, Gabrielle me rogó que fuese a verla siempre que pasara por allí a caballo; lo que prometí hacer.

Habían transcurrido cuatro o cinco semanas desde la boda. La primavera estaba en todo su esplendor y los sarmientos de las vides crecían con rapidez. Se observaba una gran actividad en el campo, y la misma continuaría hasta la época de la vendimia.

Mis relaciones con Geneviève no eran tan armoniosas como antes. La presencia de Claude en el castillo producía en ella efectos nocivos, y yo estaba como sobre ascuas preguntándome cuáles iban a ser las consecuencias. Me parecía haber realizado algún progreso; pero era sólo como conseguir un falso brillo en una tela, utilizando una solución de efectos temporales, que a la larga perjudicaría la pintura. Un día le pregunté:

—¿Quieres que visitemos a Gabrielle?

—Como quiera.

—Bien. Si no te parece oportuno, iré yo sola.

Se encogió de hombros y continuó cabalgando a mi lado.

—Va a tener un niño —dijo.

—Sí, y tanto ella como su marido serán muy felices.

—El niño llegará demasiado pronto y la gente murmura.

—Me parece que exageras —respondí—. Además, ¿por qué no hablas en inglés?

—Ya me he cansado del inglés. ¡Qué lengua tan difícil! —exclamó echándose a reír—. Ha sido un matrimonio de conveniencia —continuó—. Al menos, eso es lo que se comenta.

—Todos los matrimonios han de ser convenientes.

Aquello provocó un acceso de risa en Geneviève.

—Adiós, señorita, no la acompañe. Quizá la pusiera en mal lugar diciendo alguna tontería... Nunca se sabe.

Espoleó el caballo y volvió grupas. Estuve a punto de seguirla, porque no tenía permiso para cabalgar sola por el campo; pero me había cogido ya mucha ventaja y desaparecido por entre un bosquecillo.

Menos de un minuto después oí un disparo.

—¡Geneviève! —llamé, galopando hacia el bosquecillo, donde la oía gritar. Las ramas de los árboles me fustigaban, impidiéndome desarrollar mayor velocidad. Volví a llamarla—: ¡Geneviève! ¿Dónde estás? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Oh, señorita..., señorita...! —sollozaba.

Partí en la dirección de su voz, y por fin la encontré. Había desmontado y el caballo se encontraba junto a ella.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Y fue entonces cuando vi al conde tendido sobre la hierba con el caballo en las proximidades. Su chaqueta de montar estaba llena de sangre.

—Lo... han... matado —balbució Geneviève.

Eché pie a tierra y me arrodillé junto a él. Un terrible temor me atenazaba.

—Geneviève —dije—. Corre en busca de ayuda. Saint-Vallient es el pueblo más próximo. Que traigan un médico inmediatamente.

Así lo hizo.

No estoy muy segura de lo que ocurrió en los siguientes minutos. Escuché el galopar de cascos en el suelo, conforme Geneviève llegaba al camino y emprendía el galope.

—Lothair... —murmuré pronunciando aquel nombre difícil, por vez primera en voz alta—. No puede ser. No podría soportarlo. No podría resignarme a tu muerte.

Observé sus pestañas cortas y espesas. Tenía los párpados cerrados, cual compuertas que lo apartaran de la vida y me privasen a mí de toda luz.

¡Qué de pensamientos cruzaban mi mente al tiempo que, obrando del modo que creí más práctico, le levanté una mano y con repentina alegría me di cuenta de que su pulso funcionaba, aunque débilmente!

—No está... muerto —susurré—. ¡Oh, gracias, Dios mío!

Escuché mi propio sollozo y me di cuenta de que una felicidad desbordante inundaba mi ser.

Le desabroché la chaqueta. Si le habían disparado al corazón, como imaginé, hubiera existido un agujero en su pecho. No pude encontrar ninguno. No sangraba por ningún sitio.

De pronto descubrí la verdad. No estaba herido. La sangre procedía del caballo tendido ahora junto a él.

Me quité la chaqueta e hice una almohada con ella, poniéndola bajo su cabeza. Creí ver cómo el color iba volviendo poco a poco a su rostro. Sus párpados se estremecieron.

Me oí murmurar:

—Estás vivo... vivo. Gracias, Dios mío.

Rogaba en silencio porque llegase ayuda en seguida, porque no le hubiera ocurrido nada. Permanecí largo rato arrodillada, con la mirada fija en su rostro, y mis labios moviéndose en silencio.

De pronto movió los párpados, los entreabrió y, al verme, sus labios se estremecieron mientras yo me inclinaba sobre él.

Mi boca temblaba; la emoción de los últimos minutos se hacía insoportable. El temor había quedado reemplazado de improviso por una esperanza cuajada de aprensiones.

—No es nada —le dije.

Cerró los ojos y yo seguí arrodillada, esperando.

## Capítulo 8

El conde sólo sufría una conmoción y algunos rasguños. Era el caballo el que estaba herido. El accidente se discutió durante muchos días en el castillo, en los viñedos y en la ciudad. Se realizó una encuesta, pero no fue posible descubrir la identidad del autor del disparo, porque la bala podía proceder de una cualquiera de las muchas escopetas existentes en la comarca. El conde no recordaba apenas nada. Sólo podía decir que iba a caballo por el bosquecillo cuando, al agacharse para pasar bajo un árbol, perdió el conocimiento y, al recobrarlo, se encontró en unas angarillas. Todo el mundo creía que el gesto de agacharse le había salvado la vida, porque la bala, luego de rebotar en la rama de un árbol, había ido a incrustarse en la cabeza del caballo. Todo ocurrió en menos de un segundo. El animal había caído y el conde quedó inconsciente sobre el suelo.

Durante los días que siguieron me sentí muy feliz. Sabía que la situación era delicada, pero sólo me importaba una cosa: que el conde estuviera vivo.

Siempre tuve un carácter muy sensible, y durante aquellos días de alivio no pude menos de preguntarme qué me reservaría el futuro. ¿Por qué motivo aquel hombre era tan importante para mí? Resultaba improbable que él sintiera el mismo interés que yo. Pero aunque me engañase era tal su reputación, que cualquier mujer prudente hubiera hecho lo posible por alejarse de él. ¡Y yo que me había tenido siempre por prudente!

En aquellos días mi vida sólo experimentaba una sensación de profunda dicha.

\*\*\*\*\*

Fui a pie a la pastelería situada en la plaza del mercado. Con frecuencia la visitaba durante mis paseos de la tarde para tomarme una taza de café.

La propietaria, madame Latière, me saludó. Le gustaba mucho hablar con alguien del castillo, y cuando me servía el café aprovechó una excusa para quedarse junto a mi mesa. En aquella ocasión no perdió el tiempo, sino que abordó en seguida el comentario del día.

—Ha sido una gran suerte —manifestó—. A monsieur le Comte no le ha pasado nada, porque su santo patrón le ha protegido.

—Sí; ha sido una gran suerte.

—Es terrible que nuestros bosques no sean seguros. ¿Y no han podido descubrir quién disparó?

Moví la cabeza.

—He dicho a mi marido que no vaya a caballo por esos lugares. No me gustaría verlo tendido en una camilla. Aunque es muy bueno y no hay nadie que le quiera mal.

Removí el café nerviosamente, mientras ella ponía una servilleta sobre la mesa con expresión abstraída.

—¡Ah! *Monsieur le Comte... est galant... vert galant.* Mi abuelo solía hablar del antiguo conde. No había muchacha segura por estos alrededores, pero siempre les encontraba marido, y la cosa acababa bien. Por aquí suele comentarse que en Gaillard se ven muchos rostros de facciones parecidas. Éstas se han ido transmitiendo de generación en generación. ¡Pero así es la naturaleza humana!

—¿Qué cambio en los viñedos durante estas últimas semanas! —comenté—. Me han dicho que si el tiempo sigue cálido y soleado, será un año excelente.

—Sí; muy buena cosecha. Esto compensará a monsieur le Comte por lo sucedido en el bosque.

—Así lo espero.

—Yo creo que ha sido una advertencia, ¿no le parece, mademoiselle? Seguro que no vuelve a pasar por esos bosques en mucho tiempo.

—Quizá no —respondí intranquila, y terminando de tomar mi café, me dispuse a partir.

—*Au revoir*, mademoiselle —dijo madame Latière un poco contrariada, porque hubiera querido chismorrear un poco más.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente no pude resistir la tentación de ver a Gabrielle. Había cambiado mucho desde nuestro último encuentro. Estaba nerviosa; pero cuando la felicité por su nuevo hogar, adoptó un aire sumamente atractivo y pareció complacida.

—Es mucho más de lo que esperaba.

—¿No te sientes bien?

—Sí, he visto a mademoiselle Carré, la comadrona, ¿sabe usted? Parece satisfecha. Sólo es cuestión de esperar. Maman, la madre de Jacques, está siempre dispuesta a ayudarme.

—¿Qué te gustaría más, un niño o una niña?

—Creo que un niño. A todo el mundo le gusta que el primero sea un niño.

Me imaginé a la criatura jugando en el jardín. Sería un pequeñuelo robusto y activo. Pero ¿tendría la misma cara que los habitantes del castillo?

—¿Y Jacques?

Se sonrojó.

—¡Oh! Es muy feliz. Muy feliz. Ha sido una suerte... que todo saliera tan bien.

—El señor conde es muy amable.

—No todo el mundo piensa igual... como, por ejemplo, ese desconocido que le ha disparado.

Cruzó fuertemente las manos.

—¿Cree usted que fue deliberado...? ¿Le parece que...?

—¡De buena se ha salvado! Debiste sentir una gran emoción... estando aquí tan cerca.

Me avergoncé en seguida de haber pronunciado semejantes palabras, porque comprendí que de existir alguna causa para mis sospechas sobre el conde y Gabrielle, ésta debió acusarlas dolorosamente. No sentía deseo de averiguar los motivos ajenos, sino tan sólo necesidad de sentirme segura. ¿Había insinuado madame Latière que el conde tenía algún motivo para facilitar el matrimonio de Gabrielle? ¿Pensarían igual otras personas? Tenía que averiguar a ciencia cierta si el conde era el padre de aquella criatura. Pero Gabrielle no pareció haberse dado cuenta de nada, y aquello me hizo muy feliz, porque de haber ocurrido lo que yo imaginaba, su reacción hubiera sido muy distinta.

—Sí; fue una gran sorpresa —comentó—. Por fortuna, Jacques no estaba muy lejos, y pudo encontrar una camilla en seguida.

Sentía necesidad de continuar mis investigaciones.

—¿Crees que el conde tiene enemigos por aquí?

—Fue un accidente —respondió ella en seguida.

—Menos mal —añadí— que no le hicieron daño alguno.

—Sí. Ha sido una gran suerte —dijo con lágrimas en los ojos.

Me pregunté si aquellas lágrimas serían de gratitud o estarían motivadas por algún sentimiento más profundo.

\*\*\*\*\*

Días después, paseaba por los jardines cuando me encontré con el conde. Nos hallábamos en la terraza intermedia, cuyos parterres estaban separados entre sí por setos. Al atravesar uno de ellos, lo vi sentado en un banco de piedra que daba a un pequeño estanque cubierto de plantas acuáticas, en el que nadaban algunos peces.

El sol era muy fuerte, y al principio creí dormido al conde. Permanecí mirándolo unos segundos, y estaba a punto de retirarme cuando me llamó.

—¡Mademoiselle Lawson!

—Espero no haberle molestado.

—Es una de las molestias más agradables que hubiera podido esperar. Siéntese un rato aquí conmigo.

Así lo hice, poniéndome a su lado.

—Todavía no le he dado las gracias por su ayuda en el bosque.

—No creo haber hecho nada de particular.

—Sí; obró usted con una serenidad admirable.

—Hice lo que hubiera hecho cualquier otra persona en circunstancias parecidas. ¿Se siente bien del todo?

—Sí; por completo, aparte de algún tirón en los músculos; pero me han dicho que dentro de una semana habrá pasado. Entretanto, voy de acá para allá, ayudándome con el bastón.

Miré su mano adornada con el anillo de jade en el meñique, curvado ahora sobre el puño de marfil. No llevaba anillo de boda, como es costumbre entre los franceses. Me pregunté si es que no aceptaba convencionalismos, o si aquella omisión tendría algún significado especial.

Me miró y dijo:

—Parece usted muy contenta, mademoiselle Lawson.

Aquellas palabras me sorprendieron. ¿Hasta qué punto habría descubierto mis sentimientos? Era importante no traicionarme, ahora que precisamente tenía tanto que ocultar.

—Este lugar —respondí rápidamente—, el sol... las flores... la fuente... todo tan bello. ¿Quién no estaría contento aquí? ¿Qué representa esa estatua en el estanque?

—Es Perseo rescatando a Andrómeda, una obra de arte muy bonita; debe usted contemplarla con más atención. Fue ejecutada hace ya más de doscientos años por un escultor a quien un antepasado mío trajo al castillo. Creo que puede serle de interés.

—¿Por qué motivo?

—Porque es usted una especie de Perseo femenina que rescata obras de arte del dragón, del abandono, del tiempo, del vandalismo, etcétera.

—¿Qué fantasía tan poética! Me sorprende usted.

—No soy tan inculto como supone. Cuando me haya dado unas cuantas lecciones más, estaré perfectamente enterado de todo lo relativo al arte. Ya lo verá.

—Estoy convencida de que no siente deseo de adquirir conocimientos que luego no hayan de serle útiles.

—Yo siempre creí que el saber no ocupa lugar.

—Sí. Pero unas cosas son más útiles que otras. Y como no es posible saberlas todas, atosigar la mente con lo que no puede usarse es perder el tiempo.

Al oír esto se encogió de hombros y sonrió. Yo continué:

—Por ejemplo, sería interesante saber quién atentó contra usted en el bosque.

—¿Lo cree interesante?

—Desde luego. ¿Y si algún día se repitiera?

—Quizá el resultado fuera menos satisfactorio... O más. Todo depende de cómo se mire la cuestión.

—Su actitud es extraordinaria. ¿No le preocupa saber quién intentó matarlo?

—¿Para qué? Querida mademoiselle Lawson. Se han practicado ya las indagaciones pertinentes. No es tan fácil como usted imagina identificar una simple bala. En casi todas las casas hay armas. Por aquí abunda mucho la caza y las liebres suelen ocasionar bastantes daños. Además, cocidas están muy buenas y nunca hemos limitado su persecución.

—Entonces, si alguien cazaba liebres, ¿por qué no lo confiesa?

—¡Pero si me mataron el caballo!

—Quizá la bala, luego de rebotar en un árbol, mató accidentalmente al caballo. ¿No podía suceder que la persona en cuestión no se diera cuenta de que usted pasaba por allí?

—Veamos..., es posible que tal persona no me viera, en efecto.

—¿Acepta la teoría de un accidente?

—¿Por qué no, puesto que se trata de una suposición razonable?

—Y cómoda. Pero nunca creí que fuera usted hombre capaz de aceptar teorías sólo por la comodidad que representan.

—Tal vez cuando me conozca mejor cambie de idea —dijo sonriente. Y añadió—: ¡Qué bien se está aquí! ¿Verdad? ¿Quiere quedarse un rato? Luego nos acercaremos al estanque y podrá usted contemplar a Perseo más de cerca. Es una obra maestra, se lo aseguro. Su rostro tiene una expresión extraordinaria. Se le nota que está decidido a matar al monstruo. Hábleme de esas pinturas. ¿Cómo va su trabajo? ¡Es usted tan laboriosa! Dentro de poco habrá terminado, y los cuadros parecerán nuevos. ¡Es fascinador, mademoiselle Lawson!

Hablamos de pintura, y al cabo de un rato contemplamos la estatua. Luego volvimos juntos al castillo.

Nuestro caminar por las terrazas era necesariamente lento, y cuando entrábamos en la mansión me pareció ver movimiento en la ventana del cuarto de estudios. ¿Quién nos vigilaba, Nounou o Geneviève?

\*\*\*\*\*

El interés despertado por el accidente del conde fue decreciendo conforme se difundía la noticia

de que los viñedos estaban en peligro. Se habían desarrollado normalmente hasta alcanzar su punto culminante a principios de verano, cuando de improviso se temió una plaga que podía acabar con la cosecha.

La alarma se extendió rápidamente por la ciudad y el castillo.

Fui a ver a madame Bastide para que me enterase de algo. Estaba tan preocupada como cuando el problema de Gabrielle.

Mientras tomábamos una taza de café me contó lo que significaba aquel peligro. Si no se adoptaban pronto las debidas precauciones, toda la cosecha quedaría contaminada, y no sólo aquel año, sino muchos más.

Jean-Pierre y su padre estuvieron trabajando hasta medianoche. Había que pulverizar las viñas con un producto especial, dosificado de manera precisa, ya que un exceso del mismo podría perjudicar, y en cambio no produciría los efectos requeridos.

—Así es la vida —dijo madame Bastide encogiéndose de hombros filosóficamente. Luego me contó la gran calamidad sufrida cuando un parásito destruyó los viñedos en todo el país—. Tardamos muchos años en volver a la prosperidad anterior —declaró—. Cada vez tenemos los mismos problemas. Si no es una cosa, es otra: la langosta o el gorgojo. ¡Ah, Dallas! ¿A qué conduce, para qué sirve cultivar viñas?

—Sin embargo, cuando la cosecha es buena me figuro que reinará gran alegría.

—En efecto —sus ojos resplandecieron—. Tendría que vernos entonces. Nos volvemos locos.

—Si no existieran esos peligros, la satisfacción no sería tan intensa.

—Desde luego. No hay época como la de la vendimia en Gaillard. Para gozar hay que sufrir también.

Pregunté por Gabrielle.

—Es muy feliz. ¡Y pensar que Jacques...!

—¿La cogió a usted de sorpresa?

—Se criaron juntos y siempre fueron buenos amigos. Pero una no se da cuenta de los cambios. De improviso, una chica se hace mujer y un muchacho se hace hombre, y la naturaleza obra sus efectos. Sin embargo, me sorprendió que fuera Jacques, aunque debí comprender que, si ella estaba enamorada, la cosa era fácil. Últimamente no me ha dado muchas explicaciones, pero ahora todos somos felices. Jacques prosperará en Saint-Vallient, donde sin duda está combatiendo la plaga igual que nosotros aquí. Sería muy mala suerte que sufriera un contratiempo al hacerse cargo de Saint-Vallient.

—El conde ha sido muy bueno al ofrecer Saint-Vallient a Jacques —comenté—. Y, además, lo hizo en el momento más adecuado.

—De vez en cuando el buen Dios nos demuestra su amor.

Volví al castillo, pensativa. Quise convencerme de que Gabrielle había hablado al conde de su estado, y que considerando que Jacques no podría mantener a su mujer y a su madre, aquél le había ofrecido Saint-Vallient porque los Durand eran ya muy viejos para seguir trabajando allí. Sí. Esto era lo que había sucedido, y no otra cosa.

Se estaba efectuando cierto cambio en mí. Empezaba a creer aquellas cosas que convenían más a mis deseos.

Bajo su aspecto sencillo, Nounou era una mujer astuta creo que se daba cuenta de mis sentimientos hacia el conde. Me profesaba cierto afecto porque, a su modo de ver, ejercía una favorable influencia sobre Geneviève, en mi papel de institutriz abnegada e interesada por los problemas de mi pupila. Lo mismo debió suceder cuando Françoise vivía. Le agradaba mucho que yo la visitara en su habitación, y así lo hacía frecuentemente; me obsequiaba con café y permanecíamos sentadas charlando casi siempre de Geneviève y de Françoise.

Mientras la comarca entera se preocupaba por la epidemia en los viñedos, la única obsesión de Nounou era la actitud malhumorada de Geneviève, cuya habitación era el único lugar donde no se hablaba de las viñas.

—Me parece que no simpatiza con la esposa de monsieur Philippe —dijo Nounou mirándome atentamente bajo sus gruesas cejas—. No le gusta ver mujeres en la casa, desde que...

No quise mirarla a la cara, porque no deseaba que Nounou me contara lo que ya sabía sobre el conde y Claude.

Animadamente respondí:

—Hace ya mucho tiempo que su madre murió. Debería olvidarse de ella.

—Si tuviera algún hermano la cosa sería distinta. Además, el conde ha traído aquí a monsieur Philippe casándolo con esa mujer...

Sabía que me había visto hablar con el conde en los jardines y que aquello era una advertencia.

—A mi modo de ver, Philippe sentía impaciencia por casarse —respondí—. De no ser así, ¿por qué lo ha hecho? Dice usted unas cosas...

—Hablo de lo que sé. El conde no se casará jamás. Le desagradan las mujeres.

—Pues yo he oído decir que le gustan mucho.

—¡Gustarle! ¡Oh, no, señorita! —respondió amargamente—. No ha sentido nunca afecto hacia nadie. Un hombre puede divertirse con cosas que desprecia, y cuanto mayor sea su desdén, mayor será también su goce; pero eso es cosa que no nos concierne. Una se limita a pensar lo que cree más adecuado. Además, usted se marchará pronto de aquí y se olvidará de todos nosotros —añadió.

—No había pensado en ello.

—Me lo suponía —respondió sonriendo abstraída—. El castillo es un pequeño mundo en sí mismo. Yo no podría imaginarme viviendo en otro lugar. Sin embargo, sólo estoy aquí desde que murió Françoise.

—Al principio esto debió parecerle muy diferente a Carrefour.

—Sí; aquí todo es distinto.

Recordando la triste mansión que había sido el hogar de Françoise dije:

—También Françoise debió ser feliz aquí.

—Françoise nunca fue feliz en este lugar. Él no le hacía caso, ¿comprende? —Me miró algo excitada—. No es hombre que haga caso de nadie... tan sólo le preocupa usar a los demás; a los obreros que producen el vino, a todos nosotros, en fin.

—¿No querrá usted que él mismo trabaje las viñas...? —respondí acalorada—. Todo el mundo tiene servidores...

—Usted no me comprende, señorita, aunque, ¿por qué ha de comprenderme? Me refiero a que no quería a mi Françoise. Fue un matrimonio de conveniencia, igual que otros muchos. Con el tiempo, algunas parejas llegan a quererse y dichos matrimonios pueden ser felices. Pero nuestro caso fue distinto. Françoise estaba aquí porque la familia del conde la consideraba esposa adecuada, cuyo deber era formar una familia. Mientras hiciera lo que a él le convenía, no le importaba. Pero era una joven... muy sensible y no supo comprender la situación. Por eso... murió. El conde es muy extraño. No lo olvide.

—Sí. Es algo raro, ¿verdad?

Me miró tristemente y repuso:

—Me gustaría que hubiese visto cómo era Françoise antes de casarse y en lo que se convirtió después.

—Y a mí también.

—Ya conoce esos libritos que solía escribir.

—Sí, y me han dado una idea de su carácter.

—Siempre estaba escribiendo, y cuando se sentía desgraciada representaban un gran alivio para ella. A veces los leía en voz alta. «¿Te acuerdas de esto, Nounou?», preguntaba. Y nos reíamos juntas. En Carrefour era una jovencita inocente, pero cuando se casó con el conde tuvo que aprender mucho y rápido. Debía ser el ama del castillo y otras cosas.

—¿Cómo se sentía la primera vez que vino aquí? —pregunté fijando la mirada donde Nounou guardaba sus tesoros.

En el mueble estaba la caja que contenía los bordados que Françoise le había ofrecido en sus cumpleaños y también los libritos de notas con la historia de su vida. Me hubiera gustado saber algo del galanteo del conde, y conocer a Françoise no como una jovencita recluida en Carrefour con su severo padre y su atenta Nounou, sino como la mujer del hombre que había empezado ya a dominar mi vida.

—Cuando era feliz no escribía en sus libros —dijo Nounou—. A su llegada aquí había tantas cosas nuevas... tanto que hacer, que la veía muy poco.

—¿De modo que al principio era feliz?

—Se comportaba como una niña. Confiaba en la vida... en la gente. Le habían asegurado que tenía mucha suerte y lo creyó. Que sería feliz, y lo creyó también.

—¿Y cuándo empezó a sentirse desgraciada?

Nounou separó las manos y se las miró como si buscara una contestación en ellas.

—Muy pronto empezó a darse cuenta de que la vida no era como se la había imaginado. Cuando supo que iba a tener un hijo, se le ofreció un nuevo motivo para soñar; pero sufrió un desengaño porque todo el mundo esperaba un varón.

—¿Confiaba en usted, Nounou?

—Antes de casarse me lo contaba todo.

—¿Y después?

Nounou movió la cabeza.

—Sólo cuando escribía... —Señaló el armario con la cabeza—. Pero es comprensible, porque ya no era una niña. Comprendía demasiadas cosas y sufría mucho.

—¿Él se comportaba desconsideradamente?

—Françoise necesitaba amor —dijo frunciendo la boca.

—¿El conde la amaba?

—Françoise le tenía miedo.

Su vehemencia me sorprendió.

—¿Por qué?

Su voz temblaba y volvió la cabeza. Por su expresión, comprendí que su mente había vuelto al pasado; pero de pronto su actitud cambió y repuso lentamente:

—Al principio ese hombre la fascinaba. Pero lo mismo ha ocurrido con otras mujeres.

Pareció adoptar una decisión, porque de pronto se puso en pie, y se acercó al armario. Tomó la llave que llevaba siempre pendiente del cinto, y lo abrió.

Vi los libritos colocados pulcramente en línea.

—Lea esto —dijo—. Llévelo y léalo; pero no permita que nadie más lo vea, y devuélvame en seguida.

Comprendí que era preciso rehusar. No quería husmear en la vida de Françoise ni del conde; pero no pude dominarme y lo tomé.

Sin duda Nounou estaba preocupada por mí. Se había dado cuenta de que el conde me interesaba y, a su manera indirecta, pretendía decirme que quien había traído a su amante a la mansión para que se casara con su primo era un asesino. Pretendía comunicarme que si me dejaba engañar por semejante hombre, correría un grave peligro, aunque no supiera de qué género. Su advertencia era clara.

Me llevé el librito a mi habitación. Me dominaba una gran impaciencia por leerlo, pero su contenido resultó decepcionante.

Esperaba alguna revelación dramática, pero allí no había nada distinto a lo que ya conocía. Françoise tenía una pequeña porción de jardín, donde cultivaba sus propias flores. Esto era para ella un gran placer.

*Me gustaría que Geneviève las amara igual que yo. Hoy he cortado mis primera rosas. Las he puesto en un jarro en mi dormitorio. Nounou dice que no hay que tener flores en el dormitorio por la noche, porque consumen todo el aire que una necesita para respirar. Le contesté que era una tontería, pero la he obedecido por complacerla.*

Mientras leía aquellas páginas, busqué en vano el nombre del conde. Pero no apareció casi hasta el final del librito.

*Lothair volvió hoy de París. A veces pienso que me desprecia. Sé que no soy tan linda como las personas que él trata en París. Tengo que hacer lo posible para aprender sobre las cosas que le interesan: política, historia, literatura y pintura. Sería magnífico no encontrarlas tan aburridas.*

*Hoy hemos salido a cabalgar, Lothair, Geneviève y yo. Él miraba a Geneviève pero ella estaba tan nerviosa que temí que se cayera.*

*Lothair se ha ido. No estoy segura de a qué lugar, pero creo que es a París. No me ha dicho nada.*

El relato de su vida carecía de hechos sobresalientes, pero parecía satisfecha con ello. La kermesse organizada en el castillo había resultado divertida. Los trabajadores de la viña, los sirvientes y los habitantes de la ciudad concurrieron a la misma.

*Hice diez bolsitas de seda conteniendo lavanda y las han comprado todas. Nounou me dijo que podríamos haber vendido el doble si yo hubiera tenido tiempo para prepararlas. Geneviève estaba en el mostrador conmigo. Nos ha ido muy bien.*

*Geneviève y yo hemos recibido a los niños. Les enseñamos el catecismo. Quiero que Geneviève comprenda sus deberes como hija del dueño del castillo. Luego hemos salido a pasear y ¡estaba todo tan apacible! Me gusta la tarde cuando empieza a oscurecer y Nounou llega para correr las cortinas y encender las lámparas. Le he dicho muchas veces cuánto me gustaba esa hora del día en Carrefour, cuando ella acudía a cerrar las ventanas poco antes de oscurecer, de modo que nunca veíamos realmente la noche.*

*Se lo he dicho y me ha contestado: «Estás llena de fantasías, tontuela». No me había vuelto a hablar así desde que me casé.*

*Hoy he estado en Carrefour. A papá le ha gustado mucho verme. Dice que Lothair debería construir una iglesia para los pobres y que debo persuadirle para que lo haga.*

*Hablé con Lothair sobre la iglesia. Me preguntó por qué querían otra cuando ya hay una en la ciudad. Le contesté que, según papá, si tuvieran una iglesia más cerca de las viñas podrían ir con más frecuencia a rezar, cosa muy buena para sus almas. Lothair contestó que debían preocuparse de trabajar y no de otra cosa. No sé lo que dirá papá cuando volvamos a vernos. Probablemente sentirá aún más antipatía por Lothair.*

*Papa dice que Lothair debería despedir a Jean Lapin porque es ateo. Asegura que si continúa trabajando con nosotros, Lothair fomenta su pecado. Lapin debería ser despedido junto con toda su familia. Cuando se lo dije a Lothair se echó a reír y respondió que era él quien debía decidir sobre estas cosas y que las opiniones de Lapin no le importaban en absoluto y menos aún las de mi padre. A veces creo que Lothair siente una antipatía tan grande por papá, que hubiera preferido no casarse conmigo. Sé también que a papá no le gusta mi boda con Lothair.*

*Hoy he estado en Carrefour. Papá me llevó a su habitación y me hizo arrodillar y rezar con él. A veces sueño con esa habitación. Es como una cárcel. Resulta tan frío arrodillarse sobre las losas, que estuve aterida largo rato. ¿Cómo puede dormir sobre un camastro tan duro, sin nada más que paja? El crucifijo en la pared es la única nota agradable. No hay nada más que el camastro y un reclinatorio. Luego estuvimos hablando me hizo sentir como una pecadora.*

*Lothair ha vuelto y tengo miedo. Si se me acerca creo que gritaré. «¿Qué te sucede?», me ha preguntado. No pude explicarle lo mucho que le temo. Salió de la habitación, creo que muy enfadado. Me parece que empieza a odiarme. ¡Soy tan diferente de las mujeres que él ama!... de las mujeres que frecuenta en París. Me las imagino vestidas con atavíos diáfanos, riendo y bebiendo vino... mujeres alegres... atractivas y cariñosas. Es horrible.*

*Anoche me asusté mucho. Creí que él iba a entrar en mi habitación. Escuché rumor de pasos fuera. Se detuvo ante la puerta y esperó. Creí que iba a gritar a causa del miedo... pero luego se alejó otra vez.*

¿Qué significaba aquella última anotación? ¿Por qué Françoise sentía tanto temor por su marido? ¿Por qué Nounou me había prestado el librito? Si quería enterarme de la historia completa de Françoise, ¿por qué no me los enseñaba todos? ¿Era posible que a través de aquellos cuadernos, Nounou hubiese penetrado los secretos de la vida de Françoise y el misterio de su muerte? Quizá por esta razón me aconsejaba abandonar el castillo.

Al día siguiente devolví el libro a Nounou.

—¿Por qué me prestó precisamente éste? —le pregunté.

—Porque usted dijo que le hubiera gustado conocerla.

—Pues ahora creo que la conozco menos que nunca. ¿Siguió escribiendo notas hasta el momento de su muerte?

—No; después de este cuaderno no escribió mucho. Solía decirle: «Françoise, chérie, ¿por qué no continuas anotando tus cosas?». Y me contestaba: «Ya no hay nada que escribir, Nounou». Un día le dije que eran tonterías. Se burló de mí y me contestó que quería enterarme de sus cosas. Era la primera vez que se expresaba así. Comprendí que tenía miedo de poner sus sentimientos por escrito.

—Pero ¿cuál era la causa de ese miedo?

—Todos tenemos secretos que no nos gusta divulgar.

—¿Acaso deseaba que su marido no descubriese aquel temor? —pregunté. Al no contestarme, añadí—: ¿Por qué le temía tanto? ¿Usted lo sabe, Nounou?

Apretó fuertemente los labios como si nada en este mundo fuera capaz de hacerla hablar. Comprendí que había en todo aquello un oscuro secreto, y que de no haber llegado a la conclusión de que yo era útil a Geneviève, habría insistido en que abandonara el castillo porque temía por mí. Pero yo estaba dispuesta a sacrificarme con mucho gusto en beneficio de Geneviève.

Aquella mujer sabía algo acerca del conde que no se atrevía a comunicarme. ¿Estaría enterada de que era el asesino de su esposa? El deseo de saber se convirtió en una obsesión para mí. En la desesperante necesidad de comprobar la inocencia de aquel hombre.

\*\*\*\*\*

Geneviève y yo habíamos salido a dar un paseo a caballo. Empleando su inglés lento y defectuoso, la joven me dijo que había tenido noticias de Esquilles.

—Parece haberse convertido en una persona importante, señorita. Le enseñaré su carta.

—Me alegro mucho de que haya encontrado una situación adecuada.

—Sí, es compañera de madame de la Condière, persona muy comprensiva. Viven en una casa muy bonita. No tan vieja como la nuestra pero mucho más *comme il faut*. Madame de la Condière juega a cartas con otras señoras, y a veces la señorita Esquilles completa el número adecuado. Esto le permite mezclarse con una sociedad a la que pertenece por derecho propio.

—Todo está bien cuando termina bien.

—También la alegrará saber que madame de la Condière tiene un sobrino encantador, siempre muy atento con Esquilles. Le enseñaré la carta. ¡Parece tan cariñosa cuando habla de él! Me parece que tiene esperanzas en convertirse en madame Sobrino antes de poco.

—Me encanta saber todo eso. He pensado en ella más de una vez. ¡La despidieron tan bruscamente! Y todo por tu culpa.

—También menciona a papá. Dice que le está muy agradecida por haberle encontrado una situación tan conveniente.

—De modo que... ¿fue él?

—Desde luego. La recomendó a madame de la Condière. No la hubiera despedido sin más ni más, ¿no le parece?

—Desde luego —le respondí—. No le creo capaz.

Era una mañana muy agradable. Durante los días siguientes, la atmósfera se fue haciendo más y más despejada. La plaga que amenazaba a las vides se alejó definitivamente y en las ciudades que dependían de la prosperidad del campo, como en otros lugares, reinaba el regocijo.

\*\*\*\*\*

Llegaron al castillo invitaciones para que la familia asistiera a la boda de un pariente lejano. El conde dijo que estaba demasiado maltrecho para asistir —todavía caminaba apoyado en un bastón— y que Philippe y su mujer representarían a la familia.

Comprendí que a Claude no le gustaba la idea de dejar al conde en el castillo. Yo me encontraba en uno de los pequeños jardines amurallados, cuando pasó por allí con él. No nos vimos pero escuché sus voces, la de ella muy clara y perfectamente audible como siempre que estaba enfadada.

—Te esperan a ti.

—Tú y Philippe les explicaréis lo de mi accidente, y me dispensarán.

—¡El accidente! ¡Unos cuantos rasguños!

Él contestó algo que no pude oír y ella insistió:

—Lothair, por favor...

—Querida, pienso quedarme aquí —le respondí tajante.

—No quieres escucharme —dijo Claude—. Parece como si...

Él le contestó algo en voz casi cariñosa y cuando hubo terminado se encontraban ya fuera de mi alcance. No había duda acerca de la relación entre ambos, y esta idea me produjo desazón.

Claude y Philippe partieron hacia París y yo, después de apartar mis dudas y temores, me dispuse a disfrutar de la ausencia de Claude. Los días eran largos y soleados. Las viñas estaban en sazón. Cada día me despertaban con cierto sentimiento expectante. Nunca me había sentido tan feliz. Sin embargo, estaba convencida de que aquella dicha sería tan efímera como un día de abril. En

cualquier momento podía efectuar un descubrimiento que me alarmara o acaso me despidieran. El cielo podría oscurecerse de improviso, ocultando la claridad del sol. Pues bien: razón de más para disfrutar de él mientras.

En cuanto Philippe y Claude hubieron desaparecido, las visitas del conde a la galería se hicieron más frecuentes. A veces parecía cual si quisiera escapar de algo; descubrir cosas nuevas. Bajo su sonrisa perspicaz me parecía descubrir el destello de un hombre distinto. Y hasta llegué a la conclusión de que aquellas conversaciones le gustaban tanto como a mí misma.

Cuando él se marchaba me reía de mis sentimientos preguntándome: ¿hasta cuándo vas a seguir engañándote?

La explicación a todo aquello acaso fuera muy simple. No había nadie en el castillo capaz de divertirme, y en consecuencia yo y mi trabajo suplían aquella falta. Era mejor no perderlo de vista.

Le interesaba la pintura y, además, entendía de ella. Recordé la patética anotación en el diario de Françoise, cuando afirmó que quería aprender cosas que a él le interesaran. ¡Pobre y medrosa Françoise! ¿Por qué debió sentir tanto temor?

En algunas ocasiones el rostro del conde se oscurecía con una expresión de cinismo que imaginé debió resultar alarmante en una mujer pusilánime y sencilla. Había en ella cierto toque de sadismo como si le divertiera la desazón que provocaba en los demás. Mas para mí aquellas expresiones eran como una capa superpuesta a su naturaleza verdadera. Del mismo modo que la falta de cuidados es capaz de estropear un cuadro.

Pero, a mi modo de ver, igual que puede restaurarse una pintura puede volverse un carácter a su belleza original. Sin embargo, antes de intentar la restauración de un cuadro se debe entender de pintura y enfocar la tarea en un estado de ánimo confiado y humilde. Y al propio tiempo hay que saber pintar. ¡Cuánto mayor cuidado no sería necesario antes de restaurar a un ser viviente!

Me sentía arrogante, «mandona», como hubiera dicho Geneviève. ¿Cabía imaginar que al igual que podía devolver su antiguo esplendor a un cuadro iba a serme posible cambiar a un hombre?

Me sentía obsesionada por el deseo de penetrar aquella máscara sardónica. Cambiar la expresión de su boca y suprimir aquel rictus de amargura, pero antes de intentararlo era preciso conocer a fondo el objeto de mi tarea.

¿Cuáles fueron los sentimientos del conde hacia la mujer con la que se casó? Había destrozado su vida. Pero ¿no habría ella destrozado también la del conde? ¿Cómo saberlo cuando el pasado quedaba hundido en un profundo secreto?

Los días en que no nos veíamos resultaban vacíos para mí. Y los encuentros, que siempre me parecían tan cortos, me dejaban exaltada por una felicidad que nunca conociera hasta entonces.

Hablábamos de pinturas, del castillo, de la historia de aquel lugar y de los días gloriosos durante los reinados de Luis XIV y Luis XV.

—Luego se produjo el cambio —me explicó—. A partir de aquel momento ya nada fue igual, mademoiselle Lawson. Algunos lo previeron con anticipación. «*Après moi le déluge*», dijo Luis XV. Y en efecto, fue un diluvio. Su sucesor cayó en la guillotina y muchos nobles sufrieron la misma suerte que él. Mi propio tatarabuelo pereció decapitado. Tuvimos la fortuna de no perder nuestras fincas. De haberse encontrado más cerca de París, hubiera sido lo más probable. Usted ya está enterada del milagro de Santa Genoveva y de cómo nos salvó del desastre. —Su tono se hizo más alegre—. Aunque usted quizá ahora piense que no valía la pena ser salvados.

—Nunca he pensado tal cosa. Creo que es una lástima el que propiedades como éstas pasen a otras familias. ¡Qué interesante seguir el rastro de una estirpe durante cientos de años!

—Pero quizá la revolución hizo algo bueno. Porque de no haber arrasado el castillo y estropeado las pinturas no habríamos necesitado los servicios de usted.

Me encogí de hombros.

—Si las pinturas no hubieran resultado dañadas, no habrían necesitado restauración; pero sí una buena limpieza.

—En este caso no habría venido, señorita Lawson.

—Estoy convencida de que la revolución fue una catástrofe mayor de la que hubiera representado mi ausencia.

Se echó a reír. En aquel momento era un hombre distinto. Pude captar un destello de desenvoltura bajo la máscara que lo cubría. Fueron momentos maravillosos.

Durante la ausencia de Philippe y Claude cené con el conde y Geneviève. La conversación era animada y Geneviève nos miraba con una especie de asombro; pero toda tentativa para inducirla a hablar contaba con poco éxito. Al igual que su madre, parecía tener miedo del conde.

Una noche, cuando bajábamos a cenar, nos dimos cuenta de que el conde no estaba. No había dejado recado alguno y después de esperar veinte minutos nos sirvieron la cena, que consumimos solas. Me sentía intranquila. Le imaginaba herido o quizá algo peor, en mitad de algún bosque. Si alguien había intentado ya matarlo y no lo consiguió, ¿no era probable que repitiera su tentativa?

Traté de comer disimulando una ansiedad que Geneviève no compartía, y me alegré de poder retirarme a mi cuarto y estar sola.

Me puse a pasear y luego me senté ante la ventana. Pero era imposible dormir. Incluso tuve la descabellada idea de ir a la cuadra y sacar un caballo para recorrer los alrededores en su busca. Aunque, ¿cómo hacerlo en plena noche, y qué derecho tenía yo de meterme en sus asuntos?

Recordé de pronto que el conde sólo se comportaba amablemente conmigo desde que sufrió su herida. Caí en la cuenta entonces de que en realidad no había hecho otra cosa que valerse de mí mientras se recobraba del accidente, confinado en el castillo; utilizarme como sustituta de sus amistades habituales. ¿Cómo no me había dado cuenta hasta entonces?

Me dormí siendo ya de día. Cuando la sirvienta entró con el desayuno la miré, disimulando mi temor por si traía malas noticias. Pero estaba tan tranquila como de costumbre.

Descendí a la galería, sintiéndome cansada y sin ganas de trabajar; pero había llegado a la conclusión de que de haber sucedido algo ya me habría enterado. No transcurrió mucho tiempo antes de que el conde entrara. Cuando lo vi me sobresalté ligeramente y él me miró con expresión extraña. Sin pensarlo le dije:

—¡Oh! ¿De modo que está usted bien?

Tenía un rostro inexpresivo pero me miraba con fijeza.

—Lamento que no me fuera posible cenar con ustedes anoche.

—¡Oh! Pregunté... pero...

¿Qué me estaba sucediendo? Tartamudeaba como esas niñas estúpidas a quienes tanto despreciaba. Continuó mirándome y noté que había observado en mi rostro las señales de la mala noche pasada. ¡Qué tonta fui! ¿Acaso esperaba que me diera explicaciones cuando salía para visitar a alguien? Desde luego que no. Sólo había permanecido en el castillo el tiempo necesario para

recuperarse del accidente.

—Tengo la sensación de que se preocupa usted por mi seguridad —dijo.

¿Conocía mis propios sentimientos tanto o mejor que yo misma?

—Dígame —continuó—. ¿Me imaginaba con una bala en el corazón... o en la cabeza? Porque me parece que usted cree que tengo una piedra en lugar de corazón, lo cual, hasta cierto punto, no deja de ser una ventaja, ya que una bala no puede atravesar una piedra.

Comprendí que de nada hubiera servido negar mi preocupación, de modo que la admití tácitamente al responder:

—Como ya le han disparado una vez, era natural imaginar que pudiera suceder de nuevo.

—Hubiera sido demasiada coincidencia, ¿no cree? Un cazador que perseguía a una liebre mató por accidente a mi caballo. Pero estas cosas sólo pueden suceder una vez en la vida. Y usted espera que se repita en sólo unas semanas.

—Quizá la teoría de la liebre no sea adecuada.

Se sentó en el sofá bajo la pintura de su antecesora y me miró mientras yo seguía en mi taburete.

—¿Está cómoda ahí, mademoiselle Lawson?

—Sí, gracias —respondí, notando cómo la alegría volvía a mi ser; todo era otra vez amable. Sólo sentía un temor. ¿No me estaría traicionando yo misma?

—Hemos hablado de pinturas, de viejos castillos, de familias antiguas y de revoluciones, pero nunca de nosotros mismos —me dijo casi con afabilidad.

—Estoy convencida de que los temas mencionados son más interesantes de lo que pueda serlo yo.

—¿Lo cree así?

Me encogí de hombros, costumbre que había adquirido, y que era un buen sistema para eludir respuestas difíciles.

—Todo cuanto sé es que su padre murió y que usted ocupó su sitio.

—Poco más hay que explicar. Mi vida es como muchas otras en mi clase y circunstancias.

—¿Por qué no se ha casado?

—Podría contestarle lo que la lechera inglesa: «Porque nadie me ha pedido en matrimonio, señor».

—Es extraordinario. Estoy convencido de que sería usted la excelente esposa de un hombre afortunado. Imagínese lo útil que podría resultar a su cónyuge. Sus pinturas estarían siempre en perfectas condiciones.

—¿Y si no tuviera pinturas?

—Estoy convencido de que usted remediaría rápidamente esa omisión.

No me gustaba el tono ligero que adoptaba su charla. Pensé que se estaba burlando de mí. Y teniendo en cuenta mis nuevas emociones no me gustaba semejante sarcasmo.

—Me sorprende que sea usted partidario del matrimonio —dije. Pero en seguida me arrepentí de mis palabras. Sonrojándome añadí—: Lamento...

Sonrió. Toda traza de humor había desaparecido de su rostro.

—Y a mí no me sorprende que usted se sorprenda. Dígame, ¿qué significa esa D? Porque usted se llama D. Lawson. Me gustaría saberlo.

Le expliqué lo de que mi padre se llamaba Daniel y mi madre Alice, y que la combinación de ambos era el origen de mi nombre: Dallas.

—¡Dallas! —exclamó—. ¿Por qué sonríe?

—Por el modo en que ha pronunciado mi nombre con el acento en la última sílaba. Nosotros lo ponemos en la primera.

Lo dijo otra vez, sonriendo de nuevo.

—¡Dallas! ¡Dallas!

Me pareció que le gustaba repetirlo.

—También el suyo es poco corriente.

—Mi familia lo viene usando desde hace varios siglos... desde el primer rey de los francos. Hemos de estar a tono con la realeza, ¿comprende? De vez en cuando hubo Luises, Charles o Henris, pero hay que tener también Lothairs. Y ahora, permítame comprobar hasta qué punto pronuncia usted mal mi nombre.

Lo hice así y se echó a reír, pidiendo que lo repitiera.

—Muy bien, Dallas —declaró—. Pero ¿es que usted todo lo hace bien?

Le hablé de mis padres y de cómo había ayudado a papá en su tarea. Quizá de todo aquello se desprendiera que semejante ambiente había dominado mi vida hasta el punto de hacerme olvidar el matrimonio, porque así lo indicó al comentar:

—Quizá de este modo sea mejor para usted. Muchos solteros lamentan no haberse casado; pero muchos casados lamentan haberse unido para siempre a una mujer. Les gustaría retroceder en el tiempo y haber obrado de otro modo, pero ¡la vida es así!

—Y así debe ser.

—Fíjese en mí; me casé a los veinte años con una mujer joven que yo no había escogido. En nuestras familias se obra de este modo, ¿comprende?

—Sí. A veces, tales matrimonios son afortunados. ¿Lo fue el suyo? —pregunté casi en un susurro.

No contestó, y yo añadí rápidamente:

—Lamento ser indiscreta.

—No, no. Es mejor hablar claro.

Me pregunté el motivo de aquellas palabras y mi corazón empezó a latir con fuerza.

—Mi matrimonio no fue un éxito. Me considero incapaz de portarme como un buen marido.

—Cualquier hombre puede ser buen marido..., si lo desea.

—Mademoiselle Lawson, ¿cómo es posible que un hombre egoísta, intolerante, impaciente y donjuán sea buen esposo?

—Simplemente, dejando de ser egoísta, intolerante, etcétera.

—¿Cree usted que se pueda eliminar tan desagradables cualidades como quien cierra un grifo?

—No. Pero se puede disminuir su virulencia.

Se echó a reír de un modo tan jovial que me consideré una estúpida por haberle dicho aquello.

—¿Le divierten mis respuestas? —pregunté friamente—. Usted ha solicitado mi opinión y yo se la doy.

—Cierto, cierto —respondió—. Me la imagino corrigiendo tales defectos, pero es difícil imaginarla con ellos a cuestas. Ya sabe usted que mi matrimonio terminó de manera desastrosa.

Hice una señal de asentimiento.

—Mi experiencia como marido me ha convencido de que es preciso que abandone para siempre

ese papel.

—Quizá obre usted prudentemente.

—Estaba convencido de que se expresaría así.

Comprendí a qué se refería. Si lo que él sospechaba era cierto y si mis sentimientos se habían hecho demasiado profundos, aquello debería servirme de aviso.

Me sentí humillada y herida, y respondí:

—Estoy muy interesada en algunos muros que he visto en el castillo. Tengo la impresión de que tras la capa de argamasa que los cubre debe haber algunos murales escondidos.

—¿Oh, sí? —preguntó.

Pero no prestaba atención a mis palabras.

—Recuerdo cuando mi padre realizó un milagroso descubrimiento en los muros de una vieja mansión de Northumberland. Era una pintura extraordinaria que llevaba siglos escondida. Estoy convencida de que aquí también las debe haber.

—¿Descubrimientos? —repitió—. ¿De veras?

¿En qué estaría pensando? ¿En su tormentosa vida matrimonial con Françoise? Pero ¿había sido realmente tormentosa? De lo que no cabía duda era de que resultó profundamente desgraciada y escasamente satisfactoria puesto que estaba decidido a no correr otra vez el riesgo de una experiencia semejante.

Noté que una oleada de depresión me invadía. «¿Qué puedo hacer?», pensé. «¿Cómo acabar con esto y regresar a Inglaterra... a una nueva vida sin castillos llenos de secretos y sin un conde al que quisiera devolver la felicidad?».

—Me gustaría examinar minuciosamente esas paredes —indicé.

Cual si quisiera borrar de improviso lo sucedido hasta entonces en el curso de nuestra entrevista, dijo casi con brusquedad:

—Dallas, mi castillo y yo quedamos a su disposición.

## Capítulo 9

Pocos días después, Philippe y Claude volvieron de París, y la efímera intimidad surgida entre el conde y yo desapareció como por ensalmo.

Claude y el conde salían con frecuencia a dar paseos a caballo. A Philippe no le gustaba demasiado cabalgar. A veces, los veía desde la ventana de mi cuarto riendo y charlando y recordaba la conversación que escuché la noche del baile.

Ahora Claude estaba casada con Philippe y su hogar era el castillo. Actuaba como dueña del mismo aunque no fuese la mujer del conde. Pronto me di cuenta del papel verdadero que desempeñaba. Ocurrió al día siguiente de su regreso. Unos quince minutos antes de la cena oí unos golpecitos en la puerta de mi cuarto y me sorprendió ver a la sirvienta trayendo la bandeja porque durante la ausencia de Philippe y Claude había cenado en el comedor, y estaba ya dispuesta para bajar, luego de haberme puesto mi vestido de seda marrón.

Cuando la sirvienta hubo dejado la bandeja sobre la mesita, le pregunté quién le había ordenado traerla.

—La señora —respondió—. Boulanger ordenó a Jeanne retirar el cubierto que había puesto para usted. Y madame indicó que la cena debía servirse aquí. Boulanger respondió que cómo podía saberlo estando en la cocina, y añadió que usted había cenado estos días con el conde y mademoiselle Geneviève. Bueno, ésta ha sido la orden de madame.

Mi mirada resplandeció de cólera, aunque me las compuse para ocultarla a la sirvienta.

Imaginé la consternación del conde al no verme allí.

«¿Dónde está mademoiselle Lawson?», preguntaría.

«He dicho a los sirvientes que le lleven la cena a su cuarto». Respondería Claude. «No es posible invitarla. Ten en cuenta que es sólo una empleada».

Imaginé el rostro del conde oscureciéndose de desprecio hacia aquella mujer y de anhelo por mí.

«¡Qué tontería! Boulanger, ponga un cubierto, por favor. Y vaya en seguida avisar a mademoiselle Lawson y decirle que esperamos nos honre con su presencia».

Pero la comida se iba enfriando en la bandeja y nada sucedía como yo imaginaba. No llegó recado alguno. Lamenté mi estupidez. Aquella mujer era su amante; la había casado con Philippe para tenerla en el castillo sin provocar escándalos, porque era tan prudente como para comprender que no podía permitírselos. Incluso los reyes, en sus castillos, se habían mostrado siempre circunspectos.

En cuanto a mí, no era más que una forastera embebida en su trabajo y con la que resultaba divertido conversar durante un rato cuando uno estaba confinado en el castillo.

Naturalmente, la presencia de tal persona no era necesaria, una vez que Claude, la dueña de la mansión, estaba ya de regreso.

\*\*\*\*\*

Me desperté sobresaltada al darme cuenta de que alguien había entrado en mi cuarto, y me miraba desde los pies de mi cama.

—Señorita —dijo Geneviève acercándose a mí, con una vela en la mano—. He oído cómo

llamaban hace sólo unos minutos. Y usted me dijo que si ocurría viniera a avisarla.

—Geneviève... —balbucí, sentándome en la cama. Los dientes me castañeteaban. Debí haber sufrido una pesadilla segundos antes de aquel brusco despertar.

—¿Qué hora es?

—La una. Lo he oído. Tap... tap... Y tengo mucho miedo. Usted me dijo que iríamos a investigar... las dos juntas.

Me puse las zapatillas y la bata.

—Deben ser imaginaciones tuyas, Geneviève.

—Igual que las otras veces, tap, tap, como si alguien intentara avisarme de algo.

—¿Dónde?

—Venga a mi cuarto. Se oye perfectamente.

La seguí hasta la sala de estudios, que se encontraba en la parte más antigua del castillo.

—¿Has despertado a Nounou? —pregunté.

Movió la cabeza negativamente.

—Nounou nunca se despierta. Dice que en cuanto cae dormida es como si estuviera muerta.

Fuimos al cuarto de Geneviève y escuchamos. Reinaba un profundo silencio.

—Espere un poco, señorita —rogó—. A veces se para, pero después continúa.

—¿De qué dirección viene?

—No lo sé. Me parece que de abajo.

Las mazmorras se encontraban en aquella parte del edificio. Geneviève debía saberlo, y teniendo en cuenta su imaginación, no era extraño que sufriera tales alucinaciones.

—Volverá a oírse en seguida. Estoy segura —me dijo—. Oiga, parece que...

Permanecíamos sentadas en medio de una gran tensión. Un pájaro cantó en los limoneros.

—Es una lechuza —dije.

—Desde luego. ¿Cree que no lo sé? Oiga, oiga.

Y entonces yo también oí unos golpecitos, al principio suaves y luego más fuertes.

—Es abajo —dije.

—Señorita... usted me aseguró que no tendría miedo.

—Iremos a comprobar lo que sucede.

Tomé la vela y la precedí por la escalera que conducía hacia los pisos inferiores.

La confianza de Geneviève en mi valor personal me confería nuevos ánimos. Me hubiera sentido muy temerosa caminando por el castillo a solas en plena noche.

Habíamos llegado a la puerta de la galería de armas, y nos detuvimos para escuchar. Pudimos oír el ruido con toda claridad. No estaba segura de lo que era, pero noté cómo se me ponía la carne de gallina. Geneviève me apretó el brazo y a la luz de la vela pude ver la expresión horrorizada de sus ojos. Iba a decir algo, pero la disuadí con un movimiento de cabeza.

El sonido se oyó otra vez. Sentí el deseo incontrollable de dar media vuelta y echar a correr hacia mi cuarto.

Y estaba segura de que Geneviève pensaba igual. Pero como ella no esperaba semejante comportamiento de mí, no era posible decirle que yo también sentía temor, que estaba bien ser atrevido a plena luz, y una cosa muy distinta penetrar en las mazmorras de un viejo castillo a medianoche.

Señaló la escalera de caracol y yo me recogí las faldas sosteniéndolas con la misma mano con la que llevaba la vela, porque la otra la necesitaba para aferrarme a la barandilla. Y de este modo empezamos a bajar.

Geneviève iba tras de mí. De pronto tropezó y de no ser porque le serví de sostén, hubiera rodado por las escaleras. Dejó escapar un leve grito, pero en seguida se llevó las manos a la boca para sofocarlo.

—No me pasa nada —murmuró—. Me he pisado la bata.

—Por lo que más quieras, procura no caerte.

Hizo una señal de asentimiento, y por unos segundos permanecemos en la escalera de caracol intentando calmarnos; pero el corazón me latía fuertemente y sabía que a Geneviève le pasaba lo mismo. En cualquier momento podía indicarme: «Volvamos; no hay nada». Y a mí me alegraría mucho obedecerla.

Pero su persistente fe en mi entereza la impidió pronunciar tales palabras.

Reinaba un completo silencio. Me recliné contra el muro sintiendo la frialdad que penetraba por mis ropas, contrastando con la mano caliente de Geneviève aferrada a mi brazo. La jovencita no me miraba.

Me dije que todo aquello era absurdo. ¿Qué hacíamos vagando por el castillo en plena noche? ¿Y si nos descubriera el conde? ¡Vaya papel que representaríamos! Lo más prudente era volver en seguida a nuestras habitaciones, y a la mañana siguiente dar cuenta de lo que habíamos oído. Pero si obraba así, Geneviève creería que tenía miedo, en lo cual desde luego no se hubiera equivocado. Si no continuaba, me perdería aquel respeto que a mi modo de ver era origen de mi relativa autoridad sobre ella y que era preciso conservar a toda costa si quería verla abandonar las obsesiones que la obligaban a actuar de manera tan extraña.

Me levanté un poco más las faldas para bajar mejor la escalera, y cuando llegamos al fondo empujé la puerta claveteada de hierro que conducía a las mazmorras. La oscura caverna se abrió ante nosotros y su visión me hizo sentir renovados deseos de no pasar más adelante.

—El ruido viene de ahí —susurré.

—Oh, señorita... no puedo seguir.

—No tengas miedo. No hay más que las viejas jaulas.

Geneviève me tiraba del brazo.

—Volvámonos, miss.

Desde luego parecía estúpido seguir avanzando con sólo la luz de la vela. El suelo era desigual y el tropezón de Geneviève en la escalera hubiese debido servirnos de advertencia. Allá abajo todo era aún más peligroso. Aquella atmósfera irreal y helada resultaba tan repelente que mi instinto me inducía a volverme.

Levanté un poco la vela y pude ver las paredes húmedas cubiertas de musgo y la profunda oscuridad extendiéndose ante nosotros. Vi dos o tres jaulas con sus gruesas cadenas en las que hombres y mujeres estuvieron prisioneros de los de la Talle.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

Mi voz despertó ecos fantasmales. Geneviève se apretó junto a mí y pude notar que temblaba.

—Aquí no hay nadie, Geneviève.

—Volvámonos, señorita —propuso con presteza.

—Volveremos cuando sea de día —indiqué.

—Sí... sí...

Me había cogido de la mano y tiraba de mí. En aquellos breves segundos me pareció entrever una imagen terrible, como si una sombra me mirase en la oscuridad impulsándome a avanzar... a penetrar en aquella oscuridad hasta llegar a un extraño destino.

—Señorita... vámonos.

Pero la impresión se disipó en seguida. Cuando Geneviève subía la escalera ante mí, me pareció tener los pies de plomo y no poder levantarlos. Casi creí oír rumor de pasos a mi espalda, y sentir cómo una mano helada se posaba sobre mí para atraerme de nuevo hacia las tinieblas. Tenía la garganta apretada y casi no podía respirar. Él corazón me latía fuertemente. La luz de la vela osciló de acá para allá y durante unos segundos pensé, horrorizada, que se iba a extinguir. Parecía como si nunca pudiésemos llegar a la parte superior de la escalera. Sin embargo, sólo estuvimos un minuto en ella. Al llegar arriba me detuve unos instantes, jadeando. Nos encontrábamos ante la puerta donde estaba la trampa de la *oubliette*.

—Vamos, señorita —dijo Geneviève castañeteándole los dientes—. Tengo frío.

Ascendimos los pocos escalones que quedaban.

—Señorita —dijo Geneviève—, ¿me deja quedarme en su cuarto esta noche?

—Desde luego.

—Si regreso al mío... quizá moleste a Nounou.

No le respondí que a Nounou no se la molestaba nunca. La joven había compartido mi miedo y era natural que no quisiera dormir sola.

Permanecí despierta largo rato, repasando en la memoria cada minuto de aquella aventura nocturna.

Me dije que el temor a lo desconocido es herencia de nuestros antepasados salvajes. ¿Qué me asustó cuando estábamos en los calabozos? ¿Los fantasmas del pasado? ¿Algo que sólo existía en una mente infantil?

Sin embargo, al dormirme, mis sueños estuvieron poblados de rumores, y en ellos apareció una joven que no podía lograr su descanso eterno porque murió violentamente y ahora deseaba volver al castillo para explicarme lo sucedido.

Tap. Tap.

Me senté, sobresaltada, en la cama. Era la sirvienta con el desayuno.

Geneviève debió haberse despertado más temprano porque no estaba en mi habitación.

\*\*\*\*\*

A la tarde siguiente volví a bajar a las mazmorras. Había intentado que Geneviève me acompañara, pero no la pude encontrar. Por otra parte sentía un poco de vergüenza por mis terrores de la noche anterior, y deseaba demostrarme que no había nada que temer.

Sin embargo, había oído el ruido de los golpes, igual que Geneviève, y tenía interés en descubrir de qué podía tratarse.

Era un día soleado y bajo aquella fuerte claridad todo tenía un aspecto distinto. Incluso la vieja escalera no estaba completamente a oscuras porque los rayos de luz penetraban por las angostas

troneras. No obstante, el lugar era tenebroso, aunque muy diferente de cuando lo vi a la luz de una vela.

Llegué a la entrada de las mazmorras y me quedé mirando la oscuridad. Incluso en aquel día deslumbrador no era fácil distinguir los contornos. Pero después de que mis ojos se acostumbraron, pude ir distinguiendo los horribles agujeros que ellos llamaban jaulas.

Apenas había entrado en el calabozo cuando la pesada puerta se cerró de improviso tras de mí. No pude reprimir un grito. Una sombra oscura se acercó por detrás y una mano agarró mi brazo.

—¡Mademoiselle Lawson!

Me quedé helada.

El conde estaba junto a mí.

—Yo... yo... Me ha asustado usted.

—Ha cometido una tontería. ¡Qué oscuro está todo con la puerta cerrada! —exclamó.

Lo sentía muy cerca de mí.

—Quise saber quién había aquí —continuó—. Pero debí comprender que era usted. ¡Siempre tan interesada en las cosas del castillo! Y le gusta explorar lugares tan tétricos como éste. Debe resultarle en extremo atractivo.

Me puso una mano sobre el hombro. Si hubiera querido protestar no hubiera podido, porque me sentía dominada por un miedo atroz, incrementado por la ignorancia de su motivo.

Su voz sonó más próxima a mi oído.

—¿Qué quería usted descubrir, mademoiselle Lawson?

—No lo sé. Geneviève oyó ruidos. Anoche bajamos a investigar, y yo le prometí volver aquí de día.

—¿También ella vendrá?

—Quizá.

Se echó a reír.

—¿Ruidos? —preguntó—. ¿Qué ruidos?

—Como si alguien llamara. Geneviève me lo había mencionado. Vino a mi habitación y acordamos que si los oía otra vez bajaríamos a investigar.

—Es fácil descubrir la causa —respondió—. A ciertos insectos les gusta alimentarse del maderamen de este viejo castillo. Siempre los hubo.

—¡Oh...! Comprendo.

—Debió haberse ocurrido. Seguramente también los hay en sus viejas casas inglesas.

—Sí, sí, claro; pero estos muros de piedra...

—Aquí hay mucha madera —respondió, apartándose de mí y dirigiéndose a la puerta para abrirla. Ahora me era posible ver con mayor claridad los terribles agujeros y cadenas. El conde estaba pálido y su expresión me pareció más velada que de costumbre—. Si hubiera demasiados insectos nos causarían grandes problemas —dijo, haciendo una mueca y encogiéndose de hombros.

—¿Tendrán que investigarlo?

—Sí; con el tiempo —respondió—. Después de terminada la vendimia. De todos modos, tardarán mucho en hacer daño. Hace sólo un decenio que se llevó a cabo una revisión general. No creo que debamos preocuparnos mucho.

—¿Pensó que valía la pena echar una ojeada? —pregunté.

—No —respondió—. La vi bajar la escalera y la he seguido. Me dije que quizá hubiese realizado algún descubrimiento.

—¿De qué clase?

—Tal vez alguna obra de arte escondida. ¿Recuerda lo que me dijo?

—Sí, pero ¿aquí, en este lugar?

—Nunca se sabe dónde estará un tesoro.

—Desde luego.

—Por el momento no diremos a nadie lo de esos ruiditos —me indicó—. No quiero que se entere Gautier. Haría venir a los expertos en seguida y más vale esperar hasta después de la vendimia. No puede imaginar, mademoiselle Lawson, la febril actividad que se apodera de todos en esa época, aunque ya tendrá ocasión de verlo. Y en tales días es mejor dejar en paz al castillo.

—¿Puedo contar a Geneviève lo que opina usted de esos golpes?

—Sí, dígaselo. Y aconséjela que duerma y que no se preocupe.

—Así lo haré —prometí.

Subimos juntos la escalera y como siempre que iba en su compañía mis sentimientos adoptaron formas muy diversas. Había sido atrapada espiando, pero por otra parte me sentía contentísima por haber podido hablar de nuevo con el conde.

\*\*\*\*\*

Cuando, al día siguiente, salimos a caballo Geneviève y yo, expliqué a la joven lo que había sucedido.

—¡Insectos! —exclamó—. Son casi tan malos como los fantasmas.

—¡Qué tontería! —respondí riendo—. Se trata de seres tangibles que pueden ser destruidos.

—¡Si no son ellos los que destruyen las casas! ¡Uf! No me gusta la idea de sufrir a esos bichos. Pero ¿por qué hacen tanto ruido?

—Golpean la madera para atraer a sus parejas.

Aquello hizo reír a Geneviève, y nos pusimos muy alegres. Noté que se sentía aliviada.

Era un día muy hermoso. Habían estado cayendo chubascos intermitentes durante toda la mañana, y la hierba y los árboles despedían un intenso y fresco aroma.

Las vides, que habían sido enérgicamente podadas, despojándolas de casi un noventa por ciento de su follaje, tenían un aspecto muy bonito y saludable. Sólo las más robustas sobrevivían, dentro de un espacio suficiente para absorber la claridad solar y dar unos racimos dulces que produjeran el auténtico vino del castillo.

De pronto, Geneviève dijo:

—Me gustaría que cenara con nosotros, señorita.

—Gracias, Geneviève —le respondí—, pero no puedo acudir si no me invitan, y de todos modos estoy perfectamente cenando en mi habitación, sola.

—Papá y usted solían charlar con frecuencia.

—Sí.

Se echó a reír.

—Preferiría que ella nunca hubiera llegado al castillo. No me gusta. Y creo que tampoco yo le

gusto a ella.

—¿Te referías a tu tía Claude?

—Sabe usted muy bien a quién me refiero. Por otra parte, no es mi tía.

—Te será más fácil llamarla así.

—¿Por qué? No es mucho mayor que yo. Todos parecen olvidarse de que he crecido. Vayamos a Maison Bastide y veamos qué hacen por allí.

Su cara, que acusaba profundo disgusto al hablar de Claude, cambió ante la perspectiva de ir a casa de los Bastide, y como yo temía sus repentinos cambios de humor, me sentí aliviada al dirigir a Bonhomme hacia la casa.

Encontramos a Yves y a Margot en el jardín. Llevaban cestos y se agachaban examinando el sendero mientras cantaban con sus voces infantiles o se gritaban el uno al otro.

Atamos los caballos al poste y Geneviève corrió hacia los niños, preguntándoles qué hacían.

—¿No lo adivinas? —inquirió Margot, que se encontraba en ese punto de la vida en que uno se inclina a considerar muy ignorantes a todos cuantos no saben determinada cosa.

—¡Caracoles! —exclamó Geneviève.

Yves la miró sonriendo y le mostró el cesto en el que había muchos de ellos.

—Vamos a comérmolos —explicó.

Incorporándose empezó a bailar y a cantar:

*C'était un petit bonhomme luron*

*C'était un petit bonhomme*

*Qui allait a Montbron...*

—¡Mira éste! —gritó—. Jamás irá a Montbron. Ven, mon petit bonhomme. —Sonrió a Geneviève—. Vamos a comernos estos caracoles. La lluvia los ha hecho salir. Toma un cesto y ayúdanos.

—¿Qué cesto? —preguntó Geneviève.

—Jeanne te dará uno.

Geneviève corrió hacia la parte posterior de la casa y rodeándola entró en la cocina, donde Jeanne estaba ocupada preparando un pot-au-feu. Apenas llegar allí, la joven experimentaba un cambio radical.

Yves balanceó el cuerpo.

—Tiene usted que venir a la comida, miss Dallas —dijo.

—¡Pero si aún faltan dos semanas! —exclamó Margot.

—Los guardamos dos semanas y luego se los prepara con ajo y perejil. —Yves se pasó las manos por el estómago, como si disfrutara de antemano—. ¡Son deliciosos!

Empezó a entonar de nuevo su canción de los escargots mientras Geneviève volvía con el cesto y yo entraba en la casa para hablar con madame Bastide.

\*\*\*\*\*

Dos semanas más tarde, cuando los caracoles estuvieron en las condiciones adecuadas, Geneviève y yo fuimos invitadas a Maison Bastide. Su costumbre de convertir en fiesta cualquier pequeño episodio era encantadora, y resultaba muy agradable para los niños. Pensé que la idea era excelente porque Geneviève disfrutaba mucho, y cuando se sentía feliz su conducta mejoraba a ojos vistas, como si realmente le interesara complacer a los demás. Pero cuando emprendíamos el camino nos cruzamos con Claude, quien al parecer venía de las viñas. Yo la vi antes que ella a nosotras. Tenía el rostro sonrojado y parecía meditabunda. Su belleza me sorprendió. Al vernos cambió en seguida de expresión.

Nos preguntó dónde íbamos y le dije que estábamos invitadas en casa de los Bastide.

Cuando Claude continuó su paseo, Geneviève dijo:

—Le hubiera encantado prohibírnoslo. Se cree el ama del castillo, pero no es más que la esposa de Philippe. Se porta como...

Entorné los ojos y me dije: «Esta joven es mucho menos inocente de lo que parece. Sabe perfectamente cuáles son las relaciones que existen entre esa mujer y su padre». Pero no dije nada, y continuamos hasta Maison Bastide.

Yves y Margot, que ya nos esperaban, nos hicieron objeto de una acogida estruendosa.

Era la primera vez que yo comía caracoles y todos se rieron de mis ascos. Estoy convencida de que eran deliciosos, pero no pude tragarlos con el mismo entusiasmo que el resto de los reunidos.

Los niños hablaron de los caracoles y de cómo rezaban a los santos para que mandasen lluvia y los hiciesen salir. Geneviève escuchaba con gran interés, gritando tanto como los demás y cantando con ellos la canción del escargot.

Cuando estábamos a mitad de la comida apareció Jean-Pierre. En aquellos últimos tiempos lo había visto muy poco, por estar sumamente ocupado en los viñedos. Me saludó con su galantería acostumbrada y no pude menos de notar, no sin alarma, el cambio que su presencia provocó en Geneviève: la cual pareció perder de improviso su aire infantil, mientras escuchaba con gran interés todo cuanto él decía.

—Ven a sentarte a mi lado, Jean-Pierre —le invitó. Y sin vacilar acercó una silla a la mesa, introduciéndola entre la suya y la de Margot.

Siguieron hablando de los caracoles, y Jean-Pierre cantó con su hermosa voz de tenor, mientras Geneviève lo miraba con expresión soñadora.

Jean-Pierre notó mi interés e inmediatamente se volvió hacia mí. Geneviève dijo:

—Tenemos insectos en el castillo. Preferiría que fuesen caracoles. ¿Entran en las casas? ¿Hacen ruido con sus conchas?

Trataba desesperadamente de atraer su atención, y lo consiguió.

—¿Insectos en el castillo? —preguntó el joven.

—Sí. Y hacen ruido. La señorita y yo bajamos en plena noche, ¿se acuerda? Llegamos hasta los calabozos. Yo tenía mucho miedo. Ella, no. Nada le da miedo, ¿verdad, señorita?

—Desde luego... si se trata de insectos —respondí.

—Pero no sabíamos que lo eran hasta que papá se lo ha dicho —dijo Geneviève.

—¿Insectos en el castillo? —repitió Jean-Pierre—. ¡Monsieur le Comte estará asustado!

—Jamás lo he visto asustado y menos por una cosa así.

—¡Oh, señorita! —Exclamó Geneviève—. ¿Verdad que era horrible... estar en los calabozos

llevando sólo una vela? Tengo la seguridad de que alguien nos miraba. Lo noté claramente. De veras. —Los niños nos escuchaban con los ojos abiertos de par en par, y Geneviève no pudo resistir la tentación de constituirse en punto central del interés de los demás—. Escuché un ruido —continuó—. Estaba segura de que era el fantasma de algún preso que murió allí, y su alma incapaz de encontrar el descanso...

Observé que se estaba poniendo muy excitada. Una especie de histeria la sobrecogía. Miré a Jean-Pierre y éste hizo una señal de asentimiento.

—¡Vamos! —exclamó—. ¿Quién quiere bailar la marcha de los caracoles? Ya que los hemos comido, tenemos que bailar en su honor. Mademoiselle Geneviève, usted y yo abriremos el baile.

Geneviève se levantó de un salto, con el rostro radiante, y, poniendo su mano sobre la de Jean-Pierre, los dos empezaron a bailar.

Nos marchamos de la Maison Bastide sobre las cuatro de la tarde. Cuando entrábamos en el castillo, una de las criadas se me acercó y me dijo que madame de la Talle quería verme en su boudoir lo antes posible.

Sin esperar a cambiarme me dirigí hacia allá en seguida.

Llamé a la puerta del dormitorio y oí su voz algo apagada rogándome que entrase. Así lo hice; pero ella no estaba en aquel dormitorio, complicadamente amueblado con su cama con dosel y sus cortinajes azules, sino en una estancia contigua.

Vi una puerta abierta y a través de la misma salió su voz, diciéndome:

—Pase, pase, mademoiselle Lawson.

El boudoir era un cuartito de la mitad del tamaño del dormitorio, adornado con un gran espejo, una bañera, tocador, sillas y un sofá. El ambiente estaba impregnado de fuerte olor a esencia. Madame de la Talle yacía reclinada sobre el sofá envuelta en una bata azul celeste y con el pelo rubio cayéndole sobre los ojos.

Aunque a regañadientes, hube de admitir que tenía un aspecto muy bello y seductor.

Se contempló un pie desnudo que surgía por debajo de la bata.

—¡Oh!, mademoiselle Lawson. Acaba usted de llegar, ¿verdad? ¿Estuvieron con los Bastide?

—Sí —repuse.

—Desde luego, no tengo inconveniente en que sea usted amiga de los Bastide.

Puse cara de asombro y ella añadió con una sonrisa:

—No, desde luego. Ellos fabrican nuestro vino y usted limpia nuestras pinturas.

—No veo ninguna relación.

—Pues yo creo lo contrario, mademoiselle Lawson. Piense un poco en ello. Pero, en cuanto a Geneviève, estoy segura de que monsieur le Comte no desea verla tan íntimamente relacionada con... sus sirvientes.

Estaba a punto de protestar, pero continuó rápidamente con una nota casi afable en su voz, como si pretendiera que todo aquello resultase lo más fácil posible para mí.

—Aquí protegemos a nuestras jóvenes mucho más que en Inglaterra. Y no nos parece adecuado que se mezclen demasiado libremente con quienes no pertenecen a su misma clase. En ciertas circunstancias, puede provocar... complicaciones. Estoy segura de que me entiende.

—¿Sugiere usted que debo impedir toda visita de Geneviève a los Bastide?

—¿No está de acuerdo en que es poco correcto?

—Sin duda, quiere cargarme con un peso superior a mis fuerzas. No puedo oponerme. Pero será mejor decir a Geneviève que venga a hablar con usted para que la ponga al corriente de sus deseos.

—Usted la ha acompañado a casa de esa gente. Debido a su influencia...

—Yo no puedo contrariarla. Le diré que desea hablar con ella —repetí. Y sin añadir nada más, me marché.

\*\*\*\*\*

Me había retirado a mi habitación y estaba acostada, cuando empezó el alboroto.

Sonaban gritos penetrantes de temor y de cólera. Poniéndome la bata, salí al corredor. Alguien protestaba ruidosamente, y en seguida escuché la voz de Philippe.

Mientras estaba a la puerta de mi cuarto, vacilante y sin saber qué hacer, una de las criadas llegó corriendo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¡Que hay caracoles en la cama de madame!

Volví a mi habitación y me quedé pensativa. ¿De modo que aquélla era la venganza de Geneviève? Sin duda se había tomado la reprimenda con cierta displicencia, mientras planeaba la travesura. Aquello traería complicaciones.

Me acerqué a su habitación y llamé suavemente a la puerta. No oyendo respuesta, entré y la encontré tendida, fingiendo dormir.

—No disimules —le dije.

Abrió un ojo y se puso a reír.

—¿Ha oído los gritos, señorita?

—Yo creo que los ha oído todo el mundo.

—¡Imagine la cara que habrá puesto al verlos!

—No le habrá parecido muy divertido, Geneviève.

—¡Pobrecilla! Siempre me ha dado pena la gente sin sentido del humor.

—Pues yo lo siento por quienes gastan bromas pesadas de las que luego sufrirán las consecuencias. ¿Cuál crees que será el resultado de todo esto?

—Aprenderá a ocuparse de sus cosas, y a no meterse en las mías.

—A lo mejor no sucede como tú te imaginas.

—¡Oh, basta! Es usted tan mala como ella. Claude también intenta impedir que vea a Jean-Pierre y a la familia Bastide, pero no lo conseguirá, se lo aseguro.

—Si tu padre te lo prohíbe...

Alargó el labio inferior.

—Nadie impedirá que vea a Jean-Pierre ni a los demás.

—Esta jugarreta de los caracoles no va a ayudarte mucho.

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí.

—¿Ha oído cómo gritaba? Seguro que tuvo un miedo espantoso. Le ha estado bien empleado.

—¿Crees que lo dejará pasar sin más ni más?

—¡Que haga lo que quiera! Yo haré lo que me parezca.

Comprendí que de nada iba a servir continuar la conversación, así es que me marché. Pero empezaba a alarmarme, no sólo por su conducta imprudente, que estaba segura le iba a dar más de un disgusto, sino por su creciente obsesión con Jean-Pierre.

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente estaba en la galería cuando entró Claude. Llevaba un vestido de montar azul oscuro y un sombrero del mismo color, bajo el cual sus ojos resplandecían profundamente. Comprendí que estaba muy enfadada, pero que trataba de disimularlo.

—Anoche sucedió una cosa muy desagradable —dijo—. Quizá esté usted enterada de ello.

—Sí, he oído algo.

—Los modales de Geneviève son deplorables. Aunque no me extraña, considerando las compañías que frecuenta.

Enarqué las cejas.

—Y también creo, señorita Lawson, que hasta cierto punto tiene usted la culpa. Estará de acuerdo conmigo en que desde que vive en esta casa, Geneviève se ha hecho amiga de los campesinos.

—Dicha amistad nada tiene que ver con sus malos modales. Éstos ya eran deplorables cuando llegué.

—Estoy convencida de que no ejerce usted una influencia sana sobre ella. Por esta razón le ruego que nos deje.

—¿Que me despide usted?

—Sí; será lo mejor. Diré que le paguen lo que se le debe, y quizá mi marido la ayude a encontrar otro trabajo. Pero no quiero discusiones. Salga del castillo en un plazo de dos horas.

—¡Pero esto es absurdo! No he terminado mi trabajo.

—Ya encontraremos quien lo termine.

—No es posible. Yo utilizo métodos propios. No puedo dejar esta tarea sin acabar.

—Soy la dueña aquí, mademoiselle Lawson, y le digo que se vaya.

¡Qué segura estaba de sí misma! Pero ¿tenía motivos para ello? ¿Había influido en el conde hasta tal punto? ¿Sólo le era preciso pedir un favor para que se lo concedieran? Resultaba bien claro que era así, y que tenía la completa confianza en que el conde no le iba a negar nada.

—Fue el conde quien me empleó —le recordé.

Frunció los labios y dijo:

—Muy bien. Y él será quien le dé la orden de irse.

Noté cómo un temor frío se apoderaba de mí. Aquella mujer debía tener razones muy poderosas para obrar con semejante aplomo. Quizá había ya discutido el asunto con el conde. Tal vez le pidió que me despidiera, y deseo de complacerle le garantizó el deseo. Intenté ocultar mis temores mientras la seguía hasta la biblioteca.

Abrió la puerta bruscamente y llamó:

—¡Lothair!

—¿Qué quieres, Claude querida? —preguntó él.

Se había levantado de la silla y avanzaba hacia nosotras. De pronto me vio, y durante medio segundo permaneció indeciso. Luego me saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Lothair —dijo Claude—. Acabo de comunicar a mademoiselle Lawson que no puede continuar en esta casa. Rehúsa aceptar el despido de mí, y la traigo para que tú se lo digas.

—¿Qué he de decirle? —preguntó el conde, mirando el rostro colérico de Claude y notando luego mi expresión desdeñosa. Me di cuenta de lo bella que estaba la joven en aquellos momentos. La cólera sonrojaba sus mejillas, poniendo aún más de relieve el azul de sus pupilas y la blancura de sus dientes perfectos.

—Geneviève ha puesto caracoles en mi cama. ¡Es horrible!

—¡Cielos! —Exclamó él, conteniendo la respiración—. ¿Qué sacará con hacer esas bromas estúpidas?

—A ella le parecen divertidas. Tiene unos modales detestables. Pero ¿qué puede esperarse...? ¿Sabes que sus mejores amigos son los Bastide?

—No lo sabía —respondió el conde.

—Pues así es. Siempre está en su casa. Me ha dicho que los demás no le importamos. Que no somos agradables, ni divertidos, ni listos como su buen amigo Jean-Pierre. Sí; es su mejor amigo, aunque adora a la familia entera. ¡Los Bastide! Ya sabes a quién me refiero.

—Sí; a los mejores vinicultores del distrito —dijo el conde.

—La hija tuvo que casarse a toda prisa, hace algún tiempo.

—No es cosa rara en esta comarca, Claude, te lo aseguro. Y el estupendo Jean-Pierre es un sujeto muy alegre.

—¿Permites que tu hija se comporte como una villana... y que quizá dentro de poco tenga que... salir como pueda de alguna situación... difícil?

—Te excitas demasiado, Claude. Geneviève no hará nada que no deba. Pero ¿qué tiene esto que ver con mademoiselle Lawson?

—Fue ella quien fomentó dicha amistad. Quien acompaña a Geneviève a casa de los Bastide. Es amiga de la familia, lo cual nada me importa; pero ha introducido a Geneviève en ese círculo, y por eso debe marcharse.

—¿Marcharse? —Preguntó el conde—. ¡Pero si aún no ha terminado las pinturas! Además, estuvimos hablando de unos paneles...

Claude se acercó a él, aproximando a su cara aquellos maravillosos ojos azules.

—Lothair —dijo—, te ruego que me escuches. Piensa en Geneviève.

Él me miró por encima del hombro de Claude.

—¿No dice usted nada, mademoiselle Lawson?

—Lamentaría dejar esas pinturas sin terminar.

—Sí, sería inconcebible.

—¿Significa esto... que te pones de su lado? —preguntó Claude.

—No veo qué beneficio puede ocasionar la partida de mademoiselle Lawson, lo que por otra parte perjudicará en extremo mis pinturas.

Claude retrocedió, y por un momento pensé que le iba a pegar; pero en vez de ello pareció reprimir las lágrimas y, dando media vuelta, salió de la habitación.

—Está muy enfadada con usted —le dije.

—¿Conmigo? Creí que era con usted.

—Bueno, con los dos.

—Geneviève ha vuelto a portarse mal.

—Fue porque le prohibieron ir a casa de los Bastide.

—¿Y usted la llevó?

—Sí.

—¿Le parece prudente?

—Sí. Necesita codearse con gente joven. Una niña de su edad ha de tener amigos. El carecer de ellos le ocasiona cambios de carácter... la incita a cóleras, a rabietas y a gastar bromas pesadas.

—Comprendo. ¿Fue idea suya el proporcionarle dicha compañía?

—Sí. ¡La he visto tan feliz en casa de los Bastide!

—¿También usted lo es?

—Sí. Me gusta mucho su compañía.

—Jean-Pierre tiene reputación de... muchacho galante.

—¿Y quién no la tiene? La galantería forma parte de este país... igual que las vides.

La compañía del conde me intranquilizaba. Comprendí que era preciso descubrir sus verdaderos sentimientos hacia mí y compararlos con los que sentía hacia Claude.

—He estado pensando —dije— que sería mejor que me marchase. Podría irme dentro de... dos semanas. Por entonces estarán terminadas las pinturas, y esto satisfará a madame de la Talle. En cuanto a Geneviève, como no podrá ir sola a casa de los Bastide, el asunto quedará solucionado satisfactoriamente.

—No puede arruinarse la propia vida por culpa de otros, mademoiselle Lawson.

Me eché a reír y él también.

—Por favor —dijo—, no vuelva a hablar de abandonarnos.

—Pero madame de la Talle... —empecé.

—Tengo que hablar con ella.

Me miró y por un maravilloso instante pareció como si una máscara le cayera del rostro. Vino a ser cual si me dijese que no podía prescindir de mí, del mismo modo que yo no podía soportar la idea de marcharme.

\*\*\*\*\*

Cuando volví a ver a Geneviève observé que fruncía los labios con irritación. Me dijo que odiaba a todo el mundo, pero muy particularmente a la mujer que se había convertido en su tía Claude.

—Ha vuelto a prohibirme que vaya a Maison Bastide, señorita. Y esta vez papá la apoyó. Me dijo que no lo hiciera sin su permiso, y esto significa no volver más por allí, porque nunca me lo dará.

—Quizá te lo conceda, si...

—No; Claude le ha dicho que no, y él siempre hace lo que ella quiere. Es extraño que pueda dejarse influir por otra persona, pero por lo visto ocurre así.

—No creo que esta situación dure demasiado.

—Usted no sabe nada, señorita. A veces creo que sabe muy pocas cosas, aparte de hablar inglés y de ser institutriz.

—Pues las institutrices han de saber mucho si quieren desempeñar bien su tarea.

—No cambie de tema, señorita. Aborrezco a todos cuantos viven en esta casa. Un día me fugaré.

Algún tiempo después me encontré con Jean-Pierre. Cabalgaba sola, porque Geneviève parecía evitar mi presencia. El joven se acercó, con expresión de extremo placer, como siempre que se encontraba conmigo.

—¡Contemple las vides! —exclamó—. ¿Ha visto cosa igual? Si no surge un contratiempo, este año tendremos un vino digno de ser embotellado con la etiqueta del castillo —añadió rápidamente, cual si quisiera aplacar a alguna divinidad que luego de escucharle desencadenara sus iras contra él.

De pronto, la expresión de su rostro cambió.

—Sólo recuerdo otra ocasión en que pasó una cosa igual —dijo—. Pero quizá este año no esté aquí para ver la vendimia —añadió con expresión de tristeza.

—¿Por qué?

—Hasta ahora son sólo comentarios, pero parece que monsieur le Comte busca a alguien para enviarlo al viñedo de Mermoz, y según se dice yo soy el más indicado.

—¡Partir de Gaillard! Pero ¿cómo es posible?

—Muy sencillo. Trasladándome a Mermoz.

—No lo creo.

—Para Dios y para el conde no hay nada imposible —respondió con expresión colérica—. ¿No se da cuenta, Dallas? Carecemos de importancia para él. Sólo somos peones a los que mover de acá para allá con el único fin de vencer en el juego. No me quiere ver aquí y me enviará a otro lugar del tablero. Resulto peligroso... para monsieur le Comte...

—¿Peligroso? ¿Por qué?

—¿Cómo un pobre peón puede amenazar al rey? Son cosas del juego. No comprendemos hasta qué punto perturbamos o amenazamos la paz de los grandes. Pero cuando les parece, nos eliminan. ¿Comprende?

—Ha sido muy amable con Gabrielle. La ha instalado en Saint-Vallient junto con Jacques.

—Oh, sí, muy amable... —murmuró Jean-Pierre.

—¿Y por qué ha de quererle quitar de en medio?

—Existen varias razones. Quizá porque usted y Geneviève nos visitan.

—Madame de la Talle ha intentado despedirme por el mismo motivo. Llegó incluso a pedírselo al conde.

—¿Y él no lo ha aceptado?

—Desea que acabe mi trabajo de restauración.

—Eso es lo que usted cree, Dallas. Tenga cuidado. Es hombre peligroso.

—¿A qué se refiere?

—Me han dicho que a las mujeres las fascina el peligro. Su esposa, la pobre, fue muy desgraciada. Nadie la quería y desapareció.

—¿Qué intenta insinuar, Jean-Pierre?

—Tenga usted cuidado —respondió—. Mucho cuidado. —Se inclinó y tomándome la mano la besó al tiempo que decía—: Es muy importante para mí.

## Capítulo 10

El ambiente del castillo estaba sumamente enrarecido. Geneviève tenía un aire triste y yo me preguntaba en qué estaría pensando. En cuanto a Claude, se sentía iracunda y humillada porque el conde rehusó cumplir sus deseos, lo que incrementaba su aversión hacia mí.

La defensa de que el conde me hizo objeto debió cobrar algún significado para ella... del mismo modo que lo tuvo también para mí.

Philippe estaba intranquilo. Un día, mientras me hallaba en la galería, entró con aire casi tímido, como si no quisiera que lo descubriesen allí. Me confesó que profesaba tanto miedo a su esposa como al conde.

—Tengo entendido que han existido ciertas discrepancias entre usted y mi esposa. Lo siento. No quiero que se marche, mademoiselle Lawson, aunque aquí, en esta casa... —Se encogió de hombros.

—Creo que es mejor terminar lo empezado.

—¿Cuándo lo terminará...?

—Todavía queda mucho por hacer.

—Cuento conmigo para ayudarla, si es que puedo... Pero, si decide irse, estoy en condiciones de ofrecerle un trabajo similar.

—Lo tendré en cuenta.

Se marchó tristemente y yo me dije: «Lo único que interesa a este hombre es que haya paz. No tiene energías. Quizá por esta razón se encuentre aquí».

Sin embargo, y aunque parezca extraño, existía cierto parecido entre él y el conde. Tenían la voz igual y también las facciones, aunque las de uno expresaran tendencias positivas, y las del otro negativas. Philippe debió haber vivido siempre a la sombra de sus ricos y poderosos parientes. Quizá esto fuera la causa de su carácter tímido, siempre ansioso de tranquilidad. Pero desde el primer momento fue amable conmigo, y creí que ahora deseaba verme fuera sólo porque, de lo contrario, existiría un conflicto perpetuo entre su esposa y yo.

Tal vez valía más que me marchara en cuanto terminase la pintura en la que ahora estaba trabajando. Mi permanencia allí no podía proporcionar satisfacción a nadie. Las emociones que el conde provocaba en mí seguían incrementándose, y las heridas que ocasionara la separación serían más profundas cuanto más tiempo pasara.

Pero, como en mi fuero interno era contraria a aquella decisión, empecé a buscar otra vez la pintura que sospechaba debía existir bajo el encalado, pensando que absorta de nuevo en mi trabajo olvidaría los conflictos que flotaban a mi alrededor, y dispondría de una excusa para seguir en el castillo.

La habitación que atraía mi interés de manera especial era una que daba a la galería. Era pequeña y tenía una ventana encarada hacia el norte, lo que proporcionaba una luz excelente. Por ella se podían contemplar las suaves ondulaciones cubiertas de viñedos que se alejaban en dirección a París.

Recuerdo lo excitado que estaba mi padre en cierta ocasión cuando descubrió una pared parecida a aquella. Me contó que en muchas mansiones inglesas había pinturas murales ocultas bajo capas de encalado, tapadas, quizá, porque estaban en mal estado o porque ya no complacían a sus dueños.

La eliminación de varias capas de encalado resultaba tarea delicada. Yo había visto realizarla a mi padre e incluso le ayudé, puesto que tenía una propensión natural hacia esta clase de trabajos. Quizá

se tratara de un instinto que mi padre poseía y que quizá yo heredé. Apenas hube visto aquel muro, me sentí emocionada y dispuesta a asegurar que tras su blancura se ocultaba algo.

Me puse a la tarea con una espátula, pero no me fue posible desprender la capa superior y, como es lógico, debía insistir con gran delicadeza, ya que un movimiento imprudente podía destruir lo que quizá fuese una pintura de gran valor.

Estuve trabajando tan sólo hora y media. No hubiera sido adecuado prolongar más aquella tentativa, porque se precisaba una gran concentración, y, además, durante aquel tiempo no había descubierto nada que apoyara mi idea. Pero al día siguiente, al apartar un pequeño fragmento de encalado, tuve la seguridad de que había una pintura oculta bajo él. Aquel problema distrajo mi mente de la tensión emocional cada vez mayor que provocaba en mí el ambiente del castillo.

Estaba trabajando en la pared cuando Geneviève acudió a la galería.

—¡Señorita! ¡Señorita! —llamó—. ¿Dónde está?

—Aquí —le contesté.

Al verla entrar corriendo, comprendí que algo grave le pasaba.

—He recibido recado de Carrefour. Mi abuelo está peor y me llama. Venga conmigo.

—Sí, pero tu padre...

—Está fuera, cabalgando con ella. Por favor, señorita, acompáñeme. Si no, tendré que ir con el criado.

Me levanté y le dije que me iba a cambiar de vestido, y que nos encontraríamos en la cuadra diez minutos después.

—No se retrase —me rogó.

Mientras íbamos a caballo en dirección a Carrefour, la joven guardó silencio. Comprendí que temía aquellas visitas, y que al mismo tiempo se sentía fascinada por ellas.

Cuando llegamos a la casa, madame Labisse estaba en el vestíbulo, esperándonos.

—¡Ah!, señorita. ¡Cuánto me alegro de que haya venido!

—¿Está muy enfermo? —pregunté.

—Ha sufrido otro ataque. Maurice lo encontró inconsciente cuando tomaba su desayuno. Ha llegado el doctor, y por indicación suya hemos enviado en busca de mademoiselle.

—¿Es que está... muriéndose? —preguntó Geneviève con voz apagada.

—No lo sabemos, mademoiselle Geneviève. Aún vive, pero está muy grave.

—¿Podemos verle ahora mismo?

—Acompáñenme, por favor.

—Usted también —me indicó Geneviève.

Entramos en la habitación que yo ya conocía. El viejo estaba tendido sobre una colchoneta y, a fin de que estuviera más cómodo, madame Labisse lo había tapado con una manta y había colocado una mesita y sillas en el cuarto. Incluso vi también una alfombra. Pero las paredes desnudas, decoradas sólo con un crucifijo, y el reclinatorio en el rincón continuaban dando a la estancia su aspecto de celda de ermitaño.

El viejo estaba tendido sobre los cojines. Su aspecto era patético, y con los ojos hundidos en profundas cavernas y la piel lacia a ambos lados de su larga nariz de ave de presa.

—Es mademoiselle Geneviève, monsieur —murmuró madame Labisse.

Su cara cobró un poco de expresión, haciéndome notar que había reconocido a la muchacha. Sus

labios se movieron y dijo con voz apenas perceptible:

—Mi nieta...

—Sí, abuelo, aquí estoy.

Hizo una señal de asentimiento y su mirada se fijó en mí, aunque no creo que me viera con su pupila izquierda, que parecía muerta. Tan sólo la derecha conservaba algo de vida.

—Acércate —dijo, y Geneviève obedeció. Pero el viejo me miraba a mí.

—Se refiere a usted —murmuró Geneviève.

Cambiamos de silla y yo ocupé la más próxima al lecho, lo que pareció satisfacerle.

—François —me dijo. Y entonces comprendí que estaba bajo la impresión de creerme la madre de Geneviève.

—Bien, bien —dije a los presentes—; no les importe.

—Ten cuidado —susurró el viejo—. Observa mucho...

—Sí, sí —afirmé para calmarlo.

—Nunca debiste casarte... con ese hombre. Yo sabía... que era un error.

—Sí, sí... —respondí otra vez.

Su rostro se contrajo.

—Debes... él tiene que...

—¡Oh, señorita! —Exclamó Geneviève en voz baja—. No lo puedo soportar. Volveré dentro de un minuto. Su mente está extraviada. No me conoce. ¿Debo quedarme aquí?

Hice un movimiento de cabeza y la jovencita se alejó dejándome en aquella extraña habitación, a solas con el moribundo. Éste, sin duda, había notado la desaparición de Geneviève, y aquello le causó un gran alivio. Pareció hacer un gran esfuerzo al proseguir.

—François... guárdate de él... No le dejes que...

Estaba realizando denodados esfuerzos para que lo entendiera, y por mi parte así lo intentaba, porque estaba hablando del conde. Tenía la sensación de que en aquel cuartito iba a descubrir el secreto de la muerte de François, y deseaba más que ninguna cosa en el mundo demostrar que el conde no había tenido participación en ella.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué he de guardarme de él?

—Tantos pecados... tantos pecados —balbució.

—No debe usted esforzarse —le dije.

—Vuelve acá... deja el castillo. Allí sólo habrá calamidades y desastres... para ti.

El esfuerzo que le costó pronunciar tales palabras pareció dejarle exhausto. Cerró los ojos y yo me sentí temerosa y frustrada, porque creí que iba a contarme algo más positivo.

De pronto abrió los ojos.

—¡Honorine, eres tan bella! Nuestra hija... ¿qué será de ella? ¡Oh... el pecado! El pecado.

El cansancio lo dominaba.

Me dije que se estaba muriendo, y acercándome a la puerta llamé a Maurice.

—El final no está lejos —le dije.

Labisse me miró e hizo una señal de asentimiento.

—Mademoiselle Geneviève debería estar aquí.

—Voy en su busca —dije, alegrándome de escapar de aquella habitación.

Mientras avanzaba por el pasillo, me daba cuenta de la tristeza que lo embargaba todo. La muerte

estaba próxima. Lo percibía con toda claridad. Pero había algo más. Aquella era una casa de la que parecía haberse alejado toda luz, una casa en la que era pecado reír y ser feliz. ¿Cómo pudo la pobre Françoise ser feliz allí? ¡Cuánto la debía alegrar trasladarse al castillo!

Había llegado al pie de la escalera y me detuve, mirando hacia arriba.

—Geneviève —llamé suavemente.

No hubo respuesta. En el rellano existía una ventana cuya luz quedaba casi oculta por causa de unas pesadas cortinas medio corridas ante ella. Imaginé que siempre debieron permanecer así. Me acerqué a la ventana y miré al jardín cubierto de vegetación. Intenté abrir, pero no pude. Debía hacer muchos años que nadie lo había intentado.

Recorrí el jardín con la mirada por si Geneviève estaba en él, pero no pude encontrarla.

La volví a llamar, y al no obtener respuesta seguí subiendo la escalera.

El silencio de la casa me sobrecogía. Pensé que Geneviève se habría ocultado en alguna de las habitaciones superiores a fin de hallarse lejos del cuarto del enfermo. Aborrecía aquellas escenas. Era muy propio de ella escapar de las cosas que consideraba intolerables. Quizá en esto residiera su problema. Debía hacerle comprender que cuando se teme a algo es mejor afrontarlo con valor.

—¡Geneviève! —llamé—. ¿Dónde estás?

Abrí una puerta. Era un dormitorio oscuro, cuya ventana estaba protegida por cortinas como las del rellano. Cerré tras de mí y abrí otra puerta. Aquella parte de la casa no parecía haber sido utilizada en mucho tiempo. Descubrí otra escalera que pensé que llevaría al cuarto de los niños, porque generalmente éstos se encuentran en el piso superior.

Olvidando por unos momentos lo que estaba sucediendo en la habitación de abajo, me puse a pensar en la niñez de Françoise según las notas leídas en los libritos que Nounou había ido enseñándome. Quizá Geneviève había escuchado relatos acerca de la niñez de su madre en la casa y, deseando ocultarse, le pareció que el cuarto de los niños era el lugar más adecuado.

Estaba convencida de encontrarla allí.

—¡Geneviève! —Volví a llamar en voz más alta—. ¿Dónde estás?

Silencio. Sólo el leve eco de mi voz, cuyo eco fantasmal parecía burlarse de mí. Tal vez la joven estaba en aquel lugar, pero no quería descubrirse. Abrí la puerta. Me encontraba en una habitación que, aunque de techo alto y aspecto suntuoso, no era grande. En el suelo había un camastro y vi también una mesa, una silla, un reclinatorio al otro extremo y un crucifijo en la pared. Su aspecto era igual a la del viejo, pero había una determinada diferencia: la única ventana de que disponía la pared estaba protegida por barrotes. La habitación era como una celda de cárcel.

Sentí el impulso de salir de allí a toda prisa, pero la curiosidad me dominaba y avancé hacia el interior. ¿Qué sucedía en aquella casa?, me pregunté. ¿Acaso se regía como un monasterio o un convento? Estaba enterada de que el abuelo de Geneviève lamentó siempre no haber sido monje. Su «tesoro» encerrado en el arcón lo explicaba; el hábito era su posesión más querida. Lo supe al leerlo en el primer librito de Françoise. ¿Y el látigo? Quizá se flagelase o acaso golpeará con él a su esposa o a su hija.

¿Quién había vivido allí? Tal vez alguien se despertó cada mañana para enfrentarse a la ventana con rejas, los muros desnudos, la austeridad total. ¿Lo había deseado así él... o ella... o...?

Noté unas palabras raspadas en la pared. Me acerqué a mirar. «Honorine, la reclusa», decían. ¿De modo que era cierto? Tratábase de una prisión, y allí estuvo detenida una mujer contra su voluntad,

igual que en las mazmorras del castillo.

Escuché rumor de pasos en la escalera y me quedé rígida, esperando. No era el modo de caminar de Geneviève. Alguien se encontraba al otro lado de la puerta. Oía con toda claridad su respirar. Acercándome con rapidez, abrí de improviso.

La mujer me miró con expresión incrédula.

—¡Señorita! —exclamó.

—Estaba buscando a Geneviève, madame Labisse —le dije.

—Oí ruido aquí y me pregunté... Abajo la esperan. El final está cercano.

—¿Y Geneviève?

—Me parece que se ha ocultado en el jardín.

—Lo comprendo —repuse—. A los jóvenes no les gusta la muerte. Creí encontrarla en el cuarto de los niños, que adiviné estaría aquí.

—Se encuentra en el piso bajo.

—¿Y éste...? —empecé.

—Ésta fue la habitación de la abuela de mademoiselle Geneviève.

Miré la ventana enrejada.

—Yo la estuve cuidando hasta que falleció —dijo madame Labisse.

—¿Estuvo muy enferma?

Madame Labisse asintió fríamente. A juzgar por la expresión de su mirada, me juzgaba demasiado preguntona. En el pasado nunca reveló ningún secreto, porque se la pagaba bien para que los guardara; y ahora no iba a poner en peligro su futuro traicionándolos.

—Bueno —dijo—. Mademoiselle Geneviève no se encuentra aquí.

Y volviéndose, desapareció.

No tuve otra alternativa que seguirla.

Tenía razón. Geneviève estaba oculta en el jardín, y no volvió a la casa hasta que su abuelo hubo muerto.

La familia fue a Carrefour para asistir al funeral, que según decían tuvo toda la pompa usual en estas ocasiones. Yo me mantuve al margen. Nounou tampoco fue. Según me dijo, tenía muchos problemas, y cuando ocurría así, lo mejor era tenderse en la cama y reflexionar. Pero, a mi modo de ver, lo que pasaba es que aquella ceremonia hubiera despertado en ella demasiados recuerdos penosos.

Geneviève fue en el mismo coche que su padre, Philippe y Claude. Cuando hubieron partido, me dirigí al cuarto de Nounou. Tal como había supuesto, no estaba en cama. Le dije si podía quedarme y hablar con ella un momento.

El tema de Carrefour y del pasado la fascinaba y la asustaba por partes iguales, lo que la hacía evasiva y, al propio tiempo, interesada.

—No creo que a Geneviève le haya gustado asistir al funeral —dije.

Movió la cabeza.

—Hubiera preferido que no fuera —dijo.

—Pero era necesario. Se ha hecho mayor y no hay que tratarla siempre como a una niña. ¿Qué opina usted? ¿La cree menos inclinada a sus arrebatos? ¿Más tranquila?

—Geneviève siempre ha sido tranquila... —mintió Nounou.

La miré tristemente y ella me respondió con una expresión parecida. Hubiera deseado decirle que era mejor no disimular.

—Cuando estuve en la casa el otro día, vi la habitación de la abuela. ¡Qué extraño! Parecía una cárcel. Y a ella también debió parecérselo.

—¿Cómo lo sabe? —me preguntó.

—Porque ella misma me lo dijo.

Tenia los ojos abiertos de par en par, horrorizada.

—¿Ella misma... se lo ha dicho?

Moví la cabeza.

—No; no ha vuelto de entre los muertos, si es eso lo que supone. Simplemente, escribió en la pared que estaba presa allí. Yo misma lo he visto. «Honorine la reclusa». ¿Estaba realmente encerrada? Usted debe saberlo.

—Estaba muy enferma y tenía que permanecer en aquel cuarto.

—¿Qué albergue más extraño para una enferma, allí en el piso alto! Debía representar mucha molestia para la servidumbre...

—Es usted muy observadora, señorita. Piensa en todo.

—Los criados también debían pensar; pero ¿por qué se consideraba prisionera? ¿Es que no la dejaban salir?

—Estaba enferma —repetió.

—Los enfermos no son presos. Nounou, cuéntemelo todo. Lo creo muy importante... para Geneviève.

—¿Por qué? ¿Adónde quiere ir a parar, señorita?

—Según dicen, comprender una cosa es conocerla. Quiero ayudar a Geneviève; deseo hacerla feliz. Ha tenido una educación muy rara. El lugar en que su madre murió y luego este castillo... Tales cosas impresionan mucho a un niño, sobre todo si es de carácter sensitivo. Quiero que me ayude.

—No haré absolutamente nada en tal sentido.

—Por favor, cuénteme cuanto sepa... Nounou.

—Yo no sé nada... nada...

—Françoise escribió esos libritos, ¿verdad? Pero usted no me los ha enseñado todos.

—No los escribió para que los enseñara.

—Nounou... ¿hay otros... más explícitos?

Suspiró y, tomando la llave que colgaba de una cadenita sujeta a su cintura, abrió el armario. Escogió un librito y me lo entregó. Observé el lugar de donde lo había sacado. Había otro, el último de la fila, y confié en que también me lo entregara. Pero no lo hizo.

—Lléveselo y léalo —dijo—. Pero devuélvame sin falta. Prométame que no lo enseñará a nadie más, y que me lo devolverá.

Se lo prometí.

\*\*\*\*\*

El texto era muy distinto a los anteriores. Las palabras escritas allí indicaban un profundo temor. Françoise sentía miedo de su marido. Conforme iba leyendo, no podía apartar de mí la sensación de

espíar la mente y el corazón de un ser humano desaparecido. El conde tenía mucho que ver con todo aquello. Pero ¿qué pasaría si se enteraba?

Continué leyendo. A cada día que pasaba en el castillo se hacía más necesario para mí conocer la verdad.

*Anoche estuve en cama rogando que no viniera a verme. Una vez escuché pasos, pero era Nounou. Ésta sabe mis sentimientos. No se aparta de mi lado y reza conmigo. Tengo mucho miedo a ese hombre y él lo sabe, aunque no puede comprender la causa. Otras mujeres lo quieren, pero yo le tengo miedo.*

*Hoy he visto a papá. Me miró como suele, cual si quisiera penetrar mi pensamiento; descubrir todos los momentos de mi vida. «¿Cómo está tu marido?», me preguntó. Yo empecé a temblar y a sonrojarme, porque sé lo que piensa. «He oído decir que tiene otras mujeres». Yo no le contesté. Parecía complacido con que ocurriese así. «El diablo se lo llevará, ya que Dios no lo protege», dijo. Sin embargo, parece complacido de que existan otras mujeres y comprendo la causa. Cualquier cosa es preferible a que yo quede manchada.*

*Nounou anda siempre por los alrededores. Está muy asustada. Yo temo que llegue la noche. Me es difícil dormir. Me despierto de pronto sobresaltada, creyendo que hay alguien en mi cuarto. Este matrimonio es muy poco normal. Me gustaría volver a ser niña y a estar jugando en mi habitación. El mejor tiempo que pasé fue antes de que papá me enseñara el tesoro de su arcón. Antes de que mamá muriera. Me hubiera gustado no crecer, pero desde luego no hubiera tenido nunca a Geneviève.*

*Hoy Geneviève ha tenido un raptó de mal humor porque Nounou le dijo que debía quedarse en casa. Padece un ligero resfriado y Nounou se preocupa por ella. Geneviève ha encerrado a Nounou en su cuarto y la pobre esperó pacientemente hasta que di con ella. No quiso traicionar a Geneviève. Las dos tuvimos luego mucho miedo cuando reñimos a la niña, porque ésta se portó de un modo muy salvaje. Cuando dije que me recordaba a su abuela, Nounou estuvo muy disgustada.*

*«No vuelvas a mencionar eso otra vez, Françoise —me dijo—. Nunca. Nunca». Comprendí que se refería a mi comentario de que Geneviève era igual que su abuela.*

*Anoche me desperté sobresaltada. Creí que Lothair estaba en el cuarto. Durante el día había visto a papá, y éste me atemorizó aún más. Pero fue un sueño. No se trataba de Lothair. ¿Por qué había de estar ahí? Sabe muy bien que le aborrezco. Ya no intenta hacerme ver la vida como él quiere. Prefiere huir de mi presencia. Estoy segura. Pero soñé que se encontraba allí, y fue una pesadilla terrible, porque creí que iba a tratarme con crueldad. Afortunadamente, sólo era un sueño. Vino Nounou, que había estado despierta escuchando, y le dije: «No puedo dormir, Nounou. Tengo miedo». Me administró un poco de láudano del que usa para sus dolores de cabeza. Dice que se los quita y la hace dormir. Me lo tomé y*

*dormí, y por la mañana todo me parecía una pesadilla y nada más. Nunca se atreverá a imponerse. No le importo nada. Ya tiene a las otras.*

*He dicho a Nounou que sufría un horrible dolor de muelas y me ha dado láudano. Es un gran alivio saber que cuando no puedo dormir tengo un frasco a mi disposición.*

*Hoy acudió a mi mente una idea repentina. No puede ser verdad, pero a lo mejor, sí. Temo una respuesta afirmativa y, por otra parte, no. No voy a decirlo a nadie, y desde luego tampoco a papá. Se horrorizaría. Aborrece cuanto se refiera a ello, lo que resulta extraño, porque en otros tiempos no debió ocurrir así. No se lo diré a Lothair... a menos que sea absolutamente necesario... ni tampoco a Nounou. Pero ella se enterará más tarde o más temprano. Esperaré y veremos. Quizá sean imaginaciones mías.*

*Geneviève vino esta mañana un poco tarde. Se había dormido. Yo tenía miedo de que algo la hubiese ocurrido. Corrió hacia mí y se echó a llorar cuando nos abrazamos. No podía calmarla. ¡Querida Geneviève! Debería decirselo; pero aún es pronto. ¡Oh, no! Aún no. Todavía no.*

El final había llegado sin que yo pudiera descubrir lo que tanto deseaba; pero me había dado cuenta de una cosa: de que el cuaderno más importante era, sin duda, el último, el que había visto en el armario de Nounou y que ésta no me había entregado. ¿Por qué?

Regresé a su habitación. Estaba tendida en la cama con los ojos cerrados.

—Nounou —le pregunté—. ¿Cuál era el secreto? ¿Qué significaba todo aquello? ¿De qué sentía tanto temor?

—Me duele la cabeza —respondió—. No tiene idea de cómo me encuentro.

—Lo siento. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No. Sólo dejarme en paz.

—Existe un último librito —le indiqué—. El que escribió antes de morir. Quizá la respuesta esté en él...

—No hay nada más —repuso—. ¿Quiere correr las cortinas? La luz me hace daño.

Dejé el cuaderno sobre la mesa junto a su cama, cerré las cortinas y me marché. Era preciso examinar el último librito. Estaba convencida de que me daría la clave de lo que sucedió realmente antes de que muriese François.

\*\*\*\*\*

Durante el día siguiente hice un descubrimiento de tal importancia, que casi olvidé mi deseo de ver el diario.

Había estado trabajando pacientemente en la pared con mucho cuidado, quitando los pedazos de encalado con un fino cortapapeles de marfil, cuando de pronto pude distinguir un poco de pintura. El corazón empezó a latirme con fuerza, y mis dedos se pusieron a temblar. Tuve que dominarme. No

podía perder la calma. Me sentía excitada y desconfiaba de mí misma. Si era verdad que estaba a punto de descubrir un mural —cosa muy posible—, mis manos debían estar absolutamente tranquilas.

Me retiré unos pasos, con la mirada fija en la mágica fracción de lo que creía una pintura. Cubría la misma una capa que iba a ser difícil retirar. El color no aparecía aún claro, pero estaba segura de su presencia.

No quise decir nada hasta tener la evidencia total de que había hecho un descubrimiento valioso.

Durante los días siguientes trabajé de manera casi furtiva, pero conforme la pintura fue surgiendo me sentí más y más segura de que el hallazgo era importante.

Había decidido que el primero en enterarse fuera el conde. A media mañana dejé mis herramientas en la galería y me dirigí a la biblioteca con la esperanza de encontrarlo allí. Pero no estaba, y como había hecho en ocasiones anteriores, toqué la campana, y cuando apareció el sirviente le dije que comunicara a monsieur le Comte que quería hablar con él urgentemente en la biblioteca. Me dijeron que había partido momentos antes hacia las cuadras.

—Pues vaya, por favor, y dígame que quiero verle en seguida.

Una vez sola, me pregunté por qué había sido tan impulsiva. Después de todo, la noticia podía esperar un momento más propicio. A lo mejor el conde no compartía mi emoción, aunque esta eventualidad no era probable. Al fin y al cabo, la pintura había sido encontrada en su casa.

Escuché su voz en el vestíbulo; la puerta de la biblioteca se abrió bruscamente y lo vi frente a mí, mirándome sorprendido. Vestía traje de montar y era evidente que venía de las cuadras.

—¿Qué sucede? —preguntó. Y en aquel momento comprendí que acaso había temido algo respecto a Geneviève.

—¡Un descubrimiento de la máxima importancia! —respondí—. ¿Puede acompañarme unos momentos? Bajo el encalado de la pared existe una pintura... y no tengo duda de que se trata de algo muy valioso.

—¡Oh! —Exclamó, y sus labios traicionaron cierto aire de burla—. Desde luego, vamos en seguida a verla.

—Quizá le haya interrumpido...

—Mi querida mademoiselle Lawson; un descubrimiento de tal categoría ha de ser antepuesto a cualquier otra cosa. Por favor, vamos allá.

Le precedí hasta la habitación que daba a la galería y le enseñé el fragmento expuesto a la luz; no había duda de que se trataba de una mano colocada sobre un terciopelo. En la muñeca destacaban algunas joyas.

—Por el momento, el trabajo está un poco oscuro, porque necesita limpieza. Se trata de un retrato, y por el modo en que la pintura ha sido tratada... y por el pliegue del terciopelo... lo realizó un maestro.

—Usted ve más cosas que yo, mademoiselle Lawson.

—¿No es maravilloso? —le pregunté.

Me miró a la cara y respondió sonriendo:

—Sí; maravilloso.

Me sentía recompensada. Estaba segura de que bajo el encalado de la pared había algo que compensaba mi trabajo de tantas horas.

—Por el momento es poca cosa... —opinó.

—¡Pero está ahí! —repuse—. Debo procurar no excitarme ni impacientarme. Anhele exponer la parte que falta, pero es preciso actuar con suma precaución, asegurarse de que la pintura no va a sufrir daño alguno.

—Le estoy muy agradecido —dijo, poniéndome una mano sobre el hombro.

—Quizá esto logre que no se arrepienta usted de haber confiado sus pinturas a una mujer.

—Sé que es usted una mujer en la que cabe depositar confianza.

La presión de su mano en mi hombro, la expresión de sus ojos algo velados, la alegría del descubrimiento me estaban enervando. «Es el momento más feliz de mi vida», me dije.

—¡Lothair! —era la voz de Claude. La joven nos estaba mirando con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa? Estabas en las cuadras y de pronto desapareces.

Él dejó caer la mano y se volvió hacia Claude.

—He recibido un recado. Un recado urgente. Mademoiselle Lawson acaba de realizar un descubrimiento milagroso.

—¿Cómo? —Se acercó y nos miró a los dos—. ¿Un descubrimiento milagroso? —repetió—. ¿De qué se trata?

—Mira —exclamó el conde—. Acaba de descubrir una pintura... y parece valiosa.

—¿Eso? Sólo es una mancha.

—No lo miras con ojos de artista. Mademoiselle Lawson asegura que es parte de un retrato hecho por un pintor de gran talento, y lo deduce por el modo en que está pintada esa mano.

—¿Olvidas que hemos de salir a dar un paseo a caballo?

—Este descubrimiento hace excusable mi olvido. ¿No le parece, mademoiselle Lawson?

—Estas cosas sólo ocurren en raras ocasiones —repliqué.

—Se nos está haciendo tarde —dijo Claude sin mirarme.

—Ya hablaremos de la pintura en otra ocasión, mademoiselle Lawson —dijo el conde, siguiendo a Claude hacia la puerta. Pero al llegar allí se volvió y me sonrió. Claude observó la mirada que se intercambiaba entre nosotros, y pude notar la intensidad de su disgusto. Había fracasado en su intento de deshacerse de mí, lo que debió representar un gran golpe para su dignidad, teniendo en cuenta lo muy segura que estaba de su poderío. Lo más probable es que me odiara. ¿Por qué tuvo tantos deseos de despedirme? ¿Acaso se sentía celosa?

Aquella idea resultaba más emocionante que cualquier otra de las cosas ocurridas durante la mañana.

\*\*\*\*\*

A partir de entonces trabajé con una intensidad que llegó a parecerme peligrosa; pero al finalizar el tercer día había descubierto diversas partes de aquella figura, que fueron emergiendo centímetro a centímetro. Sin duda alguna, la pintura era de gran valor.

Pero cierta mañana recibí una sorpresa, porque descubrí algo que no pude entender. Era una carta, escrita en la pared. ¿Confirmaría la fecha de la obra? Mis manos temblaban. Quizá hubiera sido mejor detener el trabajo hasta dominar mis nervios, pero era pedir demasiado. Descubrí las letras lie y empecé a rascar cuidadosamente a su alrededor, hasta tener la palabra completa: *oubliez*. Antes de

acabar la mañana, y gracias a una cuidadosa labor, la frase entera quedaba ante mis ojos. *Ne m'oubliez pas*. («No me olvidéis»). Estaba convencida de que fue escrita mucho después de acabarse el retrato.

Debía mostrársela en seguida al conde. Éste acudió y examinamos la pintura juntos. Compartía mi expectación, o por lo menos lo simuló muy bien.

\*\*\*\*\*

La puerta se abrió tras de mí. Yo sonreía mientras con todo cuidado aplicaba el filo del cuchillo al borde de la capa de encalado.

Pensé que el conde se sentía tan emocionado como yo por el descubrimiento, y que le era difícil ocultarlo.

Reinaba un silencio absoluto. De pronto me volví y al instante la sonrisa se borró de mis labios, porque no era el conde, sino Claude, la cual hizo una leve mueca que parecía encubrir cierta turbación, cosa que me resultó difícil comprender.

—Dicen que descubrió usted algunas palabras. ¿Podría verlas? —Se acercó a la pared y fijó la mirada en la pintura, murmurando—: *Ne m'oubliez pas*. —Luego se volvió hacia mí con expresión perpleja—. ¿Cómo sabía usted que esa pintura estaba ahí? —preguntó.

—Quizá se trate de mi instinto.

—Mademoiselle Lawson... —vaciló como si le fuera difícil convertir en palabras lo que estaba pensando—, creo que me he precipitado con respecto a usted. El otro día... comprendalo, me sentí alarmada por Geneviève.

—Lo comprendo muy bien.

—Y me dije... pensé que lo mejor sería...

—Que me retirase, ¿verdad?

—No se trataba sólo de Geneviève...

Sus palabras me cogieron de sorpresa. ¿Acaso iba a confiarme algo? ¿Me diría tal vez que estaba celosa de mí? ¡Imposible!

—Quizá no me crea, pero también pensaba en usted. Mi marido me ha hablado en varias ocasiones, y hemos pensado que... —frunció el ceño y me miró como si le fuera difícil continuar—. Hemos pensado que quizá a usted le gustaría marcharse.

—¿Por qué?

—Pueden existir ciertas razones. Y quería poner en su conocimiento que acabo de enterarme de una posibilidad... realmente extraordinaria. Mi marido y yo podríamos ofrecerle una oportunidad brillante. Sé lo mucho que le interesan a usted los viejos edificios y tengo la impresión de que le gustaría muchísimo examinar con detalle algunas de nuestras viejas iglesias y abadías. Y también colecciones pictóricas.

—Desde luego, me gustaría, pero...

—Bien. Acabamos de enterarnos de un pequeño proyecto. Un grupo de señoras planea un viaje de inspección por los tesoros de Francia, y necesitan a alguien que las guíe; alguien con profundo conocimiento de lo que van a ver. Como es natural, no quieren que dicha persona sea un hombre, y han pensado que de encontrar una señora capacitada para ello... Es una posibilidad única. Estará muy bien pagada y se le ofrecerán oportunidades excelentes. Aumentará su reputación y quizá ello le

dé entrada en el seno de algunas antiguas familias. Sus servicios serán solicitados porque las personas que van a hacer el viaje son aficionadas al arte y tienen colecciones particulares. Me parece que la perspectiva es excelente.

Me sentí asombrada. Desde luego, aquella mujer quería librarse de mí fuese como fuese. Sin duda, estaba sumamente celosa.

—El proyecto parece fascinador —reconocí—. Pero este trabajo... —Y señalé la pintura.

—Lo terminará en seguida. Reflexione sobre lo que le he propuesto. Creo que debería aceptar.

Parecía una mujer distinta. Era la amabilidad en persona. Hubiera podido creer que sentía verdadera preocupación por mi futuro. En realidad, yo me había propuesto hacer un examen minucioso de los tesoros de Francia y tenía pensado discutir el proyecto con otras personas interesadas también en ello. Claude no me hubiera podido ofrecer un cebo mejor preparado.

—Le daré más detalles —continuó—. Reflexiónelo a fondo, mademoiselle Lawson.

Vacilé otra vez cual si quisiera añadir alguna cosa, pero luego decidí no hacerlo y se marchó.

Me sentía perpleja. O tenía celos de mí y llegaría a cualquier extremo para librarse de mi presencia, o me estaba dirigiendo alguna advertencia velada contra el conde. Quizá tratara de indicarme que tuviese cuidado; que me diera cuenta del modo en que se valía de las mujeres. Era cual si indicara: «Fíjese en mí, casada con Philippe por conveniencia suya. Y en Gabrielle, casada con Jacques. ¿Qué le pasará a usted si se queda aquí y le deja que gobierne su vida?».

En el fondo de mi corazón me pareció que la alarmaba el interés del conde por mi persona y deseaba eliminarme. La idea resultaba interesantísima. Pero ¿sería prudente prolongar aquella situación? Ponderé la propuesta que acababa de hacerme. Cualquier mujer ansiosa de incrementar su reputación profesional hubiera cometido una estupidez rechazando el proyecto.

Verdaderamente la ocasión era de las que sólo se presentan una vez en la vida.

Al pensar en ello y en las posibilidades que el futuro podía ofrecerme en el castillo, me sentí atormentada por dudas, temores y extravagantes esperanzas, que el buen sentido presentaba como imposibles de realizar.

\*\*\*\*\*

Visité a Gabrielle y me di cuenta de que su embarazo era ya muy notable. Parecía totalmente feliz. Hablamos de la próxima llegada del bebé y me mostró la canastilla que estaba preparando.

Le pregunté por Jacques y al responder se expresó con mayor franqueza de la que acostumbraba.

—El tener un niño la cambia a una —me dijo—. Cosas que antes parecían importantes, pierden interés y se vuelven triviales. El niño lo acapara todo. No entiendo por qué sentí tanto temor. Si se lo hubiese confesado a Jacques quizá hubiéramos encontrado una solución, pero tenía tanto miedo... En cambio, ahora, todo me parecen tonterías.

—Y Jacques, ¿qué opina de esto?

—Me riñe por ser tan tonta. Yo tenía miedo de ser sincera porque quería casarme hacía mucho tiempo; pero no era posible por tener con nosotros a su madre. No hubiéramos podido vivir los tres juntos.

¡Qué tonta fui al imaginar que el conde era el padre de la criatura! Caso de suceder así, ¿cómo hubiera podido Gabrielle mostrarse tan radiante y feliz?

—De no ser por el conde... —empecé.

—¡Ah, sí! El conde —exclamó, sonriendo plácidamente.

—Lo raro es que no se lo contaras a Jacques y en cambio se lo confiases a él.

Sonrió de nuevo.

—¡Oh! El conde es muy comprensivo. Además, era el único capaz de ayudarme, y así lo hizo. Jacques y yo le estaremos siempre agradecidos.

Aquella entrevista con Gabrielle contribuyó hasta cierto punto a eliminar la indecisión que la propuesta de Claude había provocado en mí. No abandonaría el castillo a menos que fuera absolutamente necesario, sin importarme la clase de problemas que me aguardaban allí.

\*\*\*\*\*

Me dominaban ahora dos intereses primordiales. Descubrir lo que había bajo la capa de encalado, y enterarme del verdadero carácter de un hombre que empezaba a significar tanto en mi vida.

Las palabras «no me olvides» resultaban intrigantes y quería descubrir el resto del escrito. Pero lo que apareció fue la cara de un perro tendido a los pies de la mujer retratada. Mientras trabajaba en ello descubrí pinceladas que me parecieron restos de un trabajo posterior, lo que me produjo inquietud, porque sabía que era costumbre cubrir viejas pinturas con estuco y volver a pintar sobre éste, en cuyo caso quizá había destruido algún trabajo realizado sobre aquel en que trabajaba.

No me quedaba más remedio que continuar, y ante mi profunda sorpresa, al cabo de una hora la nueva pintura apareció claramente como un añadido realizado en fecha posterior.

Era extraordinario, y aún lo fue más observar que el perro estaba dentro de una caja parecida a un fétetro, bajo el cual aparecían las palabras «No me olvides».

Dejé el cuchillo y me quedé mirando el resultado. El perro era un spaniel como el de la miniatura que el conde me había regalado en Navidad. Y el retrato representaba, sin duda, a la misma mujer del cuadro que había limpiado y de la miniatura.

Quería que el conde lo viese, y con tal propósito me trasladé a la biblioteca. Claude estaba allí, sola. Al verme me miró con expresión aliviada, porque sin duda pensó que venía para aceptar su oferta.

—Buscaba al conde —le dije.

Su rostro se endureció y su vieja animosidad apareció de nuevo.

—¿Piensa mandar en su busca?

—Me dije que también esta vez le gustaría ver lo que hay en la pared.

—Cuando lo encuentre le comunicaré que usted intenta verlo.

Hice como si no me diera cuenta de su expresión burlona.

—Gracias —respondí, y volví a mi trabajo.

Pero el conde no acudió.

\*\*\*\*\*

En el mes de junio, Geneviève cumplía años. La fiesta se celebró con una cena en el castillo, a la

que no acudí, aunque Geneviève me había invitado. Presenté excusas, sabedora de que Claude, que al fin y al cabo era la anfitriona, no sentía deseo alguno de verme.

En cuanto a Geneviève, le era igual que aceptara o no. Y ante mi profundo disgusto, tampoco el conde hizo nada por incluirme en la fiesta. La misma resultó bastante triste, y Geneviève no pareció disfrutar mucho. Le regalé un par de guantes grises que ella había admirado en una tienda de la ciudad. Me dijo que le habían gustado mucho, pero estaba meditabunda y llegué a la conclusión de que quizá hubiera sido mejor no celebrar la fiesta, teniendo en cuenta las circunstancias.

Al día siguiente salimos juntas a caballo, y le pregunté qué le había parecido la cena.

—No me divertí en absoluto —declaró—. ¡Fue horroroso! ¿De qué sirve ofrecer una cena si una misma no puede escoger a sus invitados? Me hubiera gustado una fiesta de verdad... quizá con pastel y una corona...

—Los cumpleaños no suelen celebrarse así.

—¿Qué importa? Debemos cambiar de costumbres. Tal vez Jean-Pierre sepa algo de esto. Le preguntaré.

—Ten en cuenta lo que tu tía Claude opina sobre la amistad con los Bastide.

La jovencita se enfureció.

—¡Le aseguro que escogeré yo misma a mis amigos! Tengo edad suficiente. Deberán aceptarlo. He cumplido quince años...

—No son muchos, que digamos...

—¡Es usted tan mala como todos ellos!

Por un momento vi la expresión tempestuosa de su rostro; luego, espoleando al caballo, partió al galope alejándose de mí, y aunque intenté seguirla, no me fue posible. Al cabo de un rato volví sola al castillo, sintiéndome intranquila por Geneviève.

\*\*\*\*\*

Los cálidos días de julio transcurrieron como en un sueño. Había llegado agosto y las uvas maduraban bajo el sol. Cuando paseaba por los viñedos, algún trabajador solía comentar:

—¡Buena cosecha este año, señorita!

En la pastelería donde tomaba café y una porción de pastel, madame Latière no hablaba de otra cosa sino del tamaño de las uvas dulcificadas por la luz del sol.

La vendimia estaba ya próxima, y al parecer la gente no pensaba en nada más que en aquella especie de culminación. Por mi parte, aún tenía que realizar mucho trabajo en la pared, y quedaban varias pinturas por limpiar; pero aun así no iba a quedarme indefinidamente en el castillo. ¿No habría sido una insensata al rechazar la propuesta de Claude?

Llevaba diez meses en el castillo y empezaba a creer que hasta entonces mi vida había carecido totalmente de interés. Continuar mi existencia lejos de aquel lugar me parecía algo imposible, carente de significado y de expresión. Ninguna otra cosa sería capaz de compensar aquella pérdida.

A veces recordaba las conversaciones con las gentes del castillo y me preguntaba si habría imaginado cosas que no existían. No estaba segura de si el conde se burlaba de mí, insinuando que me ocupara sólo de mis asuntos, o si a su manera indirecta intentó demostrarme cierto afecto.

Sea como quiera, me lancé de lleno a la vida del castillo y al enterarme de que se iba a celebrar la

kermesse anual, quise tomar parte en la misma.

Fue Geneviève quien me informó.

—Debería usted ocupar uno de los puestos.

—¿Qué podría vender en él?

—Nunca estuvo en una kermesse, ¿verdad?

Le dije que en nuestros pueblos y ciudades se solían celebrar tales fiestas. Y que había preparado toda clase de objetos para las tómbolas de las iglesias. Una kermesse era algo similar, ¿verdad?

Quiso que le explicara más cosas de mi país y se mostró encantada al conocer tales detalles, conviniendo en que yo estaba muy bien enterada en lo relativo a kermesses y cosas así.

Sabía pintar flores sobre tazas, platos y ceniceros. Adorné unos cuantos y se los enseñé a Geneviève, quien se echó a reír.

—Pero, señorita, ¡es maravilloso! —exclamó—. Nunca hubo cosas como éstas en nuestras kermesses.

Seguí pintando con entusiasmo, no sólo flores, sino también animales, como elefantes, conejos y gatos. Luego se me ocurrió la idea de grabar nombres. Geneviève se sentaba a mi lado, indicándome los que debía escribir. Como es natural, puse los de Yves y Margot, y los de otros niños, que, desde luego, asistirían a la kermesse.

—¡Vamos a vender muchos objetos! —exclamaba—. Nadie resistirá la tentación de comprar un jarrito con su nombre en él. ¿Podré acompañarla en su puesto? Venderá tanto que va a necesitar una ayudante.

Me sentía feliz al ver su entusiasmo.

—Papá vendrá para la kermesse —me dijo—. No recuerdo que otros años asistiera.

—¿Por qué motivo?

—¡Oh! Siempre estaba en París... o en otros lugares. Ahora pasa más tiempo aquí de lo que solía. Los criados lo comentan. Ocurre desde que tuvo el accidente.

—¿Ah, sí? —pregunté, intentando aparentar indiferencia.

Luego me dije, no sin sarcasmo, que acaso todo se debiera a la presencia de Claude.

Seguíamos hablando de la kermesse. Estaba encantada porque Geneviève compartía mi excitación al recordar acontecimientos similares.

—Esta fiesta será la más bonita de todas —dije.

—Sí, señorita. Nunca vendimos jarritos con nombres de niños en ellos. El dinero conseguido se entrega al convento. Le diré a la madre que debe agradecerlo a usted.

—*Il ne faut pas vendre la peau de l'ours avant de l'avoir tué* —le recordé, añadiendo en inglés—: No hay que contar los polluelos hasta que hayan salido del huevo.

Me sonrió, pensando sin duda que no desaprovechaba la ocasión para representar mi papel de institutriz.

Una tarde, cuando volvíamos de dar un paseo a caballo, tuve la idea de pasar por el foso. Nunca lo había explorado y las dos descendimos al mismo. La hierba era verde y lustrosa, y le sugerí que quizá resultara original instalar los tenderetes allí.

A Geneviève le pareció una idea excelente.

—Esta vez todo será distinto —comentó—. Nunca habíamos usado el foso, pero me parece genial. Aquí hace una temperatura muy buena.

—Porque está protegido de la brisa —respondí—. ¿Te imaginas los tenderetes puestos contra el muro gris?

—Sería divertidísimo. Este lugar tiene un ambiente tan recluso...

Comprendí que se refería al silencio y a los altos muros grises del castillo tan próximos y macizos.

Dimos una vuelta completa y yo me preguntaba si la idea de colocar los puestos sobre aquel terreno desigual no habría sido precipitada, considerando lo agradable de las bien cuidadas praderas. De pronto vi una cruz, clavada en el suelo, junto al muro de granito. La señalé a Geneviève. Ésta bajó del caballo y, poniéndose de rodillas, la examinó.

Yo me coloqué a su lado.

—Hay algo escrito en ella —dijo.

Yo también me agaché pude leer: «Fidèle, 1747».

—Es la tumba de un perro —dije.

Geneviève levantó la mirada.

—¿Cuántos años debe llevar aquí?

—¡Tengo la convicción de que se trata del perro retratado en mi miniatura! —exclamé.

—¡Ah, sí! La que papá le regaló para las navidades. Fidèle, ¡qué nombre tan bonito!

—Su ama debía quererlo mucho para enterrarlo incluso con su cruz, su nombre y la fecha.

Geneviève hizo una señal de asentimiento.

—Esto da un carácter especial al foso, porque lo convierte en una especie de cementerio.

Hube de convenir con ella en que así era.

—No me parece adecuado instalar la kermesse en el mismo lugar en el que enterraron al pobre Fidèle.

Hice una señal de asentimiento.

—Además, sufriríamos muchas picaduras, porque hay insectos entre la hierba.

Entramos en el castillo y cuando la frialdad de los espesos muros empezaba a rodearnos, Geneviève dijo:

—De todos modos, me alegro de haber encontrado la tumba del pobre Fidèle.

—Yo también —le contesté.

\*\*\*\*\*

El día de la kermesse fue caluroso y soleado. Se habían puesto marquesinas en el césped y a primeras horas de la mañana empezaron a llegar quienes ocuparían los puestos, iniciándose en seguida la instalación de los objetos a vender. Geneviève estuvo trabajando conmigo para que el tenderete ofreciera los mayores atractivos. Había puesto un paño blanco sobre el mostrador y decorado el conjunto con mucho gusto, empleando hojas. Luego transportamos allí nuestras piezas de cerámica dorada. El conjunto tenía un aspecto encantador, y, en secreto, convine con Geneviève en que era el más atractivo de todos. Madame Latière, la propietaria de la pastelería, ofrecía bebidas. Entre los géneros a vender figuraba una gran cantidad de trabajos de modistería; se trajeron flores del jardín del castillo y había profusión de pasteles, verduras, ornamentos y joyas. Según Geneviève, Claude rivalizaría con nosotros porque iba a vender piezas de ropa de las que tenía gran cantidad, y a

todos los gustaría llevar prendas procedentes de París. Los músicos locales, dirigidos por Armand Bastide y su violín, tocarían durante toda la tarde, y al anochecer empezaría el baile. Yo estaba muy orgullosa de mis jarritos, cuyos primeros compradores fueron los niños Bastide, quienes profirieron gritos de alegría al ver sus nombres impresos en ellos, como por coincidencia. Como disponíamos de muchos jarritos en los que pintar los nombres que se nos propusieran, yo estaba muy ocupada con aquella tarea.

La kermesse fue inaugurada por el conde, lo que constituyó un acontecimiento porque, según me dijeron varias veces durante las primeras horas de la fiesta, tratábase de la única kermesse a la que había asistido desde muchos años antes. «Desde la muerte de la condesa», añadían, lo que a juicio de algunos resultaba significativo por indicar que el conde había decidido llevar una existencia más normal en el castillo.

Nounou se acercó, insistiendo en que le pintara un jarrito con su nombre. Me puse a trabajar bajo la tela azul que nos protegía del sol. Éste apretaba de firme y yo notaba su calor mezclado al perfume de las flores y al rumor de las voces y las risas, sintiéndome feliz bajo aquella pantalla.

El conde se acercó y se puso a mirar mi trabajo.

—¡Oh, papá! ¿Verdad que lo hace bien? —preguntó Geneviève—. ¡Y qué rapidez! Deberías llevarte un jarrito con tu nombre.

—Sí; desde luego —convino él.

—No lo hemos preparado todavía —dijo la joven—. ¿Verdad que no tiene pintado ningún Lothair?

—No creí que fuera necesario.

—Pues se equivoca, mademoiselle Lawson.

—Sí —convino Geneviève, alegremente, como si, al igual que su padre, disfrutara viéndome cometer un olvido—. En efecto; se equivoca.

—Es un error que puede ser remediado en seguida siempre que el encargo sea formal —repuse.

—Totalmente formal.

Se reclinó sobre el mostrador mientras yo elegía uno de los jarritos.

—¿Prefiere algún color determinado?

—No; escoja usted misma. Sé que tiene un gusto exquisito.

Lo miré fijamente.

—Me parece que rojo y oro estará bien.

—¿Los colores reales? —preguntó.

—Son los más adecuados —repuse.

Se había reunido un grupo que me miraba mientras ejecutaba la tarea. Algunas de aquellas personas hacían comentarios entre sí. Pero me pareció como si la tela azul me protegiera de todo contacto desagradable. Sí, ciertamente, aquella tarde me sentía feliz.

Grabé su nombre en color púrpura, añadiendo la tilde de la i en dorado, así como el punto final.

Hubo exclamaciones de admiración entre los observadores, y entonces, quizá un poco arrebatadamente, añadí una flor de lis.

—¿Verdad que ha quedado bonito? —pregunté.

—Papá, tienes que pagar —indicó Geneviève.

—Diga usted el precio, mademoiselle Lawson.

—Tendrá que ser más caro que lo corriente —intervino Geneviève— porque se trata de un encargo especial.

—Sí; mucho más caro —convine.

—Estoy en vuestras manos —dijo el conde.

Hubo una exclamación de asombro cuando dejó el dinero en el tazón que Geneviève tenía sobre el mostrador. Al ver la suma, tuvo la seguridad de que nuestra aportación al convento iba a ser la mayor de toda la kermesse. Geneviève estaba roja de placer y se sentía tan feliz como yo.

Cuando el conde se alejó, vi que Jean-Pierre se acercaba a nosotras.

—Quisiera comprar un jarro —dijo—. También con flor de lis.

—Hágale uno, señorita —me pidió Geneviève, sonriendo al muchacho.

La complací.

A partir de aquel momento todo el mundo me pidió jarritos con la flor de lis, e incluso me trajeron los adquiridos con anterioridad para que los completara.

—La flor de lis costará más dinero —proclamó Geneviève.

Mientras yo pintaba, la joven se iba poniendo más y más roja de placer, mientras Jean-Pierre seguía sonriendo. Había sido un éxito completo. Gracias a los jarritos logramos más dinero que cualquier otro de los puestos. Todo el mundo hablaba de ellos.

Al llegar la noche los músicos empezaron a tocar y se inició el baile sobre el césped, y en la casa, para quienes preferían estar a cubierto. Geneviève me dijo que siempre se había hecho así, pero que nunca había visto una kermesse tan animada como aquella.

El conde había desaparecido. Sus deberes no incluían estar presente en la fiesta hasta el final de la misma.

También Claude y Philippe se habían ido. Yo empecé a buscar al conde de manera inconsciente, con la esperanza de que volviera y me dijese algo.

Jean-Pierre estaba a mi lado.

—¿Qué opina usted de nuestros recreos campesinos? —me preguntó.

—Pues que son muy parecidos a los que he visto en otros lugares.

—¿Quiere bailar conmigo?

—Acepto complacida.

—¿Prefiere el césped? Aquí hace mucho calor. Creo que resultará más agradable bailar bajo las estrellas.

Me tomó de la mano, y me condujo en un vals soñador, que los músicos habían empezado a interpretar.

—Nuestra vida le interesa, ¿verdad? —susurró con los labios muy cerca de mi oído—. Pero no puede estar aquí siempre. Tiene su propio hogar.

—No. No tengo hogar. Tan sólo me queda la prima Jane.

—Me parece que no me gustaría conocerla.

—¿Por qué no?

—Porque tampoco le gusta a usted. Lo he notado en su voz.

—¿Traiciono tan fácilmente mis sentimientos?

—Sí. Un poco. Y espero profundizar aún más en ellos. Porque somos buenos amigos, ¿verdad? Mi familia y yo nos hemos sentido muy felices al ver que nos trataba con cordialidad... Por favor,

dígame, ¿qué hará cuando acabe su trabajo en el castillo?

—Me marcharé, naturalmente. Pero aún no he terminado.

—En el castillo están muy contentos con usted. Es evidente. Monsieur le Comte la miraba esta tarde como si aprobara todo cuanto hace.

—Sí, creo que está contento. Tengo el orgullo de haber realizado un buen trabajo con esas pinturas.

Hizo una señal de asentimiento.

—No debe usted marcharse, Dallas —dijo—. Quédese con nosotros. Si se va, dejaremos de ser felices... en especial, yo.

—Es muy amable...

—Siempre seré amable con usted... para el resto de mi vida. Si se marcha, jamás seré feliz de nuevo. Le pido que se quede para siempre... conmigo.

—¡Jean-Pierre!

—¿Por qué no nos casamos? Me gustaría oír la decir que jamás me abandonará... que no se irá de aquí. Usted pertenece a este lugar. ¿No se ha dado cuenta, Dallas?

Me había parado en seco; pero él me tomó del brazo y me condujo a la sombra de unos árboles.

—No puede ser —le respondí.

—¿Por qué no? Dígame la causa.

—Le tengo estima... nunca olvidaré su amabilidad cuando llegué...

—Pero no me ama, ¿verdad?

—Lo que intento decirle es que aunque le aprecio, no creo que fuera una buena esposa para usted.

—¿Me aprecia, Dallas?

—Desde luego.

—Lo sabía. No quiero que me diga sí o no en este momento, porque quizá no esté preparada para ello.

—Jean-Pierre, debe comprender que yo...

—Lo comprendo, querida.

—No, no creo que entiendas nada.

—No te meteré prisa; pero no te irás. Quiero que seas mi esposa... porque nunca podrás vivir lejos de nosotros... Y con el tiempo... con el tiempo, querida Dallas... ya verás.

Me tomó de la mano y la besó.

—No protestes —dijo—. Perteneces a nosotros. Nadie puede ser tu esposo, excepto yo.

La voz de Geneviève quebró mis turbulentas reflexiones.

—¡Ah! ¿Está usted ahí, señorita? La busco desde hace rato. ¡Oh! Jean-Pierre. Tienes que bailar conmigo, lo prometiste.

El joven me sonrió, y le vi levantar las cejas de manera tan expresiva como cuando se encogía de hombros.

Mientras lo veía bailar con Geneviève sentí un ligero temor. Por vez primera en mi vida acababa de recibir una proposición de matrimonio, y me sentía turbada. Pero jamás me podría casar con Jean-Pierre. ¿Cómo era posible tal cosa si...?

Lo ocurrido resultaba desconcertante, en especial al comprender que el joven se había expresado de aquel modo sin prepararse debidamente. Que la cosa fue brusca y sin propósito. ¿Por qué motivo?

¿Quizá porque yo misma le traicioné mis sentimientos? ¿No habría ocurrido también que el conde traicionase los suyos cuando se acercó a mi puesto aquella tarde?

El placer que me inundaba desapareció de pronto. Me alegré de que el baile terminara y de que después de tocar La Marsellesa todo el mundo se marchara a su casa.

Yo me retiré a mi cuarto para reflexionar sobre el pasado e intentar abrirme camino ciegamente en el futuro.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente me resultó difícil trabajar. Temí causar daño a la pintura si continuaba descubriéndola mientras mis pensamientos volaban a gran distancia. Conseguí muy pocos resultados; mi cerebro estaba en plena actividad. Parecía increíble que desde mi fracasadas relaciones con Charles no hubiera tenido jamás un amante y en cambio pudiera ahora atraer a dos hombres, uno de los cuales acababa de pedirme en matrimonio. Pero lo que me preocupaba con más intensidad era la actitud del conde.

Cuando estuvo en nuestro puesto me pareció más joven, casi alegre. Tuve la sensación de que incluso podía ser feliz, y llegué a creer que yo era la única capaz de conseguirlo. ¡Qué presunción! Probablemente no pensaba más que en un enredo amoroso sin trascendencia, como los que tenía de vez en cuando. Pero aquello no podía ser verdad.

Cuando hube desayunado, Geneviève entró en mi cuarto como un torbellino. Parecía cuatro años más vieja porque se había recogido el cabello en un moño, lo que la hacía más alta y graciosa.

—Geneviève, ¿qué has hecho? —le pregunté extrañada.

Se echó a reír.

—¿No le gusta?

—Pareces... mucho mayor.

—Eso es lo que pretendo. No quiero que me sigan tratando como una niña.

—¿Quién te trata como una niña?

—Todos. Usted, Nounou, el tío Philippe y esa odiosa Claude... ¡todos! Pero todavía no me ha dicho si le gusta.

—No me parece adecuado...

Aquello la hizo reír de nuevo.

—Pues a mí sí. Y así pienso llevar el pelo en el futuro. Ya no soy una niña. Mi abuela se casó cuando tenía tan sólo un año más que yo.

La miré con asombro. Sus ojos resplandecían. Parecía exaltada, y me senté intranquila. Pero en aquellos momentos era inútil discutir con ella.

\*\*\*\*\*

Me fui a ver a Nounou a fin de preguntarle cómo se encontraba. Me contestó que en aquellos últimos días su dolor de cabeza había disminuido bastante.

—Me siento intranquila por Geneviève —le conté. Pude ver una expresión de asombro en su

mirada—. Se ha recogido el pelo y ya no parece una niña.

—Está creciendo —repuso—. Su madre era muy distinta. ¡Siempre tan afable! Siguió siendo niña incluso después de nacer Geneviève.

—Me ha contado que su abuela se casó a los dieciséis años... y lo ha dicho como si ella planeara hacer lo mismo.

—Es su carácter —respondió Nounou.

Sin duda estaba preocupándose demasiado por una cosa sin importancia. Infinidad de jóvenes de quince años se cansan de ser niñas y se recogen el pelo, llevándolo así definitivamente hacia su diecisiete aniversario.

Pero dos días después no me sentía tan segura de aquellas reflexiones. Nounou vino a verme muy preocupada y me dijo que Geneviève había salido a pasear a caballo aquella tarde, y aún no estaba de regreso, aunque eran ya casi las cinco.

—Sin duda la acompaña uno de los criados —indiqué—. Nunca pasea a caballo sola.

—Pues hoy, sí.

—¿Usted la vio?

—Sí; desde la ventana. Y me pareció irritada. Corría al galope por la pradera, completamente sola.

—Geneviève sabe muy bien que no le está permitido... —me interrumpí, mirando a Nounou anonadada.

—Está así desde la kermesse —suspiró—. ¡Qué feliz me sentí al verla tan alegre en la fiesta! Pero luego ha cambiado otra vez.

—Espero que regrese en seguida. Lo único que pretende es hacernos ver que ya no es una niña.

Dejé a Nounou y las dos nos quedamos esperando a Geneviève en nuestros respectivos cuartos. Imaginé a Nounou pensando igual que yo, qué debería hacer si la joven no regresaba al cabo de una hora.

Sin embargo, no hubo necesidad de nada, porque media hora después de dejar a Nounou vi desde la ventana que Geneviève se acercaba al castillo.

Me fui al cuarto de estudios, por el que tendría que pasar para ir al suyo y, una vez allí, Nounou se me acercó.

—Ya ha vuelto —le dije.

—La he visto —dijo Nounou.

Poco después vimos a Geneviève. Parecía muy excitada y casi hermosa, con sus pupilas oscuras muy brillantes. Al vernos esperándola sonrió con malicia, y quitándose su sombrero de amazona lo tiró sobre la mesa. Nounou temblaba.

—Estábamos muy preocupadas —dije—. Ya sabes que no puedes cabalgar sola.

—Eso era antes, señorita. Ahora no sirve.

—Pues yo creo que sí.

—Usted no sabe nada... aunque cree entenderlo todo.

Me sentí muy deprimida. La joven estaba de pie ante nosotros desafiadora y burlona, muy semejante a aquella que tan mal se portó conmigo a mi llegada. Imaginé haber conseguido algunos progresos, pero ahora me daba cuenta de que no existía tal milagro. Seguía siendo variable y agresiva como siempre. Aunque de vez en cuando hubiera demostrado interés por algo y se mostrase afable, todo se venía abajo al menor contratiempo.

—A tu padre no le gustaría saberlo —indiqué.

Se volvió hacia mí, colérica.

—¡Cuénteselo! ¡Ande, dígaselo! ¡Son ustedes tan amigos!

—No insinúes cosas absurdas —repliqué—. No está bien que salgas a cabalgar sola.

Se quedó inmóvil, sonriendo ensimismada, y yo me pregunté si en realidad habría paseado sola. La idea me pareció alarmante. De pronto, dio media vuelta y nos miró de frente.

—Escuchen las dos —dijo—. Haré lo que me parezca. Y nadie... absolutamente nadie... lo va a impedir.

Tomó el sombrero y se metió en su habitación cerrando de un portazo tras de sí.

\*\*\*\*\*

Los días siguientes fueron bastante agitados. Yo no deseaba visitar a los Bastide porque temía encontrarme con Jean-Pierre y estropear lo que hasta entonces fueron unas relaciones amistosas, de las que tanto disfruté.

Luego de la kermesse, el conde se fue a pasar unos días a París. Geneviève evitaba encontrarse conmigo. Traté de abstraerme en mi trabajo, y conforme la pintura mural iba emergiendo, mi mente encontró un motivo de sosiego.

Cierta mañana, al levantar de repente la mirada, vi que no estaba sola. Se trataba de una desagradable costumbre de Claude, la cual entraba sin hacer ruido en la galería ocasionándome numerosos sobresaltos.

Estaba muy bonita con su vestido azul celeste, adornado con cintas de color escarlata. En seguida percibí el tenue aroma a rosa que la envolvía.

—Espero no haberla molestado, señorita Lawson —dijo afablemente.

—No; nada de eso.

—Quería hablar con usted. Cada día me siento más intranquila por culpa de Geneviève. ¡Se está volviendo imposible! Esta mañana contestó con muy malos modales a mi esposo y a mí. Su educación parece haberse deteriorado últimamente.

—Tiene un carácter muy variable; pero a veces también sabe ser encantadora.

—Pues a mí me parece mal educada y *gauche*. Si se sigue comportando de este modo, no la van a aceptar en ninguna escuela. Observé su comportamiento con el vinatero durante la kermesse. Si continúa así, puede que surjan dificultades. Ya no es ninguna niña, y temo que trabe amistad con gente... peligrosa.

Hice una señal de asentimiento. Comprendía perfectamente que se estaba refiriendo a la obsesión de Geneviève por Jean-Pierre.

Se acercó un poco más a mí.

—Quisiera que la corrigiese usted, si aún es posible. Pero sin que se dé cuenta de que estamos preocupados porque todavía se portará peor. Espero que comprenda los peligros...

Me miraba con expresión burlona, indicadora de que si surgía algún contratiempo de la naturaleza que insinuaba, yo sería la culpable. Porque, ¿acaso no había fomentado aquellas amistades? Antes de que yo entablase amistad con la familia, Geneviève ni siquiera sabía que existiese Jean-Pierre.

Me sentí bastante alarmada.

Claude continuó:

—¿Ha vuelto a pensar en mi proposición de hace unos días?

—Creo que antes debo acabar este trabajo.

—No demore demasiado la respuesta. Ayer me dijeron que un componente del grupo piensa establecer una escuela de arte en París. Sería una buena oportunidad para usted.

—Casi es demasiado bello para resultar cierto —repuse.

—Se le ofrece la mejor oportunidad de su vida. Pero desde luego, la decisión ha de ser tomada en seguida. —Me sonrió cual si quisiera excusarse y se fue.

Era evidente que estaba deseando perderme de vista.

¿Se sentía celosa por alguna atención que me hubiera dispensado el conde? ¿La preocupaba realmente el comportamiento de Geneviève?

Esto último podía convertirse en un problema grave. ¿Me habría equivocado al juzgar a la joven?

Intenté seguir trabajando, pero me era difícil concentrarme. ¿No estaría cometiendo una estupidez al despreciar una oportunidad como la que ahora se me ofrecía, tan sólo por...? ¿Por qué? Ni yo misma lo sabía.

\*\*\*\*\*

Pronto llegué a la conclusión de que Claude estaba realmente obsesionada por Geneviève. Cierta día la vi enfrascada en profunda conversación con Jean-Pierre en el bosquecillo donde el conde había sufrido el accidente. Yo había estado de visita en casa de Gabrielle e iba de regreso al castillo cuando pensé que valía más tomar aquel atajo. De pronto escuché sus voces. No pude distinguir las palabras y me pregunté por qué habrían escogido semejante lugar. Luego se me ocurrió que quizá se encontraran allí casualmente, y que Claude había decidido aprovechar la oportunidad para contar a Jean-Pierre que no estaba conforme con la amistad que profesaba a Geneviève.

Pero como después de todo, no era cosa mía, me aparté de allí en seguida, acercándome al castillo después de dar un rodeo. Sin embargo, el incidente confirmaba mi opinión sobre la actitud de Claude. ¡Y yo que en mi orgullo había llegado a imaginar que sentía celos de mí!

Traté de borrar de mi mente tan perturbadoras ideas, concentrándome de lleno en mi trabajo. La pintura fue ampliándose, hasta que apareció por completo ante mí. Allí estaba por fin la dama con las esmeraldas, y aunque descoloridas, podía ver perfectamente por su forma que las joyas eran idénticas a las que figuraban en la primera pintura restaurada por mí. También la cara de la dama era la misma. Tratábase de la mujer que fue amante de Luis XV y que empezó la colección de esmeraldas. La pintura se asemejaba mucho a la primera, exceptuando que en ésta el vestido era de terciopelo azul y en la otra rojo, y en que sobre la suave tela de su falda destacaba el perro spaniel. La inscripción fue lo que más me intrigó. «No me olvides». Luego descubrí totalmente la caja de cristal y vi que había algo a su lado. El momento fue tan emocionante para mí que casi olvidé mi dilema personal. Junto a la caja de cristal había algo parecido a una llave, uno de cuyos extremos tenía una flor de lis ornamental.

Estaba segura de que allí se ocultaba algo, porque las letras, la caja que guardaba el perro y la llave, si es que se trataba de una llave, habían sido añadidos al retrato original de la mujer y el perro, y ejecutados por un simple aficionado sin condiciones.

Tenía que mostrar aquello al conde en cuanto regresara al castillo.

Cuanto más pensaba en la pintura más significativo me parecía todo aquello. Intenté concentrarme; pero otras ideas se entremezclaban en mi imaginación. Geneviève evitaba encontrarse conmigo. Salía a cabalgar cada tarde sin que nadie pudiera impedirselo. Nounou se encerraba en su cuarto y probablemente pasaba el rato leyendo los diarios, tal vez con la vana esperanza de revivir aquella época, para ella mucho más agradable que la presente.

Geneviève me preocupaba. Quizá Claude tuviera razón y la culpa fuera mía en gran parte.

Recordé nuestro primer encuentro y el modo en que me encerró en la *oubliette* y cómo me había prometido presentarme a su madre antes de llevarme ante su tumba y explicarme que había sido asesinada... por el conde.

Quizá fuera el recuerdo de esta escena el que una tarde me llevó al cementerio de los de la Talle. Me acerqué a la tumba de Françoise y leí una vez más su nombre en la lápida de mármol. Luego busqué la de la dama del retrato, que sin duda se encontraría también allí.

No conocía su identidad. Sabía tan sólo que era una de las condesas de la Talle; pero puesto que en su juventud fue amante de Luis XV me dije que la fecha de su muerte debería situarse en la segunda mitad del siglo XVIII. Por fin descubrí a una Marie-Louise de la Talle, fallecida en 1761. Se trataba sin duda de la dama del cuadro. Cuando me acercaba a la bóveda llena de estatuas, mis pies tocaron algo. Miré al suelo y recibí una gran sorpresa al ver que se trataba de una cruz similar a la del foso. Me agaché y descubrí que ostentaba una fecha y unas letras. Arrodillándome pude leer: «Fidèle, 1790».

Tratábase del mismo nombre, sólo que con fecha distinta. El perro enterrado en el foso había muerto en 1747. Este otro llevaba su mismo nombre y murió cuando los revolucionarios marchaban contra el castillo y la condesa se vio obligada a huir, no sólo para salvar su vida, sino también la de su hijo aún no nacido.

¿Existía alguna relación en todo ello? Llegué a la conclusión de que sí. El que pintó aquella caja en forma de ataúd alrededor del perro, y escribió en el cuadro las palabras «No me olvidéis» estaba intentando revelar algo. Pero ¿qué?

Ahora acababa de hallar la segunda tumba de un Fidèle y la fecha era detalle importante. Estuve examinando la cruz. Bajo el nombre y la fecha había unas letras talladas en la madera.

«*N'oubliez pas...*», pude leer, y mi corazón latió aceleradamente porque aquella inscripción era la misma que la de la pintura. «*N'oubliez pas ceux qui furent oubliés*<sup>[1]</sup>».

¿Qué significaba aquella frase?

Estaba segura de que acabaría por descubrirlo todo, porque acababa de ocurrírseme que allí no estaba enterrado ningún perro. Tan sólo existía la tumba del foso. Alguien que vivió en 1790 —año trascendental para el pueblo francés— intentaba enviar un mensaje a través de los tiempos.

Se trataba de un desafío y yo debía aceptarlo.

Me puse en pie y salí del cementerio atravesando el bosquecillo hasta llegar a los jardines. Recordé que se encontraba allí un cobertizo en el que se guardaban herramientas, y dirigiéndome al mismo encontré una pala con la que volví al cementerio.

Cuando atravesaba el bosquecillo, tuve la sensación de que alguien me espiaba. Quedé inmóvil unos momentos, pero reinaba un silencio total, excepto por el repentino aleteo de un pájaro en las ramas, por encima de mí.

—¿Quién va? —pregunté.

Pero no hubo respuesta. «¡Qué tonta soy!», exclamé para mis adentros. «Estoy nerviosa. Encontrar algo procedente del pasado causa cierta inquietud. ¡Cuánto he cambiado desde que llegué al castillo! Antes era una joven prudente, mientras que ahora hago toda clase de cosas extrañas...».

¿Qué pensaría quien me viera provista de una pala cavando en el cementerio?

Caso de ser descubierta trataría de explicarlo. Lo que importaba era realizar mi descubrimiento y contarlo luego al conde. Al llegar ante la cruz miré por encima del hombro. No pude ver a nadie, pero no hubiera sido difícil seguirme por el bosquecillo y ocultarse tras alguno de aquellos panteones parecidos a casas que los franceses levantan a sus difuntos.

Empecé a cavar. Había una cajita enterrada a poca profundidad. En seguida vi que no era lo suficientemente grande como para contener los restos de un perro. La recogí y la limpié de tierra. Era de metal y en ella aparecían unas palabras similares a las de la cruz: «1790. *N'oubliez pas ceux qui furent oubliés*».

Era difícil abrir la caja porque sus goznes estaban enmohecidos, pero al final lo conseguí. A decir verdad no me causó mucha sorpresa lo que había en su interior, porque desde el momento en que descubrí la pintura mural tuve la sensación de que se trataba de un mensaje secreto. La caja contenía la llave reproducida en la pintura, junto al perro. Uno de sus extremos ostentaba la flor de lis.

Ahora era preciso encontrar la cerradura a que correspondiera dicha llave y luego descifrar lo que quiso decir el autor del mensaje. Sin duda todo aquello guardaba relación con un hecho pasado y era el descubrimiento más emocionante que mi padre o yo hubiéramos hecho jamás. Había que explicárselo a alguien... y este alguien sólo podía ser el conde.

Miré la llave. En algún lugar del castillo se encontraría la correspondiente cerradura. Era preciso que diese con ella.

Me guardé la llave cuidadosamente en el bolsillo y tras cerrar la caja la volví a dejar en su sitio. Luego lo cubrí todo con tierra.

En el transcurso de algunos días nadie averiguaría lo sucedido allí.

Me fui al cobertizo y volví a dejar la pala en su lugar. Una vez en el castillo subí a mi cuarto; pero hasta encontrarme en él y haber cerrado la puerta con llave, no pude librarme de la sensación de haber sido espiada.

\*\*\*\*\*

Fueron unos días de calor bochornoso. El conde seguía en París. Yo ya había descubierto la totalidad de la pintura mural y me dedicaba a limpiarla, proceso que no me llevaría mucho tiempo. Cuando hubiera terminado con aquella y unas cuantas pinturas más, no tendría pretexto alguno para seguir allí. Si hubiera sido prudente habría comunicado a Claude mi decisión de aceptar su sugerencia.

La cosecha se acercaba. Muy pronto los trabajadores tendrían que levantarse al amanecer para llevar a cabo la vendimia.

Tenía la sensación de estar avanzando con suma rapidez hacia un momento crucial, y que cuando

la vendimia hubiera terminado también daría fin un episodio entero de mi vida.

Donde quiera que fuese, llevaba la llave guardada en el bolsillo de mi falda. Era un lugar seguro porque se abotonaba muy bien, cerrando herméticamente su interior.

Había reflexionado mucho sobre aquella llave, llegando a la conclusión de que si lograba dar con la apuntaba cerradura, descubriría las esmeraldas. Todo tendía hacia dicha meta. El ataúd de cristal había sido pintado sobre la imagen del perro en el año 1790, es decir el mismo en que los revolucionarios atacaron el castillo. Estaba asignada de que las esmeraldas fueron sacadas de la habitación en que eran guardadas y escondidas en algún lugar del castillo, y de que aquella era la llave que abriría el lugar en que estaban guardadas. La llave era propiedad del conde y lo más adecuado era no entregarla a nadie sino a él. Luego los dos juntos buscaríamos el lugar para el que estaba destinada.

Pero por otra parte sentía el ardiente deseo de encontrar por mí misma aquella cerradura, y al regreso del conde decirle: «¡Aquí tiene usted sus esmeraldas!».

No era posible que estuviesen guardadas en un fétetro, porque de ser así alguien las habría descubierto mucho tiempo antes. Debía tratarse de algún mueble, una caja fuerte, algo en fin, donde permanecer ocultas cien años.

Empecé por examinar metro a metro mi propia habitación, dando golpecitos en los paneles bajo los que pudiera existir alguna cavidad.

De pronto me detuve sobrecogida al recordar los golpecitos escuchados por Geneviève y por mí, cierta noche. Quizá alguien anduvo buscando lo mismo que yo; pero ¿quién? ¿El conde quizá? Esto último resultaba improbable porque siendo el dueño del castillo tenía pleno derecho para buscar lo que quisiera en su propiedad y sin necesidad de ocultarse.

Me acordé de «la caza del tesoro» y de cómo encontré las claves, y me dije que aquellas palabras grabadas en la caja eran también una clave.

¿Serían los olvidados aquellos presos encadenados a sus jaulas o arrojadas a la *oubliette*? Los criados abrigaban el convencimiento de que las mazmorras estaban encantadas, y no querían bajar allí... Quizá había sucedido lo mismo con los revolucionarios que asaltaron el castillo. En algún lugar de los subterráneos existiría la cerradura correspondiente a la llave que ahora guardaba en el bolsillo de mi falda.

Sí; no había lugar a dudas. El misterioso cofre estaba sin duda en la *oubliette*. La palabra «olvidados» constituía la clave que buscaba.

Recordé la trampa, la escalera de cuerda y la vez en que Geneviève me encerró allí. Anhelaba explorar la *oubliette*, pero al recordar mi experiencia tuve miedo de ir sola.

¿Comunicaría mi descubrimiento a Geneviève? No. Debía ir sola aunque enterando de ello a alguien, para que acudieran en mi ayuda caso de cerrarse la puerta de la trampa.

Fui a ver a Nounou.

—Esta tarde voy a explorar la *oubliette* —le dije—. Creo que debe haber algo interesante en sus muros.

—¿Como la pintura que ha descubierto usted?

—Sí, algo parecido. Sólo existe una escalera de cuerda para bajar. Caso de no estar en mi cuarto a las cuatro, usted sabrá donde encontrarme.

Nounou hizo una señal de asentimiento.

—No creo que Geneviève repita su jugada —me dijo—. No tenga usted miedo, señorita.

—De acuerdo. Por lo menos, usted ya sabe lo que voy a hacer.

—Sí, señorita.

Tomé también la precaución de mencionar aquello a la sirvienta que me trajo el desayuno.

—¿De verdad piensa bajar? —preguntó—. Yo no lo haría.

—¿No le gusta ese sitio?

—¡Cuando piensa una en lo que ha pasado allí...! Dicen que el subterráneo está encantado. Lo sabía usted, ¿verdad?

—Es un comentario muy normal.

—Toda esa gente... encerrada ahí abajo... Yo no lo haría.

Toqué la llave que llevaba en el bolsillo y pensé en el placer que experimentaría cuando dijese al conde: «He encontrado su tesoro».

No iba a permitir que el temor a unos fantasmas me impidiera conseguir aquel triunfo.

Mientras estaba en la habitación cuya trampa constituía la única entrada a la *oubliette*, viendo cómo la claridad solar jugaba sobre la superficie de las armas que decoraban las paredes, se me ocurrió que la cerradura correspondiente a la llave quizá estuviera en aquel mismo recinto por el que los que iban a quedar olvidados para siempre pasaban antes de sufrir su encierro.

Había armas de fuego de diferentes formas y tamaños. ¿Quizá las utilizaran todavía? Sabía que los criados tenían la obligación de repasar periódicamente el contenido de aquel cuarto, y asegurarse de que todo estuviera en orden. Decían también que la tarea se efectuaba por parejas.

Si es que alguna vez existió allí algo escondido, debió haber sido descubierto mucho tiempo antes.

Mi mirada se fijó en un objeto que brillaba en el suelo y me acerqué rápidamente.

Eran unas tijeras como las que había visto usar con frecuencia para cortar los racimos defectuosos. A veces, mientras hablaba con Jean-Pierre, le vi sacar dichas tijeras del bolsillo y usarlas del modo como he dicho.

Me agaché para recogerlas. Su forma no era corriente, y en seguida las identifiqué como las que tenía Jean-Pierre. ¿O acaso existían varias exactamente iguales? Pero si eran las de Jean-Pierre, ¿cómo habían llegado allí?

Me las guardé en el bolsillo, reflexionando sobre todo ello. Llegué a la conclusión de que lo que buscaba estaba sin duda en la *oubliette*, y tomando la escalera de cuerda abrí el escotillón y descendí hacia aquel lugar fantasmal en el que habían perecido tantos seres. Me estremecí al revivir la terrible experiencia sufrida cuando Geneviève retiró la escalera y cerró la puerta de la trampa, dejándome experimentar por unos momentos la misma sensación que centenares de personas debieron sentir en aquel subterráneo.

Era un lugar sobrecogedor, agobiante y oscuro, excepto por la escasa luz que llegaba desde arriba.

Pero no podía permitir que semejantes fantasías perturbaran mi sentido común. Allí era donde los olvidados terminaron sus días y donde me llevaba mi búsqueda de la clave. Estaba convencida de que daría con la cerradura. Examiné las paredes. Estaban recubiertas por un encalado que debió aplicarse lo menos ochenta años atrás. Empecé a dar golpecitos, tratando de encontrar algún hueco; pero no observé nada de interés. Miré a mi alrededor, examinando las gastadas piedras de las paredes y del techo. Me acerqué a la apertura que, según Geneviève, conducía a un laberinto. ¿Se encontraría la cerradura en aquel paraje? La luz era muy escasa, alargué una mano para tocar la columna de piedra, y llegué a la conclusión de que no existía en ella ningún escondrijo secreto.

Había decidido continuar examinando las paredes, cuando de improvviso desapareció la poca luz que me alumbraba.

Dejé escapar una exclamación de horror a la vez que miraba hacia la trampa. Claude estaba inclinada sobre ella, contemplándome.

—¿Realiza usted exploraciones? —preguntó.

Me acerqué a la escala de cuerda, pero ella la levantó unos centímetros del suelo con aire juguetón.

—No sé si queda alguna por hacer —le respondí.

—Sabe usted mucho de castillos antiguos. La he visto venir hacia acá y me he preguntado qué se traería entre manos.

«Me ha estado vigilando», pensé. «No me pierde de vista confiando en que finalmente desaparezca de aquí».

Alargué una mano para tocar la escala; pero ella la retiró aún más, riendo.

—¿No se siente un poco alarmada, ahí abajo?

—¿Por qué?

—Por los fantasmas de los muertos que acabaron sus días maldiciendo a los que los habían bajado al subterráneo.

—No creo que tengan nada contra mí.

No perdía de vista la escalera de cuerda, mientras ella la mantenía fuera del alcance de mi mano.

—Puede usted resbalar y caerse, o sufrir otro accidente. Y quedarse para siempre ahí dentro... como los demás.

—No sería por mucho tiempo —contesté—. Alguien acudiría a buscarme. He dicho a Nounou y a otras personas dónde estoy; así que no tengo nada que temer.

—Es usted práctica a la vez que inteligente. ¿Cree encontrar alguna pintura mural?

—En castillos como éste, nunca se sabe, y en ello estriba la expectación.

—Me gustaría bajar con usted —dijo dejando caer de nuevo la escalera, lo que me ocasionó un alivio extraordinario—. Pero no lo voy a hacer. Estoy segura de que si descubre algo nos lo comunicará en seguida.

—En efecto. De todas maneras ya iba a subir.

—¿Piensa continuar investigando?

—Probablemente sí, aunque por lo que he visto hoy, creo que nada encontraré por aquí abajo.

Agarré firmemente la escalera y subí hasta la habitación superior.

Claude me había hecho olvidar el descubrimiento realizado en la sala de armas, pero en cuanto volví a mi cuarto recordé las tijeras que guardaba en el bolsillo. Como todavía era temprano, decidí dar un paseo hasta la mansión Bastide, a fin de indagar algo.

Madame Bastide estaba sola. Le enseñé las tijeras y le pregunté si eran de su nieto.

—Desde luego —respondió—. Por cierto que las andaba buscando.

—¿Está segura?

—Sin duda alguna. Las dejé en la mesa. ¿Dónde las ha encontrado?

—En el castillo.

Vi cómo el temor se pintaba en su rostro, y al momento comprendí que el hallazgo cobraba un gran significado.

—En la sala de armas. Por cierto, un lugar bastante extraño.

Se produjo un silencio y pude oír perfectamente el tic tac del reloj colocado sobre la chimenea.

—Las perdió hace unas semanas cuando fue a visitar al señor conde —dijo madame Bastide. Pero me pareció que lo que pretendía era excusar a Jean-Pierre por haber estado en el castillo, y hacerme creer que la pérdida tuvo lugar antes de la partida del conde.

Evitamos mirarnos. Llegué a la conclusión de que madame Bastide se sentía francamente alarmada.

\*\*\*\*\*

Aquella noche dormí muy mal. Los acontecimientos de la jornada me habían dejado intranquila. Me pregunté qué motivos pudo tener Claude para seguirme hasta la *oubliette*. ¿Qué habría sucedido de no tomar la precaución de avisar a Nounou y a la criada? Me estremecí. ¿Acaso Claude quería quitarme de en medio, y se estaba poniendo impaciente porque yo vacilaba en aceptar la solución que me ofrecía?

El hallazgo de las tijeras de Jean-Pierre en la sala de armas resultó especialmente perturbador, sobre todo en vista de la reacción de madame Bastide cuando se lo conté.

Desde luego, su alarma debía ser justificada. Me había dormido ligeramente cuando se abrió la puerta del cuarto y me desperté con un sobresalto. El corazón me latía tan fuertemente que temí que me fuera a estallar.

Tuve la impresión de que algo maléfico acababa de ocurrirme.

Me incorporé y vi a una figura envuelta en un ropaje azul, que se había acercado hasta los pies de la cama. Tuve la impresión de estar soñando y de que me encontraba frente a uno de los fantasmas del castillo. Luego pude distinguir las facciones de Claude.

—Siento haberla asustado —me dijo—. No creí encontrarla dormida. He llamado a la puerta, pero no me contestó.

—Estaba sólo adormilada —respondí.

—Quiero hablar con usted.

La miré sorprendida y continuó:

—Ya sé lo que piensa usted... que hemos tenido otras muchas oportunidades para conversar... pero lo que tengo que decirle no es fácil, y he preferido esperar una oportunidad adecuada.

—¿Qué tiene que decirme?

—Que voy a ser madre —respondió.

—¡Felicidades! ¿Me ha despertado sólo para decirme eso?

—Quiero que comprenda lo que significa para mí.

—¿Tener un niño? Creo que es una noticia excelente; además, no tan inesperada como usted supone.

—Es usted muy comprensiva.

Me sorprendió bastante que me hablara de aquel modo, y no le respondí. Tenía la certeza de que intentaba adularme, lo cual resultaba muy extraño.

—Si se trata de un varón, será el futuro conde —me dijo.

—¿Está segura de que el conde actual nunca tendrá descendencia?

—Usted conoce ya lo suficiente acerca de nuestra familia para saber que si Philippe se encuentra aquí, es porque el conde no tiene la intención de casarse. Y como es natural, mi hijo será el heredero.

—Muy posiblemente —respondí—. ¿Sólo es eso lo que pretendía decirme?

—Lo que pretendo decirle es que acepte la propuesta que le hice, antes de que sea demasiado tarde. Esa oportunidad no se prolongará indefinidamente. Deseaba hablar de ello esta tarde, pero me ha parecido difícil.

—¿Cuál es su propósito en definitiva?

—Quiero mostrarme franca con usted. ¿De quién cree es el niño que voy a tener?

—De su marido.

—Mi esposo no siente ningún interés por las mujeres, y, además, está físicamente incapacitado para tener descendencia. La cosa es, pues, muy simple. El conde no quiere casarse, pero siente el ferviente deseo de que un hijo suyo herede el título. ¿Me entiende?

—No es asunto de mi incumbencia.

—Desde luego. Sólo intento ayudarla. Comprendo que le parezca raro, pero es la pura verdad. No me he portado bien con usted... y no me extraña que ahora se pregunte por qué quiero ayudarla. La verdad es que no lo sé, pero las personas como usted suelen ser más sensibles de lo normal. El conde consigue siempre cuanto se propone. Su familia siempre fue así. No les importa lo demás, con tal de alcanzar su propósito. Debe usted marcharse. Permítame que la ayude. En estos momentos estoy en condiciones de hacerlo; pero debe adoptar una decisión en seguida, ya que de lo contrario perderá la oportunidad. ¿Admite que se trata de una buena oferta?

No contesté. No podía apartar de mi mente la idea de que el niño que llevaba en su seno era del conde. No quería creerlo, pero encajaba a la perfección en el conjunto. El niño heredaría el título y las posesiones, y Philippe, el hombre complaciente, aparecería como el padre de la criatura sin serlo. Tal era el precio que debía pagar por suceder a su primo en el castillo, caso de que falleciera antes que él.

«Tiene razón», me dije. «Debo marcharme».

Me miraba fijamente. Luego dijo con amabilidad, casi con ternura:

—Comprendo sus sentimientos. Él estuvo muy... atento con usted, ¿verdad? Hasta ahora nunca había conocido a una mujer de su temperamento. Es distinta a nosotros, y al conde siempre le gustaron las novedades. Por eso no es constante. Debe marcharse usted a fin de no sufrir... demasiado.

Era como un fantasma a los pies de la cama, advirtiéndome que debía evitar la tragedia que empezaba a cernirse sobre mi cabeza.

—¿Quiere que arregle todo lo referente al viaje?

—Lo pensaré —repuse sin perder la calma.

Se encogió de hombros, y dando media vuelta se dirigió hacia la puerta. Una vez allí, se detuvo y me miró.

Seguí despierta durante largo rato.

Si me quedaba allí, algo malo iba a sucederme. No cabía duda. Nunca hasta entonces me había dado cuenta de la inminencia de una amarga eventualidad.

## Capítulo 11

Cuando algunos días después el conde volvió al castillo parecía preocupado y no hizo nada para entrevistarse conmigo. Por mi parte, sentía tal horror ante lo que Claude me había explicado que preferí evitar su presencia. Me dije que si lo amaba de verdad, no debía creer a Claude; pero en mi fuero interno comprendía que eran muchas las posibilidades de que su historia resultara cierta. De manera extraña, aquello no alteraba mis sentimientos hacia el conde, ya que lo amaba tal como era y hasta en algunas ocasiones me conformé con cosas que luego resultaron equivocadas, como los casos de Gabrielle y de mademoiselle Dubois. Estaba ciegamente fascinada por su persona.

En realidad era difícil conocer mis sentimientos. Todo cuanto podía decir era que el conde dominaba mi vida, y que sin él la existencia se convertía en algo triste, gris y sin significado. No podía preguntarle si el relato de Claude era cierto. La barrera existente entre ambos alcanzaba demasiada altura. Aquel hombre era un enigma para mí. Llegué a la conclusión de que todo mi mundo se vendría abajo, desprovisto de esperanza y de felicidad, caso de separarme de él.

Todo aquello carecía de sentido. No era lo que podía esperarse de mí misma. No había forma de cambiarlo.

Me encontraba envuelta en un embrollo, de manera total. Hubiera querido sustituir la palabra amor por otra expresión cualquiera, pero me reprimí el temor a reconocer que amaba a aquel hombre de manera irrevocable.

\*\*\*\*\*

Durante los días siguientes la tensión fue en aumento. Yo estaba segura de que la situación no iba a permanecer estática sino que estallaría de manera inesperada. Avanzábamos hacia un punto crucial, y cuando éste se produjera mi futuro quedaría definitivamente fijado.

Tal vez aquella atmósfera de excitación fuese normal en tiempos de vendimia. Pero al margen de la misma, existía mi propia crisis emotiva. Mi trabajo tocaba a su fin. No podía permanecer indefinidamente en el castillo. Experimenté una desolación infinita al considerar que debía avisar al conde de mi partida, y que éste se limitaría tal vez a despedirme.

Me había iniciado de manera imprevista en aquella existencia feudal, y no obstante mi educación estrictamente inglesa intenté acoplarme a la misma. ¿Había sido un error? Me aferré a dicho interrogante, cuya solución dejaba un resquicio a la esperanza.

En el extraño período de espera noté de improviso la sensación de peligro; un peligro distinto a aquel en que se pone una mujer imprudente cuando sueña con un idilio imposible. Porque aquí el peligro era real. Sentía la extraña sensación de ser vigilada. Oía ruidos sospechosos, no fáciles de identificar, mientras recorría los pasillos en dirección a mi cuarto. Una especie de sexto sentido me obligaba a volver bruscamente la cabeza, dominada por un intenso temor.

No perdía de vista la llave que aún llevaba escondida. Me había propuesto enseñársela al conde y rogarle que buscásemos juntos la cerradura. Pero desde que Claude habló conmigo, me sentía incapaz de llevar a cabo aquel propósito.

Me había propuesto continuar mis investigaciones, y en secreto me imaginaba acercándome al

conde y diciéndole que acababa de descubrir las esmeraldas, porque cada vez estaba más segura de que encontraría dichas joyas. En el fondo de mi alma tenía la convicción de que se sentiría tan agradablemente sorprendido, que empezaría a tomarme en serio, lo que hasta entonces no había hecho.

¡Qué ideas tan absurdas puede acariciar una mujer enamorada! Se vive en un mundo de engaño que apenas guarda contacto con la realidad. Se trazan encantadoras imágenes para llegar a la conclusión de que no son verdaderas.

Aquella conducta era muy extraña en mí.

El conde no había venido a ver mis progresos con la pintura mural, lo cual me sorprendió. A veces me preguntaba si Claude no le habría hablado de mí, burlándose los dos de mi inocencia. Si era verdad que iba a tener un niño, las relaciones de ambos deberían ser muy íntimas. No podía creerlo, pero esta duda formaba parte de mi romanticismo. Considerando la situación desde un punto de vista puramente práctico, todo aquello no carecía de lógica. Y ¿acaso no son famosos los franceses por su lógica? Lo que, según mi razonamiento inglés era una situación inmoral, debía resultar totalmente satisfactorio para una mente francesa. El conde no tenía deseo alguno de casarse, sin embargo, deseaba que un hijo suyo heredase su apellido, su fortuna, sus fincas y todo cuanto era importante para él. Caso de fallecer, el legado pasaría primero a Philippe y luego a su hijo. Por su parte, Claude podía disfrutar de aquellas relaciones sin perder un ápice de su dignidad. Todo muy razonable y desde luego consecuente.

Pero para mí resultaba horrible y odioso. No sentía ganas de ver al conde por temor a traicionar mis sentimientos. Pero no por eso dejaba de mantener la vigilancia.

Una tarde me fui a ver a Gabrielle, que ahora demostraba ya con toda claridad su gravidez. La visita me resultó satisfactoria porque hablamos del conde, y Gabrielle pertenecía al grupo de personas que lo tenían en gran estima.

Cuando me despedí, tomé el atajo que atravesaba el bosque, y mientras proseguía mi camino tuve la sensación de que alguien me seguía, lo que me hizo sentir profundamente alarmada. Estaba sola en el bosque no muy lejos del lugar en el que el conde había recibido su herida. El temor me sobrecogió. Cualquier cosa me sobresaltaba, aunque fuese el leve chasquido de una ramita al quebrarse. Me detuve y escuché. Reinaba un silencio total, pero la sensación de peligro persistía.

Sentí el repentino impulso de echar a correr, sobrecogida de pánico, y casi empecé a proferir gritos, cuando mis faldas se enredaron en unos matorrales. Tiré fuertemente de ellas, dejando un poco de tela desprendida, y seguí corriendo, sin detenerme.

Estaba segura de escuchar los pasos de alguien tras de mí. Cuando los árboles se fueron aclarando, miré hacia atrás pero no vi a nadie. Salí del bosquecillo. No había señal alguna de presencia humana; pero aun así no me detuve, sino que seguí a toda prisa el camino que conducía al castillo.

Al acercarme a los viñedos vi a Philippe montado a caballo. Se acercó a mí y me dijo:

—¿Qué le ocurre, mademoiselle Lawson? ¿Le ha pasado algo?

Debía tener un aspecto bastante alterado, así es que de nada hubiera servido disimularlo.

—Acabo de sufrir una experiencia muy desagradable —le respondí—. Me pareció como si alguien me siguiera.

—No debe ir usted sola al bosque.

—Desde luego; pero no había pensado que pudiera suceder tal cosa.

—Deben ser imaginaciones suyas; pero comprendo su miedo. Quizá se acordó de cuando dispararon contra mi primo, y esto la hizo imaginar que alguien la seguía. Tal vez andaba por allí algún cazador cazando conejos.

—Sí. Tal vez.

Desmontó y se quedó inmóvil, contemplando los viñedos.

—Vamos a tener una cosecha magnífica —dijo—. ¿Ha visto usted alguna vez una vendimia?

—No.

—Le gustará. Ya no tardaremos. La uva está casi madura. ¿Quiere echar una mirada a los cobertizos? Verá cómo preparan los cestos. Todo el mundo está impaciente.

—¿No los molestaremos?

—¡Nada de eso! Les gusta creer que otros sienten la misma emoción que ellos.

Me condujo por un camino hacia los cobertizos, sin parar de hablarme de las uvas. Admitió no haber asistido a una vendimia desde hacía varios años. Su compañía me turbaba. No era más que un personaje secundario en aquella odiosa comedia, y me hubiera gustado separarme de él, pero no era posible.

—En el pasado —decía— solía quedarme en el castillo durante los veranos, y recuerdo muy bien las vendimias de entonces. Parecían prolongarse hasta bien entrada la noche, y a veces me levantaba para escuchar las canciones de los vendimiadores conforme cortaban las uvas. Era un espectáculo fascinador.

—En efecto; debía serlo.

—¡Oh, sí, señorita Lawson! Nunca he podido olvidar a aquellos hombres y mujeres metidos en la tina para aplastar las uvas. Unos músicos tocaban canciones populares a cuyo compás bailaban y cantaban todos. Los hombres y mujeres se iban hundiendo más y más en aquella masa color púrpura.

—¿Por eso aguarda con impaciencia la vendimia?

—Sí; aunque quizá cuando uno es joven todo tiene mayor colorido. Sin embargo, fueron esas vendimias las que me decidieron a quedarme en *Château Gaillard*.

—Veo que ha cumplido su propósito.

Se mantuvo en silencio y observé las líneas de amargura que flanqueaban su boca. Me pregunté qué sentiría al pensar en las relaciones del conde y de su esposa. Tenía un aire afeminado, que hacía más plausible la afirmación de Claude. Y el hecho de que sus facciones tuvieran cierta semejanza con las de su primo, hacía más aparente aún su diferencia de caracteres. A mi modo de ver, lo que deseaba con mayor fuerza era seguir viviendo en el castillo, poseerlo, ser conocido como el conde de la Talle, y por ello había puesto en entredicho su honor casándose con la amante del conde y aceptando el hijo de éste como suyo propio. Todo porque cuando falleciera su primo él se convertiría en el rey del castillo, cosa que jamás hubiera podido conseguir caso de haber rehusado las condiciones propuestas por aquél.

Hablamos de las uvas y de las vendimias que recordaba de sus tiempos infantiles. Cuando llegamos a los cobertizos me mostró los cestos ya dispuestos, y se puso a hablar con los trabajadores. Regresamos al castillo, andando, y él se mostró amistoso, reservado y un poco circunspecto, lo que me obligó a simpatizar con él.

Subí a mi habitación y apenas hube entrado me di cuenta de que alguien estuvo allí durante mi ausencia. Miré a mi alrededor y observé que el libro que había dejado en la mesilla de noche estaba

ahora sobre el tocador.

Me acerqué rápidamente y lo tomé. Luego abrí el cajón. Todo parecía en orden. Abrí los demás cajones sin ver en ellos señal alguna de haber sido registrados.

Sin embargo, el libro estaba en un lugar distinto.

Quizá había entrado alguna de las sirvientas, pero ¿con qué motivo? Por regla general nadie acudía allí a aquellas horas.

Luego percibí un suave aroma, un perfume a rosa que ya conocía. Era femenino y muy agradable, y sólo lo llevaba una persona: Claude. Tuve entonces la certeza absoluta de que Claude había estado en mi cuarto, pero ¿por qué? Quizá supiera que estaba en posesión de la llave y trató de ver si la guardaba en alguno de aquellos cajones.

Me quedé inmóvil y palpé el bolsillo donde guardaba la llave en cuestión. Estaba en su sitio y no había peligro mientras la llevara encima. Había dejado de percibir el aroma, pero de pronto llegó a mí otra vez, muy suave, evasivo, aunque lleno de significado.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente la criada me trajo una carta de Jean-Pierre en la que éste me decía que necesitaba verme sin pérdida de tiempo.

Debía acudir a las viñas donde nadie podría interrumpirnos. Me rogaba encarecidamente que lo hiciera.

Salí bajo la ardiente claridad del sol, y luego de cruzar el puente levadizo me dirigí a los viñedos. La comarca entera parecía dormida bajo el calor.

Cuando andaba por el sendero hacia las viñas, ahora cargadas de fruto maduro, Jean-Pierre salió a mi encuentro.

—Aquí es muy difícil hablar —dijo—. Entremos.

Me llevó al edificio donde estaban las bodegas.

Allí dentro hacía fresco, y tras la cegadora claridad del exterior me pareció estar rodeada de tinieblas. La luz sólo entraba por unas pequeñas aberturas dotadas de postigos que regulaban la temperatura interior.

Una vez estuvimos entre las tinajas, Jean-Pierre me dijo:

—Tengo que marcharme de aquí.

—¿Marcharte? —repetí tontamente—. Pero ¿cuándo?

—En cuanto acabe la vendimia.

Me cogió por los hombros.

—¿Y sabes por qué, Dallas?

Moví la cabeza.

—Porque el conde quiere que me aleje.

—¿Por qué?

Se echó a reír amargamente.

—No me ha dicho sus motivos. Ese hombre sólo da órdenes. No le agrada verme aquí, y aunque haya pasado en este lugar toda la vida, no tengo más remedio que desaparecer.

—Pero, si le explicas...

—¿Explicarle qué? Éste es mi hogar... del mismo modo que el suyo es el castillo. Querida Dallas; nosotros no debemos tener tan absurdos sentimientos. Somos siervos, nacidos para obedecer. ¿No te habías dado cuenta?

—Esto es absurdo, Jean-Pierre.

—He recibido órdenes.

—Ve a verle..., dile..., estoy segura de que te escuchará.

Me sonrió.

—¿Sabes por qué quiere que me marche? ¿No lo adivinas? Porque conoce mi amistad contigo y no le gusta.

—¿Qué puede significar para él nuestra amistad? —pregunté, confiando en que Jean-Pierre no notara el tono emocionado de mi voz.

—Siente interés por ti, a su manera.

—¡Pero esto es ridículo!

—Sabes muy bien que no. Tú eres diferente a todas cuantas mujeres ha conocido ese hombre. Quiere disponer de ti de manera total... durante algún tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que cómo lo sé? Porque lo conozco bien. He vivido siempre aquí y aunque él se aleje con frecuencia, éste es también su hogar y aquí actúa de un modo como no puede en París. Es el dueño de todos nosotros. El tiempo se ha detenido en Gaillard y desea conservar las cosas de este modo.

—¿Le odias, Jean-Pierre?

—En cierta época, el pueblo de Francia se levantó contra los de su clase.

—¿Olvidas cómo ayudó a Gabrielle y a Jacques?

Se echó a reír amargamente.

—Gabrielle, como toda mujer, lo idolatra.

—¿Qué insinúas?

—Que no creo en esa bondad. Siempre existe un motivo para todos sus actos. No somos gente con vida propia, sino sus esclavos. Te lo aseguro. Si desea a una mujer, elimina a cuanto se ponga en su camino, y cuando ya no le gusta pues... ya sabes lo que le pasó a la condesa.

—No digas esas cosas.

—Dallas, ¿qué te ocurre?

—Me gustaría saber qué hacías en la sala de armas del castillo.

—¿Yo?

—Sí. Porque encontré allí tus tijeras de vendimiar. Tu madre me contó que las habías echado de menos y que eran tuyas.

Se quedó sorprendido; pero luego dijo:

—Tuve que ir al castillo para hablar con el conde de asuntos de las tierras. Fue un poco antes de que se marchara.

—¿Estuviste en la sala de armas?

—No.

—Es allí donde encontré las tijeras.

—El conde no estaba y decidí echar una mirada por el lugar. No te sorprendas. Es muy interesante. No pude resistirlo. Ya sabes que en ese recinto fue donde un antepasado mío vio por

última vez la luz del día.

—Jean-Pierre —le dije—, no debes odiar de ese modo.

—¿Por qué ha de ser suyo todo esto? ¿Sabes que tenemos cierto parentesco? Un tatarabuelo mío fue medio hermano de un conde... pero su madre no era condesa.

—No hables de ese modo —le dije. Una terrible idea acababa de insinuarse en mi mente—. Estoy segura de que lo matarías si pudieras —le dije.

Jean-Pierre no contestó.

—Aquel día en los bosques... —empecé.

—Yo no disparé. ¿Crees que soy el único que lo aborrece?

—No tienes motivos para odiarle de este modo. Nunca te hizo daño. Lo odias por lo que es y porque deseas apoderarte de lo suyo.

—¡Una buena razón para odiar! —exclamó echándose a reír—. Pero no se trata de eso sino simplemente de que estoy furioso con él porque quiere que me vaya. ¿No odiarías a quien te separase de tu casa y de las personas amadas? No he venido aquí para hablar del conde, sino porque te quiero. Cuando la vendimia termine, me iré a Mermoz y quiero que me acompañes, Dallas. Perteneces a los nuestros. Después de todo, tu madre era de aquí. Casémonos y podremos reírnos de él para siempre. No tiene poder alguno sobre ti.

¡Ningún poder sobre mí! Pensé que Jean-Pierre estaba terriblemente equivocado, porque nadie hasta entonces había poseído tanto poder como el conde para regular mi felicidad y excitar o deprimir mi espíritu.

Jean-Pierre me tenía cogida de las manos y me atraía hacia él con los ojos brillantes.

—Dallas, cástate conmigo. Piensa en lo felices que seremos, tú, yo... mi familia. Nos quieres, ¿verdad?

—Sí, os quiero a todos —repuse.

—¿Deseas... volver a Inglaterra? ¿Qué harás allí, Dallas querida? ¿Tienes amigos? Si lo fueran de verdad no hubieras podido permanecer tanto tiempo alejada de ellos. Tú deseas quedarte aquí. Estás convencida de ser de los nuestros.

Guardé silencio mientras reflexionaba sobre la clase de vida que Jean-Pierre me estaba proponiendo. Me imaginé presa en el torbellino de la vendimia, tomando mi caballete y mis pinturas y desarrollando mi modesto talento de pintora. Visitando a la familia en Maison Bastide... Pero vería siempre el castillo y jamás podría contemplarlo sin sentir un profundo dolor. Quizá algunas veces viera también al conde. Me miraría y se inclinaría cortésmente. Tal vez incluso se preguntara: «¿Quién es esa mujer? Me parece haberla visto en algún sitio. ¡Ah, sí! Se trata de mademoiselle Lawson, la que vino a reparar unas pinturas y luego se casó con Jean-Pierre en Mermoz».

Era mejor alejarse definitivamente de todo aquello, aceptar la oportunidad que Claude me ofreciera y que aún seguía vigente.

—¿Vacilas? —preguntó Jean-Pierre.

—No puede ser —repuse.

—¿No me amas?

—No te conozco, Jean-Pierre.

Pronuncié aquellas palabras sin reflexionar, y en seguida me arrepentí de ello.

—Pero somos viejos amigos, ¿verdad?

—¡Son tantas las diferencias que nos separan...!

—Lo único importante es que te amo.

\*\*\*\*\*

Me dije que hablaba del amor con menos vehemencia que cuando expresaba odio. La hostilidad hacia el conde era más fuerte que sus sentimientos hacia mí, y se me ocurrió pensar que éstos eran consecuencia de la primera. Jean-Pierre quería casarse conmigo por la simple razón de que había observado las atenciones de que el conde me hacía objeto. Aquella idea me provocó una gran repugnancia, y al instante dejó de parecerme el viejo amigo en cuya casa había pasado tantas horas felices. De pronto, quedaba convertido para mí en un hombre siniestro y extraño.

—Vamos, Dallas —insistió—. Di que aceptas. Veré al conde y le diré que voy a llevarte a Mermoz.

No cabía duda. Pensaba en todo aquello como en un triunfo ante el conde.

—Lo siento, Jean-Pierre —respondí—. Pero no es ése el camino que deseo seguir.

—¿No quieres casarte conmigo?

—No, Jean-Pierre. No quiero.

Me soltó las manos, y una expresión de rabia incontenible se pintó en su rostro. Luego se encogió de hombros.

—Continuaré esperando —dijo.

Sentía deseos de escapar cuanto antes de aquella bodega. Me causaba terror pensar que un hombre pudiera odiar tanto a otro. ¡Y yo que en el pasado me sentí siempre tan segura de mí misma, tan capaz para cuidar de mi persona! Ahora empezaba a saber el significado del miedo.

Me alegró mucho volverme a encontrar bajo la claridad del sol.

Me fui a mi cuarto y estuve pensando en la propuesta de Jean-Pierre. Su actitud no era la de un hombre enamorado. Me había demostrado la profundidad de su odio al referirse al conde, y si proyectó casarse conmigo era sólo para ocasionarle un disgusto. Se había dado, pues, cuenta del interés del conde hacia mí. Ahora bien; desde su regreso de París, aquél parecía no hacerme el menor caso.

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente estaba dando los últimos toques a la pintura mural, cuando Nounou se acercó a mí muy excitada.

—Geneviève acaba de entrar y se ha ido directamente a su cuarto —me explicó—. Lloraba y reía a la vez, y no sé qué le pasa. ¿Por qué no viene conmigo?

La acompañé al cuarto de Geneviève. Ésta se encontraba de un humor endiablado. Había tirado el sombrero y la fusta a un rincón, y cuando entramos estaba sentada en la cama mirando fijamente ante sí.

—¿Qué te pasa, Geneviève? —le pregunté—. Quizá pueda ayudarte.

—¡Ayudarme! ¿Cómo quiere ayudarme? A menos que vaya a preguntar a mi padre... —se

interrumpió, mirándome inquisitivamente.

—¿Qué he de preguntarle? —inquirí.

Pero no contestó, sino que cerrando los puños golpeó la cama con ellos.

—¡No soy ninguna niña! —exclamó—. ¡Y no me quedaré aquí si no quiero! ¡Me iré!

Nounou contenía la respiración, presa de profundo temor. Finalmente le preguntó:

—¿Adónde quieres irte?

—¡A cualquier sitio! Adonde nadie pueda encontrarme.

—No es fácil que nadie te busque mientras sigas con este mal genio —le dije.

Se echó a reír, pero volvió a tranquilizarse casi inmediatamente.

—Ya le he dicho, señorita, que no quiero que me traten como a una niña.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿A qué viene eso de haber sido tratada como una niña?

Se quedó mirando fijamente las punteras de sus botas.

—Si quiero amigos, los tendré.

—¿Y quién te dice que no hayas de tenerlos?

—No me parece bien despedir a la gente tan sólo porque... —Se detuvo y me miró iracunda—.

Pero no es asunto suyo, ni tampoco de usted, Nounou. Márchense. No se queden ahí mirándome como si fuera un bicho raro.

Nounou parecía a punto de llorar, y por mi parte pensé que todo aquello sería tratado con más facilidad si la institutriz se retiraba. Le hice señas y me obedeció inmediatamente.

Me senté en la cama y esperé. Geneviève dijo tristemente:

—Mi padre despide a Jean-Pierre porque es amigo mío.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No es preciso que me lo digan. Lo sé.

—¿Crees que es motivo suficiente para despedirlo?

—Sí; porque soy la hija de papá, y Jean-Pierre sólo un campesino.

—Sigo sin ver el motivo.

—Me estoy haciendo mayor, eso es todo. —Me miró y sus labios temblaron. Luego se echó sobre la cama y empezó a sollozar mientras su cuerpo se estremecía.

Me incliné sobre ella.

—Geneviève —le dije con afabilidad—. ¿Crees que temen verte enamorada de él?

—¡Y, encima, se ríe! —gritó, volviendo hacia mí su rostro encendido—. ¡Tengo edad suficiente!

No soy una niña.

—Nunca he dicho que lo fueras, Geneviève. ¿Estás enamorada de Jean-Pierre?

No respondió y yo insistí:

—¿Y él de tí?

Hizo una señal de asentimiento.

—Sí. Y me dijo que es por eso por lo que papá lo ha despedido.

—Comprendo —pronuncié lentamente.

—Si se marcha a Mermoz, no me quedaré aquí. Me escaparé con él.

—¿Te lo ha pedido Jean-Pierre?

—No empiece a preguntar. Usted no está de mi lado.

—Sí que lo estoy, Geneviève.

Se incorporó y me miró.

—¿De veras?

Hice una señal de asentimiento.

—Pues yo creí que no... Pensé que usted lo amaba también, y sentí celos —admitió ingenuamente.

—No hay por qué tener celos de mí, Geneviève. Has de ser razonable. Me enamoré una vez siendo muy joven.

Aquella idea la hizo sonreír, y exclamó:

—¡Oh, señorita! ¿Usted enamorada?

—Sí —respondí fríamente—. También yo soy capaz de enamorarme.

—Debió resultar muy divertido.

—Pues a mí me pareció trágico.

—¿Por qué? ¿Es que su padre rechazó al pretendiente?

—Nunca lo hubiera hecho. Pero me obligó a comprender la imposibilidad de aquella unión.

—¿Resultaba imposible?

—A veces suelen serlo, sobre todo cuando una es joven.

—Está intentando influir en mí. Pero no voy a escucharla. Le aseguro que en cuanto Jean-Pierre se haya ido a Mermoz, me reuniré con él.

—Se marchará después de la vendimia.

—Y yo también —manifestó con expresión determinada.

Comprendí que de nada servía continuar aquella conversación y quedé preocupada preguntándome qué significaba semejante actitud. ¿Imaginaba que Jean-Pierre se había enamorado de ella o acaso él mismo se lo dijo? ¿Era posible que obrara de aquel modo mientras, por otra parte, me pedía en matrimonio a mí?

Recordé a Jean-Pierre en la bodega, con los ojos brillantes por el odio. La pasión dominante en su vida era la aversión hacia el conde, y al creerlo interesado por mí quiso hacerle daño, proponiéndome casarse conmigo. ¿Intentaba, además, seducir a Geneviève porque era hija del conde?

\*\*\*\*\*

El día siguiente era el fijado para empezar la vendimia. El cielo estaba despejado, el sol brillaba cegador y las abundantes uvas parecían dispuestas para su recolección.

Pero yo no pensaba en dicho acontecimiento, sino en Jean-Pierre y en su deseo de vengarse del conde. Al mismo tiempo, no dejaba de observar a Geneviève, porque en su estado actual era capaz de cualquier cosa. Por otra parte, no podía librarme de la siniestra impresión de estar siendo vigilada.

Deseaba tener una conversación con el conde, pero éste parecía ignorarme, y me dije que quizá dicha actitud fuera la más adecuada, considerando el torbellino en que estaba sumida mi mente.

Claude se refirió varias veces, de manera significativa, a que mi trabajo estaba a punto de terminar. ¡Cómo deseaba verse libre de mi presencia! En las pocas ocasiones en que me tropecé con Philippe, éste me pareció tan remoto y amable como siempre.

Después de la demostración de mal humor por parte de Geneviève, me había preguntado cuál sería la mejor actitud a adoptar, y de repente llegué a la conclusión de que la única persona capaz de

ayudarme era la abuela de Jean-Pierre.

La tarde declinaba cuando me dirigí a su casa. Pensé encontrarla sola porque reinaba una gran actividad en las viñas con los preparativos para el día siguiente, y ni Yves ni Margot estarían allí. La anciana me dio la bienvenida como siempre, y sin más preámbulo la puse al corriente de mis inquietudes.

—Jean-Pierre me ha pedido en matrimonio —le dije.

—Pero usted no le ama.

Moví la cabeza.

—Tampoco él me ama a mí.

Vi cómo las venas de sus manos se hinchaban al apretar los puños.

—Y en cuanto a Geneviève —continué—, le ha hecho creer que...

—¡Oh, no!

—Es una jovencita sensible y vulnerable, y temo lo que le pueda ocurrir. Se encuentra sumida en un estado rayano en el histerismo porque Jean-Pierre va a marcharse. Hemos de hacer algo, aunque no sé el qué. Pero estoy convencida de que si no obramos con rapidez va a ocurrir algo horrible. El resentimiento de Jean-Pierre contra el conde me parece muy poco natural.

—Es innato en él. Trate de comprenderlo. Cuando ve el castillo, piensa: «¿Por qué ha de ser del conde...? ¿Por qué ha de disfrutar de tal poder?».

—¡Pero eso es absurdo! No hay motivo para proceder así. Todos en esta comarca ven el castillo y nadie piensa de ese modo.

—Es diferente. Nosotros, los Bastide, llevamos sangre de nobles. La palabra Bastide, aquí en el Sur, significa «alquería»... pero quizá en tiempos pasados quisiera decir «bâtard», o sea, bastardo. Así es como se forman los apellidos.

—Debe haber por aquí mucha gente con sangre noble, como ustedes.

—En efecto, pero los Bastide somos diferentes. Siempre hemos vivido muy vinculados al castillo. Y no han pasado tantos años que sea posible olvidarlo. El padre de mi marido era hijo del conde de la Talle. Jean-Pierre lo sabe, y cuando mira al castillo o cuando ve al conde, piensa: «También yo podría ir a caballo por estas tierras, las viñas podrían ser mías... y la mansión también».

—Me parece una actitud muy poco... saludable.

—Siempre fue muy orgulloso. Y escuchó con atención los relatos referentes al castillo, que fueron transmitiéndose en el seno de nuestra familia. Sabe que la condesa estuvo alojada en nuestra casa. Que su hijo nació aquí y vivió en este lugar hasta volver al castillo con su abuela. La señora Bastide, que le dio cobijo, tenía también un chiquillo, un año mayor que el pequeño conde; pero ambos compartían el mismo padre.

—Comprendo que el vínculo es muy fuerte, pero no explica esta envidia y este odio durante tantos años.

Madame Bastide movió la cabeza, y yo continué:

—Debe hacerle entrar en razón. Si continúa así ocurrirá una tragedia. Lo veo venir. En ese bosque donde dispararon contra el conde...

—No fue Jean-Pierre.

—Pero si le odia tanto...

—No es un asesino.

—Entonces, ¿quién fue?

—Un hombre como el conde tiene muchos enemigos.

—Ninguno puede odiarlo tanto como el nieto de usted. Todo esto me alarma, y ha de ponerse al fin.

—Usted quisiera restaurar a la gente igual que sus cuadros; hacerlos perfectos; pero los seres humanos no son pinturas, ni tampoco...

—Ni tampoco yo soy tan perfecta que quiera reformar a los demás —la interrumpió—. Pero todo esto me parece grave.

—Si supiera las secretas ideas que acuden a mi pensamiento, todavía se sentiría más alarmada. Pero ¿qué ocurre con usted? Está enamorada del conde, ¿verdad?

Me aparté un poco de ella, sintiéndome cogida por sorpresa.

—Eso está claro para mí como el odio de Jean-Pierre para usted. Su alarma no procede del odio de Jean-Pierre, sino de que el mismo se dirija contra el conde. Teme que le cause algún daño. Ahora bien: esta animosidad se viene prolongando desde hace muchos años, y es totalmente necesaria para Jean-Pierre, porque mitiga el dolor que le causa su orgullo. Pero usted corre un peligro mucho mayor, Dallas, por culpa de ese amor que siente.

Guardé silencio.

—Querida, váyase a casa. Soy una anciana y veo mucho más allá de lo que puede imaginar. ¿Cree ser feliz aquí? ¿Imagina que el conde se va a casar con usted? ¿Le gustaría quedarse como amante suya? No lo creo. No les convendría a ninguno de los dos. Vuelva a su casa cuando aún está a tiempo. En su país aprenderá a olvidar porque todavía es joven y tal vez encuentre alguien con quien empezar una nueva vida. Tendrá hijos y éstos le ayudarán a olvidarlo todo.

—Madame Bastide —le dije—. Está usted muy preocupada, ¿verdad?

Guardó silencio.

—¿Tiene miedo de lo que hará Jean-Pierre? —insistí.

—En estos últimos tiempos se comporta de un modo muy raro.

—Me ha pedido en matrimonio y ha convencido a Geneviève de que está enamorado de ella...

¿Qué otra cosa va a hacer?

Vaciló.

—Quizá no deba decírselo, pero es algo que me perturba desde que lo supe. Cuando la condesa huyó de los revolucionarios y buscó cobijo aquí, mostró su agradecimiento a los Bastide dejando una cajita de oro, dentro de la cual había una llave.

—¡Una llave! —exclamé.

—Sí, una pequeña llave con una forma como yo nunca había visto. En su ojo tenía una flor de lis.

—¿Qué más? —pregunté impaciente.

—La cajita fue un regalo y tiene un gran valor para nosotros. La guardamos para un caso de necesidad. En cuanto a la llave, debía ser conservada aquí hasta que alguien la pidiera.

—¿La han pedido alguna vez?

—No, nunca. Según las órdenes recibidas y que fueron transmitiéndose de padres a hijos, nunca debíamos explicar a nadie este secreto, para evitar que la llave fuera a parar a malas manos. Así lo hicimos y nunca hablamos de una cosa ni de otra. Parece ser que la condesa habló alguna vez de dos

llaves... la que nosotros guardábamos y otra que se conserva oculta en el castillo.

—¿Dónde está esa llave...? ¿Puedo verla?

—Desapareció... hace tiempo. Alguien debió llevársela.

—¡Jean-Pierre! —susurré—. Sin duda intenta encontrar la cerradura a la que pertenece dicha llave.

—Podría ser.

—¿Y si lo logra?

Me apretó la mano.

—Si da con lo que busca, se habrá acabado su odio.

—¿Se refiere a... las esmeraldas?

—Si encuentra esas esmeraldas, se creará en posesión de algo que le corresponde. Lo lleva entre ceja y ceja. Y temo que esta obsesión... sea como un cáncer en su mente. Dallas, siento temor por las consecuencias que le pueda originar.

—¿Podría hablar con él?

Movió la cabeza.

—No serviría de nada. En algunas ocasiones lo intenté, pero sin resultado. Lo tengo aprecio a usted y no quisiera verla metida en un lío. Aquí todo parece pacífico exteriormente, pero nada es como se cree. Ninguno de nosotros muestra su verdadero rostro. Más vale que se vaya. No se deje enredar en esta pugna que se viene prolongando tanto tiempo. Vuelva a su casa y empiece de nuevo. Con el paso del tiempo, todo esto le parecerá un sueño, y nosotros una especie de muñecos de feria.

—No; nunca podrá ser así.

—Sí, querida. Así será... porque así es la vida.

Me despedí de ella y volví al castillo.

Me daba cuenta de que no iba a permanecer mucho tiempo al margen de aquel conflicto. Era preciso actuar, aunque no estaba segura todavía de cuál sería la manera más adecuada.

\*\*\*\*\*

A las seis y media de la mañana empezó a llamarse a los vendimiadores. De todos los rincones de la comarca, hombres, mujeres y niños se dirigieron a las viñas, donde Jean-Pierre y su padre iban a darles las debidas instrucciones. Me dije que al menos por entonces no había nada que temer, pues todo el mundo estaba concentrado en su trabajo.

Según una vieja costumbre, reinaba gran actividad en las cocinas del castillo, preparando la comida para los vendimiadores, y en cuanto se hubo evaporado el rocío, empezaron a arrancarse las uvas.

Se trabajaba por parejas. Uno de los operarios cortaba con todo cuidado los racimos, asegurándose de desechar los que no fueran perfectos, mientras su compañero sostenía el osier en el que irlos depositando con cuidado para no estropear los granos.

En los viñedos sonaban los cánticos propios de la región. También esto era una vieja costumbre, según me dijo madame Bastide, y existía un refrán según el cual *Bouche qui mord à la chanson ne mord pas à la grappe*.

Pero aquella mañana la frase en cuestión tenía poca eficacia. Me acerqué a los viñedos, pero no vi a Jean-Pierre. Debía estar tan ocupado que no le era posible prestar atención a mí o a Geneviève. Ni

incluso recordar su odio.

Yo encajaba muy mal en todo aquello. Nada tenía que hacer allí. No pertenecía al ambiente, lo cual me pareció simbólico. Pasé a la galería y contemplé mi trabajo, que quedaría terminado dentro de un plazo relativamente breve.

Mi buena amiga madame Bastide me había advertido que era mejor partir de allí definitivamente. Me pregunté si con su actitud indiferente el conde no me estaría dando idéntico consejo. Sin duda, sentía algo por mí, y aquel pensamiento iba a servirme de consuelo cuando me encontrara lejos. Por triste que estuviera no dejaría de pensar que aquel hombre me había demostrado cierto amor, aunque no fuera persona adecuada para inspirar grandes pasiones. La idea me hizo reír. El que viese semejante faceta de mi ser con toda claridad era prueba de lo absurdo de la situación. Aquel hombre era un ser aristócrata, experto, meticulado, y yo tan sólo una mujer sin atractivos, obsesionada sólo por una cosa: mi trabajo. Tenía, además, el orgullo de poseer un sentido común que, considerando mi comportamiento anterior, distaba mucho de ser perfecto. Pero siempre podría consolarme con el recuerdo de sus atenciones.

La indiferencia que ahora me estaba demostrando sólo podía tener un significado, el mismo que madame Bastide me había indicado ya: había que retirarse. Sería más conveniente para todos.

Saqué la llave del bolsillo. Debía entregarla al conde y explicarle cómo la había encontrado. Luego añadiría: «Mi trabajo está casi acabado. Me iré dentro de pocos días». Miré la llave. Era evidente que Jean-Pierre tenía otra igual, y que también andaba en busca de la cerradura en la que encajara.

Evoqué las ocasiones en que me pareció ser vigilada. ¿Quizá era Jean-Pierre el que seguía mis pasos? ¿Me habría visto aquel día en el cementerio? ¿Temía que yo encontrara lo que andaba buscando con tanta insistencia?

No debía robar aquellas esmeraldas, porque pese a su opinión personal, si alguien lo descubría sería acusado de robo.

Pensé en la desgracia que podía abatirse sobre una familia a quien tanto cariño profesaba. Pero de nada iba a servirme discutir con él. Sólo quedaba un recurso: encontrar las esmeraldas antes de que pusiera las manos en ellas. Si estaban en el castillo, debían hallarse en algún calabozo, porque desde luego su escondite no era la *oubliette*.

Se me presentaba una oportunidad extraordinaria para averiguarlo, porque aquel día no había casi nadie en el castillo. Recordé haber visto un farol junto a la puerta del calabozo, y esta vez me prometí encenderlo a fin de explorar aquel paraje convenientemente. Me fui al centro del castillo y descendí la escalera de piedra. Llegué a los calabozos y abrí la puerta de hierro, que chirrió téticamente.

Noté el helado ambiente de aquel pasaje, pero no obstante lo desagradable de ello decidí continuar mis investigaciones. Encendí el farol y lo sostuve en alto. Distinguí las paredes húmedas y su recubrimiento de musgo; las concavidades abiertas en el muro, y aquí y allá las anillas a las que habían estado aseguradas las cadenas.

Un lugar tenebroso, oscuro, repelente incluso después de tantos años; saturado con los sufrimientos de tantos hombres y mujeres presos allí en una época cruel.

¿Dónde estaría la cerradura que con tanto interés buscaba?

Mientras avanzaba en la oscuridad, un sentimiento de horror se apoderó de mí. Imaginaba cómo debieron sufrir aquellos hombres y mujeres del pasado al ser llevados a semejante lugar. Comprendí su terror y su desesperación.

Me pareció cual si todos los nervios de mi cuerpo me advirtieran: «Sal de aquí inmediatamente. Estás corriendo un grave peligro».

Me pareció desarrollar un sexto sentido de vigilancia como todos los que pasan por peligros muy graves. Sabía que no estaba sola, que alguien me observaba.

Recuerdo que pensé: «Si ese alguien existe, ¿por qué no se descubre de una vez?».

Pero sabía también que quienquiera que me espíase, sólo actuaría cuando hubiera averiguado lo que deseaba.

«Jean-Pierre no me atacará —pensé—, ni siquiera para apoderarse de las esmeraldas de los Gaillard».

Me temblaban las manos, y me desprecié por aquella cobardía. Me había situado a la misma altura de los criados cuando afirmaban que por nada del mundo bajarían al sótano. Sentía el mismo temor que ellos hacia los fantasmas del pasado.

—¿Quién anda por ahí? —grité, con voz que pretendía ser decidida.

Pero mis palabras resonaron de manera fantasmal.

Debía retirarme de allí inmediatamente. Mi instinto me lo advirtió. Salir del subterráneo y no volver jamás.

—¿Quién anda por ahí? —repetí, añadiendo en voz alta—: No hay nadie.

No sé por qué hablé de aquel modo. Quizá para darme yo misma una respuesta al miedo que me dominaba. No era un fantasma lo que se movía entre las tinieblas. Pero yo debía temer más a un ser vivo que a un muerto.

Retrocedí hacia la puerta, desplazándome con suma lentitud; apagué el farol y lo puse en el suelo; atravesé la puerta de hierro, empecé a subir la escalera y, una vez arriba, eché a correr hacia mi cuarto.

No debía volver allí yo sola nunca más. Imaginé la puerta cerrándose tras de mí y el peligro que ello entrañaba. No sé cómo ocurrió, pero me parece que fue en aquel preciso instante cuando llegué a la conclusión de que deseaba quedarme en el castillo para siempre.

Había tomado una decisión. Hablaría con el conde sin pérdida de tiempo.

\*\*\*\*\*

Era característico de Gaillard que las uvas fueran pisadas a la manera tradicional. En otras partes del país usaban prensas; pero en Gaillard se perpetuaban los viejos sistemas.

—No hay costumbres como las antiguas —me había dicho cierta vez Armand Bastide—. Ni ningún vino es como el nuestro.

En el aire caliente flotaban sonidos de ensueño. Las uvas se recogían y eran echadas al interior del gran barril en el que formaban una capa de casi un metro.

Los pisadores se habían frotado los pies hasta hacerlos brillar. Los músicos afinaban sus instrumentos. La alegría era general.

Aquella escena iluminada por la luna resultaba fantástica, sobre todo para quien como yo nunca la había presenciado hasta entonces. Estuve mirando cómo los pisadores, que llevaban pantalones blancos muy cortos, se metían en la tinaja y empezaban a trabajar.

Reconocí la vieja canción que Jean-Pierre me había cantado y que ahora cobraba un significado especial:

*Qui sont-ils les gens qui sont riches?  
Sont-ils plus que moi qui ri'ai rien...*

Miré cómo los bailarines se iban hundiendo poco a poco en aquella masa purpúrea, y cómo sus rostros resplandecían al entonar la canción. La música se hizo más y más viva. Los músicos se acercaron a la tina. Armand Bastide iba al frente de ellos con su violín. Había también un acordeón, un triángulo y un tambor. Algunos pisadores hacían chasquear los dedos conforme daban vueltas metódicamente a la tina.

Empezó a circular una botella de coñac y los pisadores expresaron su alegría con fuertes voces, conforme la canción ganaba intensidad y el baile se hacía más y más animado.

Vi por unos momentos a Yves y a Margot, quienes junto con otros niños estaban tomando parte en el jolgorio bailando, profiriendo chillidos y riendo mientras imitaban los movimientos de los pisadores.

Geneviève también estaba allí. Llevaba el pelo recogido sobre la cabeza y parecía emocionada y retraída. Comprendí que su mirada inquieta tenía como causa la actitud de Jean-Pierre.

De pronto me di cuenta de que el conde se había acercado a mí. Sonreía cual si se sintiera complacido y, por mi parte, me sentí absurdamente feliz por creer que me andaba buscando.

—Dallas —dijo. Y el oír pronunciar mi nombre me llenó de placer—. ¿Qué piensa usted de todo esto?

—Nunca había visto una cosa igual —le respondí.

—Me alegro de haberle podido mostrar algo que le agrade.

Me había cogido por el brazo.

—Tengo que hablar con usted —le dije.

—Y yo con usted; pero no aquí; hay demasiado ruido.

Me aparté de la multitud. Fuera, el aire era fresco; miré a la luna, de aspecto algo confuso cual si también estuviera borracha. Las marcas de su superficie semejabán las facciones de un rostro riéndose de nosotros.

—Ha transcurrido mucho tiempo desde que hablamos —dijo el conde—. No sé cómo empezar. He estado pensando... en nosotros. No quiero que me considere descortés o impetuoso.

—No —repuse.

Habíamos empezado a caminar hacia el castillo.

—Primero dígame lo que quería indicarme —solicitó.

—Pues que dentro de unas semanas habré terminado mi trabajo y habrá llegado el momento de partir.

—No debe usted irse.

—No existe motivo para permanecer aquí.

—Debemos encontrarlo... Dallas.

Me volví hacia él. No era momento adecuado para andarse por las ramas. Debía conocer la verdad, aunque traicionara mis sentimientos.

—¿Qué motivo puede existir?

—Pues el de rogarle que se quede, porque de lo contrario me voy a sentir muy desgraciado.

—Agradecería que me explicase claramente lo que significan esas palabras.

—Que no estoy dispuesto a dejarla partir. Que quiero que se quede con nosotros para siempre... y que considere este lugar como su propia casa. En otras palabras: le estoy diciendo que la amo.

—¿Me va a pedir en matrimonio?

—Todavía no. Primero hay que aclarar varias cosas.

—¡Pero usted había decidido no volver a casarse jamás!

—Sólo hay una mujer en el mundo capaz de hacerme cambiar de opinión. Hasta ahora no sabía que existiera, pero el destino la ha traído a mi lado.

—¿Está seguro? —le pregunté con expresión gozosa.

Permaneció inmóvil y me tomó de las manos, al tiempo que me miraba gravemente.

—Nunca he estado tan seguro en mi vida.

—Sin embargo, antes ha dicho que no piensa pedirme en matrimonio.

—Querida —dijo—, no quiero estropear tu vida.

—¿Es que se estropearía... si yo te amara?

—Di la verdad. Dejémosnos compenetrar el uno con el otro. ¿Me amas, Dallas?

—Sé muy poco de amor. De lo único que estoy segura es de que si me marcho, si nunca vuelvo a verte, seré desgraciada para el resto de mi vida.

Se acercó a mí y cogiéndome la cara me besó suavemente en la mejilla.

—Esto basta por ahora —dijo—. ¿Cómo puedes sentir... amor hacia mí?

—No lo sé.

—Sólo sabes cómo soy exteriormente. No quiero que te cases conmigo hasta que me conozcas de verdad. ¿No habías pensado en ello, Dallas?

—He intentado no pensar en cosas imposibles, aunque secretamente acariciaba dicha idea.

—¿Lo crees posible ahora?

—No me veo en el papel de femme fatale.

—No lo quiera Dios.

—Hasta ahora, sólo fui una mujer carente de encantos personales; pero capaz de cuidar de mí misma. Un ser que había dejado ya atrás todo estúpido pensamiento romántico.

—No te conocías a fondo.

—De no haber venido aquí, me habría convertido para siempre en dicha clase de persona.

—Si no me hubieras conocido... si yo no te hubiera conocido a ti... Pero el caso es que nos conocemos y nuestras almas han empezado a florecer... que el rocío se desprende de las flores, y que ahora estamos aquí, tú y yo, Dallas. Jamás permitiré que te vayas, pero debes estar segura de tus sentimientos.

—Estoy segura.

—Recuerda que has perdido algo de tu antigua prudencia... que eres un poco más romántica.

¿Por qué me amas?

—No lo sé.

—No admiras mi carácter. Has oído chismorreos. ¿Qué pasaría si te dijera que muchas de esas cosas son verdad?

—Nunca te he creído un santo.

—He sido un hombre... con frecuencia cruel... infiel... variable... arrogante... egoísta... ¿Y si vuelvo a las andadas?

—Estoy dispuesta a ello. Yo también tengo mis defectos. Soy testaruda, mandona, como Geneviève te dirá...

—Geneviève... —murmuró, y luego se echó a reír—. También yo estoy preparado —dijo. Me había puesto las manos en los hombros. Noté cómo la pasión lo dominaba y, por mi parte, respondía a ella con todo mi ser. Pero intentaba reprimirse cual si quisiera aplazar aquel momento en que me estrecharía en sus brazos y olvidáramos todo lo que no fuera la alegría de estar juntos finalmente—. Dallas —dijo—, debes estar segura de lo que haces.

—Lo estoy... lo estoy... Nunca lo estuve tanto...

—Entonces, ¿me aceptas?

—Desde luego.

—¿Sabiendo... lo que sabes?

—Empezaremos de nuevo —respondí—. El pasado, pasado está. Lo que tú fuiste o lo que yo fuera antes de conocernos carece de importancia. Lo que vale es lo que vamos a ser juntos.

—No soy un hombre bueno.

—¿Cómo definir perfectamente la bondad?

—Pero he mejorado desde que tú llegaste.

—Entonces, debo quedarme para que sigas por ese camino.

—Amor mío —dijo apretándome suavemente contra sí. No podía ver su cara. Luego aflojó su presión y nos volvimos hacia el castillo. Éste se erguía como una inmensa mole negra bajo la claridad lunar. Sus torres parecían perforar la bóveda azul oscuro del cielo.

Me sentí como la princesa de un cuento de hadas, y así se lo dije.

—Y vivieron felices para siempre... —añadí.

—¿Crees en los finales felices? —me preguntó.

—No creo en el éxtasis perpetuo, pero sí en que uno puede labrarse su propia dicha, y estoy decidida a que así ocurra con nosotros.

—Lo vas a conseguir y estoy contento por ello. Siempre logras cuanto te propones. Creo que hace ya meses que estabas decidida a casarte conmigo, Dallas. Cuando se conozcan nuestros planes, habrá infinidad de comentarios. ¿Estás preparada para hacerles frente?

—No me importan los comentarios.

—Es mejor que no te hagas ilusiones.

—Ya conozco lo peor. Trajiste a Philippe porque estabas decidido a no casarte nunca. ¿Cómo se tomará ahora esto?

—Regresará a sus posesiones de Borgoña y olvidará que iba a ser mi heredero. Después de todo, la cosa iba para largo y a lo mejor hubiera dispuesto del legado cuando fuera ya tan viejo que no podría disfrutarlo.

—Pero ¿y su hijo?

—Philippe nunca tendrá un hijo.

—¿Y su esposa? He oído decir que es tu amante.

—Lo fue en cierta ocasión.

—Y que la casaste con Philippe, el cual jamás tendrá descendencia, para que su hijo sea tuyo en realidad.

—Sí. Soy capaz de un plan así. Ya te advertí que tengo un fondo muy malo; pero te necesito para

ayudarme a superar mis perversas inclinaciones. Nunca me abandones, Dallas.

—¿Y el niño?

—¿Qué niño?

—Pues el tuyo... el de Claude.

—No existe tal niño.

—Pues ella me ha dicho que va a tenerlo... y que es tuyo.

—¡No es posible! —exclamó.

—¿No es tu amante?

—Lo fue, pero no lo es. Empezaste a ejercer tu influencia en mí desde el primer día en que nos conocimos. Pero a partir de su boda con Philippe no ha vuelto a haber nada entre los dos. Pareces dudar. ¿Es que no me crees?

—Sí, te creo... —le respondí—. Y me alegro. Comprendo que esa mujer deseara que me fuese, y me haya contado algunas cosas inexactas. Pero ya nada importa.

—Sin duda oirás comentar otras muchas de mis tropelías.

—Todo esto pertenece al pasado. A mí tan sólo me preocupa el presente y el futuro.

—No sabes cuánto deseo que todos mis problemas sean también los tuyos.

—Lo son a partir de ahora.

—Eres un encanto. ¿Cómo imaginar que hubiera podido oír semejantes delicias pronunciadas por tus labios?

—Yo tampoco lo hubiera creído. Me has hechizado desde el principio.

—Cariño, hemos de arreglarlo en seguida. Por favor... por favor... pregúntame más cosas. Debes conocerlo todo. ¿Qué otras indignidades te han contado de mí?

—Imaginé que eras el padre del niño de Gabrielle.

—No; su padre es Jacques.

—Lo sé. Y también que tuviste muchas atenciones con mademoiselle Dubois. Y que, en el fondo, eres muy bueno...

Me rodeó con un brazo y atravesamos juntos el puente levadizo.

—Te falta mencionar una cosa —indicó—. No has dicho nada de mi matrimonio.

—¿Qué querías que preguntase?

—Debes haber oído algún rumor.

—Sí; he oído algo.

—Por aquel entonces no se habló de otra cosa en la comarca. La mitad de la gente cree que asesiné a mi mujer. Te creerán muy valerosa por casarte con el asesino de su cónyuge.

—Dime cómo murió ella.

Guardó silencio.

—Por favor —insistí—. Por favor, dímelo.

—No puedo.

—Es que...

—Has de comprenderlo, Dallas.

—¿De qué murió?

—De una dosis excesiva de láudano.

—Pero ¿cómo?

—No debes preguntármelo.

—Creí que íbamos a confiar el uno en el otro para siempre.

—Pero eso no puedo decírtelo.

—¿Tan mala es la respuesta?

—Sí, muy mala —repuso.

—No creo que la mataras. No puedo creerlo.

—Gracias... gracias, querida. Pero no hablemos de eso. Prométeme que no lo volverás a mencionar.

—¡He de saberlo!

—Ya ocurrió lo que temía. Me miras con expresión distinta. Sientes dudas. Por eso no te pedí antes que te casaras conmigo. No podía hacerlo hasta que formularas dicha pregunta y... oyeras mi respuesta... Pero ya oíste cuanto tengo que decir. Y ahora, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí... De nada servirá que te acusen de asesinar a tu mujer. No lo creo ni jamás lo creeré.

Me estrechó entre sus brazos.

—Me lo has prometido. Nunca te arrepentirás de ello.

—¿Es que temes revelarme...?

Acercó sus labios a los míos y la pasión nos dominó. Yo me ceñí a él, sintiéndome desfallecer, hechizada, estática en aquel sueño romántico.

Cuando me dejó, su aire era sombrío.

—Hay que enfrentarse a las murmuraciones —dijo—. Mucha gente hablará mal de nosotros. Te advertirán...

—Dejémoslos que hablen.

—No será una vida fácil para ti.

—Es la clase de vida que deseo.

—Tendrás una hijastra.

—En efecto; pero estoy muy contenta con ella.

—Una jovencita difícil que aún lo será más.

—Intentaré portarme como una madre para ella.

—Ya has hecho mucho en su favor, pero...

—Pareces decidido a que no me case contigo. ¿Es que quieres oírme decir no?

—Jamás lo permitiré.

—¿Y si lo hiciera?

—Te encerraría en uno de los calabozos.

Le conté entonces lo de la llave y le dije cómo lo había descubierto.

—Esperaba poder regalarte tus preciosas esmeraldas.

—Si ésa es la llave del escondite, te la regalo —me indicó.

—¿Crees realmente que abrirá el lugar en que se encuentran las joyas?

—Lo probaremos.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¡Magnífico! ¡Vamos a explorar juntos! ¿Dónde crees que estará esa cerradura?

—Seguramente en los calabozos. Hay flores de lis en una de las cavernas, y quizá nos den alguna

pista. ¿Quieres que bajemos ahora mismo?

De pronto recordé que otras muchas personas deseaban alcanzar la misma meta, como por ejemplo, Jean-Pierre. Debíamos encontrar las joyas antes que él, porque si se nos adelantaba las robaría llevando la desgracia a su familia.

—Sí, por favor. Ahora mismo.

Me condujo hacia las cuadras, donde recogió un farol que encendió, y juntos nos dirigimos hacia los calabozos.

—Creo que sé dónde está esa cerradura —dijo Lothair—. Recuerdo que hace ya muchos años, cuando era niño, se hizo una exploración de los calabozos, descubriéndose una cueva donde había flores de lis. Todos se dieron cuenta, por tratarse de un detalle poco usual. Era un friso ejecutado alrededor de la pared. La idea de decorar un lugar semejante era absurda, pero evidentemente ocultaba algún propósito.

—¿Y a nadie se le ocurrió buscar una cerradura?

—No había señales de ella. Se dijo que quizá algún pobre preso se las compusiera para trazar los dibujos, aunque era un misterio saber cómo los pudo realizar en aquella oscuridad.

Alcanzamos los calabozos, y Lothair abrió la puerta de hierro. ¡Qué diferente era entrar allí en su compañía!

Mis temores desaparecieron. Hasta cierto punto aquello me pareció simbólico. «Yendo con él, me enfrentaré a cualquier peligro...», pensaba.

Sostuvo el farol en alto, mientras con la otra mano estrechó la mía.

—La cueva se encuentra por aquí —indicó.

La pesada atmósfera estaba impregnada de un olor putrefacto. Mi pie tocó una anilla a la que estaba unida una cadena oxidada; pero no sentí ningún temor. De pronto, Lothair dejó escapar una exclamación.

—Acércate y mira —me dijo.

Estaba a su lado y vi perfectamente las flores de lis. Había doce incrustadas en la pared a intervalos regulares, alrededor de la cueva, y a unos quince centímetros del suelo.

Me dio el farol y, agachándose, intentó arrancar la primera de las flores; pero no pudo porque estaba firmemente agarrada a la piedra. Vi cómo las tocaba una tras otra. Al llegar a la sexta se detuvo y exclamó:

—¡Un momento! Ésta parece estar suelta.

Levanté el farol un poco más y pude ver cómo arrancaba la flor. Bajo ella apareció la cerradura. La llave encajaba perfectamente y en seguida giró en el interior del mecanismo.

—¿Ves alguna puerta? —me preguntó.

—Debe haber algo —repose dando unos golpecitos en la pared—. Esto parece hueco —exclamé.

Se apoyó con todas sus fuerzas y, ante nuestra profunda sorpresa, se oyó un chirriar sordo mientras una parte del muro empezaba a moverse.

—¡Hay una puerta! —exclamé.

Lothair se esforzó de nuevo, y la pequeña puerta fue cediendo más y más. Le oí proferir una exclamación de triunfo.

Me puse junto a él con el farol en la mano, y vi un pequeño espacio de aproximadamente medio metro, dentro del cual destacaba una cajita que podía ser de plata. La tomó, a la vez que me miraba.

—Al parecer, hemos hallado las esmeraldas —dijo.

—¡Ábrela! —le apremió.

Igual que la puerta, ofreció cierta resistencia, pero al final lo conseguimos. Y, en efecto, allí estaban las sortijas, las pulseras, el cinturón, los collares y la tiara, cuyo verdadero color yo había recuperado en el retrato.

Mientras seguíamos mirándonos el uno al otro, me di cuenta de que a quien Lothair parecía no prestar atención era a las joyas.

—Has devuelto su tesoro al castillo —dijo.

Pero comprendí que no se refería a las esmeraldas.

Fue el momento más feliz que había gozado en mucho tiempo. Pero de pronto, tras haber alcanzado la cumbre de la dicha, sentimos cual si nos despeñáramos a un hondo precipicio.

La puerta de hierro había chirriado.

Alguien se movía en la oscuridad.

La noción del peligro nos sobrecogió simultáneamente. Sabíamos que no estábamos solos.

El conde me puso rápidamente a un lado, protegiéndome con su brazo.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó.

Una figura destacó en la oscuridad.

—¿De modo que las habéis encontrado? —preguntó Philippe.

Lo miré y quedé horrorizada, porque a la débil claridad del farol que yo continuaba sosteniendo en alto pude ver a un hombre al que yo no conocía. Sí, tenía las facciones de Philippe, pero ahora estaban desprovistas de su acostumbrada lasitud, de su aire afeminado y débil. Ante mí pude ver a un hombre desesperado, decidido a cualquier cosa con tal de conseguir su fin.

—¡Ah! ¿Así es que también tú las buscabas? —preguntó el conde.

—Sí, pero vosotros habéis llegado antes. ¿De modo que fue usted, mademoiselle Lawson...? Me lo temía.

El conde puso sus manos sobre mis hombros.

—Vete —me dijo.

Pero Philippe se interpuso.

—¡No se mueva de ahí, mademoiselle Lawson! —ordenó.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó el conde.

—Nada de eso; pero ninguno saldrá de aquí.

Sin soltarme, el conde dio un paso hacia delante, pero se detuvo cuando vio a Philippe levantar la mano, en la que sostenía una pistola.

—No seas tonto, Philippe —le dijo.

—Esta vez no escaparás, primo mío; no va a ocurrir como en el bosque.

—¡Dame esa pistola!

—La necesito para matarte.

Con rápido e inesperado movimiento el conde se puso ante mí. La risa breve y sarcástica de Philippe despertó ecos en el tenebroso lugar.

—No la salvarás. Os mataré a los dos.

—Escucha, Philippe...

—Ya te he escuchado demasiadas veces. Ahora eres tú quien debe escucharme.

—Quieres matarme porque deseas lo que es mío, ¿verdad?

—En efecto. Si hubieses sido prudente, no habrías decidido casarte con mademoiselle Lawson, ni habrías hallado las esmeraldas. Gracias, señorita, por haberme traído hasta las joyas. Todo es mío ahora.

—¿Crees que este... asesinato va a quedar impune?

—Lo tengo todo bien pensado. Quería atraparos juntos... Pero nunca supuse que mademoiselle Lawson sería tan complaciente como para encontrar las esmeraldas en mi provecho. No podía haber sucedido mejor. Asesinato y suicidio. Pero no el mío, primo, porque yo deseo vivir... a mi manera y no bajo tu sombra, como siempre. Mademoiselle Lawson habrá tomado una pistola del cuarto de armas y, tras matarte a ti, se quitará la vida. Ha sucedido todo perfectamente, lo cual resulta extraordinario, teniendo en cuenta tu reputación de astucia.

—¡Philippe! ¡Desgraciado!

—¡Basta de hablar! Ha llegado el momento de la acción. Y todo debe hacerse por riguroso orden.

Vi cómo levantaba la pistola y traté de moverme para proteger al conde, pero éste se mantenía firmemente ante mí. Cerré los ojos. Se oyó el estampido del disparo, y luego reinó profundo silencio. Medio desvanecida por el terror, abrí los ojos.

Dos hombres luchaban en el suelo: Philippe y Jean-Pierre.

Pero yo me sentía ya inmune a las sorpresas. Apenas si me di cuenta de nada. Había decidido no perder la vida en aquellos calabozos. Pero ahora iba a quedarme sin lo que la hacía digna de ser vivida, porque cubierto de sangre, estaba tendido en el suelo el hombre a quien amaba.

## Capítulo 12

En el exterior continuaba el jolgorio propio de la vendimia. Nadie sabía que el conde estaba en su cama, luchando entre la vida y la muerte, y que Philippe se hallaba sometido a la influencia de las píldoras somníferas que el médico le había administrado. Y que Jean-Pierre y yo nos encontrábamos en la biblioteca, esperando el desenlace de aquella tragedia.

Dos médicos atendían al conde, y éstos fueron los que nos mandaron aguardar en aquel aposento, donde la espera se estaba haciendo interminable.

Todavía no eran las once, y me pareció como si hubiera transcurrido toda una vida desde el momento en que me hallaba en el calabozo con el conde sufriendo la amenaza de una muerte segura.

Era extraño también ver a Jean-Pierre con su rostro pálido y su mirada llena de asombro, como si no entendiera nada de lo que estaba pasando.

—¡Cuánto tardan! —exclamé.

—No te impacientes. No morirá.

Moví la cabeza.

—No —dijo Jean-Pierre casi con amargura—. No morirá, si no quiere él. Él siempre... —Una sonrisa torció sus labios—. Siéntate —me aconsejó—. De nada te servirá pasear de un lado a otro. Si llego un segundo antes, lo salvo. Pero me hizo falta ese breve espacio de tiempo.

Había adoptado un aire de autoridad desconocido en él. Allí sentado cualquiera le hubiera confundido con el conde.

Por vez primera noté sus facciones aristocráticas, detalles que de manera muy poco oportuna tomaba entonces en consideración.

En realidad, Jean-Pierre era el personaje principal de todo aquello. Él fue quien mandó en busca de los médicos y el que planeó lo que teníamos que hacer.

—No diremos nada o casi nada de lo que ha pasado ahí —me indicó—. El conde querrá que la historia se divulgue a su manera; puedes estar segura. Dirá que la pistola se disparó de manera accidental, y nunca admitirá que se acuse a monsieur Philippe de querer asesinarle. Más vale ser discretos hasta que nos indique cómo obrar.

Me aferré a dicha idea, que involucraba la posibilidad de que Lothair se salvara.

—Si sobrevive... —empecé.

—Se salvará —dijo Jean-Pierre.

—Quisiera estar segura...

—Desea vivir, y vivirá —insistió el joven. Y luego de permanecer silencioso un momento, añadió—: Te vi dirigirte hacia allá, y también monsieur Philippe. En realidad te han visto varias personas, y todos adivinamos lo que te proponías. Te seguí hasta los calabozos, y lo mismo hizo luego Philippe. El conde quiere vivir, y vivirá.

—Jean-Pierre, tú has salvado su vida.

Arrugó el entrecejo.

—No sé por qué lo hice —confesó—. Pude dejar que Philippe lo matara. Es un tirador de primera. La bala le hubiera atravesado el corazón. Era allí donde apuntaba. Lo sabía y me dije: «Ha llegado el fin para monsieur le Comte». Pero de pronto me lancé contra Philippe, y lo agarré por el brazo... aunque un segundo demasiado tarde, o quizá medio solamente. De haber obrado con mayor

rapidez, la bala hubiera dado contra el techo. No sé por qué lo hice. Sigo sin comprenderlo.

—Jean-Pierre —repetí—, si vive, será gracias a ti.

—¡Qué extraño! —exclamó.

Se produjo un nuevo silencio.

Era preciso hablar de alguna otra cosa. No podía soportar imaginarlo tendido inconsciente, mientras la vida se le escapaba llevándose consigo todas mis esperanzas de felicidad.

—¿Buscabas tú también las esmeraldas? —pregunté.

—Sí. Tenía la intención de apoderarme de ellas y escapar. No hubiera sido un robo. Tengo derecho a algo... aunque ahora ya nada me queda. Me iré a Mermoz y seré su esclavo toda la vida, es decir, si vive, aunque vivirá, porque se lo ha propuesto.

—Nunca olvidaremos esto, Jean-Pierre.

—¿Te casarás con él?

—Sí.

—Entonces, ¿también te pierdo a ti?

—En realidad, nunca me quisiste, Jean-Pierre. Tan sólo deseabas perjudicar al conde.

—Es extraño... el modo en que ha dominado mi vida. Lo odio, lo sabes perfectamente. Hubo tiempos en que hubiera disparado mi escopeta contra él. ¡Y pensar que... si ahora vive es porque yo lo he salvado...! Nunca hubiera imaginado semejante cosa de mí.

—Ninguno de nosotros sabe cómo actuará en determinadas circunstancias... hasta que nos encontramos cara a cara con ellas. Lo que hiciste esta noche ha sido magnífico, Jean-Pierre.

—Una locura. Ni yo mismo lo creo. Te aseguro que lo odiaba, y que toda la vida lo he odiado. Posee todo cuanto yo deseo. Y es todo lo que yo quise ser.

—Philippe lo ha odiado igual que tú, aunque quizá fuese más envidia que otra cosa. Y éste es uno de los siete pecados capitales, Jean-Pierre. Quizá el peor. Sin embargo, has logrado sobreponerte y no sabes cuánto me alegro.

—Lo hice sin querer... o acaso queriendo. En realidad, no sé si era sincero cuando deseaba su muerte. Desde luego, hubiera tomado las esmeraldas caso de presentarse la ocasión.

—De acuerdo, pero jamás hubieras atentado contra su vida. Lo sabes perfectamente. Quizá hubieses llegado a casarte conmigo o intentar hacer tu esposa a Geneviève...

Por unos momentos su expresión se suavizó.

—Esto último aún podría conseguirlo. ¡Y hay que ver cómo se pondría el conde!

—¿De modo que no tendrías inconveniente en utilizar a Geneviève como objeto de tu venganza?

—Es una muchacha encantadora. Joven y con carácter... igual que yo. Dotada de reacciones imprevistas. Y, además, la hija del conde. No creas que me he reformado porque hice esta locura. No voy a prometer nada respecto a Geneviève

—Tiene un carácter impresionable —le dije—, y te quiere mucho. No debes hacerle daño. La vida no fue fácil para ella.

—¿Crees que le haría algún daño?

—Jean-Pierre, no te considero ni la mitad de malo de lo que tú mismo te crees.

—Sabes muy poco de mí, Dallas.

—Al contrario. Creo que te conozco bastante bien.

—Te sorprendería conocerme a fondo. También yo tengo mis proyectos... Me hubiera gustado

ver a un hijo mío instalado en el castillo.

—¿De qué modo?

—Antes de querer casarse contigo el conde decidió traer a su amante y casarla con Philippe. El hijo de ambos heredaría el castillo. Pero no iba a ser su hijo, sino el mío.

—¡Tú... y Claude...!

Afirmó con expresión triunfal.

—¿Por qué no? Estaba irritada porque él no le hacía caso. Y Philippe no es un hombre verdadero, de modo que... Bueno, ¿qué opinas?

Pero yo había oído los pasos de los médicos que se acercaban y la única cosa que me preocupaba era saber lo que sucedía en la habitación de arriba.

Los médicos entraron. Dos de ellos procedían de la ciudad, y uno había cuidado al conde cuando Philippe disparó contra él en el bosque. Me había puesto en pie y los dos me miraban fijamente.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Se ha dormido.

Seguí mirándolos, implorando en silencio que me dieran alguna esperanza.

—Ha tenido suerte —dijo uno de ellos—. Unos pocos centímetros de diferencia, y...

—En efecto, ha tenido mucha suerte. Pero ¿se curará? —pregunté con voz vibrante.

—No está todavía fuera de peligro. Si consigue pasar esta noche...

Me dejé caer sobre una silla.

—Propongo permanecer aquí hasta la mañana —añadió uno de los doctores.

—Sí; por favor.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó el más anciano de los dos.

—La pistola que llevaba monsieur Philippe se disparó sin más ni más —intervino Jean-Pierre—. Monsieur le Comte hará un relato del suceso... cuando se haya curado.

Los doctores asintieron. Y yo me pregunté si ambos habrían estado también allí cuando murió Françoise, y si también tuvieron que esperar a que el conde les diera su versión de la tragedia. Pero me importaba muy poco lo sucedido entonces. Todo cuanto quería saber era si Lothair se curaría.

—Usted es mademoiselle Lawson, ¿verdad? —preguntó el más joven.

Le respondí que sí.

—¿Se llama usted Dallas o algo por el estilo?

—Sí.

—Me ha parecido que el herido intentaba pronunciar ese nombre. Quizá sería mejor que se quedara usted junto a la cama. Él no hablará, pero, en caso de despertarse, le gustará verla a su lado.

Entré en la habitación y permanecí sentada toda la noche, mirándolo y rezando para que viviera. A primeras horas de la mañana abrió los ojos; me miró y tuve la certeza de que se alegraba de verme junto a él.

—Debes vivir... —le dije—. No puedes morir y abandonarme.

Más tarde me dijo que había oído mis palabras y que ellas fueron la razón fundamental de que se aferrase a la vida.

Al cabo de una semana tuvimos la certeza de que su recuperación total era sólo cuestión de tiempo. Según dijeron los doctores, tenía una constitución muy fuerte, y la curación podía considerarse milagrosa.

Más adelante, el conde les explicó su versión de lo sucedido. No quería que se sospechara de su primo. Philippe y Claude partieron hacia Borgoña, y en una entrevista sostenida entre los dos, el conde dijo a Philippe que no volviera a aparecer jamás por el castillo. Me alegré mucho de no ver a Claude, sobre todo sabiendo que había pretendido encontrar las esmeraldas y que su interés por la pintura sólo se despertó al descubrir las palabras escritas en ella. Debí adivinar que yo tenía alguna clave.

Ella y Philippe actuaron de común acuerdo, vigilándome. El día en que él me entretuvo en los viñedos, ella se dedicó, probablemente, a registrar mi habitación. Debí ser también Philippe el que me siguió por el bosquecillo. ¿Habría intentado liquidarme del mismo modo que cuando disparó contra el conde? Los dos deseaban verse libres de mí, e hicieron cuanto estuvo en su mano para alejarme del castillo, ofreciéndome trabajo en otro sitio. Todo empezó al darse cuenta del interés del conde hacia mí porque, si éste se casaba, todo su plan se venía abajo.

Claude era una mujer extraordinariamente complicada. Tengo la seguridad de que al principio lo lamentó por mí, y quiso hacerme un favor al pretender salvarme del conde. Nunca se avino a creer que una mujer como yo pudiera provocar una pasión en hombre semejante, cosa que ni ella, con todos sus atractivos, había podido conseguir. Imaginé sus sentimientos hacia Philippe y Jean-Pierre, y me dije que no hubiera tenido inconveniente en huir con este último, caso de hallar las esmeraldas, del mismo modo que se hubiera quedado con Philippe si hubiera conseguido entrar en posesión de las mismas.

Me alegré también de que Jean-Pierre quedara libre de ella, porque siempre tuve aprecio al muchacho.

El conde había dicho que los viñedos de Mermoz pasarían a poder de Jean-Pierre: «Es sólo una pequeña recompensa por haber salvado mi vida», manifestó.

No le conté por entonces todo lo que sabía. Aunque, en realidad, creo que debía estar ya enterado, porque no hizo pregunta alguna sobre la presencia de Jean-Pierre en los calabozos.

Fueron días de esperanzas y temores. Los médicos me enteraban de los progresos del enfermo, y por mi parte descubrí que tenía aptitudes de enfermera. Pero quizá fuera mi interés especial por el paciente lo que sacó a relucir dicha cualidad.

Lothair y yo permanecíamos largo rato sentados en el jardín, hablando de nuestro futuro. Y a veces mencionábamos a Philippe y a Jean-Pierre. Me dije que al principio, el primero había deseado mi permanencia en el castillo por estar convencido de que nunca atraería al conde. Pero al darse cuenta de su error, quiso librarse de mí cuanto antes, y debí planear con Claude lo de la oferta de restaurar las pinturas del padre de la joven, a fin de que me viera obligada a salir de Gaillard. Luego, ella intentó cautivar me con aquella otra oferta de trabajo. Más tarde planeó mi desaparición de manera mucho más siniestra y expeditiva.

Llegamos a la conclusión de que el escondite secreto había sido construido en el mismo lugar en el que un desgraciado preso había intentado, muchos años antes, abrir un túnel, yendo a parar de la *oubliette* a los calabozos. El conde creyó recordar que su abuelo había mencionado algo por el estilo.

Las esmeraldas estaban ahora en la cámara. Quizá algún día yo pudiera lucirlas. Pero aquella idea

seguía pareciéndome incongruente.

Me hubiera gustado que todo terminase bien, porque tenía la pasión de la pulcritud. A veces, sentada en el soleado jardín, miraba las torres almenadas del castillo, sintiéndome protagonista de un cuento de hadas. Yo era una princesa disfrazada de pintora que había salvado a un príncipe, librándolo de un hechizo, y a partir de entonces sería feliz para siempre jamás. Anhelaba estar totalmente segura de ello durante aquel veranillo de San Martín, mientras el hombre con el que iba a casarme se iba recuperando paulatinamente.

Pero la vida no es un cuento de hadas.

Jean-Pierre había partido hacia Mermoz, y Geneviève estaba triste por su ausencia. Tenía la cabeza llena de planes descabellados, y en cuanto a Jean-Pierre, su noble acción de salvar al conde no había cambiado su carácter de la noche a la mañana.

En mi felicidad se ocultaba una sombra. No cesaba de preguntarme si alguna vez acabaría por olvidar completamente a la fallecida condesa.

Todo el mundo sabía que el conde y yo íbamos a casarnos. Había visto las miradas curiosas de madame Latière, de madame Bastide, de los sirvientes y de otras personas.

Todo era como en un cuento romántico, cuya protagonista es una joven humilde que llega al castillo y se casa con su dueño.

Excitada por la pérdida de Jean-Pierre, Geneviève no se andaba con disimulos.

—¡Es usted muy valiente! —me dijo.

—¿Valiente? ¿Por qué?

—Porque, si mató a su primera mujer, ¿por qué no ha de hacer lo mismo con la segunda?

El final feliz estaba todavía muy lejano.

Empecé a sentirme perseguida por el fantasma de Françoise. ¡Qué extraño! Yo había dicho muchas veces que no creía en los rumores esparcidos sobre su desaparición. Sin embargo, ahora éstos me hostigaban de manera implacable.

Me repetía una y mil veces que el conde no pudo matarla. Sin embargo, ¿por qué había rehusado revelarme la verdad?

«No han de existir secretos entre los dos», fueron sus palabras.

Pero ambos conceptos no acababan de encajar.

Hasta que cierto día se me ofreció una oportunidad de averiguar algo que no pude resistir.

Sucedió de este modo.

Era por la tarde y el castillo estaba tranquilo y en silencio. Sintíendome preocupada por Geneviève, me fui al cuarto de Nounou, deseando hablar con ella acerca de la joven. Quería averiguar hasta qué punto sus sentimientos por Jean-Pierre eran auténticos.

Llamé a la puerta de la salita de Nounou. No hubo respuesta y entré.

Nounou estaba tendida sobre un sofá, con un pañuelo ante los ojos que me indicó que sufría uno de sus sabidos dolores de cabeza.

—Nounou —la llamé suavemente, pero no me contestó.

Mi mirada se posó en el aparador en el que guardaba los libritos, y vi que las llaves estaban puestas en la cerradura. Por regla general, Nounou las llevaba pendientes de una cadenita a la cintura, y volvía a ponerlas allí después de usarlas. Me incliné sobre ella. Su respiración acompasada me hizo notar que estaba profundamente dormida. Miré otra vez el aparador. La tentación se hizo irresistible.

Tenia que saber la verdad. Razoné conmigo misma. Si Nounou me había enseñado los demás libritos, ¿por qué no podía leer el último? Después de todo, Françoise había muerto, y si Nounou tenía acceso a aquellas notas, también yo podía tenerlo.

Se trataba de algo muy importante para mí. Debía saber lo que había escrito en aquel último cuaderno. Me acerqué con pasos silenciosos al armario. Miré por encima del hombro a la mujer dormida y abrí la puerta. Vi la botella y el vasito. Lo levanté y pude notar que había contenido láudano del que se usaba para los dolores de cabeza; el mismo que mató a Françoise. Nounou acababa de tomarse una dosis, porque el dolor se le hacía insoportable. Tenía que averiguarlo todo. De nada servían mis escrúpulos.

Tomé el librito que se hallaba al final de la hilera, siguiendo un orden perfecto. Lo abrí. Sí, era el que andaba buscando.

Me dirigí a la puerta.

Nounou no se había movido. Pasé a mi habitación con toda rapidez y con el corazón alborotado empecé a leer:

*¿De modo que voy a tener otro hijo? Esta vez será un niño. A él le complacerá mucho. Por ahora no se lo diré a nadie. Lothair será el primero en saberlo. Le diré: «Lothair, vamos a tener un hijo».*

*Desde luego, siento miedo. Mucho miedo. Pero cuando todo haya pasado, seré feliz. ¿Qué dirá papá? Sin duda, se sentirá herido y disgustado. ¡Cuánto más dichoso hubiera sido al oírme afirmar que ingresaría en un convento, lejos de las maldades del mundo, de sus ambiciones y vanidades! Esto es lo que le hubiera gustado. En cambio, ahora me acercaré a él para decirle: «Papá, voy a tener un hijo». Esperaré un poco, y elegiré el momento adecuado. Por eso no debo revelar nada todavía.*

*Dicen que toda mujer cambia cuando va a tener un hijo. Yo también he cambiado. ¡Hubiera podido ser tan feliz! Casi lo soy. Sueño con ese niño. Será un varón, porque todos lo deseamos. Por otra parte, es natural que los condes de la Talle tengan hijos varones. Por eso se casan. De no ocurrir así, se contentarían con sus amantes. En realidad, sólo éstas les preocupan. Pero a partir de ahora, todo será distinto. Él me contemplará bajo una luz distinta. No seré sólo la mujer con la que le obligaron a casarse para perpetuar la familia, sino la madre de su hijo.*

*¡Es maravilloso! Debí haberlo sabido antes y no haber hecho caso de papá. Ayer, cuando estuve en Carrefour, no le hablé de ello. No me atreví. Me siento muy feliz por lo que me ocurre, y estoy convencida de que él lo estropearía todo. Me miraría con sus pupilas frías y duras, que parecen ver cuanto me ha acontecido hasta el momento de tener un hijo... pero no como es realmente, sino como él lo considera... como un acto horrible y pecaminoso. Hubiera deseado decirle: «No, papá. No es como tú te imaginas. Estás equivocado. Jamás debí escucharte». ¡Oh, aquel cuarto donde nos arrodillábamos juntos y donde rezábamos para que yo quedara protegida de las tentaciones de la carne! Por dicha causa me retiré de su lado. No dejo de pensar en la noche que precedió a mi matrimonio. ¿Por qué daría su aprobación a que se celebrara? Lo lamentó casi inmediatamente. Recuerdo que después de la cena del contrat de mariage rezamos juntos y me dijo: «Hija mía, hubiera preferido que esto*

no sucediera jamás». Y yo le respondí: «Pero, papá, si todo el mundo me felicita». Repuso: «Es porque la unión con un De la Talle se considera excelente partido. Pero a mí me hubiera gustado más que consagrases tu vida a la pureza». Por aquel entonces no lo comprendí. Repuse que intentaría ser pura, y empezó a murmurar acerca de los placeres de la carne. La noche anterior a la ceremonia religiosa, rezamos juntos otra vez. Yo no sabía nada respecto a mi futuro, excepto que mi padre lamentaba no haberme podido evitar semejante vergüenza. Y con esta noción del matrimonio me acerqué a mi marido.

Pero ahora todo es distinto. He llegado a la conclusión de que papá no debió haberse casado nunca. Quería ser monje, y estubo a punto de conseguirlo. Pero luego cambió de idea y se casó con mi madre. Siempre se aborreció por tal debilidad y su hábito de monje era su mayor tesoro.

Está equivocado, y ahora lo sé. Yo hubiera podido ser feliz. Aprender cómo lograr que Lothair me amara si papá no me hubiera asustado de antemano; si no me hubiera enseñado que el lecho matrimonial es algo ignominioso.

Todos estos años durante los cuales mi esposo se ha apartado de mí pasando las noches con otras mujeres, no debían haber existido. Empiezo a comprender que lo he alejado con mis escrúpulos y mi exagerado concepto del pecado. Mañana iré a Carrefour y le diré a papá que voy a tener un hijo. «Papá; no siento ninguna vergüenza... sino al contrario, mucho orgullo. A partir de ahora será muy distinto».

No he ido a Carrefour como proyecté. La muela del juicio ha empezado a dolerme otra vez. Nounou me ha dicho: «A veces, cuando una mujer va a tener un hijo, pierde algún diente. ¿No será eso lo que te sucede?».

Me sonrojé y ella comprendió. ¿Cómo guardar un secreto a Nounou? Repuse: «No se lo digas a nadie todavía. Ni siquiera él lo sabe. Aunque ha de ser el primero en enterarse, ¿verdad? También quiero decírselo a papá». Nounou me ha comprendido. Me conoce muy bien y sabe que papá me obliga a rezar cada vez que voy a verlo. Sabe también que le hubiera gustado verme en un convento. Está enterada de sus ideas sobre el matrimonio. Ha restregado unas hierbas contra mis encías, diciendo que me quitarán el dolor. Yo estaba sentada en un taburete, reclinándome contra ella, igual que cuando era pequeña. He hablado mucho con Nounou. Le he contado mis penas. «Papá está equivocado, Nounou. Me quiere hacer creer que el matrimonio es vergonzoso. Creo que por esta causa... lo he convertido en una cosa intolerable para mi marido y por eso él presta su atención a otras mujeres».

«Tú no tienes la culpa —me dijo Nounou—. No has quebrantado ningún mandamiento». «Papá me hace sentir impura —le expliqué—. Siempre ha sido así desde el principio, y por tal motivo mi esposo me abandona. Pero no puedo explicárselo. Me cree una mujer fría, y tú sabes, Nounou, que mi esposo tiene un temperamento muy distinto. Necesita una mujer afectuosa e inteligente. No lo he tratado bien». Nounou insistió en que yo no he hecho nada malo. La acusé de estar de acuerdo con papá y le dije: «También tú hubieras preferido verme en un convento». No lo negó, y yo añadí: «¿También tú crees vergonzoso casarse, Nounou?». Tampoco ha negado esto. Mi muela no ha mejorado y, en vista de ello, me ha dado unas gotas de láudano disuelto en agua. Luego me tendí en el sofá de su habitación.

*Nounou guardó la botella en el armario y se sentó junto a mí. «Te dará un poco de sueño — me dijo—. Pero será muy agradable». Y, en efecto, así fue.*

*Es terrible. No creo poder olvidar la escena mientras viva. Su recuerdo no cesa de acosarme. Quizá si lo escribo sentiré algún alivio. Papa se encuentra muy enfermo. Hoy fui a verle, luego de decidir que le hablaría de mi estado. Cuando llegué estaba en su cuarto, y en seguida pasé a verle. Se había sentado a la mesa y leía la Biblia. Levantó la mirada y, poniendo la cinta de seda como punto, cerró el libro y me dijo: «Bien, hija mía». Me acerqué y le besé. Pareció notar en seguida el cambio efectuado en mí, porque me miró con asombro e incluso con alarma. Me preguntó por Geneviève y quiso saber si venía conmigo. Le contesté que no. No puede exigirse a la pobrecilla que rece tanto tiempo. Se pone intranquila, y esto la perturba mucho. Le aseguré que es una buena niña. Respondió que, a su modo de ver, expresa cierta tendencia a descarriarse, y que ha de ser muy vigilada. Quizá debido a mi próxima maternidad, sentí cierto disgusto. No quiero que Geneviève pase por las mismas pruebas que yo, cuando llegue el momento de casarse. Por ello le contesté ásperamente que, a mi modo de ver, es una niña perfectamente normal, como todas las de su edad, y que no hay que esperar que se comporten como santos. Se levantó y me miró con expresión furiosa: «¿Normal? —dijo—. ¿Por qué empleas esa palabra?». Le contesté: «Porque me parece natural que una niña sea un poco díscola de vez en cuando. Geneviève lo es, y no pienso castigarla por tal motivo». «No usar un buen palo es estropear a los niños —replicó—. Si se porta mal, debes pegarle». Yo estaba horrorizada. «Te equivocas, papá —repose—. No estoy de acuerdo contigo. Nadie golpeará a Geneviève ni a ninguno de mis hijos». Me miró asombrado, mientras yo continuaba con voz confusa: «Papá; voy a tener otro hijo y esta vez será varón. Rezaré porque sea niño. Y tú también debes rezar». Su boca se torció al preguntarme: «¿Vas a tener un niño...?». Le respondí alegremente: «Sí, papá, y soy muy feliz... muy feliz». «Eres una histérica», me respondió. Y yo le repliqué: «En efecto, me siento histérica. Tengo deseos de bailar de alegría». Se agarró fuertemente a la mesa y momentos después caía al suelo. Logré sujetarlo un poco, sin poder entender todavía lo que estaba sucediendo. Llamé a Labisse y a Maurice, y entre todos lo pusimos en la cama. Yo me sentía también desfallecer. Enviaron en busca de mi esposo, y luego me dijeron que mi padre estaba grave. Acaso iba a morir.*

*De todo esto hace ya dos días. Ha preguntado por mí continuamente. Le gusta que me sienta junto a él. El doctor cree muy beneficioso que yo siga en Carrefour. También mi marido está aquí. Le he dado la noticia. «Cuando conté a papá que iba a tener un hijo se puso muy enfermo, probablemente por la impresión», le dije. Y él me consoló. Mi padre lleva mucho tiempo enfermo, y este ataque pudo darle en cualquier momento. «No quiere que tenga hijos. Lo considera un pecado». Mi marido insistió en que no debía preocuparme, porque no es beneficioso para la criatura. Está muy contento. Lo sé porque desea ardientemente tener un sucesor.*

*Hoy estuve sentada junto a papá. Abrió los ojos y, al verme, dijo: «Honorine... ¿Eres tú, Honorine?». Al responderle: «No, soy Françoise», continuó pronunciando la palabra*

«Honorine». Me confundía con mi madre. Estuve sentada junto a la cama, pensando en los viejos tiempos cuando ella vivía. Yo no la veía a diario. A veces llevaba traje de noche con cintas y lazos, y madame Labisse bajaba con ella al salón. Se sentaba en una silla y hablaba poco, y siempre pensé que era una madre muy rara, aunque muy bella. Incluso yo, siendo una niña, me daba cuenta. Era como una muñeca que tuve una vez, con el rostro suave y sonrosado, desprovisto de arrugas. Tenía una cintura muy estrecha, pero sus formas eran redondeadas como algunos cuadros de mujeres hermosas que yo había visto. Seguí junto a la cama de mi padre, pensando en ella y en cómo un día la encontré riendo de una manera muy rara, como si no pudiera detenerse. Madame Labisse la llevaba a su cuarto y las dos estuvieron allí mucho rato. Conocía aquel cuarto por haber entrado una vez. Subí la escalera, deseosa de estar en su compañía, y la encontré sentada en una silla con los pies calzados con zapatillas de terciopelo y puestos sobre un taburete. La habitación estaba caldeada. Fuera, nevaba. Me acuerdo muy bien. Había una lámpara a bastante altura sobre la pared, y el fuego estaba protegido por unos hierros, como en mi cuarto de estudios. Sólo había una ventana muy pequeña, desprovista de cortinas, aunque con unos barrotes. Me acerqué a mamá y me senté a sus pies; pero no dijo nada, sino que pareció simplemente contenta por tenerme allí. Me acariciaba el pelo, desordenándolo y tirando de él hasta despeinarme. Y, de pronto, se echó a reír de aquella manera extraña. Madame Labisse entró y, al verme allí, dijo que me fuera en seguida. Luego debió decirselo a Nounou, porque ésta me riñó severamente y me advirtió que no volviera a subir la escalera. A partir de entonces sólo vi a mamá cuando entraba en el salón.

Mi padre seguía hablando de Honorine mientras yo me enfrascaba en mis recuerdos. De pronto, dijo: «Tengo que irme, Honorine, tengo que irme. No me puedo quedar». Y de pronto empezó con sus rezos: «Oh, Dios mío. Soy un hombre débil y pecador. Esa mujer me tentó y por ella soy malo. Ha llegado el momento de mi castigo. Estás probando mi fortaleza, oh, Dios mío, mientras tu miserable servidor te traiciona setenta veces siete». Le dije: «Papá, no soy Honorine, sino tu hija. Y tú no eres ningún pecador, sino un hombre muy bueno». Me contestó: «¿Cómo? ¿Qué dices?». Seguí hablando con él largo rato, intentando aplacarlo.

Aquella noche empecé a ver claro acerca de mi padre. Mientras estaba tendida en la cama, su imagen me reveló muchas cosas. Anhelaba la santidad; quería ser monje; pero había en él un trazo sensual contra el que combatía con su piedad. Teniendo en cuenta dicha circunstancia, debió haber sufrido grandísimos tormentos al pretender suprimir aquella tendencia malsana. Conoció luego a mi madre, se enamoró de ella y, dejando aparte su proyecto de ser monje, contrajeron matrimonio. Pero incluso después de casado pretendió suprimir su deseo y, al fracasar, se despreció interiormente. Mi madre era bella. Aunque muy niña, yo me daba cuenta de que resultaba irresistible para él. Me lo imaginé paseando incansable, tratando de mantenerse a distancia. Consideraba pecaminoso el amor físico, pero no podía prescindir del mismo. Imaginaba los días y noches en que se encerraba en su cuarto para permanecer tendido en su camastro o flagelarse. Quizá esperaba un castigo inminente, del mismo modo que cualquier pequeña falta mía o de los criados debía ser sancionada. Tal era el tema de sus plegarias. «Mía es la venganza, dijo el Señor», se repetía.

«¿Pobre papá, qué desgraciado debía ser! Y pobre mamá. ¿Qué clase de matrimonio era el suyo?». Luego me di cuenta de lo que él había hecho conmigo y con ella, y lloré por la tragedia que representaba. Pero todavía había tiempo. «Voy a tener un hijo —me dije—. Quizá no llegue demasiado tarde». Me pregunté cómo podría ayudar a papá, pero no pude encontrar respuesta.

Esta mañana, Nounou entró a descorrer las cortinas. Me miró con ansiedad y me dijo que tenía un aspecto fatigado. Había pasado la noche en vela, pensando en papá y en mi triste existencia. Nounou me preguntó si me dolía la muela. Me cree una niña incapaz de solventar mis propios problemas. Le hice creer que, en efecto, era la muela, porque me pareció inadecuado hablarle de lo demás, y por otro lado, tampoco lo deseaba.

«Esta noche, toma un poco de láudano», me aconsejó. Y le respondí: «Gracias, Nounou».

Al llegar a Carrefour, Maurice me dijo que papá me había estado esperando. Miraba de continuo hacia la puerta y cada vez que alguien entraba pronunciaba mi nombre. Todos se sintieron muy aliviados al verme. Me senté junto a él. Tenía los ojos cerrados y, al abrirlos al cabo de un rato, no pareció fijarse en mí. Le oí murmurar una y otra vez: «La venganza del Señor». Evidentemente estaba muy inquieto. Me incliné sobre él y le dije en voz baja: «Papá, no hay nada que temer. Hiciste lo que pensabas que era justo. ¿Qué otra cosa deseas?». «Soy un pecador —respondió—. Me dejé dominar por las tentaciones. No fue culpa suya. Era muy bella... amaba los placeres de la carne y me incitó a imitarla. No pude resistir, y en eso está el pecado, hija mía. El mayor de todos». «Papá —le contesté—, te perturbas inútilmente. Descansa un poco».

«¿Eres Françoise? —me preguntó—. ¿Eres mi hija?». Le contesté que sí. «¿Hay también una niña en el cuarto?». «Sí, papá. Tu nieta Geneviève». Frunció el ceño de tal forma que me asusté. «He visto los signos —dijo—. Los pecados de los padres. ¡Oh Dios mío! Los pecados de los padres y...». Era preciso confortarle. «Papá, creo comprenderte. Amabas a tu esposa; pero eso no es pecado. El amor es cosa natural para hombres y mujeres. Y lo mismo tener hijos. Así es como marcha el mundo». Siguió farfullando algo y me preguntó si no sería mejor llamar a Maurice. De vez en cuando pronunciaba una frase coherente. «La atacó el histerismo... Un día la vimos jugar con fuego. Apiló leña en su dormitorio poniendo las ramitas una encima de otra... Siempre encontrábamos leña dispuesta de este modo... en los armarios... sobre las camas... se escapaba para recogerla... luego llegaron los médicos». «Papá —le pregunté—, ¿significa esto que mi madre estaba loca?». No me contestó, sino que continuó hablando solo, como si no me hubiera oído... «Hubiera podido alejarla de aquí, pero no podía estar sin ella... y la retuve a mi lado... aunque sabía lo que iba a pasar. A su debido tiempo aquella locura produjo su fruto. Fue mi pecado y ahora espero el castigo... Lo espero... lo espero». Me asusté tanto, que llegué a olvidar que era un hombre enfermo. Sin duda me estaba contando la verdad. Ahora comprendía por qué mi madre estaba encerrada en un cuarto con ventanas provistas de barrotes. Comprendí el motivo de nuestro extraño hogar. Mi madre estaba loca. Y por esta razón, mi padre no quería que me casara. «Françoise —murmuró—. Françoise, hija mía».

«Estoy aquí, papá». «He estado vigilando a Françoise —dijo—. Es una buena niña... tranquila, tímida, abstraída... no como su madre. No atrevida ni descarada... ni amante de los pecados. No, mi hija ha escapado a ellos... pero está escrito... que hasta la tercera y cuarta generación... Los de la Talle la pidieron en matrimonio... y yo di mi consentimiento. Fue un pecado de orgullo. No podía decir al conde que la madre de mi hija estaba loca. Consentí en el matrimonio y luego me castigué por mi orgullo y por mi sagacidad, porque era culpable de las dos mayores culpas. No impedí el matrimonio y mi hija se fue al castillo». Intenté consolarlo. «Todo marcha perfectamente, papá. No hay nada que temer. El pasado no existe. Todo irá bien a partir de ahora». «Hasta la tercera y cuarta generaciones... —murmuró—. Los pecados de los padres... Lo he visto en tu hija. Es traviesa y tiene la misma expresión que su abuela. Conozco esas señales. Será igual que ella. Incapaz de resistir los placeres de la carne... Y la simiente malvada pasará de unos a otros en las generaciones venideras». «No puedes hablar así de Geneviève; de mi hija», le indiqué. «La semilla está ahí, en Geneviève... Lo he visto. Crecerá y crecerá hasta destruirla. Debí haber advertido a mi hija. Ella ha escapado, pero su descendencia, no». Me asusté y empecé a ver las cosas con mayor claridad. Comprendí por qué se había dejado dominar por el horror cuando le revelé que iba a tener un hijo. Permanecí sentada junto a la cama, inmóvil.

No hay nadie con quien poder hablar de todo esto. A mi regreso de Carrefour estuve sentada durante largo rato en uno de los jardines, pensando en ello. ¡Geneviève, mi hija! Los episodios del pasado volvían a mi mente. Era como contemplar una serie de escenas que conducían a un final previsible. Recordé las cóleras sordas de mi madre, su manera descompuesta de reír. Escuché aquella risa mezclándose a los ecos del ayer. Mi madre y mi hija incluso se parecen físicamente... Cuanto más intentaba recordar el rostro de mi madre, más parecido era al de Geneviève. Comprendí que debía vigilar a mi hija del mismo modo que mi padre me había vigilado a mí. Cualquier pequeño desliz que hasta entonces consideré insignificante, tomaba de repente un cariz especial. La semilla malvada había pasado a través de mí a la generación siguiente. Mi padre, que quiso ser fríamente, no había podido reprimir su pasión hacia una esposa que estaba loca, y como consecuencia vine yo al mundo.

Por mi parte, también había engendrado a una niña. Temblaba de miedo porque no sólo todo ello afectaba a mi pobre Geneviève, sino también al niño aún por nacer...

Ayer no estuve en Carrefour; no me vi con ánimos para ir. Di la excusa de que me dolía la muela. Nounou se ocupó mucho de mí. Me administró unas gotas de láudano y luego me envió a la cama. Al despertar me sentía muy aliviada; pero la ansiedad empezó otra vez a dominarme. ¿Cómo sería aquel hijo al que tanto deseaba? ¿Qué iba a pasar con mi pobre Geneviève? Esta mañana entró como de costumbre. La oí hablar con Nounou, y ésta le dijo: «Tu madre no se encuentra bien. Tiene dolor de muelas y quiere descansar». «¡Pero yo siempre entro a saludarla!», replicó mi hija. «Hoy, no, querida; déjala que descanse». Geneviève se enfureció y empezó a golpear el suelo con los pies. Nounou quiso cogerla por la mano y ella la mordió. Yo estaba temblando. Mi padre tiene razón. Sus súbitos arrebatos son algo más que simple mal humor infantil. Nounou no puede controlarlos, ni yo tampoco. Le dije que la dejara entrar, y así lo hizo. Los ojos de Geneviève estaban brillantes por las

lágrimas, y tenía los labios contraídos. Se echó en mis brazos y se apretó fuertemente; quizá con demasiado calor. «Nounou quiere mantenernos separadas. Pero no la dejaré. La mataré», dijo a su manera extravagante y amenazadora. Siempre la creí poco sincera. Tiene un carácter muy especial, quizá igual que el de Honorine. Mi padre lo había notado con anterioridad e imaginaba la causa. Comprendí que tenía razón y me sentí sobrecogida por el miedo.

Sabiendo que papá había preguntado por mí, me fui a Carrefour. «Siempre la está esperando —me dijeron—. No hace más que vigilar la puerta y preguntar por la madre de usted. Creo que la confunde con ella». Estuve sentada junto a su cama mientras él me miraba con sus ojos vidriosos, pronunciando mi nombre y, a veces, el de mi madre. No dejaba de hablar de pecado y de venganza, pero sin la coherencia de antes. Me pareció que se estaba muriendo. Se excitaba progresivamente, y me incliné un poco para oír sus palabras. «¿Un hijo? —preguntó—. ¿Dices que será un niño?». Estaba pensando en lo que le había dicho antes, pero observé que había retrocedido todavía más en el tiempo. «Honorine está encinta. ¿Cómo puede ser? ¡Ah! Es la venganza divina... lo sabía y, no obstante, me acerqué a ella y ahora ésta es la venganza del Señor... Hasta la tercera y la cuarta generaciones, la semilla... la semilla malvada... se reproducirá una y otra vez». «Papá —le dije—. Hace ya mucho tiempo que Honorine está muerta, y yo me siento perfectamente. No me sucede nada». «Recuerdo perfectamente el día —continuó—. “Vas a ser padre», me comunicaron, y se sonreían... sin saber el horror que me atenazaba el corazón. Ya estaba allí. La venganza había llegado. Mi pecado no moriría conmigo. Viviría hasta la tercera y la cuarta generaciones. Aquella noche fui a su cuarto... me incliné sobre ella. Estaba durmiendo. Sostuve la almohada en mis manos. Podía apretarla contra su rostro... y aquello sería el fin de ella y de su hijo; pero era muy hermosa... su pelo negro... su rostro redondeado e infantil... y yo un cobarde. Me arrojé sobre ella y la abracé, comprendiendo que en modo alguno hubiera podido matarla». «Te excitas demasiado, papá —le indiqué—. Todo eso ya ha pasado. Nada puede cambiar lo sucedido. Estoy aquí, a tu lado... y me siento perfectamente, te lo aseguro». Pero no me escuchaba y pensé otra vez en Geneviève y en el hijo que había de nacer.

Anoche no pude dormir pensando en la tragedia de papá. No podía alejar de mi mente a Geneviève. Ahora comprendía la causa de su carácter alocado, que tanto atemorizaba a Nounou. Ésta conoció a mi madre, y su miedo era un reflejo de los de papá. Por eso no cesaba de vigilar a mi hija. Me adormilé y tuve una pesadilla. Había una persona en una habitación cuya ventana estaba protegida con barrotes. Yo tenía que matarla. Apretaba una almohada con mis manos. Se trataba de mi madre... pero con la cara de Geneviève, y llevaba a un niño en sus brazos; a un niño aún no nacido. Estuve un rato con la almohada en la mano y me desperté gritando: «¡No, no!». Temblaba mucho. Y después no pude descansar. Temía sufrir más pesadillas, y tomé un poco más de láudano, que me sumió, casi de inmediato, en un profundo sopor.

Al despertar esta mañana, mi mente estaba despejada. «Si mi hijo es un niño —pensé—,

*continuará la estirpe de los de la Talle». Imaginé la semilla de maldad entrando en el castillo como un fantasma y rondando por él durante siglos. Yo sería la causa. En cuanto a Geneviève, tiene a Nounou para cuidar de ella. La educará perfectamente, y procurará que nunca se case. Quizá la convenza para que entre en un convento como papá quería para mí. En cambio, el niño... si es varón... Papá no tuvo el valor suficiente, pero yo debo tenerlo. Si papá hubiera matado a mi madre, yo no hubiera nacido ni habría conocido este dolor... Y eso es lo que evitaré a mi hijo.*

*Anoche ocurrió una cosa extraña. Desperté de una pesadilla y recordé que la botellita verde con sus bordes rugosos me proporcionaba un sueño pacífico y reparador. Nounou me dijo que había escogido dicho frasco para poder tantearlo mejor en la oscuridad. Contiene algo que, tomado con exceso, puede ser un veneno. ¡Un veneno! Sin embargo, proporciona un bienestar tan dulce, un alivio tan profundo... Pensé en lo fácil que sería tomar una dosis doble o triple a las que Nounou me administra para el dolor de muelas... y no sentir más sentimientos ni tener más preocupaciones. El niño no sabrá jamás nada. Le será evitado venir a este mundo, y ser vigilado de continuo, en espera de que revele su malvada semilla. Alcancé la botella y me dije: «No voy a ser cobarde como papá». Me imaginé vieja como él, tendida en mi lecho de muerte, reprochándome las desgracias que he traído a mis hijos. Miré la botella con temor. Tomé unas gotas y me dormí. Por la mañana, me dije: «No, no es éste el camino...».*

*Es de noche otra vez y los temores me vuelven a asaltar. No puedo dormir. No dejo de pensar en papá y en mi madre en aquella habitación con barrotes. Siento claramente al niño que llevo en mi ser. Nounou, por favor, ocúpate de Geneviève. La dejo a tu cargo. ¿Tendré el valor que le faltó a papá? Creo que si él lo hubiera hecho hubiera sido un beneficio para todos nosotros. Mi pequeña Geneviève jamás habría nacido... Nounou no habría pasado tanto miedo... Creo que mi padre tiene razón. Veo la botella verde con sus bordes rugosos. Pondré este librito junto con los demás en el armario de Nounou y ella lo encontrará. Le gusta mucho leer lo que pasaba cuando yo era pequeña. Asegura que mis libros la devuelven a aquella época. Les explicará el motivo por el que... Pero no sé si podré. No estoy segura de obrar bien... Papá no tuvo valor... Me pregunto si yo lo tendré... me pregunto...*

Las notas terminaban allí. Pero yo sabía muy bien lo sucedido. Françoise consiguió hacer acopio de lo que ella llamaba valor, y tanto ella como su hijo aún no nacido fallecieron durante la noche.

Las imágenes conjuradas por el librito de Françoise se agolpaban en mi mente. Ahora todo aparecía perfectamente claro; la casa con su tenebroso secreto; la habitación con la ventana enrejada; la chimenea protegida por hierros; la lámpara puesta muy arriba en la pared. Una mujer apasionada y agresiva y un marido austero pero que no podía dejar de considerarla irresistible. Su lucha tenaz contra los sentidos, su debilidad y el resultado de la misma que, según su fanática mentalidad, constituía una venganza. El nacimiento de Françoise, las miradas vigilantes, su retraída educación y, finalmente, su matrimonio con el conde. Comprendí por qué la boda había sido un fracaso desde el principio. Aquella niña inocente, ingenua e ignorante, se aproximó al matrimonio con horror, siguió la desilusión de ambos cónyuges; ella enfrentada a un marido viril y él a una esposa frígida.

Todos en el castillo se habían dado cuenta de que la unión era poco satisfactoria, y cuando Françoise murió, debido a una dosis excesiva de láudano, se preguntaron: ¿habrá tenido algo que ver en ello su marido?

Era una conclusión cruelmente injusta, y Nounou tenía mucha culpa de ella. Había leído lo mismo que yo. Había descubierto lo que yo descubrí y, sin embargo, permitió que se siguiera sospechando del conde. ¿Por qué no había divulgado el contenido de unas páginas que tan claramente lo explicaban todo?

Era preciso descubrir la verdad.

\*\*\*\*\*

Consulté el reloj que llevaba prendido a la blusa. El conde debía estar en el jardín preguntándose por qué yo no bajaba como ocurría siempre. Los dos permanecíamos sentados largo rato junto al estanque, trazando los planes de nuestro matrimonio, que se iba a celebrar en cuanto él estuviera lo suficientemente recobrado.

Lo encontré solo, esperándome con impaciencia. En seguida comprendió que algo acababa de ocurrir.

—¡Dallas! —exclamó, pronunciando mi nombre con aquella nota de ternura que nunca dejaba de emocionarme.

Me llenaba de cólera pensar que un hombre inocente hubiera podido ser acusado de manera tan injusta.

—Conozco la verdad sobre la muerte de Françoise —le dije sin ambages—. Y todos deben conocerla. Está ahí... ella misma lo escribió. Se trata de una explicación perfectamente clara. Fue un suicidio.

Vi el efecto que estas palabras le causaban y continué con aire triunfal:

—Llevaba su diario en unos libritos que Nounou ha guardado. Ella lo sabía... pero nunca dijo nada. Permitted que sospecharan de ti. Es monstruoso. Ahora explicaremos la verdad.

—Dallas, querida; estás muy nerviosa.

—¿Nerviosa? He descubierto el secreto. Puedo mostrar... esa declaración... al mundo entero. A partir de ahora, nadie se atreverá a decir que tú mataste a Françoise.

Puso una mano sobre la mía.

—¿Qué has descubierto en realidad? —me preguntó.

—Sabía la existencia de ese diario —le expliqué—. Nounou me había enseñado algunos de los libritos que lo componen. Entré en su cuarto y la encontré dormida. El armario estaba abierto. Tomé el último cuaderno por adivinar que allí se encontraba la clave del misterio. Lo que nunca pude sospechar es que la respuesta apareciese tan clara e incontrovertible.

—¿Y qué has descubierto? —repetió.

—Que Françoise se mató por temor a la locura. Su madre estaba loca y su padre se lo dijo cuando sufrió el ataque. Le contó cómo había intentado matarla... su fracaso... y lo bueno que hubiera sido para todos que Honorine muriese. ¿Te das cuenta? Françoise no vivía en este mundo. Se aprecia en sus diarios. Aceptaba fatalmente todo cuanto los otros le decían. Pero ahí lo tienes... claro como el agua. Nadie volverá a acusarte de un crimen que nunca cometiste.

—Me alegro de que hayas descubierto esos libritos. Ahora ya no habrá secretos entre nosotros. Quizá debí decírtelo a su debido tiempo, pero temía que luego lo traicionaras incluso sin hablar... con algún gesto...

Lo miré intrigada.

—Sé perfectamente que no eres un asesino —repuse—. ¿No habrás creído ni por un instante que yo admitiera esos absurdos chismorreos?

Tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

—Me gustaba creer que, aun dudando de mí, me amabas igual —repuso.

—Tal vez sea cierto —admití—. Pero no entiendo el comportamiento de Nounou. ¿Cómo puede haber estado callada tanto tiempo?

—Por la misma razón que yo.

—¿Qué... dices?

—Yo sabía perfectamente lo ocurrido, porque Françoise me dejó una nota explicándolo.

—¿De modo que sabías que se quitó la vida, y sin embargo...?

—Sí, lo sabía; pero dejé que los demás hablaran a su modo.

—¿Por qué? ¿Por qué? Es algo tan terrible... tan cruel...

—Estaba acostumbrado a los comentarios de las gentes, a las calumnias; pero lo merecía. Ya te advertí que no ibas a casarte con un santo.

—Pero de eso a un crimen...

—Ahora es tu secreto, Dallas.

—En efecto; pero voy a divulgarlo.

—Olvidas a alguien.

—¿A quién?

—A Geneviève.

Lo miré y comprendí.

—Sí; a Geneviève —continuó—. Ya sabes cómo es, indómita y excitable. Sería muy fácil hacerla recorrer el mismo camino que su abuela. Desde que estás aquí, ha cambiado un poco, aunque no mucho. Espero que nada ocurra: pero uno de los medios más fáciles de precipitar en la locura a una persona nerviosa es la continua vigilancia, el conferirle la idea de que existe en ella algo capaz de producir resultados fatales. No quiero que esto suceda. Deseo que crezca normalmente. Françoise se quitó la vida por un hijo que iba a tener. Yo puedo enfrentarme a unas cuantas murmuraciones por nuestra hija. ¿Me comprendes ahora, Dallas?

—Sí, te comprendo.

—Me alegro de que ya no existan secretos entre ambos.

Miré el estanque más allá de la hierba. Hacía calor. La tarde iba declinando y se acercaba el crepúsculo. Hacía sólo un año que había llegado al castillo. ¡Cuántas cosas pueden suceder en un año!

—Estás muy callada —me dijo—. Dime lo que piensas.

—Pensaba en lo que ha ocurrido desde que llegué aquí. Nada es como parecía serlo aquel día, cuando te vi por vez primera tan diferente de como eres en realidad... Y ahora te muestras capaz de tan gran sacrificio.

—Querida, no dramáticas. Este sacrificio me cuesta poco. ¿Qué importa lo que digan? Sabes que soy tan arrogante como para chasquear los dedos y decir: pensad lo que queráis. Pero existe alguien

cuya buena opinión de mí es de la máxima importancia... y por eso estoy aquí, esperando tu aprobación y permitiéndote colocar una corona sobre mi cabeza. Sé que muy pronto descubrirás que es sólo una ilusión... pero resulta agradable acariciarla durante algún tiempo.

—¿Por qué estás tan empeñado en desprestigiarle?

—Porque bajo mi capa de arrogancia, tengo miedo.

—¿Miedo tú? ¿De qué?

—De que ceses de amarme.

—¿No crees que yo también puedo tener un miedo semejante?

—Es un consuelo pensar que eres capaz de alguna tontería de vez en cuando.

—Éstos son los momentos más felices de mi vida —respondí.

Me rodeó con un brazo y así permanecimos durante unos minutos contemplando el apacible jardín.

—Procuraremos que dure —me contestó.

\*\*\*\*\*

Tomó el librito que yo tenía en la mano y arrancó la cubierta. Luego encendió una cerilla y arrimó la llama a las hojas.

Miré cómo la llama azul y amarilla iba destruyendo aquella escritura infantil.

Pronto no quedó nada de la confesión de Françoise. Hubiera sido una imprudencia guardarla.

—¿Querrás explicárselo a Nounou? —me preguntó.

Hice una señal de asentimiento; tomé la cubierta del libro y me la guardé en el bolsillo.

Contemplamos las cenizas negras que el viento deshacía sobre el césped. Pensé en el futuro y en los murmullos que de vez en cuando escucharía a mi alrededor; en el carácter indomable de Geneviève y en la complicada naturaleza del hombre a quien inexplicablemente había elegido por esposo. El futuro se me presentaba como un desafío. Pero yo siempre he sido amiga de superar obstáculos.



ELEANOR ALICE BURFORD (VICTORIA HOLT). Nació en Londres, 1 de septiembre de 1906 y murió en el mar Mediterráneo, cerca de Grecia el 18 de enero de 1993. Sra. de George Percival Hibbert fue una escritora británica, autora de unas doscientas novelas históricas, la mayor parte de ellas con el seudónimo Jean Plaidy. Escogió usar varios nombres debido a las diferencias en cuanto al tema entre sus distintos libros; los más conocidos, además de los de Plaidy, son Philippa Carr y Victoria Holt. Aún menos conocidas son las novelas que Hibbert publicó con los seudónimos de Eleanor Burford, Elbur Ford, Kathleen Kellow y Ellalice Tate, aunque algunas de ellas fueron reeditadas bajo el seudónimo de Jayne Plaidy. Muchos de sus lectores bajo un seudónimo nunca sospecharon sus otras identidades.

## Notas

[1] «Recordad a quienes cayeron en el olvido». <<